

BIBLIOTECA NACIONAL

General A. I. CHIRIBOGA N.

Quito-Ecuador

FUERZAS MORALES EN EL EJERCITO

PANORAMAS DE LA HISTORIA



QUITO

Imprenta Nacional

1932



EL LIBERTADOR SIMON BOLIVAR

EL ESTUDIO DE LA HISTORIA MILITAR

"Lee y releed las campañas de Alejandro, Aníbal, César, Gustavo Adolfo, Turenna y Federico II, y tomadlas por modelo; he aquí el único medio de llegar a ser gran Capitán y sorprender los secretos del Arte, porque la gran táctica, (en decir, la estrategia), sólo se adquiere con la experiencia y el estudio de la historia de la guerra y batallas de los grandes Capitanes".

NAPOLÉON I.

"Cuanto más crece un ejército de la experiencia de la guerra, escribe el general Pauker, más importa recurrir a la historia de la guerra como instrucción y como base de esta instrucción... aunque la historia de la guerra no pueda reemplazar de ningún modo a la experiencia adquirida, puede, sin embargo, prepararla. En tiempo de paz es el verdadero medio de aprender la guerra y de determinar los principios fijos del arte de la guerra".

MARISCAL FOCH.

Y será necesario presentar a nuestros lectores algunas consideraciones sobre la indiscutible importancia del estudio de la Historia, de la cual decía Cervantes, que era la émula del tiempo, testigo de lo pasado, ejemplo y aviso de lo presente y advertencia de lo porvenir?

Será preciso rectificar ciertos conceptos que aquí, como en muchas partes, se propagan sobre la historia, creyendo que, para apreciarla, o, más bien, valorizarla, sean precisos conocimientos de cierta técnica, cuando la historia es, como lo decía Cicerón, ley de la verdad, maestra de la vida y enseñanza de la antigüedad?

Talvez, y sin talvez, a muchos de los miembros del

Ejército, de esta religión de hombres honrados, que decía Calderón, les parecerá de sobra que se trate de justificar el estudio de una materia, exigido por la más elemental cultura; pero, nosotros creemos un deber el incrementar en las filas la afición al conocimiento de la Historia Militar, inspiradora de todas las actividades guerreras, de todos los tiempos y de todas las razas.

Siendo la Historia el conocimiento del hombre al través de las edades, con sus costumbres, sus actividades morales y materiales, con sus procedimientos investigativos y, en general, la enseñanza de lo acontecido en el tiempo y en el espacio entre naciones y pueblos y todo en relación íntima con la naturaleza, no hay, no puede haber ramo científico ni artístico, estratégico o logístico, tenga o no conexión con las ciencias físicas o naturales, sea exponente de literatura o de otro ramo meramente intelectual, que no dependa de cerca o de lejos, de la historia, generadora de todas las inspiraciones, modeladora del pensamiento de la humanidad en su vía ascendente camino del progreso.

Desconocer, pues, la importancia de tal estudio, desde que el niño entra en el campo del dominio de la razón, sería algo anómalo. Con la historia llega al conocimiento de su Patria; la historia le señala el camino del patriotismo, que se fundamenta en la tradición, en las heroicidades de sus antepasados, en las guerras por las cuales el pueblo se abrió paso hacia el ideal de las ansiadas liberaciones.

Con la Historia Patria se inicia en todas las Naciones del mundo, civilizadas o no civilizadas, toda educación cívica, por incipiente que se produzca o por pobres que fuesen los medios de que disponga hasta una tribu errante, de aquellas que se sostienen y viven con el culto que la tradición le determina.

Y en la carrera militar, la historia aparece como el fundamento poderoso de las actividades guerreras. La más elemental cultura militar, aquella que se exige al pupilo de un Ejército, al alumno de una Escuela Militar, al soldado de la fila, es la cultura histórica que,

-Himno nacional de Ecuador-

¡Viva, oh Patria, mi patria! ¡Oh Patria,
¡Viva! ¡Viva! ¡Oh Patria, mi patria!
¡Viva! ¡Viva! ¡Oh Patria, mi patria!
¡Viva! ¡Viva! ¡Oh Patria, mi patria!

¡Viva, oh Patria, mi patria!
¡Viva! ¡Viva! ¡Oh Patria, mi patria!
¡Viva! ¡Viva! ¡Oh Patria, mi patria!
¡Viva! ¡Viva! ¡Oh Patria, mi patria!

¡Viva, oh Patria, mi patria!

¡Viva, oh Patria, mi patria!
¡Viva! ¡Viva! ¡Oh Patria, mi patria!
¡Viva! ¡Viva! ¡Oh Patria, mi patria!
¡Viva! ¡Viva! ¡Oh Patria, mi patria!

¡Viva, oh Patria, mi patria!

¡Viva, oh Patria, mi patria!
¡Viva! ¡Viva! ¡Oh Patria, mi patria!
¡Viva! ¡Viva! ¡Oh Patria, mi patria!
¡Viva! ¡Viva! ¡Oh Patria, mi patria!

¡Viva, oh Patria, mi patria!

¡Viva, oh Patria, mi patria!
¡Viva! ¡Viva! ¡Oh Patria, mi patria!
¡Viva! ¡Viva! ¡Oh Patria, mi patria!
¡Viva! ¡Viva! ¡Oh Patria, mi patria!

¡Viva, oh Patria, mi patria!

¡Viva, oh Patria, mi patria!
¡Viva! ¡Viva! ¡Oh Patria, mi patria!
¡Viva! ¡Viva! ¡Oh Patria, mi patria!
¡Viva! ¡Viva! ¡Oh Patria, mi patria!

¡Viva, oh Patria, mi patria!

¡Viva, oh Patria, mi patria!
¡Viva! ¡Viva! ¡Oh Patria, mi patria!
¡Viva! ¡Viva! ¡Oh Patria, mi patria!
¡Viva! ¡Viva! ¡Oh Patria, mi patria!

¡Viva, oh Patria, mi patria!

¡Viva, oh Patria, mi patria!

enseñando el camino de la victoria, va, lenta pero seguramente, colocando eslabón por eslabón en la gran cadena de sacrificios, de actividades, de iniciativas y de procedimientos, que, habiendo conducido a nuestros mayores a la realización de sus fines, nos servirán como enseñanzas prácticas para la fácil consecución de ideales patrióticos que forman el acervo de las esperanzas nacionales de un pueblo, o para evitar desastres o dolores que son una vergüenza o el origen de todos los males. Este es el provecho de la Historia.

"Nada mejor que la Historia, dice el Historiador Argentino Coronel Arrué, podrá convencer a los jóvenes militares de que la disciplina, principio de orden que regula la conducta de los que forman parte de una familia, de un cuerpo, de una sociedad entera, e hija del sentimiento del deber, es el más firme apoyo de la libertad y de que en los pueblos poco disciplinados la libertad se trueca en anarquía y ruina". "Únicamente cerciorados por la Historia de la elevada misión que le incumbe a la milicia, adquirirán los soldados la admiración y entusiasmo por la Carrera Militar que les ha de tener dispuestos al sacrificio de su propia vida".

"Solamente considerando cómo la Historia ensalza a los Héroes, se fortalece en el alma el sentimiento del honor que consiste en la necesidad absoluta de la estimación propia y de la estimación de los demás".

"No hay ciencia, arte ni virtud en la milicia, que no necesite, como base o como apoyo, como causa primera o como complemento, de la Historia Militar. Desmintiendo que la guerra es un mal humano de extirpación posible, la Historia probará que es un fenómeno universal sin cuya acción resolvente la humanidad no podría avanzar un solo paso".

Para estudiar la Historia como narración de los hechos, no se requieren felizmente conocimientos de literatura, de filosofía ni de sociología y, en el aspecto militar, muy menos de táctica ni de estrategia. Todos estos ramos nos servirán evidentemente, cuando estudiemos las causas y concausas de los hechos, el proce-

diminuto de los grandes políticos y de los grandes capitanes, el por qué de toda evolución, el envejecer y morir de los pueblos, como consecuencia de determinados accidentes o de acontecimientos hondamente transformadores.

Es verdad que, como lo dice el Coronel Arrué, "No es la Historia sencilla narración de los sucesos pasados, que de ser así, ni deleite ni enseñanza se obtendría de su cansado estudio. La Historia es el libro de la experiencia de toda la humanidad, el espejo fiel que retrata sus acciones, el juez que las analiza, purga y sentencia".

La ciencia general de la guerra, dice Marcelli, es la coordinación lógica y orgánica de las ciencias todas que tienen por objeto la guerra; y la historia militar es la coordinación analítica y cronológica, puesto que son hechos y no teorías las que examina. La ciencia de la guerra sigue el orden lógico de las ideas; la historia militar el orden lógico de los hechos; aquella deduce lo general de lo particular; ésta, por el contrario, generaliza hasta en los casos particulares. Tiende la una a crear una teoría absoluta y la otra examina esta teoría con relación a una situación y a determinados elementos.

Bolívar, el Gran Libertador, en todas sus elocuentes proclamas, probaba el valor de la historia, el culto del pasado cuando inspiraba sus arengas en la Grecia, en la Roma y en los centros libertarios de todos los tiempos y de todas las edades.

El problema fundamental de la historia es conocer la vida real del hombre, su condición moral y su destino al través de las épocas, y así es, como dice Arteano, que la historia viene a ser una serie de experiencias que el género humano hace sobre sí mismo.

Y si del enunciado justificativo hubiera necesidad de pasar al hecho, para demostrar la importancia del estudio de la Historia en toda Escuela, Colegio o Instituto, sea cualquiera el grado de su calificación, nos sobraría con demostrar que no hay pueblo en el que la

historia no forme parte insustituible de todo programa y que no existe actualmente Instituto Militar alguno en el que se espere grandes conocimientos tácticos y estratégicos sin que se abra el gran Libro de la Historia Militar.

Conocemos cómo la Historia Militar estudia el nacimiento y evolución de la táctica a través de las edades; los nombres de César, Turena, Alejandro, Aníbal, Epaminondas, Mauricio de Nassau, Conde, Carlos, Napoleón, Federico, Gustavo Adolfo, Bolívar, Simón Bolívar, Sáenz, se nos cruzan a todo momento al estudiar la estrategia y la táctica.

Cómo podríamos pasar sin el conocimiento de la Historia y de sus múltiples actividades? Cómo podríamos enseñar una conferencia militar sin conocer el desarrollo histórico militar de Grecia, cuna del Arte militar, de Egipto, la dominadora de España, de Austria, de Italia, de Francia, de Prusia y de todos los pueblos a los cuales la guerra les ha abierto las puertas de la civilización.

Ignorando la Historia no es, no se hace posible el estudio de ramo alguno científico, y en la milicia la Historia es más que una necesidad: es una parte vital para el desarrollo del corazón y de la inteligencia del soldado.

Nosotros, que aspiramos, por todo medio, a llevar a nuestras filas el amor a la Historia, el culto al pasado, que afianza el patriotismo, queremos dirigirnos a nuestros camaradas para que todos, de Cadete o Soldado a General, se entreguen de lleno al estudio de la Historia Militar, sin la cual no es el hombre elemento útil a la sociedad, ni menos se llega a poder mandar tropas.

Intensifiquemos, pues, en toda forma, el estudio de la Historia en nuestros Institutos Militares y en todas nuestras Reparticiones; que es la Historia y sólo ella la modeladora del corazón de todo soldado, la base de todo conocimiento del ejercicio del mando y la inspiradora de toda actividad profesional.

El estudio de la historia
es fundamental

El estudio de la historia militar y la sana fuente de la experiencia personal, se unen íntimamente, para afianzar los criterios profesionales militares, en forma de que, llegado el caso, cumplan sus finalidades con el mayor acierto posible, ya se los aplique en las tareas de la paz o en las contingencias de la guerra.

Los ejércitos son en la actualidad, una formidable máquina bélica, que no puede ser manejada ni empleada con ventaja, si no hay en quien la dirija, suficiente flexibilidad espiritual, que sea efecto de método y reflexión, para que aprovechándose de todos los progresos de la ciencia y de todas las enseñanzas de los grandes maestros de la guerra, se puedan desenvolver, con provecho, medios, sistemas y procedimientos de combate.

Acabamos de vivir todos un período histórico de sensacionales y perdurables impresiones. Pocos años han transcurrido desde la terminación, en 1918, del paavoroso conflicto universal, que asoló al viejo mundo; y, puede decirse, con toda verdad, que en libros, en revistas, en diarios, se reviven cada día y con toda oportunidad, los caracteres y los sacrificios del gran conflicto. Se investigan los métodos de guerra entonces aplicados, los medios utilizados, las armas empleadas. Se analizan las capacidades de los mandos, los planes estratégicos, la conducción táctica y las surgentes movilizaciones de todas las fuerzas vivas de los pueblos contendores, a la vez que se estudia la organización interna de los centros agrícolas e industriales, de las fuerzas económicas, de la producción y del consumo reglamentado, que requerían los ejércitos y los pueblos en los días de la guerra, llegando aun a apreciar los detalles que influenciar podían en los organismos en conflicto todas las actividades guerreras, políticas y sociales.

En el curso de la guerra mundial—1914—1918— todos palpitábamos las impresiones de la guerra. En

aquel entonces no existían indiferentes para la cruel contienda, sino que, por el contrario, los hombres todos se apasionaban por tal o cual causa, como un medio de interesar la discusión en las conversaciones de la calle, en las meditaciones del hogar, trayendo a nientes lo que ocurría en el teatro sangriento de la guerra, que amenazaba destruir en sus rigores, las raíces mismas de la civilización europea, que mantenía entonces el centro de la cultura mundial.

Los años arios, intensamente vividos, de sorpresa en sorpresa, entre derrotas y triunfos que aniquilaban a las naciones, en esos días en que el mundo entero sufría una perpetua convulsión, los soldados de los países de América, vivieron en una era de intenso aprendizaje, padeciendo por causa una guerra, que es, ha sido y será, una de las más feroces lecciones para todos los pueblos y muchas de cuyas enseñanzas perdurarán para siempre en todo, los siglos.

Los años ya pertenecen a la historia fecunda para nuestra nación, pues, utilizamos sus enseñanzas todos los días, para determinar nuestros juicios y nuestros razonamientos todos. Fue una guerra que tuvo a su servicio las partes más sensibles de la más alta ciencia y que aprovechó para sí las mayores conquistas de las industrias, y de las artes.

Con los conocimientos acumulados así, nosotros tenemos nutrido, sin mayores esfuerzos, nuestra inteligencia y podemos por lo mismo, en verdad, entrar en los campos de la historia con sólidos elementos de juicio, que nos permitirán establecer comparaciones, analizar situaciones en los tiempos y en las actividades propias, para sacar de nuestros estudios los mayores beneficios.

Este preámbulo tiende ante todo, a ratificar, en forma eficiente nuestras múltiples recomendaciones, en lo posible comprobadas, que hemos formulado al recomendar el estudio de la historia, cuyas páginas magníficas, siempre nuevas, nos hacen, conociendo el pasado, comprender el presente y prever los acontecimientos del porvenir.

Es conocido que nada hay nuevo bajo el sol. Los pueblos, por poderosos, por ricos, por soberbios que se presenten en un momento dado de la historia, tanto desaparecen como renacen, a igual que las civilizaciones que, por desenvuelta y brillantes que sean, se detienen, para luego languidecer y morir, en tanto que otras culturas renacen de sus propias cenizas. Por qué todo ello? Porque el hombre siempre es el mismo, y porque las mismas causas producen también, invariablemente, los mismos efectos, porque las leyes que rigen al hombre, en sus relaciones con sus semejantes, son también siempre las mismas, como son también inmutables las leyes que gobiernan las relaciones de las sociedades entre sí.

Ahora bien, la ley general es el progreso, pero también hay distintas maneras de progresar, ya vayamos hacia él por evolución lenta o segura, o ya por revoluciones violentas, seguidas de reacciones igualmente poderosas. Estudiando la historia se descubren los dos caminos y se aprende a filosofar sobre el porvenir, ya que ella está llena de detalles, que señalan la evolución obtenida por medios pacíficos, o bien, y con más frecuencia, lo que se ha alcanzado por la revolución creadora, que de un salto conquista una cumbre, o en un ímpetu arrellador e inconfundible, ciega los abismos para que el hombre se abra paso hacia la conquista a que aspira.

Para nosotros los militares, el estudio de la historia es fundamental. Ya lo decía el insigne Napoleón, cuando, penetrado de su importancia, al dictar sus sapientes consejos para su hijo, desde su cautiverio de Santa Elena, el 17 de Abril de 1821, manifestaba: "Que mi hijo lea y medite frecuentemente la historia. Es esta la sola y verdadera filosofía; que lea y medite las guerras de los grandes capitanes, por ser éste el único medio de aprender las guerras".

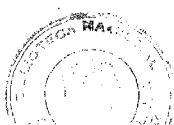
En los dominios de la inteligencia como en los de la materia, nada se crea ni nada se pierde; lo que se considera como una creación no es sino el resultado de

medios que la materia proporciona. Cuando uno toma el hábito de viviseccionar las operaciones estratégicas y las batallas, se obtiene que el espíritu, con facilidad, se muestre apto para estudiar tal o cual situación que una guerra le presente.

Estudiar la historia le significa al militar, prepararse para el cumplimiento de su misión, pues, un profesional, en ningún ramo de la actividad humana, deberá ignorar las obras clásicas de su profesión. **“Que pensaríamos de un escritor que jamás hubiera leído las obras de Bossuet, de Pascal, de Voltaire; o bien de un pintor, que nunca hubiera mirado las obras de Rafael, de Rubens, o de Rembrandt; o de un músico que ignorara de Mozart, de Beethoven o de Wagner?”.**

Debemos por cierto entender, que conocer la historia no es ni mucho menos compilar una multitud de hechos en sus detalles, o como enunciados de preceptos y máximas de guerra, lo que, en realidad sería para un estratega, por ejemplo, muy poca erudición. Lo que de la historia debemos deducir, es la manera cómo se han combinado las fuerzas en un caso dado, en sistemas susceptibles de un mayor rendimiento, sistemas que son entonces la concreción material de los principios mismos del arte de la guerra y los mismos que se deben buscar en el estudio de todas las campañas. A esta ley no son extraños ni los genios militares, pues, tanto en las ciencias como en las artes, será siempre el sistema, el método, la manera de hacer, lo que caracterizará un ingenio.

Con las sensibilidades emotivas de la guerra, que han inclinado nuestros criterios, dinámicamente, hacia el estudio y la revisión analítica de lo producido en la última conflagración mundial, podemos, en una visión retrospectiva, entrar con ventaja en la crítica histórica de las guerras del pasado, que deben ser igualmente estudiadas y conocidas, si queremos nutrir nuestras inteligencias con el estudio detenido de los sistemas de maniobra y de batalla empleados por los directores de todas las contiendas bélicas, trabajo este realizado por



muchos investigadores y que es ya por cierto, la mejor base que nosotros pudiéramos tener para el conocimiento de la historia.

La experiencia del pasado no puede por menos que ser útil al porvenir; pero conocer la historia no es, como pudiera creerse, abundar en detalles y poder narrar los acontecimientos; compilar los hechos y aprender los preceptos y las máximas de guerra. Conocer la historia es encontrar la causa inteligente, productora de un caso concreto; es dar con los hechos, como consecuencia del estado de los sistemas y del estudio de las campañas; es aplicar la inteligencia para abordar y resolver, en un momento dado, los complicados y perentorios problemas que se le presenten.

Es así como estrategias de la calidad del General Camon, han podido demostrar que la maniobra inicial alemana de 1914, preparada por Schlieffen, fue una aplicación colosal de la batalla de Leuthen; que Ludendorff, en 1914 y en 1915, maniobró en Lods, en Bialystok y en Vilna, aplicando sistemas de maniobra sobre las retaguardias.

Si en la batalla de Tannenberg planteó idéntico sistema que Annibal en Cannes, maniobras tan preconizadas por Schlieffen, la de los lagos Mazurianos fue organizada por Ludendorff bajo el sistema de la batalla napoleónica, lo que demuestra la influencia singularísima de la historia en todos los procedimientos de la guerra, los mismos que inspiraron al genio de Napoleón y de Bolívar, el espíritu de Federico II o la sapiencia de Gustavo Adolfo.

El estudio de las campañas ha sido, en efecto, la base de la formación de todos los grandes capitanes. Condé que era considerado como un General intuitivo, jamás había descuidado los estudios de las campañas de César. Federico, aplicó en las batallas de Leutra

y Mantinea los estudios que había verificado en las obras de Polard y del Mariscal de Puy Segur; y es que, en realidad, cuando uno abraza una profesión, no puede ignorar las obras básicas que enseñan la misma. Napoleón quería que aun los hombres de estado se interesaran por el arte de la guerra, donde podrían descubrir acontecimientos que la misma historia los calla, a pesar de su importancia.

“Los principios del arte de la guerra—escribía—son aquellos que han dirigido a los grandes capitanes, cuyos hechos nos trasmite, la historia: Alejandro, Aníbal, César, Gustavo Adolfo, Turenna, el Príncipe Eugenio, Federico el Grande”.

Alejandro hizo 8 campañas, durante las cuales conquistó el Asia y una parte de las Indias; Aníbal hizo 17: una en España, 15 en Italia y una en Africa; César realizó 13: 8 contra los galos y 5 contra las legiones de Pompeya; Gustavo Adolfo hizo 3: una en Libonia contra los rusos y 2 en Alemania, contra la Casa de Austria; Turenna 18: 9 en Alemania y 9 en Francia; el Príncipe Eugenio de Saboya, 13: 2 contra los turcos, 5 en Italia contra Francia y 6 sobre el Rhin o en Flandes; Federico hizo 11: en Silesia, en Bohemia y sobre las orillas del Elba.

La historia de estas 83 campañas, agregaba, sería un tratado completo del arte de la guerra y de ella emanarían, como de una corriente, los principios que debieran aplicarse en las guerras defensivas y ofensivas. Y Napoleón añadía estos párrafos, que no nos resistimos a transcribirlos: “Los principios de César fueron los mismos que los de Aníbal: tener las fuerzas reunidas, no ser vulnerable en punto alguno, trasladarse con rapidez sobre los puntos más importantes y apelar a los medios morales, a la reputación de sus ejércitos, al temor que ellos inspiran y también a los medios políticos, para mantener la lealtad de los aliados y la obediencia de los pueblos conquistados”.

Y es que Napoleón al aconsejar el estudio de los grandes capitanes, cuyos medios de guerra fueron tan diferentes de los empleados por él, quería que no se limite el estudio de la historia a las recitaciones de marchas y combates, sino a la discusión de las aplicaciones buenas o malas, que se hubieren hecho de los principios del arte de la guerra.

"Tales principios se mantienen, por cierto, permanentes e inmutables: voluntad de vencer, acción de conjunto, sorpresa; a los que también se agregan estos otros, afines con los anteriores: libertad de acción, seguridad, conservación del contacto, aprovechamiento del éxito y economía de las fuerzas, cuyo valor se deriva de su relación y armonía con los principios fundamentales".

El General Tanant, a quien de cerca venimos siguiendo en el curso de todos nuestros estudios, define la historia como el estudio de la evolución humana en el tiempo y en el espacio. "Es el estudio—dice—de la marcha hacia la estrella; ya que la humanidad trata sin cesar, de obtener el mejoramiento de la suerte del mayor número, y a ello conduce también el estudio de la historia. Mas, ¿cómo veremos—agrega—lo que nos enseña la historia? Uno de los medios—es el que nos ocupa en este momento—es la guerra; pero hay muchos otros: la política, la religión, la instrucción, la ciencia; etc."

Pero el hombre está hecho de tal manera, que los desenvolvimientos políticos y científicos, le llevan también, con frecuencia, a la guerra, pues que la ambición de la política, el celo propagandista de los creyentes, la fuerza que da la ciencia, conducen naturalmente al hombre a pretender abusar de sus momentáneas ventajas para dominar a sus semejantes, siendo esta la causa de que las guerras llenen las páginas de la historia y siendo ésta la justificación del estudio que nosotros debemos hacer de sus propios instrumentos: los ejércitos.

En la historia, y mucho más en la historia militar que en la historia general, se debe buscar la verdad. **"El gloria victus"**, es una débil satisfacción dada al amor propio herido. **"El gloria victoribus"** es una constatación del inmenso resultado obtenido. La leyenda puede engendrar, por el ardiente deseo de imitación que excita, una muchedumbre de héroes pero tiene el grave peligro de oscurecer la realidad.

El jefe debe permanecer con la cabeza fría y sacar de las lecciones de la historia verdadera, todo el provecho que necesite para el ejercicio de su función. "Quien se encuentra encargado de almas, quien es responsable de la vida de sus soldados, no debe de buscar la gloria al precio de grandes sacrificios, sino procurar ser el calculador frío y metódico que trate de vencer, alcanzando la victoria al más justo precio. Generalmente uno no se bate para ser glorioso, se bate para alcanzar la victoria".

Cuando se trata de estudiar una época dada, desde el punto de vista militar, es indispensable que se analicen las relaciones entre la constitución del ejército y la constitución del Estado, pues, no hay que olvidar que es el gobierno del país quien siempre dirige la guerra, y que ésta jamás se hace únicamente por actos militares. Y entramos aquí a la apreciación especialísima, respecto de la política de la guerra, que tiene siempre a su disposición primero la **diplomacia y después la estrategia**, las cuales deben siempre marchar armónicamente, si se quiere alcanzar una finalidad provechosa.

Al Estado le es preciso el Ejército que convenga a su política internacional, y por ello, desde el tiempo de paz, la diplomacia jamás debe dar un paso adelante sin tener la certidumbre de que la estrategia se encuentra lista para apoyarle. En tiempo de guerra es claro, que la estrategia asume el primer puesto, ya que por las vías de la guerra va a perseguir los fines de la política.

El estratega debe tener el poder de disponer y emplear brevemente las fuerzas militares; mientras a la diplomacia le toca abrir el camino a la estrategia, asegurando alianzas, procurando apoyos, sosteniéndole en la ruta, procurándole el camino de la victoria por los senderos de la opinión.

La guerra, de ninguna manera es una cosa simple; tiene necesidades propias e imperiosas, y la utopía y la especulación pueden llevarle al desastre.

Cuando uno estudia la historia militar, no debe olvidar jamás la historia general.

La conducción de la guerra encuéntrase influenciada por contingencias morales, económicas, financieras y sociales. Los intereses, las ambiciones, el número, el espacio, el tiempo, el terreno, el clima, ejercen sobre ella determinada influencia. Luego, para estudiar una época, bajo el punto de vista militar, (siguiendo siempre los estudios del General Tanant) hay que conocer:

1°—**El estado de la sociedad:** costumbres, moral, constitución, razas, carácter, religión, instrucción y sobre todo, las relaciones existentes entre los elementos diversos de la sociedad; su grado de cohesión, patriotismo, ambiciones, intereses de la comunidad o de los soberanos (guerras entre ciudades, guerras señoriales, reales, nacionales, mundiales);

2°—**Las posibilidades de la nación:** riquezas, finanzas, industrias, agricultura. El país, su estructura física, su organización política y económica. Los medios de comunicación: puertos, rutas, canales, vías férreas, etc.;

3°—**Las instituciones:** políticas, sociales. Reclutamiento del ejército; número, fuerza, organización, instrucción; disciplina, movilización, comando;

4°—**Armamento y medios;**

5°—**Táctica.**

Cuando se estudia una campaña hay que hacer el mismo trabajo para los dos partidos en presencia. Es, pues, indispensable un estudio preliminar de los combatientes, de los medios y de las razones que han causado el combate, única manera de comprender lo que ha pasado y de sacar del estudio algún provecho.

El estudio de la historia militar es, pues, complejo, largo; requiere investigaciones muy serias; pero es en cambio extremadamente interesante y provechoso. Si se lo descuida, si se lo analiza con un preconcepto, es preferible no estudiarlo, porque nada es más dañoso que nutrir la mente de ideas falsas, que nos pueden llevar a fatales resultados.



Musica de
DOS ANTONIO NEUMANE

INTRODUCCION. MARCIAL

ff dio-sa Más que el sol con-tem-pla-mos lu-cir. Y tu cir.

COAO

COAO

f e-se yu-gó ser-vil. *ff* e-se yu-gó ser-vil.

EJERCITO Y MARINA DEL ECUADOR

La prehistoria

Evocamos las sombras de todos aquellos que, con el arma al brazo, arco, flecha, mosquete o fusil, vistiendo el distintivo de los ejércitos, se sacrificaron por sus ideales, para iniciar este trabajo que, en pocas líneas, debe señalar el desarrollo de las instituciones armadas del Ecuador, país cuya conciencia, límpida y pura, refleja en su Ejército, Institución que encarna, fundamentalmente, sus actividades en la gestación, desenvolvimiento y madurez de nuestras instituciones sociales.

Cuatro serán las partes de este artículo :

La prehistórica o antigua;

La media o colonial;

La moderna o de la Independencia, y

La contemporánea o vida de la República.

En la primera, debemos referirnos a aquellos períodos inciertos de nuestra Historia, de los cuales la tradición, hoy, fortalecida o debilitada por la Epigrafía, la Paleografía, la Criptografía, la Arqueología, la Euristicia, la Numismática, va destacando, paulatina, pero seguramente, sobre bases de relatividad o de certeza, la histórica vida de aquellos pueblos que fecundaron, en la Atlántida de Homero y de Virgilio, antes, mucho antes, de que los conquistadores ibéricos, siguiendo la ruta trazada en el Océano, por el magno Cristóbal Colón, hubieran penetrado en las entrañas mismas de este Continente, cuyas galas y exhuberancias, cuyos tesoros y riquezas se sobrepondrían a las más fantásticas leyendas orientales.

En este período, época prehistórica, Quitus, Shyris y Caras, pueblos guerreros todos, deben hacer de la

guerra una de sus funciones naturales, para abrirse campo a sus faenas y dotarse de los elementos de vida que les eran indispensables.

Ley del mundo, la lucha por la existencia, déjase sentir en toda su intensidad, en aquellas tribus. Los Shyris, nación poderosa, emprenden en la conquista de los Quitus. En sus avances, fortifican los pueblos, despliegan asombrosa actividad guerrera, demostrándose dotados de singulares conocimientos, de lo que luego sería la táctica y la fortificación en el Arte Militar, confirmando así, plenamente, que, muchos de sus principios, son de un orden meramente natural y que siempre, cuando la moral fortalece los espíritus, fue posible lanzar agudas flechas, luchar con las lanzas, con las hachas, o con las mazas de piedra o de cobre, abrigarse en el terreno y aumentar su solidez, con las fortalezas que en la época de los Shyris se constituían por grandes cuadrados de muros, en cuyo centro se guardaban las armas y las escalas de que se servían los defensores. Al abrigo de esos muros, congregábanse los ejércitos, formados por voluntarios que, fuera de las épocas de guerra, vivían tranquilamente entre sus tribus y sus familias.

Los Shyris realizan su conquista; pero, los pueblos oprimidos no se conforman con su suerte y pronto se insurreccionan, para recobrar su libertad. Prodúcense nuevas guerras, hasta que las rebeliones terminan en atroces carnicerías, se diezman las provincias y se despueblan los territorios, enviándose a sus pobladores a establecerse en sitios a donde no les fuera posible practicar sus rebeldías.

Hijos de Imbabura, pobladores de Caranqui, defensores de Atuntaqui, nativos de Latacunga, Huancavilcas, Cañaris, Puruhács, Chimbos y Tiquizambis, en la larga sucesión de los Shyris, van formando sólidamente el Reino de Quito, que luego alcanzaría, cuando el Shyri XII una enorme extensión y una unidad completa, que se afianza ante el temor de ser dominado por

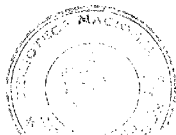
los Incas del Perú, de cuyas conquistas se hablaba constantemente y se hacía mérito en el Reino de Quito.

No pasó mucho tiempo, cuando ya el extenso y floreciente Reino de Quito, comenzó, en efecto, a desmembrarse en el reinado de Hualcopo, con las afortunadas conquistas de Tupac-Yupanqui, el Inca XII del Perú, quien, por el año 1450, inició aquella empresa que debía causar una serie de luchas en los pueblos de los Shyris; época en la cual brilla el genio militar de Eplicachima, notable estratega, que tomó para su cargo la defensa del Reino, en tanto que Hualcopo se ocupaba de levantar célebres fortalezas, en las que debían derramarse torrentes de sangre que debilitarían a estos pueblos que, pocos años más tarde, serían fácil presa de los audaces conquistadores.

El Inca Tupac-Yupanqui principia sus conquistas, sometiendo a las Provincias de Paita y Tumbes. Pronto los Cañaris, aunque astutos y aguerridos, se someten, sin dificultad, al poder del nuevo soberano. Se vencen, luego, después de tenaz resistencia las fortalezas de Achupallas y Pumallacta y se marcha hacia el Reino de Quito. Eplicachima es vencido en Tiocajas, por las tropas del Inca y muere en la batalla aquel célebre General. El Inca domina las fortalezas de Mocha y Latacunga y pronto ocupa Quito, en tanto, que su gobernante Hualcopo, parte con el resto de sus ejércitos a abrigarse en las fortalezas de Atuntaqui.

El vencedor regresa al Cuzco, pero su sucesor, Huaynacápac, heredero del trono de los hijos del Sol, continúa las conquistas. Llega a Quito, marcha al Norte y vence al último de los Shyris en Atuntaqui, aniquilando a su ejército a orillas del Lago Yaguarcocha; afianzando definitivamente su empresa con un matrimonio concertado con la princesa, única heredera del trono de los Shyris.

En este período de incertidumbre, encontramos un ejército dotado de especiales condiciones. Aquellas masas armadas, con las armas más primitivas, presentan caracteres que recuerdan a las vigorosas muche-



dumbres de combatientes de Egipto, de Caldéa y de la Siria, que, conducidas por el gran caudillo van a la lucha y, ciñéndose la corona del triunfo, esclavizan al pueblo vencido, sin ofrecer la rama de olivo, porque su pensamiento conquistador se extiende siempre, más allá de las fronteras y de los tiempos y porque sus aspiraciones, como insaciables, son insatisfechas siempre.

Durante el reinado de los Incas, todo varón debía saber manejar las armas y ser soldado. Principiaba la obligación del servicio militar, cuando el joven había cumplido 25 años, y no quedaba exento sino cuando había cumplido 60. Aunque todo varón debía ser soldado, no obstante, no se le ocupaba sino por tiempo determinado y después se le permitía volver a descansar entre los suyos.

Practicábase, pues, una forma de Servicio Militar Obligatorio de inusitada extensión, talvez como no se había realizado ni en la Grecia de las falanges, ni en la Roma de las legiones.

Los ejércitos se componían de cuerpos de compañías de soldados, que manejaban una misma arma; así había cuerpos de honderos, de lanceros, de maceros. El Jefe primero del ejército era, en rigor, le mismo Inca, pero siempre había un General que estaba a la cabeza de las tropas y a quien se le encomendaba el cuidado de todo lo relativo a la milicia; éste era siempre un Inca principal, que tenía bajo su dependencia a otros jefes y capitanes, porque en la organización del ejército, se había reproducido la organización de la Nación, distribuyéndole en decenas, centenas y millares. Cada compañía llevaba su insignia, y el ejército, la bandera o enseña del Inca, en la cual iba desplegado el Arco Iris con sus brillantes colores. El uniforme de la tropa consistía en el mismo vestido de la tribu a que pertenecían los soldados.

La fortificación la conocieron tanto los Quitus, como los Cañaris y los Puruhács, como sus conquistadores los Incas. La situación de las fortalezas, su trazado, la anulación de ángulos muertos, sus cortes proban-

do están que quienes las dirigían, penetrados debían estar de los principios que predominan en esas obras de defensa y auxilio, de apoyo para el combate y la manobra.

En sus conquistas, observaban dos principios: conservar tropas regladas y disciplinadas, y mantener, a todo trance, el orden y la obediencia en los pueblos conquistados.

Su disciplina, estaba basada en la autoridad divina del Inca, teniendo así la solidez de un inmutable principio religioso observado invariablemente.

Sobrios y abnegados, los indígenas, hacían largas marchas a pie, llevando como los soldados de los buenos tiempos de las legiones romanas, un puñado de maíz o de cebada, con el cual se alimentaban en sus largos recorridos al través de nuestras montañas, serranías o costas, cruzando ríos o dominando cumbres.

Para una batalla campal, acostumbraban formar los honderos la vanguardia y la retaguardia, los armados de rompe cabezas, hachas y macanas. Cargaban sobre el enemigo varios cuerpos a un mismo tiempo, en medio de gritos atronadores y al són de sus trompetas y caracoles. No hacían uso de centinelas, pero sí practicaban el espionaje, y la guerra solía principiar, generalmente, con un brusco asalto nocturno de una tribu a otra.

Los honderos iniciaban el combate a la distancia, lanzando piedras y dardos, y en el combate cuerpo a cuerpo esgrimían largas espadas o mazas de madera, ingeridas de agudos pedernales. Los maceros, robustos y entrenados, con sus enormes masas, entraban los últimos en la contienda.

Otras muchedumbres se presentaban al combate desnudas, pintadas con varias tintas y colores, galas militares que consideraban como influyentes para producir terror a sus enemigos, convencidos, también, según dice la leyenda, de que eran los ojos lo primero que se ha de vencer en la batalla.

Llevaban en sus cabezas coronas hechas con diversas plumas, porque creían que el penacho les hacía más altos y daba más cuerpo a sus ejércitos.

Formaban sus escuadrones, amontonando más bien que distribuyendo la gente; pero siempre dejaban algunas tropas de reserva para que socorriesen a los que peligraban. "Embestían con ferocidad, espantosos en el estruendo con que peleaban, porque daban grandes alaridos y voces para amedrentar al enemigo, costumbres que refieren algunos entre las barbaridades y rudezas de aquellos indios, sin reparar en que la tuvieron diferentes naciones de la antigüedad y no la despreciaron los romanos".

"Julio César alaba los clamores de sus soldados. Culpando el silencio en los de Pompeyo y de Catón el Mayor, solía decir que debía más victorias a las voces que a las espadas, creyendo unos y otros que se formaba el grito de los soldados en el aliento del corazón".

Terribles todos esos ejércitos en la contienda, educados en una envidiable moral patriótica, luchaban bajo la vista del Dios Sol, que iluminaba con sus más vívidos destellos los campos de exterminio y muerte. Generales y soldados tenían de su deber tan alta idea, que el sacrificio era una esperanza cumplida y una redención alcanzada y que iban al combate entonando el himno de la vida, rodeados de vestales que se enorgullecían con el honor de que se riegue el campo de batalla con la sangre de los suyos y que morían de remordimiento, de vergüenza y de pena, por la derrota, la cobardía y el deshonor.

En algunas batallas, como la de Quipaipán, brillan geniales concepciones de los Generales Quisquis y Callicuchima, honor de su tiempo y de su raza, servidores del gran Atahualpa en la injusta guerra promovida por su hermano Huáscar, heredero del Cuzco, que declaró la guerra al Reino de Quito, y como consecuencia de la cual, Atahualpa, extendió sus dominios enormemente, llegando a dominar desde Angasmayo, en Colombia, hasta el río Maule, en Chile; y desde el Pacífi-

co hasta las selvas orientales, Imperio de cuyo territorio hoy están formados Ecuador, Perú, Bolivia, una parte de Chile y otra de Colombia.

En la clásica batalla de Quipaipán, Huáscar cuenta con superioridad numérica de tropas; pero las maniobras de los Generales quiteños, ya nombrados, se imponen al número y en una impetuosa carga sobre los flancos de las tropas del Cuzco, arrollan a todo el ejército y lo derrotan en una espantosa confusión. Huáscar, en persona, cae en poder de las tropas de Atahualpa, dándose así término a aquella guerra que llevó al monarca Quiteño hasta el Cuzco, en donde, más tarde, debía caer en manos de los soldados de Pizarro.

Si se prescindiera de las armas de fuego, cuyo conocimiento tampoco era completo en Europa, cuando la conquista de América, los Incas conocían casi todas las armas y aún algunas armaduras defensivas. Tenían lanzas, grandes y pesadas, hechas de madera fuerte, otras, chicas, de cobre; alabardas y picas de chonta; espadas de cobre templado, sables grandes de madera; dardos arrojadizos; puñalones de dos filos; arcos y saetillas; y, entre las defensivas, eran célebres, un morrión de madera fuerte o de metal lustroso, engalanado con plumas de diversos colores y con pendientes de oro y plata, una visera de metal y una rodela con sus respectiva empuñadura.

Para la guerra, recibían una educación enteramente especial. Cuando un Inca llegaba a mayor edad era sometido a una serie de pruebas, a una vida llena de privaciones en cuyo tiempo vivía en el suelo comiendo poco y vistiendo apenas. Duraba el período de rigor una luna, pasada la cual se le permitía restablecer sus perdidas energías físicas con abundante comida para que se manifestara vigoroso en los simulacros de batallas, ataques y defensas ante una de las fortalezas.

Debían también probar la resistencia física con acometidas violentas lanzando grandes mazas o bien con prolongados ayunos que no debían alterar su hercúlea consistencia.

Los Incas cuidaban también de la preparación moral, se obligaban a cumplir los fines sagrados de su misión a la cual se preparaban con el mismo fervor, con idéntica fruición que para una práctica religiosa.

Cuando se llenaban todos los deberes, cuando ya el espíritu y el cuerpo se habían fortalecido para la guerra, el Inca recibía el **huaro**, se le abrían las orejas con un punzón de oro, y se le calzaba la sandalia guerrera.

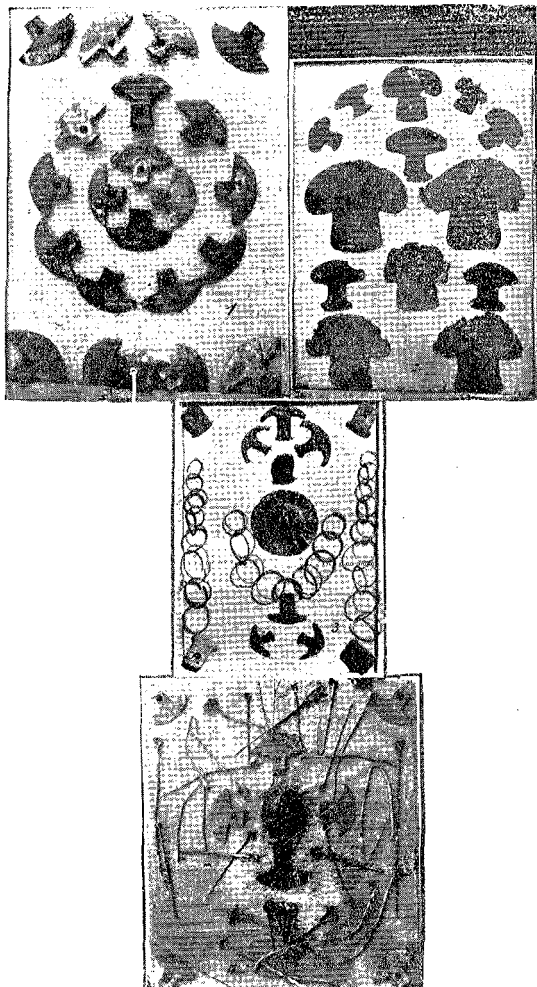
Para asegurar la alimentación de los ejércitos, existían grandes depósitos escalonados en los puntos más apropiados de los caminos, en los cuales se encontraban desde antes de que un ejército saliera a campaña, víveres, armas y vestuarios.

Apenas si en los tiempos que vivimos, quedan en el Ecuador unos pocos vestigios de civilización precolombial; apenas si una que otra joya brilla en los museos pregonando el poderío de las civilizaciones idas; apenas si restos de fortalezas, armas de piedra, algunas hachas de bronce se conservan para pregonar las capacidades guerreras de nuestros antepasados americanos. Y con todo, aquellos guerreros tenían, como se ha visto, grandes conocimientos del arte de combatir.

Se hallaba Atahualpa, en Huamachuco, con 50.000 soldados bien armados y disciplinados, élite de su ejército, cuando los primeros españoles llegaban a Tumbez y cuando el célebre Pizarro, después de obtener para sí prerrogativas y títulos, se internaba en Cajamarca con sólo 160 hombres, con los cuales iba a dominar un imperio desconocido para el mundo, pero firmemente consolidado por los siglos, por las guerras, por la religión y por las victorias.

Los conquistadores

Y entramos en el segundo período de este estudio, que debe referirse brevemente a aquella época en la cual las espadas de los conquistadores cortan la vida de los pueblos progresistas y taciturnos del nuevo mun^{do}



- 1.—Insignias del Comando, en cobre.
- 2.—Hachas de oro.
- 3.—Hachas en forma de ancla, orejones y narigueras, al centro el sol.
- 4.—Lancetones, agujas y prendedores. Al centro, busto de Huaina-Cápac, trabajo del hábil artesano cuencano, Aurelio Cuesta S.

do. Época en la cual aquellos nuevos jinetes del Apocalipsis: Hernán Cortéz, Francisco Pizarro, Valdivia, Almagro, Benalcázar, lanzan sus escuadrones entre las muchedumbres indianas, entre la gleba carcomida por las predicciones de Viracocha y que se asombra, se aturde y humilla y desconcierta con el fuego de los arcabuces, el estruendo de los cañones y la velocidad de los caballos, que persiguen sin tregua y que arrojan inmisericordes a los que hacen frente como a los que huyen de los campos de matanza.

Astuto, Pizarro, al saber la situación de Atahualpa, a pesar de las ofertas del gentil Monarca que cede a los conquistadores, sus casas doradas por el sol, su amistad y sus alianzas con el Gran Monarca a cuyo nombre avanzaban, forma consejo de sus oficiales y acuerda una celada para apoderarse del gran Inca, en medio de todos sus invictos vasallos. Sabe que las tropas del Inca, habían recibido orden expresa de no hacer mal a los extranjeros. Invita al Monarca confiado; a su propia casa, dispone sus tropas y con un golpe audaz, se apodera de Atahualpa, en tanto que disparan los suyos sobre las muchedumbres que sorprendidas y obedientes no oponen resistencia; dando así un golpe de muerte a aquel imperio, que sin más que la audacia de un puñado de conquistadores se transformaría en un dominio de España, sobre la sangre inocente del glorioso Atahualpa, la primera víctima de la gentileza y de la hidalguía incásicas.

Pizarro fija un tesoro fabuloso, como precio del rescate del Inca ilustre, el que en parte satisfecho, no le libra del patíbulo, al que le condena un tribunal que le acusa sirviéndose de una argumentación que hace honor al destituido Monarca.

El 29 de Agosto de 1533, Atahualpa, encadenado, sube al suplicio y muere con la entereza de su raza y la protesta en sus labios, por el atropello que se comete en su imperio, a nombre de una civilización y de una religión desconocidas.

La muerte de Atahualpa, desconcierta al gran Imperio. Rompe los vínculos entre gobernantes y gobernados; ya no hay firmeza ni estabilidad en sus instituciones, y así los españoles pueden continuar su marcha triunfadora en todos los dominios de Atahualpa. La resistencia de Quisquis en el Reino de Quito, el heroísmo del terrible Rumiñahui que sostiene sangrientos combates con Benalcázar, ya no son sino últimos vislumbres de una luz que se extingue. Quisquis muere en manos de Huaina-Palcón, a quien sostenía y con él se extingue la última resistencia en el antiguo Reino de Quito, al cual penetran libremente los conquistadores.

La Colonia

Mas, los fabulosos tesoros del Imperio de Atahualpa, producen entre el puñado de los conquistadores, celos y rivalidades tremendas. Pronto los soldados de Carlos V disputanse, a sangre y fuego, el áureo botín, y las tierras de América, ante el asombro de los conquistados y el gran desconcierto de los propios conquistadores, se riega con la sangre hispana. Luego la intriga y la deslealtad son armas que se esgrimen ante la Corte Española, a la cual le llegan los ecos de los grandes dolores que se sufren en las colonias, a la vez que se envían bajeles cargados de riquezas de todo género. Con todo, la Metrópoli, en muchos años, no se preocupa de establecer en sus colonias sistemas de gobierno y gobernantes que hicieran honor a sus grandes destinos.

En toda la época del coloniaje ningún sistema militar se observa en las colonias, lo cual era lógico desde que, cesadas las disputas sangrientas entre los conquistadores, tanto en el vasto Imperio de Ana-Huac como en el no menos importante de Atahualpa, nada ni nadie había que inquiete ni turbe, la obscura tranquilidad del incierto vasallaje. En los primeros tiempos, Cortez, Pizarro, Valdivia, habían impulsado sus

poderíos hasta un inusitado grado de grandeza. Después, ante el sociego de los pueblos conquistados, Virreyes y Audiencias, pequeñas Cortes, no disponen para su defensa, sino de algunas compañías veteranas y una que otra porción de milicias urbanas.

Por lo demás en los siglos transcurridos bajo la dominación española, en la hoy República del Ecuador, apenas si pueden anotarse como importantes las sublevaciones de Cañar en 1557, sofocadas por el Capitán Gil Ramírez Dávalos, fundador de Cuenca.

La de 1692, conocida como la revolución de las Alcabalas, en la cual, los quiteños se hicieron dueños de la ciudad, llegando en sus entusiasmos hasta tratar de proclamar la Independencia. Tocóle la pacificación, a Pedro Araure, con 300 hombres, enviados por el Virrey Mendoza.

También es célebre la conjuración del 22 de Mayo de 1695, que se produjo en Quito, para atacar la Administración de Aduana, insurrección que al grito de "¡mueran los chapetones!", se apodera de las defensas de la Audiencia, poniendo en grave peligro la estabilidad de las instituciones españolas.

En cuanto a los pueblos de la costa, son dignas de anotarse, las frecuentes incursiones de piratas, de las cuales fué víctima predilecta la ciudad de Guayaquil, que llegó, en algunas ocasiones, a ser ocupada por los aventureros del mar. En esos casos extremos, fueron tropas de la sierra, las que debieron marchar en socorro del pueblo hermano.

Con todo, las insurrecciones anotadas y otras de menor importancia no fueron consideradas en España, como síntomas de insurrección: pero, cosa distinta sucedió, cuando ya se produjo la Independencia de las colonias inglesas, pues ya España, temerosa de que sus vasallos de ultramar les imitasen, principió a enviar fuerzas a las colonias, las que sólo en Nueva Granada, sumaron pronto, 4.000 soldados, a los que se agregaban las milicias criollas, en número de 8.400 hombres.

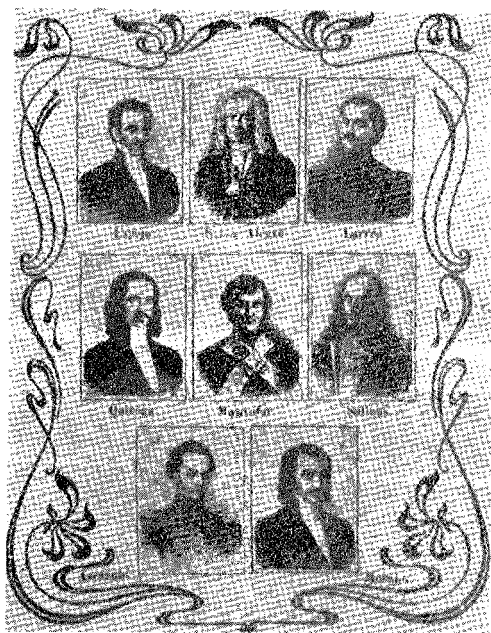
Fue, eso sí, considerado como un serio síntoma de que las colonias despertaban de su letargo, la sublevación del Inca Tupac—Amaru, indio genial que trató de restablecer el Imperio de sus ascendientes.

Sin mayores novedades, transcurrieron los siglos en la Colonia, sin manifestación alguna armada, y, en consecuencia, poco o nada se puede decir de la organización militar, salvo que se tratara de analizar las ordenanzas de Carlos II, vigentes en España, para aplicarlas a nuestro caso concreto, lo que no consideramos procedente.

La Independencia

Y sin otros detalles, entramos al período tercero, en el cual, delinearemos, a grandes rasgos, la intervención ecuatoriana en su Independencia y en la de los pueblos libertados por Bolívar; revolución originada en los brillantes escritos de Espejo, de Ante, de Nariño, de Unanue, y que explota el 10 de Agosto de 1809, lanzando el grito de libertad, que repercuteairoso en todo el Continente Americano y que siembra en el corazón de todos los hombres del mundo de Colón, la simiente sagrada que, luego había de fructificar, con Miranda, el Precursor, con Bolívar, el Grande entre los grandes, con Sucre, el héroe sin tacha y sin miedo, con el legendario Córdova, con el invicto Montúfar y con todos los conductores de los ejércitos que, surgidos de la revolución de Agosto, debían vengar la sangre de esos mártires quiteños y coronar su obra libertaria, en Boyacá, en Carabobo, en Bomboná, en Pichincha, en Junín y en Ayacucho.

Himnos de glorificación entonemos en honor de Bolívar, de sus tenientes gloriosos y del medio millón de soldados de la Gran Colombia, que recogieron la bandera tricolor de Miranda, en Puerto de Vela de Coro y la condujeron victoriosa, desde el Orinoco hasta el Potosí.



PROCERES DEL "10 DE AGOSTO DE 1809"

Los derechos del hombre, proclamados por la gran revolución francesa, las doctrinas de Voltaire y de Rousseau, que, burlando la inquisitorial vigilancia española, llegan hasta nosotros, a las que analiza el gran Espejo, criticando los caducos sistemas de gobierno, penetran, lentamente, en la conciencia americana, y como ya han madurado los pueblos y como las instituciones sociales no siguen un desenvolvimiento paralelo, el pensamiento de los americanos, contempla más vastos horizontes y dirige sus esperanzas y sus anhelos hacia la Independencia.

Pronto, en Quito, agrúpanse los americanos más ilustrados, admiran la Independencia ya realizada en los Estados Unidos de América; rememoran la acción de Miranda en 1806, corren en todos los labios los principios de igualdad, libertad y fraternidad, y la conspiración, como las raíces de las plantas que en los inviernos trabajan en el interior de la tierra, sin surgir a la superficie, los ensueños de libertad inflaman de entusiasmo el alma de los quiteños y después de algunas reuniones ocultas o disimuladas, en la noche del 9 de Agosto de 1809, los conjurados sesionan en la casa de la mujer fuerte, Manuela Cañizares, y el 10 de Agosto, nuestros padres acuerdan la constitución de una Junta Soberana, desconocen a los gobernantes españoles, proclaman la Independencia, con la participación de los Comandantes Salinas y Ascázubi y de las tropas a sus órdenes.

Surgen, entonces, voluntarios de los confines de la Audiencia, se buscan armas, se acuartelan tropas, y la revolución progresa. Un gobierno independiente, una administración autónoma, parecen ya nacer de la gloriosa escena.

La Junta Republicana invita a los pueblos colindantes a que se unan a los próceres quiteños y constituyan juntas similares.

Mas, protesta Pasto, el Virrey de Lima moviliza tropas y condenando la audacia de los autores de la revolución, desde Santa Fe, se discute la actitud de los

quiteños, se anubla el horizonte, y si los voluntarios quiteños se movilizan hacia el Norte y el Sur para oponerse al avance de las tropas realistas, no son suficientes, ni están preparados para la lucha. El Coronel Ascázubi es derrotado en Zapuyes, y las tropas independientes deben volver a la Capital. Todavía, en los pueblos limítrofes al de Quito, no estaba preparado el espíritu de esos hombres para la libertad.

La Junta Soberana de Quito se debilita, por la desconfianza de sus miembros que no dan oído a Morales y a Quiroga, que encuentran en sus aspiraciones fortaleza necesaria.

El General Aymerich, desde Cuenca, avanza con 2.000 hombres, sobre Quito; el Coronel Arredondo llega con 500 peruanos, y la Junta Soberana, después de sólo dos meses de existencia, se ve obligada a disolverse, volviendo al poder el Conde Ruíz de Castilla que promete perdón y olvido.

Mas, muy luego, apoyado en las tropas extranjeras, quebranta sus promesas, arrastra a las prisiones a los próceres de agosto, decreta sentencia capital contra 46 patriotas e impera de nuevo el despotismo colonial.

Evidentemente, en este corto período de Independencia, faltaron Jefes de cualidades guerreras para manejar esos voluntarios, en los que no podían primar la disciplina ni la unidad de acción; pero, el grito de agosto echó los fundamentos sobre los cuales surgirían luego, la independencia y la libertad de América.

Ascázubi, Salinas, Morales, Larrea, Quiroga, Arenas, Vélez, Villalobos, Olea, Cajías, Peña, Vinueza, Riofrío y otros muchos de los héroes de agosto, yacen en las prisiones. Siéntese que la muerte se cierne sobre aquellos ilustres varones, y el pueblo de Quito, se exalta contra el Presidente que quebranta sus promesas. Suena la campana de alarma y puñados de quiteños lánzanse sobre el Cuartel Real de Lima, desarman a la guardia y ábreuse las puertas de los calabozos para dar libertad a los ilustres presos. Mas, las tropas del Batallón realista "Popayán" dominan a los conjurados, re-

cuperan el Cuartel del Real de Lima y asesinan a los próceres sellando con su sangre la libertad apetecida.

Con la llegada a Quito del Coronel Carlos Montúfar, constitúyese una Nueva Junta Soberana. Las tropas extranjeras son sustituidas con cuerpos de tropas patriotas. Como Arredondo se estaciona en Guaranda, marcha Montúfar contra él, obligándole a retirarse sobre Cuenca, después de un combate entre las vanguardias. Montúfar, soldado educado en las escuelas militares de España, marcha al Norte con 500 hombres, al encuentro del Coronel Tacón, que quiere invadir el territorio, le vence en el paso de Funes, triunfa en Calabozo y se apodera de Pasto, la Vendé Realista.

La revolución independiente cambia, entonces de aspecto. Tiene ya en el Ecuador, el apoyo de la opinión pública. Triunfante la revolución convócase un Congreso Constituyente que decreta la constitución de la República el 1º de Enero de 1812, dictándose la primera Carta Fundamental.

Mas, se hace menester iniciar en el acto una nueva campaña. Desde Guayaquil, Cuenca y Pasto, avanzan tropas realistas. En Paredones la caballería quiteña dispersa la vanguardia enemiga. Se combate victoriosamente en Verde Loma, el 24 de Junio de 1812. El Coronel Checa reorganiza el ejército, después de esa jornada. Calderón marcha al Norte. El Coronel Zalumbide asalta Pupiales el 5 de setiembre de 1812. El Coronel Montúfar con su espíritu guerrero y patriota, se multiplica, con asombrosa actividad.

El General Montes, con una expedición de tropas españolas y peruanas, en número de 4.000 hombres, se mueve sobre Quito. Se combate en Mocha con suerte adversa para las armas de la República, se triunfa en Latacunga, pero Montes recibe nuevos refuerzos y ataca a Quito el 6 de Noviembre, estrellándose con una inusitada resistencia que le ofrecen los patriotas hasta el día 7 en la tarde, en que los asaltantes ocupan la cumbre del Panecillo apoderándose del parque Republicano.

El Coronel Montúfar, con 600 hombres se retira a Ibarra, libra en San Antonio, el 27 de Noviembre, un combate en que triunfa, pero sufre en Ibarra un descalabro final. En esta acción, el Teniente Landaburo muere abrazado de la enseña tricolor, teñida en sangre.

Así termina este segundo período de la República que había durado dos años.

De 1812 a 1822, el Ecuador participa en las jornadas de la Independencia, con sus hombres que van a servir a las órdenes de Bolívar, en Colombia y en Venezuela. Fueron 100.000 ecuatorianos el contingente de sangre que se dió a la libertad de América.

Entre tanto, ya Bolívar había libertado en Boyacá a Nueva Granada y en Carabobo, a Venezuela. En 1820, ya en toda América, eran notables los progresos alcanzados por las tropas independientes de Bolívar y de San Martín.

El pueblo de Guayaquil, animado de su gran espíritu de libertad, encuentra el momento propicio y proclama el 9 de Octubre su independencia, acto que influye, en forma trascendental, en los futuros destinos del Ecuador.

La Junta de Gobierno, la componen los preclaros patriotas, Olmedo, Ximena y Roca. Pronto a las órdenes de los Coroneles Febres Cordero y Urdaneta, marchan 1.800 voluntarios guayaquileños a dar libertad al pueblo de Quito.

El ejército realista que toma nota del acontecimiento, se alista para dominar a la Provincia libre.

Se combate en Camino Real, triunfando las armas independientes. Se avanza sobre Quito, pero, una división realista, a órdenes del Coronel Francisco González, triunfa en Huachi el 22 de Noviembre, y las tropas independientes deben volverse a Guayaquil.

Pero ya una derrota o una victoria, no influyen mayormente en el espíritu de la revolución.

El 3 de Noviembre, la ciudad de Cuenca proclama su Independencia. Riobamba el día 12 y Ambato el 13, secundan el grito de libertad.

El 3 de Enero de 1821, el Coronel García, con 600 voluntarios es vencido en Tanizahua.

Pero, ya Bolívar, informado de los acontecimientos de los pueblos del Sur y aún cuando se hallaba combatiendo a las puertas de Pasto, apresta su genial concurso y envía al General Sucre, el más selecto espíritu guerrero de la época de la Independencia, a Guayaquil, con una división de 1.500 veteranos, para que abra operaciones sobre el interior de aquel Departamento.

Sobre la base de esas tropas, Sucre organiza un ejército regular, con los voluntarios de Guayaquil. Con ellos, el 19 de Agosto de 1821, triunfa en Cone, pero el 12 de Setiembre del mismo año, en cruenta batalla, es vencido en Huachi, en donde se desorganiza su ejército.

Sucre vuelve a Guayaquil y procede a organizar un nuevo ejército. Acepta los auxilios que desde el Sur le ofrece San Martín. Se une con ellos en el Azuay. La caballería independiente triunfa sobre la realista en Riobamba, el 21 de Abril de 1822, y el ejército avanza sin dilación hacia Quito, ciudad defendida por 2.000 realistas.

En la noche del 23 de Mayo, asciende al Pichincha, realizando una marcha sin precedentes. A las 9 del día 24, domina la cumbre y contempla la ciudad. Inmediatamente se inicia la batalla que, después de pocas horas, se traduce en una esplendente victoria en que brilla el genio militar de Sucre y el valor de sus batallones: "Yaguachi", "Alto Magdalena", "Tiradores de Paya", "Albión", "Trujillo", "Voluntarios de la Patria", "Vengadores", "Granaderos de los Andes" y "Dragones de Colombia".

Capitula el ejército español que se entrega sin mayores exigencias al ejército republicano.

Quito firma definitivamente su Acta de Independencia y el pueblo, cuna de la libertad, es libre.

Entre tanto, el Libertador Bolívar, libra la sangrienta batalla de Bomboná, el 7 de Abril de 1822, y abierta las puertas de Pasto, marcha a Quito, a donde entra triunfalmente.

En todo este período por lo que se refiere a los contingentes realistas, se observan las Ordenanzas vigentes en España. En cambio, las tropas independientes operaban siguiendo las prescripciones napoleónicas, agrupadas en batallones de infantería, regimientos de caballería o baterías de artillería, en las que reúnen sus riquísimos cañones. No se tiene más objetivo que la batalla y en la batalla se persigue el aniquilamiento total del adversario, para poder, sobre esa base, levantar enhiesta la bandera de la libertad.

Es curioso observar, afirma un autor moderno, cómo los Generales de la revolución de América, aplicaban, casi por instinto, los principios de los Mariscales de la Guerra de Europa, observando idénticos procedimientos, deduciéndolos todos del conocimiento de la naturaleza y del análisis del factor hombre, procedimientos que aquí en América no tenían otro nombre que el de "los caminos de la libertad".

Organizar una fuerza, darle forma y espíritu, comunicarle impulso, perseguir en la maniobra la sorpresa y en la sorpresa la ofensiva inmediata, eran maniobras estratégicas de carácter napoleónico, practicadas constantemente, sin espíritu de imitación, por Bolívar y sus tenientes.

Una vez en el Ecuador, Bolívar pudo ya contemplar el problema de la libertad de los pueblos del Sur, Alto y Bajo Perú, los que, después de las batallas de Moquegua, de Ica y de Torata, se hallaban dominados por las armas hispanas, a órdenes de Generales tan distinguidos como Valdez, La Serna y Canterác.

En el Perú, se hallaban concentrados los mayores núcleos de fuerzas españolas, entusiasmadas por una serie de triunfos consecutivos.

Y allá había que ir, y con esa autoridad fascinadora que Bolívar sabía incrustar en el corazón de sus soldados, dá fórmula definitiva a sus vastos proyectos y, antes de ser solicitado, traza ya sus planes de guerra, que luego serían sancionados en las victorias de Junín y de Ayacucho.

Recordemos que antes de Carabobo, ya las tropas independientes tenían una sólida organización; que éllas fueron instruídas por soldados que habían hecho la guerra en Europa, franceses, ingleses e italianos; que obedecían ya reglamentos y ordenanzas de instrucción y que ya se afirmaban definitivamente en los principios que debían informar todos los procedimientos de guerra.

Con Bolívar y con Sucre, la guerra de movimiento se practica en toda su amplitud.

La caballería fue durante todos los 21 años de las luchas por la libertad, un arma preponderante, que realiza sus ataques en escuadrones, en líneas o en columnas, que persigue la explotación del éxito, activa y tenazmente, y que explora y que da seguridad en marcha o en reposo.

Se encontraba el Libertador Bolívar, en la ciudad de Guayaquil, que acababa de proclamar su incorporación a Colombia, el 30 de junio de 1822, cuando recibió de parte del Gobierno del Perú, la primera delegación que solicitaba el auxilio de Colombia para la salvación de ese País, dominado por el General Canterac y sus fuerzas victoriosas.

El Libertador manifestó que Colombia haría su deber en el Perú: llevaré sus soldados dijo, hasta el Potosí y estos bravos volverán a sus hogares, con la sola recompensa de haber destruido a los últimos tiranos del Nuevo Mundo.

Agregó, responda Ud. al Gobierno del Perú, que los soldados de Colombia, ya están volando en los bajeles de la República, para ir a disipar las nubes que turban el Sol del Perú. El Libertador, dijo también, que si el Congreso General de Colombia, no se oponía, ya pronto tendría la honra de ser soldado del gran ejército americano, reunido en el suelo de los Incas.

Nuevas delegaciones de parte del Perú, instan al Libertador para que destruya con sus armas al ejército español.

Mas, antes, debió abrirse un paréntesis por nuevas luchas en el suelo de la Gran Colombia.

1.500 soldados de Pasto, dirigidos por su caudillo Agualongo, de singular bravura, avanzan sobre Quito, insurreccionados, proclamando al Rey de España.

El Libertador Bolívar con aquella asombrosa actividad que fue una de sus características excepcionales, vuela a la Capital. Organiza batallones de voluntarios en los pueblos del Ecuador, y, repentinamente, despues de una legendaria marcha por las cordilleras, cae el 17 de Julio de 1823, sobre los rebeldes, los deshace en las orillas del Tahuando, los persigue incansablemente y vuelve a Quito victorioso, ciudad en donde le espera una tercera embajada del Perú, que clama por la pronta intervención de los bravos de Colombia en sus destinos.

El Libertador activa las concentraciones de las tropas que debían embarcarse para el Perú. El día 2 de Agosto, ya se encuentra en persona en el puerto de Guayaquil y como en la mañana del día 7, recibe el decreto por el que el Congreso le concedía el permiso para que se traslade al Perú, porque la seguridad de Colombia, dependía de su presencia en aquel país, una hora después, se embarca para el Callao, a bordo del Bergantín "Chimborazo".

Hoy es el aniversario de Boyacá, dijo uno de sus tenientes, al embarcarse; buen presagio para la futura campaña.

Honor y muy singular para el Ecuador de hoy es el de que para la campaña del Perú, se hubieran alistado voluntarios de todas las regiones en los cuadros de las invictas unidades que debían triunfar en Junín y libertar a América en los campos de Ayacucho.

Del Centro de Nueva Granada y de Venezuela, apenas llegaron a los Departamentos del Ecuador, gloriosos restos de unidades consumidas en las batallas de la libertad. No debemos olvidar que las tropas de Bolívar, acababan de combatir en la sangrienta batalla de Bomboná, que los auxilios que trajo Sucre, fueron

considerablemente mermados en las batallas de Cóne, de Huachi, de Pichincha y de Ibarra, y que todas esas Unidades debieron llenar sus claros con ecuatorianos antes de su marcha al Perú.

Sólo en el puerto de Guayaquil, se embarcaron para la guerra del Perú, organizados en los despartamentos del Ecuador, los siguientes contingentes:

El 23 de Marzo de 1823, la primera división, a órdenes del General Valdez, formada por los batallones, "Voltijeros", "Pichincha", "Vencedores" y "Yaguachi", con un contingente de 3.000 soldados armados, municionados y equipados;

El 17 de Abril del mismo año, la segunda división, al mando del General Lara, compuesta de los batallones, "Vargas", "Bogotá", "Rifles" y el Escuadrón de "Lanceros", con un total de 2.450 soldados;

El 1º de Mayo, un tercer auxilio, de 878 soldados de distintas reparticiones;

El 7 de Agosto, se embarca el Libertador en persona, con un contingente de 1.365 hombres;

En Febrero 26 de 1824, sale el quinto auxilio, formado por 900 reclutas ecuatorianos, que llevan gran cantidad de elementos de guerra y vestuarios para el ejército Unido;

En Abril 23, se embarcan directamente para Huancho, a órdenes del Coronel Figueredo, 1.050 hombres que forman el sexto auxilio;

El 20 de Mayo, se embarca el batallón "Zulia", al mando del Comandante León, llevando un contingente de tropas voluntarias, con un total de 1.070 soldados.

En Enero 14 de 1825, la división Valero, que llegó de Venezuela a Guayaquil, salió también para el Perú engrosada con voluntarios ecuatorianos con un contingente de 1.574 hombres.

Y por último, el 21 de Mayo de 1825, una compañía de artillería se embarcó en Guayaquil, para cooperar al sitio del Callao, con 63 artilleros, cuyos cañones iban a resonar por última vez ante las fortalezas que

arriarían el pendón de Castilla en las tierras Americanas.

Fueron, pues, 12,331 hombres, el auxilio que del puerto principal del Ecuador, salió, condujo personalmente, o llamó el Libertador para la campaña del Perú y fueron, pues, ecuatorianos en gran número los que integraron aquellas gloriosas Unidades que dieron la Independencia a los pueblos del Sur.

Pronto el Libertador, desde Pativilca, lanzó su profético "triunfar" ya que para ello disponía de las tropas de la Gran Colombia ilustradas en cien combates.

Entre tanto, la anarquía devora al pueblo peruano y la traición consume su ejército, y la situación del Virrey, formidable por sí misma, vuélvese brillante.

Apenas un puñado de peruanos leales, rodcan al Libertador y a las tropas de la Gran Colombia.

El Libertador toma el mando del Ejército, moviliza sus tropas, pasa una Gran Revista en Cerro de Pasco, el 2 de Agosto de 1824, a 12.000 pies sobre el nivel del mar. El ejército ascendía en esta fecha a 7.700 hombres de todas las armas, pues el resto debía cumplir múltiples tareas, en un país en su mayor parte enemigo.

Divide sus tropas en tres divisiones y nombra Comandante en Jefe al General Antonio José de Sucre.

"Soldados, les dijo: vais a contemplar la obra más grande que el cielo ha podido encargar a los hombres: la de salvar al mundo entero de la esclavitud...."

"Soldados, el Perú y la América toda, aguardan de vosotros la Paz, hija de la Victoria, y aún la Europa liberal os contempla con encanto, porque la libertad del nuevo mundo es la esperanza del Universo"....

Pocos días de marcha, cuando el 6 de Agosto de 1824, se avistan los dos ejércitos. Canterac continúa retirándose, en tanto que el Libertador se adelanta con la caballería y le alcanza el 5 en la tarde en las pampas de Junín.

La caballería patriota debe atravesar un desfiladero: los "Granaderos de Colombia", seguidos de los

“Granaderos de Buenos Aires” y de los “Húsares de Colombia”, salen a la llanura y se presentan en batalla, en tanto que los escuadrones del Perú, en columna, esperan entre las colinas y un riachuelo porque no había campo para desplegarse.

Canterác hace una conversión y carga con sus 1.200 jinetes a los regimientos republicanos.

Se produce el choque formidable, en el cual no suena un tiro, y después de poco, aquella función épica se termina con la victoria de Bolívar.

Aquí, por honor de aquellos gloriosos jinetes, debemos hacer una pequeña aclaración histórica, sobre la batalla de Junín.

Desde los primeros años de la guerra de la Independencia, uno sólo fué siempre el sistema observado escrupulosamente por los jinetes de la Gran Colombia: atacar, retirarse y volver caras, para sorprender al enemigo o para separar la caballería enemiga de la Infantería. No es, pues, verdad que en Junín, la caballería española, hubiera desconcertado o dispersado a la caballería colombiana al mando de Necochea. La caballería colombiana en esa batalla, como antes en las inmortales del Apurc, y en las del Occidente de Venezuela, en los años 13 y 14, como después, en el propio campo de Ayacucho, no hizo sino aplicar la prescripción vigente entre los llaneros, dictada por el invicto Páez y que decía: “Es cosa esencialísima enseñar a la caballería a cargar, retirarse y volver caras, a **ser ternejal en sus cargas**, como dicen nuestros llaneros”. Ese hecho, realizado también en la batalla de Riobamba, en nada mengua la gloria que le cupo a la reserva de caballería, formada por los “Húsares” del Perú, pero la aclaración histórica hace honor a los combatientes, por fundarse en severa justicia dejamos de ella constancia.

Después de Junín, se realizan aquellas inusitadas marchas y contramarchas de los ejércitos contendores, en los desolados páramos de las cordilleras andinas. Ahí el espíritu previsor del Mariscal Sucre, brilla en

todo su esplendor. Su previsión sustenta a las tropas en territorios en los que se carece de todo. La logística hace prodigios y en aquellos cuatro meses que transcurren hasta la batalla de Ayacucho, las tropas del ejército libertador, dan muestras de asombrosa resistencia.

Bolívar debe volver a Lima, llamado por los negocios de la política y de la guerra.

El preclaro Sucre toma el mando de las tropas y al cabo de aquellos movimientos estratégicos sorprendentes, realizados entre riscos, breñas, desfiladeros, ríos y cañadas profundas, la aurora del día 9 de diciembre de 1824, ilumina a esos dos ejércitos dispuestos a jugar en la llanura de Ayacucho, al pie del Condorcunca, los destinos de la libertad de América.

Líbrase la formidable batalla, en la cual 5.780 libertadores, de los cuales 3.500 ecuatorianos, 1.500 colombianos y venezolanos, 1.200 infantes y 80 jinetes, entre peruanos, argentinos y chilenos, triunfan sobre el ejército realista compuesto de 9.310 hombres.

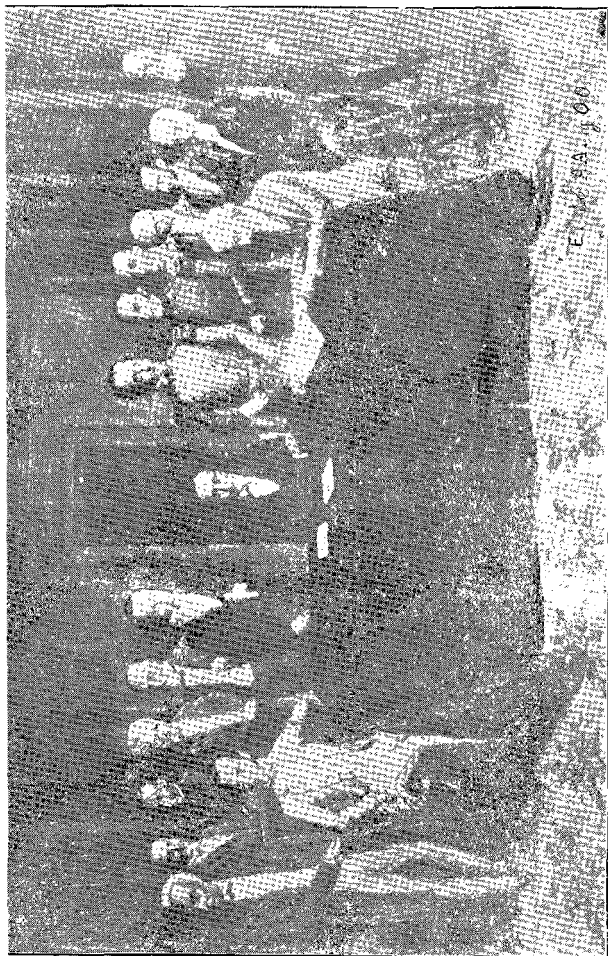
Momentos antes de la batalla, el General en Jefe que horas más tarde sería Mariscal de Ayacucho, había dicho:

“De los esfuerzos de hoy pende la suerte de la América del Sur”.

“Otro día de gloria va a coronar vuestra admirable constancia”.

“Soldados, dijo Bolívar, Colombia os debe la gloria que nuevamente le dáis. El Perú, vida, libertad y paz”.

Con Ayacucho, terminó el dominio de España en sus colonias. Pronto se funda la República de Bolivia, completándose, así, la tarea que pocos meses antes se había impuesto el Libertador, al salir de la Gran Colombia.



PRO CERES DEL 9 DE OCTUBRE DE 1820

En la Gran Colombia

Y, cuarto período de este ligero estudio, va a formar la rápida reseña de los ocho años que formamos parte de la Gran Colombia, la gloriosa creación de Bolívar, y lo referente a los cien años de nuestra vida independiente, dolorosa gestación de un país hidalgo, que va afianzando, una por una, todas sus libertades, conquistando uno por uno, todos sus derechos, alcanzando todas sus prerrogativas y aspirando a fijar todas sus fronteras, dentro de las limitaciones territoriales con que le dotó la sabia naturaleza, le confirmaron los conquistadores y les sancionaron las victorias del año 1829, cuando se ensangretaron, por primera vez, las tierras de Bolívar, con una guerra entre pueblos que sólo, pocos meses antes, habían unido sus banderas en una causa común, movidos por el deseo armónico de arrojar al invasor de estas tierras que tienen por símbolo el Sol de la Libertad.

Los ocho años del Ecuador colombiano, a consecuencia de las largas guerras sostenidas por la libertad, apenas, si pueden considerarse que se han señalado por algunos progresos realizados, como no fueran otros que la lealtad manifiesta al Libertador Bolívar y a su obra de libertad, su inmenso cariño a Sucre, y su obstinación a toda prueba en su labor libertadora, pobre compensación de cuanto le debía la República a quien le libertó en la jornada legendaria de Pichincha.

Los primeros días del año de 1829, abren en el libro de América, la primera página de dolor. El Perú, con incalificables pretensiones, sienta la discordia y Colombia debe ir a la guerra para sancionar sus derechos territoriales.

La escuadra peruana bloquea y ocupa Guayaquil, mientras un ejército de 8.000 hombres a órdenes del General Lamar, ocupa Loja y avanza en dirección de Cuenca. Detenido Bolívar por los insurrectos del

Cauca, no puede, como eran sus deseos, acudir en auxilio de sus pueblos del Sur y el Ecuador sólo, debe sostener la guerra y oponerse a la invasión peruana.

Felizmente, muchas Unidades, de aquellas que se ilustraron a órdenes de Sucre en Ayacucho, puestas a órdenes del invicto Mariscal están entre nosotros y antes de 30 días, el 28 de Febrero de 1829, libran en Tarquí una sangrienta batalla, que termina con una nueva esplendorosa victoria, cuyos laureles cifien, una vez más, las sienes de los veteranos de la Independencia.

El 13 de Mayo de 1830, se disgrega la Gran Colombia. El invicto Páez se declara en Venezuela, en Gobierno Independiente. Sucre, el ídolo del Ecuador y a quien este país le hubiera confiado sus destinos, cae asesinado en las montañas de Berruecos el 4 de Junio, cuando ya un mes antes, también el Ecuador se constituía en República independiente, pero leal siempre a la obra del Gran Bolívar.

La República

Y entramos en el primer período de nuestra vida nacional.

Nuestra historia patria, como la de la antigua Roma, es historia esencialmente militar.

Después de tres siglos de coloniaje, después de 21 años de luchas cruentas, por alcanzar la apetecida independencia; después de la jornada gloriosísima del 10 de Agosto de 1809, cuyo grito histórico fue repetido de ciudad y de monte en monte por todo el Continente; después de la luctuosa hecatombe de los próceres quiteños en 1810; después de la feliz proclamación de la independencia de Guayaquil el 9 de Octubre de 1820; después de la inmortal batalla de Pichíncha, librada el 24 de Mayo de 1822; y, después de la anexión de los departamentos del Sur, que formaron antaño el Reino de los Quitus, de los Shyrís y de los Incas, el Ecuador

surge en 1830, como Nación libre, soberana e independiente.

Formado por elementos no bien amalgamados, el pueblo ecuatoriano, como un niño en su primera infancia y como todos los demás pueblos que vivieron sometidos durante 300 años a la tutela de los Reyes Castellanos, no estaba, sin duda, preparado para la República.

La esclavitud colonial no fue una buena escuela para obtener el grado de perfeccionamiento que requería el Gobierno de la democracia y el triunfo de los dogmas proclamados por la revolución Francesa; así como los esfuerzos de los Miranda, Espejo, Naríño, Bolívar, Sucre, Páez, Córdova y los demás próceres de la gloriosa epopeya colombiana, tuvieron que limitarse a su objeto principal, la emancipación, sin lograr la unión ni menos la cohesión de los Nuevos Estados Independientes, que empezaron desde luego su rudo aprendizaje, devorados por ambiciones corruptoras y por el monstruo disociador de la anarquía; ni tampoco los elementos de heroísmo y sacrificio que trabajaron en la obra prodigiosa iniciada en Puerto Cabello el 28 de Abril de 1806 y terminada en Ayacucho el 9 de Diciembre de 1824, pudieron darnos, en conjunto y en sus detalles, el modelo que nuestra futura vida ciudadana requería.

Somos, pues, los ecuatorianos, como lo era nuestro Libertador "Hijos de Colombia y Marte", nacidos en el vivac y arrullados por el estampido del cañón y por las fragores estruendosos de la guerra; y es el ejército, dueño de nuestras glorias militares, quien a los destellos de su espada vencedora, reveló al mundo civilizando nuestra existencia como nación autónoma en el continente esencialmente democrático y republicano.

Pero, la misión del Ejército Ecuatoriano, no se detiene seguramente allí, ni se limita al momento histórico, en que se manifestó como verbo fecundo de nuestra nacionalidad y soberanía autónomas y mal podía sustrarse a la ley general de sociología que armo-

niza toda evolución y todo progreso con el esfuerzo continuo y doloroso, con la lucha incesante, con la guerra sanguinaria, con la revolución demoledora, corrientes impetuosas que turban el curso normal de la vida de los pueblos; conflagraciones asoladores, pero que dejan bajo los escombros el abono de las cenizas que harán brotar más vigorosas, las ciencias, las artes, las letras y las libertades.

Y así, en el primer siglo de nuestra vida independiente, puede afirmarse que nuestro Ejército no ha podido ser extraño a ninguna de las fases de nuestros movimientos progresivos, siendo probable que hubiéramos progresado mucho más, si nuestro país hubiera estado militarizado antaño, como lo comprendió Montalvo, el Gran Vidente Nacional, cuando dijo: "Que el pueblo donde cada ciudadano fuera soldado, y cada soldado ciudadano, sería el llamado a ocupar el primer puesto en el concierto mundial".

Desde el año 30 hasta el 45, el Gobierno del Primer Presidente del Ecuador, General Juan José Flores, prócer de la Independencia, es un gobierno esencialmente militar. Manda al país con sus Tenientes, apoyado en los gloriosos tercios que habían dado la libertad a esta República, bajo la espada de Bolívar.

Orgullosos, los invictos soldados por sus antecendentes, producen constantes disturbios en la naciente República, y, así, su organización no se consolida ni mejora en sentido alguno.

En un interregno en el período floreano, brilla el Presidente Rocafuerte, espíritu progresista y es él quien el 8 de Marzo de 1838, establece un Colegio Militar, para formación de los Oficiales del Ejército y es él, también quien el 5 de Mayo de 1838, ordena el alistamiento de todos los ciudadanos ecuatorianos de veinte a veinticinco años de edad, para formar un ejército nacional.

Cuando el señor Francisco Aguirre, Vicepresidente de la República, se encarga del Gobierno, el 4 de Setiembre de 1840, crea por primera vez un Estado Mayor General, y es en el tercer período del General Juan

José Flores, que se ordena, el 19 de Julio de 1843, la inscripción de todos los ciudadanos en los libros de alistamiento, formando las guardias nacionales.

Debemos dejar constancia, que el adiestramiento nacional, tiene un gran ensayo, en la revolución iniciada en Guayaquil, el 6 de Marzo de 1845, y es bajo el impulso de las fuerzas vivas de la nación que se cambia sustancialmente el sistema de Gobierno en la República, formándose una serie de Cuerpos de Ejército ecuatorianos, que sustituyen a las reliquias de los Batallones de la Independencia con los que gobierna el General Flores.

De Flores a García Moreno, no hay reformas sensibles. Este último gobernante, decreta la creación de una Escuela práctica de cadetes para la formación de Oficiales y que reemplaza al colegio creado por Rocafuerte y extinguido poco después. Es García Moreno el que crea varios Regimientos de Caballería, considerando la importancia de esta arma, en nuestra República, y quien distribuye las guardias nacionales en Batallones y Regimientos, de infantería y de artillería, y es él quien organiza y reglamenta los diversos Departamentos de Guerra, Estado Mayor, Sanidad, Intendencia General del Ejército, afianzándolo todo en una férrea e indomable disciplina, pues, él gobierna con el terror, sanciona las insubordinaciones con pena de la vida, pero eleva, evidentemente, el concepto moral profesional.

En la época de García Moreno, como casi en todas las anteriores, se desencadenan varias revoluciones. En su período se combaten con suerte diversa, contra contingentes colombianos en Cuaspud y Tulcán, y todo el país aguerrido, está listo para toda emergencia.

En la presidencia del señor José María Urbina, se establece una Escuela Náutica en la ciudad de Guayaquil, el 1° de Abril de 1853.

Con Veintimilla, el Ejército permanente, toma un nuevo carácter. Se personaliza, adora a su caudillo y le es leal, hasta quemar el último carucho. Decidido

este Gobernante a perpetuarse en el Poder, la República entera se levanta en armas el año 83, pero sus fuerzas le sostienen y la nación debe tomar uno por uno todos sus reductos.

Los otros Gobiernos del Ecuador, que desfilan en una sucesión legal, hasta el doctor Luis Cordero, todos, cual más, cual menos, velan por el Ejército, reglamentan la Institución, sostienen el Colegio Militar, pero no se desenvuelven ampliamente las energías militares de la Nación.

En toda esa época, rigen las ordenanzas españolas y practicanse los reglamentos franceses, traídos al país por el ilustre General Salazar, allá poco menos que a mediados del siglo pasado.

Con la saludable revolución del 5 de Junio de 1895, se abre una nueva etapa para todas las Instituciones de la República, que, impulsadas por el General Eloy Alfaro, guerrillero valiente, notable conductor de tropas, formado en los campos de batalla, toman todas un impulso evolutivo muy notable. El General Eloy Alfaro preocupase fundamentalmente de las instituciones armadas. El 7 de Mayo de 1896, establece una Comisión Codificadora de reformas de Leyes Militares. El 12 de Julio del mismo año, ordena el alistamiento de todos los ciudadanos en las guardias nacionales. El 11 de Agosto de 1898, reglamenta las brigadas, batallones y regimientos de caballería. El 11 de Diciembre de 1899, establece definitivamente el Colegio Militar. El 30 de Enero de 1900, decreta la creación de una Academia de Guerra. El 31 de Enero de 1900, funda la primera Escuela de Clases.

Y este mandatario, en su afanoso empeño de reformas, trae de la República hermana, de Chile, una Misión Militar, compuesta de un selecto personal que toma a su cargo la instrucción del Ejército y su organización.

Por siempre perdurarán en las memorias de los ecuatorianos los nombres de los Oficiales Chilenos, General Dn. Luis Cabrera, Coronel Dn. Ernesto Me-



dina, Comandantes Franzani, Olca, Bravo, Fuenzalida y los más que en el Ejército y en la Marina del Ecuador, dejaron la huella de sus luces y sus enseñanzas perdurables.

En los años de la administración del señor General Leonidas Plaza G., se dictan las Leyes: Orgánica Militar, Servicio Militar Obligatorio, Planta y Sueldos del Ejército, Retiros y Montepíos y Reglamentos de Instrucción para todas las armas y para todos los Institutos, basados en los similares vigentes en el Ejército de Chile, fundamentados, a su vez, en los del Ejército Alemán.

Con la presidencia del General Plaza, se fundan Cursos de Aplicación, por los cuales pasan los Oficiales de todos los grados, renovando y perfeccionando sus conocimientos, y el Ejército entra en una época que enaltece al país, garantizándole el ejercicio de todos sus derechos. La Misión Militar Chilena, se ve sólidamente sostenida por el General Plaza y se hace posible dar inusitada extensión a todos sus programas.

Vuelve el General Alfaro al Poder y en este segundo período, siguen funcionando las Escuelas e Institutos de Instrucción, lo mismo que acontece en la segunda presidencia del General Plaza, Magistrado que tanto ha hecho por el progreso del Ejército del país.

Anotamos que en 1910, ante la amenaza de una guerra internacional, el país entero se movilizó, sin mayores tropiezos.

El Gobierno del doctor Alfredo Baquerizo Moreno, trae consigo la paz a la República; pero, al mismo tiempo se desencadena en Europa la más formidable de las contiendas, paralizando múltiples condiciones económicas de la vida nacional.

Con todo, este Magistrado de alto espíritu progresista, vincula firmemente las Instituciones Militares a los intereses del país. Vigoriza a la Escuela Militar, dotándola de varios elementos y es en su período que se funda el Museo Militar Nacional, templo en el cual se guardan los trofeos de la Nación.

Con el centenario de la Independencia de Guayaquil y al celebrarse el primer centenario de la gloriosa batalla del Pichincha, conmemorada el 24 de Mayo de 1922, bajo la Presidencia del doctor José Luis Tamayo, se produce un entusiasta afán de reformas, acertadamente encaminadas.

En este período el Ejército entró en una franca evolución.

Fue uno de los primeros pasos del gobierno del doctor Tamayo, gestionar en Italia, país de múltiples afinidades geográficas con el nuestro y que acababa de salir triunfante en el conflicto mundial, una Misión Militar, que se encargara primeramente de la instrucción y especialización de los Oficiales del Ejército, y que, luego tomara parte en nuestra organización.

El 22 de Mayo de 1922, arribó la Misión presidida por el connotado organizador General Alejandro Pirzio Biroli, compuesta de los Coroneles Amadeo Bracciaferri, Vittorio Perlosio, Alberto Trenti; Mayores Federico de Giorgis, Errico Pitassi Manella; Guiseppe Pipitó, Alberto Ynzani, Vincenzo Carbone; Capitanes Mario Carasi, Humberto Ravazzoni, Giovanni Giurato, Ettore Lodi; Teniente Pietro Salvestroni, Antioco Piras, Enmanuele Campagnoli, asistidos de cuantos útiles y materiales requería su labor.

Con su intervención y sabia dirección, se fundaron, sucesivamente, Escuelas de Oficiales Ingenieros, Escuelas Especiales de Artillería, Escuelas de Educación Física, Escuelas Especiales de Radiotelegrafía, Escuelas Especiales de Caballería, Escuelas Especiales de Mariscalía, Academia de Guerra, creada por Decreto Ejecutivo de 15 de Diciembre de 1922, para Oficiales Superiores, Escuela de Aviación, que funcionó en la ciudad de Guayaquil, Escuela de Infantería, Escuela de mecánicos armeros, iniciándose a la vez, una serie de cursos de aplicación, que han acentuado firmemente la cultura de nuestro Ejército.

Nuestros Oficiales acudieron entusiastas y presurosos a recibir las lecciones de los maestros italianos.

Las Escuelas llenaron sus bancos en disputa franca de una plaza, para recibir las doctrinas de los misioneros del saber.

Mas, la preparación especializada, la ilustración entusiastamente recibida, requirieron medios de aplicación, más selectos guías y mejores conductores de Regimientos y Batallones.

Y en este ambiente de ansias de renovación y de conocimientos, prodújose por el Ejército el movimiento salvador para el país del 9 de Julio de 1925, día por siempre memorable, ya que de él emerge un nuevo período de vida para la Nación, que va caracterizándose por innovaciones trascendentales en todos los ramos de las actividades sociales y políticas. La Historia es de ayer.

En el ejército actúan e intervienen jóvenes Oficiales actores en el movimiento militar, que mereció desde los primeros momentos la sanción de la opinión pública, para la que la actitud del Ejército, obedeció únicamente a móviles patrióticos y se inspiró en anhelos positivos de alta y consciente moral política.

El Ejército pidió—que no impuso—la ejecución de un Programa de ordenamiento y reorganización económica, política y administrativa nacional; exigió que se inicié, sobre todo, una labor de saneamiento; que caracterizara las profundas lacerías que carcomían la vida ecuatoriana, ante la indiferencia de unos, el estupor de otros y el dolor de los más.

El Ejército contempló al país al borde de una bancarrota y de una profunda quiebra de los postulados democráticos que los enunciaba nuestra Carta Política, sobre la base de los principios constitucionales, de orden, de honradez, de lealtad, de respeto a los derechos ciudadanos, pero también sobre la base del ejercicio de deberes funcionales, coordinando unos y otros, para el bien público y jamás, como sucedía por desgracia para ruina de la Patria misma, pospuesta a determinados y bastardos intereses de círculos, de banderías o de caudillajes.

Y el Ejército intervino obligado así por el sentimiento ciudadano, en un movimiento que por fuerza debió ser de carácter político, siendo esa intervención un punto aparte en su vida de diaria labor, pero que duró el tiempo indispensable para imprimir nuevos rumbos al desvalido bajel, orientándolo hacia finalidades de bonanza, de resurgimiento y de ventura positivos.

El Ejército puso en su obra un máximo de energía patriótica y luego se consagró a sus tareas profesionales, dedicándose únicamente a seguir de cerca el desarrollo del programa acorde con la conciencia ecuatoriana.

Hoy, la República, merced al gobierno que surgió del movimiento revolucionario, adelanta y reacciona fuera y dentro de sus fronteras.

El Ejército en el movimiento del 9 de Julio estuvo representado por la Liga Militar, que hizo su lema "Honor y Patria", su aspiración el engrandecimiento nacional.

Con el movimiento del 9 de Julio, la reforma militar tomó un aspecto evidentemente positivo, se extendió a todos los Reglamentos y leyes, a todos los procedimientos y normas, a todas las instrucciones y actividades.

La Misión Militar Italiana, encontró nuevos medios y elementos para continuar sus labores y sucesivamente, fueron creándose y funcionando nuevos Cursos y nuevas Escuelas, para llenar el ansia de instrucción que se volvió ya no sólo un postulado militar, sino una exigencia de la Institución toda.

El personal de la Misión Italiana fue renovado, por cumplimiento de tareas y exigencias del servicio, que requerían el regreso de los Oficiales a Italia.

Y así a los nombres ya enunciados del selecto profesorado, tendríamos que agregar los de los Mayores Fava y Nardi, los de los Coroneles Giacomo Rocca y Aldo Slaviero, los de los Capitanes Martinat y Mario Slaviero, que han continuado, en labor inagotable, dirigiendo escuelas y dictando cátedras, a las que continúan

asistiendo, con el mismo empeño de conocimientos, los Oficiales todos de nuestro Ejército.

A partir del 9 de Julio de 1925, hasta esta fecha, el Ejército ha tomado a su cargo, obras que le hacen honor y que le permiten retribuir con creces, los esfuerzos que hace la Nación por sostenerlo.

La Carta Topográfica Nacional, el ferrocarril Sibambe-Cuenca, la construcción de edificios militares y cuarteles en la mayor parte de las ciudades de la República, son labores que a la vez que establecen y comprueban la capacidad técnica de Jefes y Oficiales, hablan con la elocuencia de los hechos, del significado que para un país tiene un Ejército, que ha vuelto de la cultura, del honor y del patriotismo, sus características fundamentales. Ya la reforma en la Institución Armada es evidente.

Todas las armas tienen su dotación de materiales y medios para un eficiente desempeño en los campos técnicos: la Infantería dispone armas livianas y armas pesadas: fusiles ametralladoras y ametralladoras, aparatos de trasmisión y pelótones de enlace y trasmissiones; la Artillería cuenta con un moderno material de formación elástica y con instrumentos ópticos para puntería indirecta; los ingenieros realizan obras demostrativas de su capacidad científica; la caballería obtiene por la técnica, el máximo rendimiento de su caballo; nuestros servicios dan prueba de eficiencia completa, en tanto que la aviación, símbolo de lo que el Ejército aspira para el engrandecimiento de la Patria, va dominando los espacios y elevando sus prestigios sobre las majestuosidades del Chimborazo.

También en este periodo, la Legislación Militar Ecuatoriana, se innovó de tal manera, que puede considerarse como un modelo en su género. Una Comisión Codificadora de Oficiales Generales, ha elaborado los Códigos Militares que hoy rigen en la República, aprobados por el Gobierno.

El Escalafón está limitado por Leyes de Planta y Sueldos. Las promociones se hacen por mérito y por antigüedad unida al mérito.

La Legislación Militar Ecuatoriana, comprende también un cúmulo de Leyes protectoras de la clase militar, siendo las principales, la Ley de Retiro y la de Montepío.

*
* *

Apenas se extinguían los últimos disparos de Ayacucho, que sellaba la libertad del Nuevo Mundo, cuando el Congreso Nacional reunido en Bogotá decretaba el 28 de Julio de 1823, la primera subvención vitalicia de 30.000 pesos anuales, concedida al Libertador, como una manifestación de gratitud en favor del héroe, que había emprendido y llevado a cabo la obra titánica de la emancipación política de millares de pueblos y como una recompensa ofrecida al eminente político, al sabio estadista, al guerrero invencible, que había perdido el último maravedí de su fortuna particular, en las peligrosas encrucijadas que abrieron el camino de sus homéricas hazañas y que se encontraba pobre, paupérrimo, cuando al llegar a la cumbre de su gloria, rehusaba con la altivez sencilla de los dioses, el opulento donativo que la República peruana le ofrecía.

El 26 de Julio de 1823, se decretaba también el reparto de tierras baldías y ganados, como premio a los veteranos de Apure y Casanare. En 1824, se reconoció una especie de privilegio que beneficiaba a los soldados ausentes o prisioneros, era el derecho de postliminio, derecho reconocido también por los romanos, cuando sus legiones luchaban por someter todo el mundo antiguo bajo el imperio de los Césares.

La Convención de 1829, dictó la primera Ley Orgánica Militar, que fue reformada en 1832 y luego en 1837 en el gobierno del Presidente Rocafuerte, para sufrir luego algunas transformaciones en 1854, 1861,

1863, 1871, 1884, 1896, hasta la última Ley de 1904, vigente en la actualidad.

Nada, pues, puede ya extrañar al Ecuador en su aspecto orgánico militar. Cuales más, cuales menos, todas sus Leyes satisfacen las aspiraciones del Ejército y persiguen su desenvolvimiento normal a través de los tiempos.

En lo referente a la Marina, debemos con orgullo, recordar que, desde la época de la conquista, el mayor astillero y de rendimiento más formidable en todas las costas americanas, fué el Real Astillero de Guayaquil, fundado en 1761, por una Real Orden de Carlos II, y de cual, viajeros como los Ulloa, dijeron que: "este Astillero, es la cosa más linda de estimación que tiene ese río en el que se fabrican y carenan casi todos los navíos que navegan en el mar del Sur".

Es constante, que hasta 1736, se habían fabricado en los Astilleros de Guayaquil, 176 bajeles de gran porte e innumerables embarcaciones menores, como galco-tas, buques, balandras, lanchas, botes y canoas.

Es de recordarse que de esos astilleros salieron navíos, galeones, como el "Jesús María" y el "Santa Isabel", como los "San José" y "Santa Ana", para el servicio de la Real Armada del Perú, como el navío de guerra "San Lorenzo" que montaba 26 cañones, como los navíos "Capitana", "Almirante" y "Pateche", de la escuadrilla del Comandante Mendíbel y otros muchos, como las fragatas de guerra de 40 cañones, "La Concepción" y "El Sacramento", el magnífico navío de guerra "San Fermín", "La Nueva Esperanza" y "El San José", "El Peruano", de 30 cañones y otros muchos que tanta influencia ejercieron dominando estos mares, en toda la época del coloniaje.

Es constante también, que en la guerra de la Independencia la Marina Colombiana estuvo brillante-

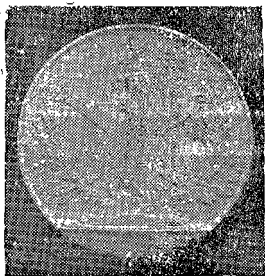
mente representada, a las órdenes del General Villamil y de Illingworth, marino inglés.

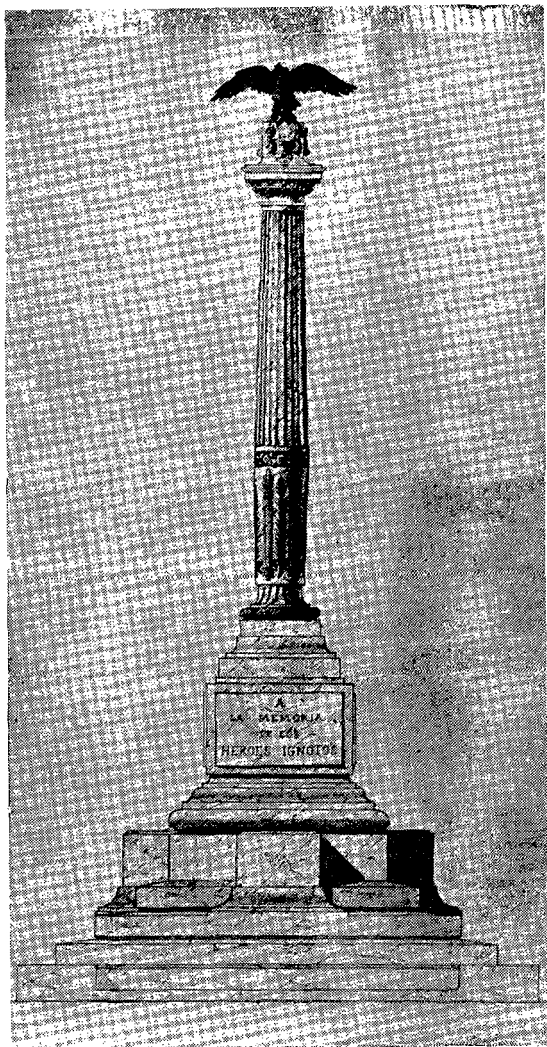
El 9 de Octubre de 1822, fue fundada en Guayaquil, por el benemérito General Dn. Juan Illingworth, la "Escuela Náutica". De entre los alumnos de esta Escuela fueron ecuatorianos muy distinguidos, los después Generales José María Urbina (Ambateño), Francisco Robles (Guayaquileño), Gabriel Urbina (Ambateño), José Antonio Gómez (Guayaquileño), los dos primeros llegaron a Presidentes de la República: el Alférez de Navío José González (Guayaquileño), muerto en la acción naval de Malpelo; el Teniente de Fragata Francisco Calderón (Cuencano), hermano del héroe de Pichincha, y el después Obispo de Guayaquil, don Luis de Tola (Guayaquileño.) La invención del primer sumergible corresponde a un ecuatoriano: el Guayaquileño José Rodríguez, ex-alumno de la "Escuela Náutica", el mismo que, en unión de don José Quevedo, cruzó el río Guayas el 18 de Setiembre de 1838 a bordo del "Hipopótamo", barco que navegaba a flor de agua.

Al cumplirse cien años de la libertad e Independencia del Ecuador, la Institución Armada se presenta ante el País, como en los seculares tiempos de la gran epopeya, con la mano en la visera, ativa la mirada, palpitante el corazón de entusiasmo, ante la Patria a cuya evolución, a cuyo progreso hacemos guardia constante, como soldados y ciudadanos del Ecuador.

El Ejército al contemplar, al cabo de cien años, el mismo Sol de libertad, que iluminó las pampas de Junín, la cumbre del Chimborazo, la cima del Pichincha y las breñas de Ayacucho, puede ufanarse, al presentar en desfile solemne, sus divisiones ante los monumentos a los Próceres de la Independencia, de haber fortalecido en sus soldados, las doctrinas de honor, de abnegación y de sacrificio que nos legaron con su ejemplo.

Al entonar himnos de gloria a su memoria perdurable, resueltos están los soldados ecuatorianos a dignificar a esta República, con el trabajo y la libertad, en la paz, y con el heroísmo y el sacrificio en las luchas que le depara el destino por la soberanía e independencia de la Nación.





Monumento a los Héroes Ignotos de la Independencia Americana

EL MONUMENTO

A la memoria de los Cien mil ecuatorianos ignotos caídos en las jornadas de la Independencia Americana.

Fué un ideal de la Sociedad de Estudios Histórico-Militares a la cual pertencí el elevar un monumento que, si sencillo y severo, representara el homenaje de la nación toda y especialmente de su Ejército a los héroes caídos en las jornadas de la Independencia, cuyos nombres no recogió la historia americana.

Sus anhelos, gracias a la desinteresada cooperación ciudadana, fueron pronto realizados y, así en la Avenida 24 de Mayo, se yergue airosa la columna triunfal en honor de aquellos luchadores del ideal y del patriotismo.

¿Fué la idea,--hoy una realidad hermosa--imitación de análogos homenajes, o nació simplemente de una necesidad histórica, de una ansia de honrar la memoria de aquellos combatientes que son la base firme y el pedestal sin nombre de todas las conquistas de la civilización?

Probablemente hubo algo de lo uno y de lo otro; pero, primó en nuestro ánimo, ante todo y sobre todo, la necesidad de un recuento fijo del enorme aporte de los valores ecuatorianos, puestos en prueba en las cruentas batallas de la independencia...

Habiendo tocado a Quito, ciudad ilustre, el primer sacudimiento fervoroso del yugo colonial, e iniciándose, a continuación, la campaña contra las tropas que, de norte y sur, avanzaron sobre las fuerzas calificadas entonces de insurgentes, bien sabemos cual fué el epílogo de aquellas jornadas, sancionadas el 2 de Agosto de 1810 con el sacrificio prócero, como fruto de aquella primera gloriosa emergencia.

Mas, debemos tener afán en conocer y estudiar la innegable participación de los Colombianos del Sur en las campañas de Nueva Granada y Venezuela, en los años aciagos de la lucha a muerte y, luego, principalmente, después de la reacción ofensiva, efecto de la inmortal jornada de Boyacá, que produjo en el Departamento de Quito una poderosa actividad bélica contra las fuerzas reales o criollas concentradas en Pasto, el terrible baluarte de la monarquía, que sólo cedió a raíz y como consecuencia de la jornada de Pichincha el año 22, no sin antes haber causado el sacrificio de millares de ecuatorianos en su escabroso territorio.

Desde el 10 de Agosto de 1809 al 24 de Mayo de 1822, el Ecuador fue el centro de donde partían, día por día, los contingentes patriotas para la campaña emancipadora y, sobre todo, después del 9 de Octubre de 1820 constante es, como todo hecho histórico, que la Provincia libre de Guayaquil, como las Provincias australes y del centro del Ecuador dieron múltiples generosos contingentes para la campaña sobre Quito, que culminó en Pichincha, después de haber marcado sus etapas con acciones de guerra sangrientas, con brillantes jornadas, favorables unas, adversas otras a la causa de la independencia.

Las pruebas se deducen de que el censo levantado en 1810 daba para el Ecuador una población hábil de 600.000 y cuando el año de 1825 se estableció la nueva demostración, apenas sumaba la población 491.996 lo que significaba una merma efectiva de 108.004 ecuatorianos, de los enrolados en los ejércitos libertadores, reducción censual que no comprendía, por cierto, o que no tomaba en cuenta, mejor dicho, el porcentaje creciente que dentro de toda vida demográfica regular supone una población cualquiera.

Fueron, pues, más de 108.004 los ecuatorianos caídos en las acciones de la libertad, y cuyo nombre no conserva la historia, ni siquiera reconoce la tradición, y es a aquellos héroes sin sitio predilecto, pero no por ello menos dignos de nuestra admiración y gratitud, a

los que la Sociedad de Estudios Histórico-Militares quiso honrar en las fiestas centenarias de Pichincha, considerando que su participación levantó radiante en inmenso pedestal de gloria, la bandera tricolor.

Por otro lado, sabido es que la histórica batalla abrió a las armas de la Independencia las puertas del Perú y de Bolivia. Ocupado Quito por los patriotas, la guerra en el Sur se hizo posible y, desde entonces, el contingente de sangre que el Ecuador envió al Perú en las distintas expediciones sobrepasó todo cálculo. Sólo para Junín y Ayacucho se enviaron 10.000 soldados que debían ser sostenidos con los recursos y rentas ecuatorianas y cuando la División de Santa Cruz, que participó en la jornada heroica del Pichincha, de las glorias de Sucre y del Ejército del Colombia, volvió al Perú, sabido es también que llevó engrosadas sus filas con mayor contingente de ecuatorianos, que aquel que había traído de soldados de las Repúblicas del Sur, pagando así, con creces, el Ecuador, las víctimas del ejército auxiliar en la campaña sobre Quito.

Sucre, magnánimo y generoso, confiesa, sin embargo, que las exigencias impuestas al Ecuador como compensación del envío de la División de Santa Cruz, cuyo móvil antes que militar fue político, (imponer por las armas la anexión de Guayaquil al Perú), llegaron a ser tan exigentes que sobrepasaban toda medida...

Hoy, al cabo de cien años, publicados ya muchísimos documentos que hacen plena luz sobre los acontecimientos históricos de la independencia, el honor ecuatoriano sin mancha aparece como un sol esplendoroso en las luchas de la libertad. Cien mil ecuatorianos como un contingente de una población de 600.000 habitantes, representa el sacrificio sobre el cual brilla con luz resplandeciente su patriotismo.

Y es al pueblo, a los hijos del pueblo, que a tan subido precio ha pagado su libertad, al cual le toca de cerca tan simbólico monumento!

Gloria y honor a aquellos héroes sin nombre, cuyo sacrificio sancionó la libertad... ¡Gloria y honor a

los batallones en que se agruparon y cuyas marchas triunfales y cuyos himnos de gloria aun repercuten al través de nuestras montañas.

Y nosotros que conocemos hoy lo que valen nuestros soldados, nosotros que aquilatamos su lealtad inquebrantable, su amor a la justicia, su espíritu de disciplina, su valor a toda prueba, nos dirigimos a todos ellos, a todos nuestros camaradas, invitándoles a glorificar a nuestros progenitores en el día del centenario. elevando todos, desde lo íntimo de nuestro corazón, himnos de gloria y de veneración a su memoria, culto a su sacrificio y amor y lealtad a la bandera que es la nuestra y fué la suya en los días prósperos de las épicas jornadas de la independencia.

NAPOLEON BONAPARTE

El 5 de Mayo de 1921 cumpliéronse cien años del día aquel que, en un islote solitario en las inmensidades del océano, entre bosques deshechos por formidable ciclón, rodeado apenas por un puñado de fieles franceses, agonizaba el guerrero sin rival en los fastos de la historia del viejo continente.

Sucumbía aprisionado de su cuerpo por la desleal acogida del pueblo en el cual, como nuevo Temistocles, según él lo expresó, buscara albergue; oprimido en su espíritu por los desengaños de la gloria que con él había alcanzado sus más culminantes colores, cuando conducía de triunfo en triunfo sus águilas, por campos y ciudades.

Y el Ejército de la República, que como todas las instituciones militares del mundo observa y aplica el decálogo napoleónico, al través del tiempo y del espacio, en la paz y en la guerra, que hace de él la más encumbrada gloria, encontrando en cada una de sus maniobras un ejemplo, un rayo de luz y en cada batalla una norma de inteligencia, de erudición, de ciencia y de valor, quiso asociarse a la conmemoración centenaria de su muerte, invitando a vivir por unos momentos la vida del héroe, a seguir con un grupo de distinguidos oficiales las legendarias campañas que le abrieron el camino de la Historia, escribiendo páginas más bellas que las de Grecia homérica y de la Roma heroica.

Sus tesis, cuadros revelantes de la epopeya napoleónica, encaminadas estuvieron a glorificar con la batalla y la victoria al hombre que en varios lustros de combatir sin descanso, recorriera Europa regando en pueblos y naciones cimientes de la gran revolución, destruyendo arraigados conceptos, marcando nuevos rumbos y llevando al corazón de todos los hombres en los plie-

gues de la tricolor bandera, los principios de la democracia que luego debían transformar hondamente y para siempre los sistemas de autoridad en el mundo.

Napoleón más grande que Alejandro, que Hannibal, que César, que Gustavo Adolfo, que Federico II, en cuyas batallas inspira sin embargo alguna de sus decisiones tácticas, y en cuyas campañas informa muchas de sus concepciones estratégicas, se presenta en la historia en uno de sus más decisivos momentos, confiándose a él, por azaroso destino, sus rúmbos y sus soluciones.

Francia en aquellos tiempos se sacudía airosa de la secular tutela de Reyes y privilegiados; en su suelo triunfaban la razón, que sintetiza la civilización moderna sobre el espíritu absolutista de épocas anteriores; el derecho igualitario sobre el privilegio, odioso concepto de un feudalismo real, eclesiástico y señorial del pasado; la libertad, condición de dignidad humana sobre el autoritarismo despótico causa de toda abyección, envilecimiento y estacionamiento del hombre y de las colectividades. Proclamaba la igualdad ante la Ley, la libertad en todos sus órdenes, marginándose de hecho entre el motín y el terror, los grandes lineamientos de la sociedad moderna en los campos del derecho.

Francia que corta la cabeza de Luis XVI, porque a su juicio y en ese momento histórico representa la monarquía, de origen divino, a cuyo amparo cuarenta siglos se habían atropellado y carcomido libertades y derechos, persigue cuanto, por un concepto u otro, de cerca o de lejos, corresponde al trono abatido y, presto, la libertad proclamada en la noche del 4 de Agosto de 1789, toma rúmbos hacia el libertinaje, la fraternidad hiere sin piedad al hombre y la igualdad persigue hasta en sus últimos reductos al noble, al leal de la vieja monarquía, en medio del terror que enloquece y de la demagogia que ahoga en sangre a la naciente República.

Y en esos días Napoleón, el Cadete de Brienne, en la Escuela Militar de París, el oscuro pero metódico



NAPOLÉON BONAPARTE

volución, levantan sus pensamientos a las regiones de la libertad, proclamando por doquiera el reinado de la razón.

Donde faltan hombres para vencer, Bonaparte emplea ardides; donde éstos no son aplicables somete la naturaleza a su favor. Espada en la mano, desafía el peligro a la cabeza de sus tropas, compensando con todas las actividades las diferencias de número y de situaciones.

Mas, el Congreso de Rastadt debe inaugurarse: "Al separarme del Ejército, sólo me consuela una esperanza, la de volverme a encontrar antes de mucho entre vosotros, para compartir nuevos peligros"...

Se le nombra luego, porque él lo desea, General en Jefe del Ejército de Oriente. "El genio de la libertad que ha hecho a la República, desde su nacimiento, arbitra de Europa, quiere que también lo sea en las tierras más remotas y en los mares", arenga a sus soldados.

Cruza el océano desafiando densos peligros y pronto se encuentra en la ciudad edificada por Alejandro.

Ante los viejos monumentos de Genz, el enemigo está en guardia: "Desde lo alto de estas pirámides, cuarenta siglos os contemplan" dice, y triunfa, como luego en Monte Tabor y en cien combates más...

Francia está amenazada y, dejando el Ejército en la ciudad de los Faraones decide volver a la Patria.

Encuentra en París el Gobierno en pleno descrédito, la opinión pública ansiosa se agrupa en rededor del héroe; todos los corazones se vuelven a él pidiéndole calma y tranquilidad, cesan los Consejos, causa de inmensos sinsabores y Bonaparte va al Poder coronado de la victoria y en mérito de sus grandes servicios a la Nación.

"Ciudadanos: el pueblo francés para ser libre tenía que luchar contra los Reyes... Para obtener una constitución basada sobre la razón, había que combatir dieciocho siglos de prejuicios contra nosotros... La religión, el feudalismo y el realismo sucesivamente han

gobernado Europa... Cuando la felicidad del pueblo francés repose sobre las mejores leyes orgánicas, Europa entera llegará a ser libre..."

La confianza pública rodea, desde luego, al Gobierno. Bonaparte busca la paz exterior; pero se le niega o se le quiere conceder con la condición de que la Francia libre restituya el régimen monárquico absoluto, imponiendo su claudicación como si se tratara de un vencido; siendo así que hasta ese momento Francia era dueña de la victoria y que, como nación libre, podía darse el Gobierno que a bien tuviere.

Italia, liberada hacía pocos años de la invasión, estaba de nuevo envuelta por tropas monárquicas que acudían hacia Francia desde los más remotos confines europeos.

Bonaparte traza su plan de campaña, remonta el San Bernabé, venciendo riscos escarpados, nieves eternas, desfiladeros impenetrables, y, como antes, con fuerza arrolladora desciende a Italia, y Marengo señala una nueva culminante victoria a las armas de la República; siendo por otro lado, batidos en las selvas de Hohenlinden los restos de los ejércitos hostiles.

La paz ardientemente querida por Francia, acaricia sus hombres y alienta sus progresos.

Napoleón es reconocido Cónsul vitalicio y luego ante el peligro exterior y la conspiración interna, declarado por unánime sufragio Emperador de los Franceses y Rey de Italia, ciñéndose en Milán la corona de los Lombardos.

El brillo de su nueva situación, no ofusca su mente y por doquiera señala su Gobierno con obras útiles para su pueblo.

Mas, el Emperador Francés no descendía de origen divino; hijo del pueblo; coronado por la voluntad de él, mal podían avenirse con el hijo de la revolución; los coronados por derecho de heredipetas, por el peso de una tradición opresora y así, todos a tiempo, tocan a guerra.

Napoléon no trepida; con su actividad asombrosa marcha al encuentro de todos sus enemigos, señala cada etapa con un éxito y al cabo de quince días termina la campaña destruyendo en inmenso desastre la liga europea en los campos de Austerlitz.

"Antes de que llegue la mañana ese ejército es mío", había dicho.

El sol iluminó con su luz bienhechora la vasta llanura y un nuevo monumento de gloria se elevó para siempre proclamando la intrepidez de los hijos de la libertad.

La cuarta coalición pronto cita a nueva lid. "Mariscal, dice Napoleón a Berthier, nos dan cita de honor para el día ocho y a tales citas nunca falta un francés; marchemos sin dormir hasta Sajonia".

Veinticuatro horas después, la suerte estaba echada y Jena, Auerstaedt y Eylau y Breilánd, significan nuevos triunfos que tienen la fuerza de la tempestad para aniquilar, destruir o liberar ejércitos y naciones.

"En este momento, Napoleón está fuera de los límites de la historia humana, decía Seguíer, pertenece a los tiempos heroicos, está por encima de la admiración".

En esa época, en efecto, Napoleón recorría la más alta cumbre de su legendaria carrera, cuando España, la hidalga Nación entregada al azar de una corte corrompida que invita al Monarca de los Monarcas a intervenir en su suelo, sufre la invasión de las águilas francesas, porque alientan el espíritu de libertad. Mas, sus cañones no tardan en abatir al pueblo de Madrid; pero entonces el Emperador se enfrenta por primera vez con una fuerza indomable e invencible: el espíritu público en toda su pureza, con toda su altivez y con todo su poder.

España jura el exterminio de los invasores, devora los más bravos ejércitos franceses, vence en Bailén, se immortaliza en Zaragoza, aunque para éllo hubiera tenido que verter tanta sangre que faltara tierra para cubrirla.

Por otro lado, los juramentos de Erfurt se habían declarado juegos de príncipes. En los salones de Reyes de Dresde, a donde habían acudido tantas testas coronadas a rendir homenajes al vencedor, falta el Monarca de todas las Rusias. Los grandes festivales ahí desarrollados entre el brillo de cetros y coronas, debían señalar los últimos días de fiesta para Napoleón.

Presto el ejército francés pasa el Niemen, toma Smolensk, triunfa en Moscú, en donde se había atrinchado el Ejército Ruso, se instala en Kremlin; pero, por mil puntos diferentes y ante el asombro francés, el incendio consume Moscú.

Rusia no tolera al invasor.

Y vienen los días amargos de la retirada jamás prevista y comienzan los horribles fríos, cien veces más terribles que los combates; el suelo está blanco de tanta nieve, se hielan los hombres y se hielan los elementos y el desastre se inicia y avanza sin término seguro. Se pasa lista al cruzar el Beresina y responden 46.000 soldados de 688.000 bravos que cruzaron el Niemen algunos días antes.

París y con París Francia, siente el peso del desastre; ve una vez más a Napoleón y se cree salvada por su actividad maravillosa y por sus inmortales concepciones; se bate aún gloriosamente en Lutzen, en Bautzen, en Dresde, pero faltan ya los viejos soldados de Egipto y de Italia y pronto se pelca al rededor mismo de París, que invadido por un millón de soldados, decreta la caída de Napoleón, sobre el que surge de nuevo la Borbónica monarquía.

Napoleón va hacia la Isla de Elba rodeado de un grupo hemérico de su guardia. "El Emperador da las gracias al Ejército por la lealtad que le demuestra y principalmente porque conoce que el honor de Francia está en él... El Ejército puede estar seguro de que el honor del Emperador no estará jamás en contradicción con el de Francia"...

Luís XVIII domina. Las cláusulas del tratado de Fontainebleau no se cumplen y al conocer Napoleón

que sus enemigos, que eran los de su Patria, deciden deportarlo, deja la Isla de Elba y en una campaña mitológica, recupera su puesto en el corazón del pueblo y del Ejército, se le proclama libertador y es llevado en triunfo hacia París.

Cien días debía durar su nuevo gobierno: la alianza santa no perdona ni olvida; los celos subsisten y se acrecientan y Europa se lanza contra la Francia; Napoleón triunfa en Ligny, en Charleroi y, por destinos de la naturaleza, más que por error de los hombres, el sol de Austerlitz tarda en iluminar el campo de batalla y Waterloo es un desastre.

Interpuesto entre el universo y Dios, dice un autor, pesaba demasiado y era necesaria su caída para restablecer el equilibrio del mundo.

Luego, la prisión odiosa, el hombre que se agobia al peso de tanto infortunio, que sucumbe, pero legando a Francia y con Francia al mundo un acervo de gloria que perdurará a través de los siglos.

Y aquí, por un momento, presentemos a quien por rara coincidencia en la Historia, en los mismos días en que caía herida el águila de inmensas alas, en cuyo vuelo victorioso envolvía a Europa, surgía en América, con fuerza prepotente, el guerrero, grande entre los grandes, que en América personaliza otro genio excepcional de carácter propio como sus energías vigorosas.

Es Bolívar que también escala los Andes, enarbolando la bandera de la libertad humana, proclamada en Francia en la cumbre de las montañas. Es también el guerrero que como Arcole tiene Boyacá, que también, como Napoleón en Austerlitz, cita en Junín al sol de la libertad...

Napoleón creador de ejércitos, organizador excepcional, estratégico trascendente, táctico singular, persigue siempre victorias rápidas, esquivo sitios para buscar batallas, marcha desunido para combatir unido, anticipa con sus movimientos acelerados el ferrocarril y con su gran sistema de informaciones el telégrafo. Sus

batallas, modelo de conducción de fuerzas, asemejan en sus manos simples juegos de grandes masas.

Dictó principios y reglas invariables para la Ciencia y Arte de la Guerra.

Los Ejércitos son como las plazas fuertes, decía, hay que concentrar el fuego en un sólo punto que, abierta la brecha, roto el equilibrio, el resto se vuelve inútil.

Economía y concentración de fuerzas, masa de ruptura, y explotación integral de la victoria, forman los programas de todos los ejércitos, y al término de cada guerra surge preponderante entre el humo y el fuego de los combates el Emperador Francés, sin émulo y sin rival hasta ahora...

Su genio se caracteriza por las maniobras más audaces: maniobra sobre las líneas interiores, como en Castiglione y Rívoli; maniobra sobre la retaguardia como en Marengo. Ulm y Jena, audaces concepciones como en la campaña de Egipto, vigor extremo en la ejecución como en Arcole y en Eylau.

Profundo psicólogo, tocaba las fibras más delicadas del alma de sus soldados, estimulaba todas sus virtudes; pues, no pertenecía al rol de aquellos generales cuya sabiduría pretenden que emana de su propia experiencia y que el ejercicio del mando lo traducen en despotismo y terquedad.

Señor, a dónde queréis que vayamos a morir! gritaban a su paso los soldados, y en la noche de Austerlitz, sus granaderos preguntaban a los Ayudantes del Emperador si estaba contento de su actuación. Después de Lodi, el General de los Ejércitos, recibe de sus soldados el pomposo título de Cabo.

Pero no se limitan sus actividades a los ramos militares; la naturaleza dióle dones muy singulares, la ciencia tuvo en él su más grande protagonista y el Código Napoleónico es un monumento que vale tanto como su batalla más gloriosa. Abarcaba de una mirada Europa entera, resolvía por anticipado los problemas de la guerra a la vez que con su talento inagotable aten-

día a mil cosas, grandes y pequeñas por diversas que fuesen, demostrando un gobierno excepcional.

La revolución había hecho de todo tabla rasa: ruinas económicas, políticas, sociales, hacendarias, religiosas y morales. Era el caos, la anarquía, la disolución lo que ofrecía al Gobierno de Napoleón y, al través de todos esos obstáculos, triunfa como en sus legendarias campañas; dicta leyes, arregla las finanzas, crea el Banco de Francia, instituye la Legión de Honor y reanima y levanta el país y su bienhechora acción gubernamental se extiende a sus dominios, que en 1811 absorbían *va media Europa y todo con su energía inagotable, su férrea voluntad, su don de trabajar y hacer trabajar...*

Gobernante de la Francia, utiliza todos los elementos buenos de todos los partidos y organiza el Gobierno nacional siguiendo fiel al través de su pomposo imperio a todas las conquistas de la gran revolución. Sin opacar un solo rayo de luz de su gloriosa aureola militar, dice Madelin, "Napoleón era el General más civil del Ejército"...

Su personalidad tenía proporciones de un ser extraordinario y sobrenatural, presentándose en la Historia como uno de los hombres más aptos para concebir, preparar o realizar las empresas más grandiosas.

Admirable en la guerra, admirable más aún en sus días desgraciados. En 1814, dice Thiers, cuando no se enseñaba ni sobre Europa ni sobre Francia, sabiendo que se hallaba solo, solo contra todos, luchando aún, ya sin ilusiones, pero sí confiado en su arte, se conserva inmenso como su talento y no teniendo *va a su lado sino algunos soldados que juraron morir bajo sus banderas*, aún pesa un momento en la balanza del destino tanto como la razón, la justicia y la verdad.

Napoleón afirmó sus ciércitos en la opinión nacional, los soldados dejaron de ser extraños al pueblo: todos los franceses fueron llamados a las armas y el servicio militar surgió prepotente dando la guardia joven y renovando sin cesar los caídos en las batallas bajo el concepto de honor y patria.

Al tratar de Napolcón, tamaña injusticia sería no extender su acción gloriosa a sus Mariscales, al Ejército que tuvo en sus manos y al pueblo francés que con él y con todas sus actividades y energías, cooperó a aquellas inmortales epopeyas.

El mundo jamás ha olvidado, que hace veinte siglos que Francia ha cubierto siempre la civilización greco latina y que ahora mismo, después de 55 meses, se levanta triunfadora aún cuando por la victoria haya derramado la sangre de dos millones de sus hijos con el noble afán de continuar, según la frase del egregio historiador Louis Madelin, de gran campeón de todos los cruzados de la civilización.

El alma de Francia es y será siempre la misma de los soldados de Clovis, de Carlomagno, de Felipe Augusto, de Dougueslin, de Juana de Arco, de Bayardo, de Turenne, de Villars, de Kellerman, de Hoche, de Bonaparte y de su gran Ejército.

Francia, acaba de vencer, una vez más; oponiendo a una fuerza material incommensurable, a un sin número de cañones, a torrentes de fuego y hierro, una fuerza moral más imponderable aún: "el amor a la patria, dos mil años de virtudes heroicas, la Marsellesa y la bandera tricolor, encima de la cual muchos soldados continuán mirando, según inmortal frase, la cruz de un labarum".

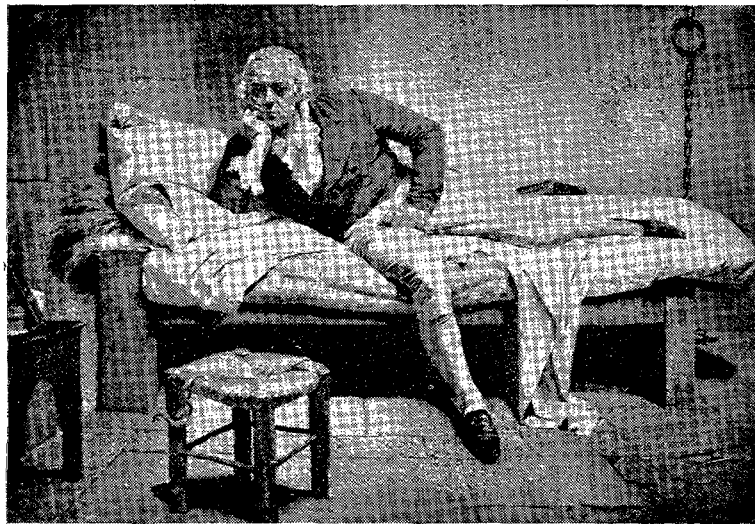
Francia ha probado, que solamente pueden ser vencidos los pueblos que desesperan de la Patria.

Y al terminar esta rescña y al invitar a los lectores a recorrer los campos de la grandiosa epopeya napolcó-nica, de esa vida épica y legendaria, al dirigir la mirada al estudio de sus batallas culminantes, antes de que se entone la Marsellesa, himno de guerra de todas las naciones oprimidas, de todos los pueblos abatidos, de todas las naciones que se deben al desquite por tener hollados sus territorios, repitamos con el inmortal guerrero, con el Gran Emperador, en los días supremos de su caída: "uníos todos para salvar a la Patria y conseguir que siga siendo una nación independiente".

LEYENDO LA VIDA DEL PRECURSOR GENERAL FRANCISCO DE MIRANDA

Hemos considerado siempre que la excelsa figura del General Francisco de Miranda merece ser detenidamente estudiada en sus múltiples fases, y, sobre todo, más conocida entre nosotros; y aunque esta publicación, por su propia índole, no permite el análisis extenso de tan singular personalidad, bien creemos que es más que justo en toda oportunidad presentar rendido homenaje al hombre y al soldado de la libertad, cuya fama y prestigio llenaron muchos años los ámbitos del mundo.

Nacido en Caracas el 14 de Junio de 1756, cuando apenas tiene 16 años de edad, llevado por su carácter orgulloso, puesto en susceptibilidad por un conflicto de títulos de su familia, abandona la Patria, marcha a España, campo de mayor actividad a donde va resuelto a conquistarse un puesto en la vida militar. Incorporado al ejército español, que era entonces el de su patria, pronto se distingue ventajosamente en la expedición mandada contra Argel por el Conde de O' Reilly, efectuada en 1774 y alcanzando por su capacidad, prestigios y títulos. Cinco años más tarde, en 1779, sale para América del Norte, contribuyendo al éxito de la campaña de Missisipí, formando parte del Estado Mayor del General Gálvez. Terminada la guerra, marcha a la Habana, en donde permanece poco tiempo. De la Habana vuelve de nuevo a los Estados Unidos; conoció allí al General Washington y a otros personajes de la gloriosa guerra de la independencia americana. La situación de la Gran República despertó en mí, decía, un sentimiento de celos, de celos patrióticos al pensar



El Precursor de la Independencia Americana, General Francisco de Miranda
en la cárcel de la Carraca.—9 de junio de 1756.—14 de julio de 1816

en la emancipación de los Estados Unidos; y lo primero que brotó de mi alma, agregaba, fué un ferviente voto por la libertad de la tierra que me había visto nacer, pues no me atrevía, por entonces, a llamar patria a la América del Sur.

Cuando salió de los Estados Unidos, hacia fines de 1784, se dirigió a Europa deseando que, como a Franklin para la América del Norte, se le concediera para la América del Sur, socorros que coooperaran a su libertad. Va a Rusia, en donde la Emperatriz Catalina le concede singular acogida. En 1785 en Postdam, Federico el Grande le colma de atenciones y, un año después, José II le manifiesta la misma estima, pero los auxilios buscados se hacen esperar entre las veleidades de las Cortes y su decadente sistema de Gobierno.

Recorre Holanda, Dinamarca, Suecia, Italia, Turquía, el Asia Menor, va hasta Egipto. En esto acababa de estallar la gran revolución francesa y el nuevo Gobierno se preparaba contra la coalición de los Reyes, organizada para aplastar en su origen la naciente libertad. Miranda no trepida un momento; hace un deber luchar por la libertad cualquiera que sea el teatro que se le presente; se une a Dumouriez en Sedán, el primero de setiembre de 1792 con el grado de Mariscal de los Ejércitos de la República. Salva al ejército en la famosa retirada de los desfiladeros del Argonne; toma la ciudadela de Amberes el 29 de Octubre, mas, su prestigio inmenso como su capacidad despierta celos en los jacobinos, hecho que obsta para que se le concediera el mando en Jefe del ejército revolucionario.

La muerte de Luis XVI desconcierta a Dumouriez que con su ejército quiere volver a París y atacar la naciente república. Reta éste a la Convención en una famosa carta, la que enseña a Miranda, cuya fe revolucionaria se resiente, "Volver a París, exclama, y ¿con qué objeto?" A la cabeza del ejército, contesta Dumouriez, para restablecer la libertad.—Este remedio, ciudadano General, es peor que el mal y a él me opondré con to-

das mis fuerzas.—Que, ¿se batirá usted contra mí?—Desde luego, si Ud. se bate contra la República”.

Desde ese momento Dumouriez descarta a Miranda, al cual quiere perderlo por todo medio. La batalla de Nerwinden le dá una ocasión. Confía a Miranda el ala izquierda compuesta de voluntarios inexpertos que no pueden resistir las cargas de los escuadrones del Archiduque Carlos, teniendo que ceder ante el valor del enemigo. Dumouriez quiere dar la responsabilidad del desastre a Miranda, por lo que se ve obligado a partir a París para defenderse de las imputaciones injustas y lo que no le cuesta ningún trabajo, siendo llevado en triunfo hasta su casa. Ya en París no cesó un momento de gestionar la forma en que pudiera intervenir Francia en los destinos de América, poniendo en juego para ello todos sus prestigios para interesarla. Pero la época del terror llegaba y él mismo caía envuelto en las persecuciones. Miranda fué arrestado el 9 de Julio de 1793 y llevado a la prisión de La Force en donde se le tuvo 18 meses, sobrellevando con un estoicismo admirable las angustias del temible cautiverio. Sale de ahí con más ardor que nunca para trabajar por el apostolado de la libertad. Lleva a su casa a cuanto de notable tenía Francia, así como a todos los americanos que llegaban para interesarlos en los asuntos de América. En su casa tuvo aún a Napoleón a quien sorprendió con sus lujos y con sus ideas. Es arrestado de nuevo y comprendido en la lista de los deportados a Cayena, y, así, ya siéndole imposible residir en Francia, sale para Inglaterra en 1796, a solicitar en Londres los apoyos para la revolución sudamericana, obteniendo tratar con Pitt y con todos los personajes distinguidos del lugar, pero ahí tropieza con la reacción que se operaba contra las ideas de la libertad pregonadas en Francia a la cual Inglaterra hacía guerra. Con todo, obtiene una promesa formal del Gabinete Inglés, de cooperar a la Independencia de la América Meridional.

La posesión victoriosa de Inglaterra de la isla de Trinidad en el mar de las Antillas, tuvo una influencia singular en los destinos de América; pues la escuadra de la Habana quedó reducida a la inacción y a la impotencia. En sus afanes Miranda conspira aún con los mismos jesuitas para la emancipación. Trata con cuantos comisionados se le envía sobre la independencia; obtiene de Inglaterra promesas de suministrar a América cuerpos expedicionarios, como a los Estados Unidos; urde los hilos de la formación de una alianza defensiva entre Inglaterra, Estados Unidos y América Meridional; ofrece tomar la dirección suprema de las operaciones militares que habían de comenzar por el Istmo de Panamá y Santa Fé: trata con los comisionados de Bolívar que ya también se interesaban por la independencia con todo ahínco, y en fin, no escatima medio alguno, poniendo en juego su increíble tenacidad, interesando a la opinión pública de toda Europa sobre la independencia americana perseguida sin tregua ni descanso, haciendo presente cuantos recursos ofrecería la libre América a Europa.

La caída del directorio y el advenimiento de Bonaparte le parecen ser el preludio de una nueva era llena de concepciones grandiosas. Napoleón radiante por gloria toca todos los corazones, y Miranda se cree contar entre sus favorecidos. La ceremonia en honor de Washington realizada en París, por el hombre de la libertad americana, le seduce y Miranda se decide abandonar Inglaterra. Bonaparte parece que se decía convencer de los proyectos del Precursor, pero traicionado éste por su Secretario Duvevron, desde su llegada a París, Miranda es puesto bajo la vigilancia de la Policía, arrestado luego en su casa y encarcelado en El Temple. Obtiene su libertad pero con la condición de que abandone el territorio de la República. Vuelve de nuevo a Londres, pone a flote sus proyectos de ataque contra las colonias españolas; ofrece sus servicios al Gobierno Británico en momentos en que Pitt volvía al poder; interesa a comerciantes, marinos y soldados que

conocían algo América. Les presenta la adquisición por Estados Unidos del territorio de la Luisiana como ejemplo tentador; escribe a todos los Ministros, redacta un proyecto, en unión con Pophan sobre la organización de una expedición inglesa por Venezuela para llevar a su patria la asistencia a que tiene derecho; pero como fracasa, quiere de nuevo obtener su libertad de obrar llevado por escrúpulos de su conciencia temerosa de que la acción inglesa quisiera simplemente cambiar de dueño a las colonias americanas y desencantado una vez más de Inglaterra, resuelve ir hacia Estados Unidos para aprovechar el conflicto que había surgido entre esa nueva Nación y España por el asunto de la Luisiana. Pide su pasaporte para Estados Unidos, obteniendo antes con suprema habilidad que Inglaterra pagara los gastos de su expedición al autorizarle a salir de Londres en 1805.

Al desembarcar en Nueva York, el 4 de Noviembre de aquel año, Miranda se convence de que la política de Estados Unidos se prestaría para sus proyectos, aún cuando no tanto como él había esperado: la prensa seguía atacando a España, pero la corte de Madrid se disponía a hacer las paces. Sabedor de esta situación Miranda se apresura en sus gestiones. El Coronel William Smith su antiguo conocido en Londres se ofrece a secundarla. Confía sus proyectos y Jefferson le concede el asentimiento solicitado. Así, desde Enero de 1806, la corbetilla de 200 toneladas "Leander", armada en Nueva York con 200 hombres de tripulación, 18 cañones montados, 40 piezas de campaña, 1500 fusiles, otros elementos de guerra y una imprenta se hallaba lista para defender las pretenciones de Miranda. A ese barco de guerra debía unírsele en Puerto Príncipe una fragata, el "Emperor", que debía ser armada en las Antillas para la expedición. Este era el primer resultado de las gestiones del Precursor. El "Leander" se hizo a la vela el 3 de Febrero y desde entonces empiesan las desilusiones de Miranda. Un capitán Lewis, que debía mandar el "Emperor", se niega a salir, lo

mismo que toda su tripulación, por lo que Miranda se vió obligado a obtener dos goletas: la Bacchus y la Bee con las que tuvo que contentarse. A bordo no cesan las dificultades ni las aventuras, pero a fuerza de energía y de audacia alienta a su tripulación.

El 12 de Mayo por la mañana los vigías señalan, por fin, las costas venezolanas, por lo que Miranda dirige vela al pequeño puerto de Ocumare con objeto de efectuar un desembarco con más seguridades. La medida era acertada, pues los españoles prevenidos por el Ministro de España en Washington, se habían preparado concentrando tropas y cañones en los fuertes de la Guaira, San Francisco, San Antonio de Cumaná, en tanto que los mejores navíos vigilaban la costa. La pequeña escuadrilla de Miranda acababa de echar ancla ante Ocumare el 5 de Marzo cuando se vió atacada por los mejores buques de la Marina Real. La lucha era desigual y la ventaja desde el primer momento tuvo la Marina Española. El enemigo se apoderó de las goletas y el Leander sólo pudo salvar echando toda su artillería al mar. Venezuela así quedaba, de nuevo, a merced de las autoridades españolas y libre ya de la amenaza de Miranda. Entre tanto, los ingleses, dándose cuenta de las ventajas comerciales que la posesión de una de las colonias les daría, habían decidido por su cuenta una operación sobre las Costas de Buenos Aires y Montevideo, patrocinando la escuadra de Sir Home Pophan, quien antes había tratado con Miranda al respecto aún cuando éste jamás había gestionado nada que no fuese la amplia libertad de las colonias españolas. Los habitantes de Buenos Aires se sublevaron contra la expedición inglesa, la que, después de una lucha heroica, fue obligada a retirarse. Pero Inglaterra no había olvidado a Miranda. Envió instrucciones al Almirante Cocharne que mandaba la división inglesa en las Antillas para que le ayudara. El Almirante inglés, al saber el desastre de Miranda, mandó en seguida barcos en busca suya. Casualmente éstos dieron con el Leander conduciéndole a los pa-

rajes de Granada, después de nueve semanas de navegación el 24 de Mayo de 1806. Durante su estancia en esta ciudad, Miranda fué objeto de singulares atenciones y de la solicitud de Lord Calthorpe, Gobernador de la Barbada y del Almirante Cocharne. El precursor consiguió otros barcos para su nueva expedición, lo mismo que una autorización para reunir voluntarios en la Barbada y en la isla Trinidad, ofreciendo como única compensación que, tan pronto como sea proclamada la independencia de Venezuela, conseguiría favores comerciales especiales para Inglaterra. La nueva expedición estaba mejor compuesta que la primera; los alistamientos señalaban algo más de 600 hombres y la escuadra comprendía el "Leander" con 16 cañones, el "Lily" el "Express" el "Attentive" y el "Prevost" con 12 cañones, cuatro transportes y un bergantín cargado de víveres. Todos los buques llevaban armas destinadas a los voluntarios venezolanos con cuya cooperación especialmente se contaba.

La expedición salió de Port of Spain el 21 de Julio. El 27 de Julio, 10 de los tripulantes capturados en Ocumare eran pasados por las armas en el castillo de San Felipe y el resto era destinado a las siniestras bóvedas con diez años de presidio.

*

* *

La indiferencia con que los habitantes de Venezuela acogieron la ejecución de los prisioneros de Ocumare, se presentó como un buen indicio para las autoridades españolas que rodearon a la expedición de Miranda de una atmósfera enteramente desfavorable, a la cual se agregaba la antipatía de los criollos para la aristocracia de las ciudades de Venezuela y aún la de los liberales que, por su odio a España y por sus aspiraciones de la misma independencia, eran muy hostiles a Miranda, a quien, por otro lado, creían comprometido con los Ministros Británicos para influir úni-

camente en que las Colonias Españolas cambiaran de amo. Además, las gestiones españolas ante Francia, dieron bastante resultado, pues su Ministro de Marina ordenó al Gobernador de Guadalupe que prestara apoyo a los establecimientos de Costa Firme, lo que se cumplió enviando al corsario Austerlitz para que, con 150 hombres y seis oficiales, se dirigiera hacia las costas de Cumaná y de Caracas siguiendo a la expedición de Miranda. Las órdenes fueron cumplidas y el Austerlitz, al encontrarse con el Prevost que navegaba separado de la escuadra de Miranda, le atacó combatiendo una hora, hasta que el corsario francés se fué al abordaje venciendo al Prevost y desembarcando en las costas de Caracas. El incidente disuadió a Miranda de tomar tierra en la Isla de Margarita, resolviendo dirigirse hacia la región de Coro, al Oeste de Caracas. Pero la mala suerte andaba con Miranda. La población de Coro hostil a la aristocracia se presentaba leal a las instituciones españolas, y cuando el 2 de Agosto, al despuntar el día, ancló la escuadrilla ante la bahía de Coro a doce millas de la antigua capital, la ciudad estaba abandonada. Al día siguiente que se efectuó el desembarque no se encontró a nadie; comprendiendo Miranda, cuando llegó a esa ciudad, el 4 de Agosto, que el resultado de su expedición era un nuevo lamentable fracaso, pues se hallaba a 80 leguas de Caracas, lejos de todo recurso, con todos los pueblos de las cercanías hostiles, por lo que, después de lanzar una proclama llamando al patriotismo venezolano, dió de nuevo la orden de embarque el 13 de Agosto de 1806. Por otro lado, un acontecimiento de gran importancia había de influir en forma decisiva, en los ánimos en contra de Miranda. Una gran expedición inglesa que alcanzaba como a 12.000 hombres se había presentado en actitud ofensiva sobre las costas de Buenos Aires, pero a pesar de la diferencia de fuerzas, los habitantes organizados a órdenes de Liniers, habían rechazado la invasión, inmortalizando con inmensa gloria sus energías patrióticas. España, en esa ocasión, pudo ante la decisión suda-

americana, sostener su gobierno contra la invasión inglesa y sacar grandes ventajas, pero se ocupaba muy poco de las colonias y perdió la última ocasión que se le presentaba favorable para afianzar su Gobierno.

*

* *

Miranda se había refugiado en la isla de Oruba de donde se dirigió al Gobernador de Jamaica y al de Trinidad, pidiéndoles auxilios para una tercera expedición. Estuvo a punto de caer en manos del Austerlitz, pero, felizmente, tres navíos ingleses llegaron a Oruba con órdenes de llevar a Miranda a Trinidad, de donde se embarcó el 31 de Diciembre con destino a Liverpool.

Con todo, la expedición de Miranda encontró eco, pues desde 1807 se incendió en Caracas el fuego revolucionario. Las declaraciones dejadas por Miranda en Coro, tranquilizaron a los liberales venezolanos animados constantemente por la presencia de Bolívar, en cuya casa se verificaban constantes reuniones, empujando el pensamiento de todas las ideas de libertad y de independencia. Las noticias de la campaña de Leander, avivaban los sentimientos y la idea exaltaba a los futuros libertadores. El 12 de Marzo de 1806, al salir el sol, Miranda había izado sobre el Leander el pabellón azul, amarillo y rojo de la patria futura Colombiana, y saludado con entusiastas vivas había sido por toda la expedición aquel ondeante arco iris, que, por vez primera, se alzaba frente a los Andes. El símbolo elegido presentaban "los campos de oro de América, que el azul del Océano separó de la sangrienta España". Los patriotas de Caracas juraron continuar, a todo trance, la obra del Precursor.

Napolcón, por entonces, parecía haber llegado a la cumbre del poderío y de la gloria, pero, a poco, a los comienzos de 1808, la expedición a España debía señalar la iniciación del ocaso de su estrella. Durante su reinado, no dejó de interesarse por las cosas de ultra-

mar, la más envidiable herencia de Carlos V, y varias fueron las expediciones que alcanzó a organizar, aún cuando las contingencias de la guerra le hacían desvirtuar su destino. Con todo, se apresuró a enviar comisionados a Sudamérica para que confirmaran la caída de Fernando VII y el reinado de José Napoleón, hermano del emperador de los franceses.

Más, los anuncios en ese entonces, produjeron terrible reacción en los sentimientos de lealtad de los colonos, que inclinaron a gran parte de americanos hacia el rey Fernando. Sin embargo, los acontecimientos tuvieron marcada influencia en América y los patriotas, llevados de sentimientos elevados y generosos, pensaron en afirmar sus tentativas revolucionarias con el sano propósito de obtener libertad e independencia para sus pueblos. De esa conspiración fué el alma Simón Bolívar, que ya principiaba a demostrar su genio guerrero y sus inmensos talentos de estadista y de patriota.

Por lo demás, los acontecimientos de España, la derrota de Ocaña, la toma de Gerona, la entrada triunfal de José en Madrid, repercutieron en el nuevo mundo: "España ha caducado", fué el grito que sirvió de motivo a los patriotas para lanzarse a la acción. La soberanía de las provincias corresponde a sus habitantes, la tesis de todo el movimiento emancipador de 1809 y 1810 al cual, una por una, debían irse adhiriendo las distintas provincias coloniales hasta que el grito se extendiera desde México a Cabo de Hornos, en una unidad absoluta de concepción y en una adhesión firmísima de luchar hasta obtener la independencia. Es innegable que de toda esta vasta conspiración era Miranda el alma, el foco luminoso que irradiaba luz a todo el Continente Hispano Americano; organiza sociedades en Europa para desarrollar el interés por las cosas de América; O' Higgins, Montúfar, Monteagudo, Caro, Cervando, Carrera, Moreno, desfilan ante el Precursor y son los propagandistas de su idea en el Nuevo Mundo. Bolívar mismo acude ante el Gran Maestro, tanto co-

mo San Martín, Alvear, Zapiola, que reciben inspiración de Miranda, para dar nacimiento a la libertad americana, y así después de poco, en medio de las resistencias reinantes, fruto del fanatismo y de la ignorancia en que se había envuelto a los habitantes de América, uno por uno, los pueblos proclamaban la constitución de Juntas Soberanas que luego debían traducirse en Gobiernos independientes, tan pronto como de la frente de los ilusos y de los ilotas se descorriera el velo que impedía ver claro por sus propios ojos el sol radiante de la libertad. Así, en Quito, el 10 de Agosto de 1809; Caracas, el 19 de Abril de 1810; Buenos Aires, el 25 de Mayo del mismo año; Colombia, el 20 de Julio de 1810; Chile, el 18 de Setiembre de 1810 y, poco más o menos tarde, la Paz, Lima y en las demás ciudades americanas se constituyen Juntas revolucionarias que fueron el epílogo de los grandes acontecimientos que debían sancionarse con 21 años de luchas cruentas. Caracas que, por mil títulos, iba a ser el pensamiento que dirigía el despertar de la conciencia Sudamericana, halagada con ofertas y apoyos indirectos que recibe desde Londres, siempre merced a las incansables gestiones de Miranda, resuelve enviar sus delegados a Inglaterra, siendo elegido para ello Bolívar, quien lleva consigo a López Méndez y Andrés Bello. La acogida que se le dispensa al futuro Libertador, no puede ser más interesante, pues a pesar de las protestas constantes de los enviados españoles y de la singular situación internacional de Inglaterra respecto de España, el Marqués de Wellesley presta toda clase de deferencias a los diputados de Caracas, uniéndoseles el agasajo general de los hombres más prominentes de la libre Inglaterra. Bolívar, apesar de que la cabeza de Miranda había sido puesta a precio por los agentes de la Corona de España, a la cual reconocía, a lo menos exteriormente la Junta de Caracas, desde su llegada a Londres, busca al Precursor y coloca sobre su pecho la medalla pendiente de la cinta tricolor de Miranda con el lema del Precursor: sin libertad no hay patria. Desde entonces,

la más franca simpatía une a aquellos dos hombres en quienes se resumían las esperanzas del nuevo mundo y todas las gestiones de Bolívar se reducen a obtener la promesa de que Miranda volviera a su ciudad natal lo antes posible, a ver realizarse las esperanzas que le habían animado de su invariable gestión por más de cinco años consecutivos. Miranda obtiene del Gobierno inglés el permiso para reincarsarse hacia su amada patria, a la cual parte Bolívar el 21 de Setiembre, retardando su viaje Miranda en forma intencionada con el propósito de obtener la ayuda inglesa sostenida por muchos de sus amigos de Londres, lo que obtiene simplemente a medias, pues los auxilios precisos se reducían a que los Gobernadores de las Antillas inglesas favorecieran la entrada del Precursor en su Patria. Miranda se embarcó en los primeros días de Octubre, rumbo a Venezuela.

*

* *

En tanto que Bolívar y luego Miranda se dirigieran a Venezuela, repleta el alma de esperanzas, la situación se había agravado enormemente. La conspiración española estallaba en varias ciudades principales, y los ejércitos realistas, fuertemente engrosados; se presentaban amenazantes contra los voluntarios patriotas, agrupados al rededor de la Junta Central de Caracas. Así, pues, la Junta se vió obligada ante el incremento de la conspiración, a enviar su ejército confiando el mando al Marqués del Toro, quien tenía impaciencia por probar su fe revolucionaria, encontrándose, por desgracia, muy mal preparado para el mando militar. Con todo, reunió de 3 a 4.000 hombres en el Cuartel General de Carora, a quienes el Marqués del Toro, rodeado de una guardia escogida sólo por sus lujosos uniformes, condujo por desiertos áridos o por intrasitables senderos hasta Coro, a donde llegó después de haber recorrido 150 leguas el 28 de Noviem-

bre, ciudad en donde los españoles le esperaban atrincherados. Sus tropas se vieron obligadas a retirarse en el más lamentable desorden. Esta era la situación el 4 de Noviembre, cuando fondeó en la Guaira el vapor que traía a Bolívar. Bolívar da cuenta a la Junta de sus gestiones y anuncia la decisión del Precursor de trasladarse a Caracas. El 12 de Diciembre se acepta un manifiesto del General Miranda y casi al mismo tiempo que la población de Caracas tenía noticias de su llegada, los vigías de la Guaira anunciaban la presencia de un buque de guerra de su Majestad Británica, el "Avon", que traía a Miranda. Al día siguiente, al saber la decisión de sus compatriotas por recibirle, Miranda se dirige a tierra y desembarca con el glorioso uniforme del 93, símbolo de sus luchas, de sus combates y de sus aventuras por la libertad. Es recibido en medio de atronadoras aclamaciones, pero la conspiración de frailes y de españoles entibian luego los entusiasmos, a la vez que el Precursor siente cierta indecisión y desencanto al conocer de cerca a su pueblo con su gente baja, fanática, con su aristocracia hostil y sobre todo cuando conoce la adhesión que se presta por algunas Provincias a la reacción española. Por otro lado, la Junta se limita a reconocer los grados militares del Precursor sin confiarle destino alguno, tocando a Miranda volver a desempeñar en su Patria el simple papel de conspirador que lo acepta desde luego dando una nueva prueba de su estoica resolución. Obtiene con todo formar un Comité de Salvación Pública que se instala con el nombre de Sociedad Patriótica de Caracas, que fué luego un centro de conspiración permanente y pública contra el orden colonial.

*

* *

En ese entonces en Venezuela se procedía a elecciones electorales para instalar el Congreso cuya apertura se fija el 2 de Marzo de 1811. Los representantes

corresponden casi sin excepción al partido liberal pero comienza por atribuirse títulos y honores que desarmozaban con sus propósitos republicanos. Aunque es verdad que "en todas las almas se hallaba el pensamiento de la Independencia" pero en todos los labios se detenía las palabras que habíau de expresarlos.

Con todo, en la Sociedad Patriótica, Próceres y Congresistas pronuncian discursos incendiarios, buscándose medios de organizar los sistemas de independencia y de libertad.

El 22 de Junio, Miranda, elegido Representante por el casi desconocido pueblo de Pao en la provincia de Barinas, ocupa un puesto en el Congreso influyendo con su sola presencia para que se dictaran resoluciones definitivas, corriendo desde ese momento de boca en boca las palabras de Libertad y República. Así, el 3 de Julio se declara que ha llegado ya el momento de tratar sobre la independencia absoluta. Impulsa Miranda todas las indecisiones y la moción del Presidente se vota por unanimidad proclamándose así con delirante entusiasmo la Independencia. La bandera de Miranda se enarbola por primera vez en Caracas entre los aplausos del pueblo y el entusiasmo de los Jefes de la revolución que ven realizados sus proyectos; pero España libre ya en parte de los ejércitos napoleónicos no olvida las colonias y ordena que se envíe desde Puerto Rico una escuadra con considerables efectivos Valencia se insurrecciona y en múltiples ciudades se conspira sin término. El Gobierno revolucionario decide enviar una expedición contra la provincia rebelde, pero esta vez más se deja a un lado los prestigios y la jerarquía de Miranda y se vuelve a confiar el mando al Marqués del Toro que tuvo que replegarse sobre Maracay. Sólo entonces ante la inminente amenaza, el Congreso recurre a Miranda a quien se le nombra General en Jefe de los Ejércitos Nacionales entre la oposición de unos y el descontento de otros. Miranda inicia su campaña negando a Bolívar el mando de un Regimiento, desechando los servicios de los principales

patriotas para sustituirlos en el mando y en las primeras situaciones con el elemento extranjero que había compartido con él en las luchas de la revolución francesa, procedimiento que disgusta a los Venezolanos. Con todo, el 20 de Julio sale de Caracas a la cabeza de las tropas de refuerzo reuniéndose sin tardar con las del Cuartel General del Marqués del Toro en Maracay. Sus primeras acciones no correspondieron a sus prestigios, con todo, a marchas forzadas avanza sobre Valencia la cual ocupa después de acciones aisladas sólo el 8 de Agosto, ocurriendo antes al cerco de la plaza para apoderarse de élla. El éxito no es aprovechado y los 4.000 hombres que dispone quedan estacionados. El Precursor vuelve a Caracas y tiene que resignarse de nuevo a ocupar un puesto en el Congreso el 22 de Agosto. Aquel Cuerpo Legislativo proclama en toda forma el pensamiento francés revolucionario, pero olvida el presente amenazador, ordena licenciar tropas y aún lanza la idea del desarme general. El 21 de Diciembre de 1811 se promulga la primera constitución Venezolana, obra perfecta de garantías republicanas. Entre tanto el ejército español volvía a tomar la ofensiva y la guerra empieza de nuevo por todas partes. En los primeros días de Diciembre de 1811, se habían apoderado de las plazas de Guayana vieja y de Angostura del Orinoco viéndose obligados los independientes a organizar un ejército de 1.500 hombres cuyo mando se confió al Coronel González Moreno, tropas que fueron derrotadas o destruidas en Angostura. Al mismo tiempo en las provincias occidentales la reacción realista se iniciaba bajo los auspicios más desgraciados para la causa republicana. Monteverde, sublevado todo el país, torna de Siquisique, apoderándose el 23 de Marzo de Carora y marchando atrevidamente hacia Barquisimeto en donde los independientes se aprestaban a rechazar la invasión.

*
* *

El Jueves Santo, 26 de Marzo de 1812, un terrible terremoto destruye la mayor parte de las provincias ocupadas por los independientes, aniquilando casi todas las fuerzas que se hallaban en guarnición, acontecimiento del cual el clero iba a sacar gran provecho entre la gente ignorante levantándolo para estandarte de la rebelión, presentando como un castigo del cielo contra los patriotas. Los soldados republicanos desertaron en gran número, la ciudad de San Carlos fué entregada por traición a Monteverde quien entraba a Valencia saludado como Libertador. El Ejecutivo ante tales peligros buscó un dictador y se eligió a Miranda concediéndole el título de Dictador y Generalísimo de los Ejércitos de mar y tierra en Venezuela, quien recibió el nombramiento encontrándose en Valencia. Convoa a las armas a todos los venezolanos, valientes por naturaleza, confía la instrucción técnica a los oficiales extranjeros que cumplen muy bien su cometido, confía contra toda su voluntad a Bolívar la defensa de Puerto Cabello, y el Dictador se da prisa para avanzar sobre Valencia, prescribiendo al Coronel Ustaritz su defensa a toda costa, la que no se obtiene a pesar de admirables esfuerzos realizados por la desproporción de fuerzas con el ejército español. Con todo, Miranda a la cabeza de 5.000 hombres acampa pronto en las llanuras de Huacará, pero el estado moral de los soldados deja que desear, hecho que se comprueba en un ataque parcial que Miranda ordena sobre las avanzadas de Monteverde el 9 de Mayo, acción en la cual una buena parte de las tropas se pasa a los realistas. Miranda retrocede hasta Maracay el 12 de Mayo en donde instala su Cuartel General haciéndole rodear de trincheras, lo mismo que La Guaira que ataca Monteverde por dos ocasiones, siendo rechazado sin mayores pérdidas. La provincia de Barinas proclama también a Fernando VII lo mismo que las de Trujillo y Mérida y otras poblacio-

nes. Con todo Miranda sin preocuparse de los peligros dicta la Ley Marcial, declara libres a los esclavos, circunstancia que lo enemista con los dueños de fincas. Cree útil enviar misiones especiales para obtener auxilios y amenazado por una hábil maniobra de los españoles levanta el campo de Maracay el 17 de Junio y establece el Cuartel General en La Victoria en donde le ataca Monteverde el 20 de Junio siendo desbaratados los españoles que sembraron de cadáveres el encharcado camino de Cerro Gordo, quedando reducido Monteverde a una lamentable situación. Pero Miranda, olvidando una vez más las enseñanzas de la guerra, no saca provecho de este nuevo éxito e insiste en permanecer a la defensiva, en tanto que le llegaba la alarmante noticia de que la traición tenía eco en Puerto Cabello en donde un oficial indigno se había apoderado del Castillo de San Felipe e iniciado el bombardeo sobre la plaza que defendía Bolívar. El hecho desconcierta a Miranda, quien decía que la república Venezolana agonizaba, luego dando pruebas de una energía y serenidad admirables tranquiliza a Caracas, va a La Victoria donde reanima el valor de sus gentes y lanza sus tropas contra las líneas enemigas el 11 de Julio, supremo esfuerzo éste que perseguía únicamente mejorar las condiciones de la capitulación que pensaba propener a Monteverde.

Las conferencias empezaron el 12 de Julio; Monteverde las aceptó el 20 exigiendo la entrega de todas las plazas que se hallaban en poder de los independientes, dando a Miranda 48 horas para ratificar el tratado, hecho que produjo la más grande indignación en todo el ejército patriota cuando éste supo que el tratado había sido firmado. En efecto, las consecuencias de la capitulación no podían ser peores que las de una derrota y para todos por desgracia sólo Miranda era el responsable del desastre y desde ese momento fué el blanco de las más ardientes embestidas. El Generalísimo ordenó la evacuación de La Victoria, deshaciéndose el ejército en el acto. También había ordenado cerrar el

puerto de la Guaira para impedir la salida de los barcos neutros, último recurso para los patriotas. Monteverde llegaba a las puertas de Caracas el 29 de Julio, señalando por doquiera su paso por el crimen y la violencia; el tratado se consideró como un medio de guerra y se sancionó con terribles ejecuciones. El 30 se vieron obligados los patriotas a salir para la Guaira en donde se les reunió Miranda a las 7 de la noche. En el Puerto habían anclados algunos vapores americanos e ingleses ofreciéndose el Sapphire a Miranda. Miranda les manifestó que esperaba que Monteverde cumpliría el tratado y que en consecuencia nada anormal sucedería. Parece que sus intenciones eran embarcarse en el Zeloso para salir hacia Nueva Granada por lo que dejaba su viaje para el día siguiente, retardó que le perdió pues en esos propios instantes se preparaba el complot contra el Precursor debida especialmente al desconcierto que había causado el tratado con Monteverde. Bolívar había llegado el 12 de Julio a la Guaira desesperado por los acontecimientos que precipitaban a su patria a una ruina que parecía inevitable. Los Jefes republicanos exaltados se hicieron todos cómplices de la trama muy bien urdida, desde luego por Casas, que, entregando a la ira de los enemigos al anciano respetable, quería labrarse su fortuna. Eran las 3 de la mañana; renunc Casas a los hombres de la guarnición, ocupa la salida en tanto que los conjurados se dirigen a las habitaciones de Miranda. Bolívar intima prisión al Precursor, quien entrega su espada a los soldados apostados en las puertas, los que le conducen a la fortaleza de Santa Ana; al amanecer se prohíbe la salida del Puerto a toda embarcación por orden de Monteverde, quien violando cínicamente todas sus promesas inicia la cruel era de persecuciones, de torturas y de muerte, cuya primera víctima iba a ser Miranda, quien, transportado desde el 2 de Agosto a los nefíticos calabozos de Puerto Cabello y luego a los de Puerto Rico y encerrado dos años después en la prisión de Cádiz, falleció el 14 de Julio de 1816, no sin dejar cons-

tancia de sus protestas ante el universo por la violación de la capitulación por parte de un enemigo a quien él había combatido leal y valientemente.

No hay ejemplo, dice Michelet, de una existencia tan completamente abnegada, sistematizada toda entera en provecho de una idea, sin dar un sólo momento de ella al interés, al egoísmo. Miranda, agrega, nació desgraciado, pero esta misma desgracia, dice Mancini, se convierte para él en aureolas y es un título más para su alabanza y para su gloria. Gloria por tanto tiempo negada a hombre cuyo nombre, desde hace más de 80 años, estaba grabado en el arco de triunfo entre los de los 386 héroes a quienes Napoleón juzgó dignos de tal honra.

Este simple homenaje al ilustre patricio que, por más de 30 años, consagrara sus energías a la formación de las democracias americanas, constituya un estímulo para nuestras faenas de la vida republicana, a cuyo prestigio y a cuya evolución se debe especialmente el ejército ecuatoriano.



EL MARISCAL ANTONIO JOSÉ DE SUCRE

Biblioteca Nacional del Ecuador "Eugenio Espejo"

HOJA DE SERVICIOS

DEL GRAN MARISCAL DE AYACUCHO ANTONIO JOSE DE SUCRE (*)

Francisco José Antonio de Sucre nació en la ciudad de Cumaná de la Capitanía General de Venezuela, el 3 de Febrero de 1795.

Fueron sus padres el Coronel de los Reales Ejércitos, don Vicente de Sucre y Urbaneja y doña María Manuela de Alcalá, ambos de ilustres familias de aquella villa.

Partida Bautismal

En veinte días del mes de Febrero de mil setecientos noventa y cinco años, yo, el beneficiado cura Castrense, don Francisco Joseph del Aguila, certifico que con mi licencia y asistencia, el Prébitero Dr. Dn. Joseph Cándido Martínez, Secretario de Vista, bautizó solemnemente, puso óleo y crisma a Antonio, Joseph Francisco, hijo legítimo de don Vicente Sucre, Teniente de Infantería y de doña Manuela María Alcalá, el cual niño tenía 17 días de nacimiento; fueron padrinos el Beneficiado don Antonio Patricio de Alcalá y doña Juana Gerónima Sánchez, a quienes advertí su obligación y espiritual parentesco; y para que conste lo firmo, y de ello doy fe.—Francisco Joseph del Aguila”.

Ejerciendo la Presidencia de Bolivia, casó por poder el 20 de Abril de 1828 con doña Mariana Carcelén

(*) En la elaboración de esta hoja de servicios han intervenido en su orden, el publicista e historiador venezolano, Manuel Landeta Rosales y los escritores ecuatorianos J. Gabriel Pino y Roca, Cristóbal de Gangotena y Jijón, Carlos H. Vivanco y Angel Isaac Chiriboga N., autor del capítulo intitulado. “Detalles de las Campañas e incidencias de la vida del Mariscal Sucre”.

y Jarrea, Marquesa de Solanda, vecina de Quito.

Fue muerto violentamente, por mano aleva, en la montañuela de Berruccos, el 4 de Junio de 1830, cuando apenas contaba 35 años, 4 meses de edad.

Sus restos mortales, que permanecieron en lugar ignorado, por muchos años, fueron al fin hallados en la Iglesia del Carmen Moderno de la ciudad de Quito, el 24 de Abril de 1900, a las 2 p. m. y trasladados solemnemente el día 3 de Junio a las 5 p. m. a la Iglesia Metropolitana, donde reposan en artística urna funeral. Actualmente el Ecuador se prepara a elevar un mausoleo digno del héroe.

CAMPAÑAS QUE HIZO EL MARISCAL SUCRE

En Venezuela

- | | |
|--|-----------|
| 1a.—La de Barcelona, como Comandante de Ingenieros | 1811 |
| 2a.—La Primera del Centro, en el Estado Mayor General del Generalísimo Miranda | 1812 |
| 3a.—La Primera de Oriente, bajo las órdenes del General Mariño | 1813 a 14 |
| 4a.—La Segunda del Centro, bajo las órdenes del General Mariño | 1814 |
| 5a.—La del Centro al Oriente, en la emigración | 1814 |
| 6a.—La Segunda de Oriente, bajo las órdenes de los Generales Mariño y Rivas .. | 1814 |
| 7a.—La Tercera de Oriente, bajo las órdenes de los Generales Mariño y Bermúdez | 1816 a 17 |
| 8a.—La primera de Guayana, bajo las órdenes del Libertador | 1817 |
| 9a.—La Cuarta de Oriente, bajo las órdenes de los Generales Bermúdez y Mariño | 1817 a 19 |

- 10a.—La segunda de Guayana, bajo las órdenes del Libertador 1819
11a.—La del Occidente, bajo las órdenes del Libertador 1820

En la Nueva Granada

- 12a.—La general, bajo las órdenes del Libertador 1820
13a.—La de Popayán, como Jefe del Ejército del Sur de Colombia 1822

En el Ecuador

- 14a.—La expedicionaria sobre Quito, como Jefe del Ejército Guayaquileño y auxiliares 1821 a 22
15a.—La del Sur de Colombia, cuando la invasión peruana 1828 a 29

En el Perú

- 16a.—La Primera del Perú, como Jefe del Ejército Colombiano auxiliar del Perú 1823
17a.—La Segunda del Perú, como Jefe del Ejército Colombiano Peruano y auxiliares 1823
18a.—La Tercera del Perú, como Jefe del Ejército Unido, Libertador del Perú 1824 a 25

En Bolivia

- 19a.—La general de aquella sección 1825 a 26

ACCIONES DE GUERRA A QUE ASISTIO

En Venezuela

- 1812.—20 de junio: Combate en La Victoria, sección Aragua, como Ayudante del Generalísimo Miranda, contra el General Domingo Monteverde. —Triunfó.

- 1813.—13 de enero: Combate en Güiria, sección Cumaná a las órdenes del General Mariño, contra el Coronel Juan Gabazo.—Triunfo.
- 1813.—2 de agosto: Combate en Cumaná, sección Cumaná, a las órdenes del General Mariño, contra el Coronel Eusebio Antoñanzas.—Triunfo.
- 1814.—5 de febrero: Combate en Agua-negra, sección Maturín, a las órdenes del General Mariño, contra el Coronel N. Barazola.—Triunfo.
- 1814.—31 de marzo: Batalla en Boca Chica, sección Aragua, a las órdenes del General Mariño, contra el General José Tomás Boves.—Triunfo.
- 1814.—16 de abril: Batalla en El Arao, sección Cojedes, a las órdenes del General Mariño, contra el General José Cevallos.—Pérdida.
- 1814.—28 de mayo: Primera Batalla en Carabobo, sección Carabobo, a las órdenes del Libertador, contra el General Manuel Cajigal.—Triunfo.
- 1814.—15 de junio: Batalla en La Puerta, sección Aragua, a las órdenes del General Mariño, contra el General Tomás Boves.—Pérdida.
- 1814.—17 de agosto: Batalla en Aragua, sección Barcelona, a las órdenes del Libertador, contra el General Francisco Tomás Morales.—Pérdida.
- 1814.—5 de Diciembre: Batalla en Úrica, sección Barcelona, a las órdenes del General Rivas, contra el General José Tomás Boves.—Pérdida.
- 1814.—11 de diciembre: Sitio en Maturín, sección Maturín, a las órdenes del General Rivas, contra el General Francisco Tomás Morales.—Pérdida.
- 1816.—10 de junio: Combate en Carlos López, sección Cumaná, a las órdenes del General Mariño, contra tropas españolas.—Pérdida.
- 1816.—2 de setiembre: Combate en Yaguaraparo sección Cumaná, a las órdenes del General Mariño, contra el Comandante Francisco Jiménez. —Triunfo.
- 1817.—19 de enero: Combate en Cumaná, sección Cumaná, a las órdenes del General Mariño, contra el General Juan Bautista Pardo.—Triunfo.

- 1818.—30 de mayo: Combate en el Puerto de la Madera, sección Maturín, a las órdenes del General Bermúdez, contra el General Tomás Cires. — Pérdida.
- 1818.—25 de Agosto: Combate en Güiría, sección Cumaná, a las órdenes del General Bermúdez, contra el Comandante Ramón Añez.—Triunfó.
- 1818.—13 de setiembre: Combate en Río Caribe, sección Cumaná, a las órdenes del General Bermúdez, contra el Comandante Ramón Añez.—Triunfó.
- 1818.—15 de octubre: Combate en Río Caribe, sección Cumaná, a las órdenes del General Bermúdez, contra el Comandante Ramón Añez.—Pérdida.
- 1819.—12 de junio: Batalla en Cantaura sección Barcelona, a las órdenes del General Mariño, contra el Coronel Eugenio Arana.—Triunfó.
- 1819.—11 de agosto.—Sitio en Barcelona, sección Barcelona, a las órdenes del General Bermúdez, contra el Coronel José Percira.—Pérdida.

En la Nueva Granada

- 1822.—24 de noviembre: Combate en Taindala, como Jefe del Ejército del Sur, contra el Coronel José Boves.—Pérdida.
- 1822.—24 de Diciembre: Combate en Guátara, como Jefe del Ejército del Sur, contra el Coronel José Boves.—Triunfó.
- 1822.—23 de Diciembre: Combate en Yacuanquer, como Jefe del Ejército del Sur, contra el Coronel José Boves.—Triunfó.
- 1822.—24 de diciembre: Combate en Pasto, como Jefe del Ejército del Sur de Colombia, contra el Coronel José Boves.—Triunfó.

En el Ecuador

- 1821.—19 de agosto: Batalla en Yaguachi, como Jefe del Ejército Guayaquileño y auxiliares, contra el Coronel Francisco González.—Triunfó.

- 1821.—12 de setiembre: Batalla en Huachi, como Jefe del Ejército Guayaquileño y auxiliares, contra el General español Melchor Aymerich.—Pérdida.
- 1822.—21 de abril: Combate en Riobamba, como Jefe del Ejército Guayaquileño y auxiliares, contra el Coronel Nicolás López.—Triunfó.
- 1822.—24 de mayo: Batalla en Pichincha, como Jefe del Ejército Guayaquileño y auxiliares, contra el General Melchor Aymerich.—Triunfó.
- 1829.—12 de febrero: Combate en Saraguro, como General en Jefe del Ejército Colombiano, contra el Gran Mariscal José de La Mar.—Triunfó.
- 1829.—27 de febrero: Batalla en Tarqui, como General en Jefe del Ejército Colombiano, contra el Gran Mariscal José de La Mar.—Triunfó.

En el Perú

- 1824.—6 de agosto: Batalla de Junín, a las órdenes del Libertador, contra el General José de Canterac.—Triunfó.
- 1824.—9 de diciembre: Batalla de Ayacucho, como General en Jefe del Ejército Unido, Libertador del Perú, contra el Virrey don José de La Serna.—Triunfó.

Resumen General.—Campañas

En Venezuela	11
En Nueva Granada	2
En el Ecuador	2
En el Perú	3
En Bolivia	1
Total	19

Acciones

Batallas	13
Sitios	4
Combates	15

Total	32
-------------	----

Resultados

Acciones ganadas	21
Acciones perdidas	11

Total	32
-------------	----

Resumen por años

1812	1	Acción
1813	2	"
1814	8	"
1816	2	"
1817	1	"
1818	4	"
1819	2	"
1821	1	"
1822	7	"
1824	2	"
1829	2	"

Total	32	"
-------------	----	---

Resumen de Acciones, por Estados

En Venezuela	20
En la Nueva Granada	4
En el Ecuador	6
En el Perú	2

Total	32
-------------	----

NOTA. — No figuran aquí los pequeños combates o escaramuzas a que asistió el Gran Mariscal Sucre durante sus campañas.

GRADOS MILITARES QUE OBTUVO

GRADOS	Quién los acordó	Dónde se le otorgaron	FECHAS
Oficial de Milicias regladas [1].....	La Jia. Suprema de Comand.....	En Cumaná	12 de julio 1810
Comandante de Ingenieros.....	La Jia. Suprema de Caracas.....	En Caracas	1810
Teniente Coronel.....	El General Maribón	En Güiría...	Ero 16 de 1813.
Coronel.....	El Libertador.....	En Guayana	1817
General de Brigada.....	El Dr. Zoa, Vice Presidente de Colombia.....	En Angostura	1819.
General de División...	El Libertador.....	En Quito...	18 de junio 1822
Gran Mariscal [2]	El Libertador.....	En Lima.....	27 de Dbre 1824
Gral. en Jefe de la R. de Colombia.....	El Congreso de Colombia.....	En Bogotá...	13 de Fbro. 1825

(1) Hizo sus estudios Matemáticos en Cumaná, bajo la dirección del Ingeniero Don Juan Mires.

(2) El Congreso Peruano, el 12 de Febrero de 1825, lo hizo Gran Mariscal de Ayacucho

EMPLEOS CIVILES QUE DESEMPEÑO

EMPLEOS	Quién los confirió	Dónde se le concedieron	FECHAS
Comisionado Nacional a las Antillas.....	El Libertador.....	En Guayana	1817
Comisionado para ajustar el tratado de San Ana de Trujillo.....	"	En Trujillo.	Nvbre. 1820.
Intendente del Departamento de Quito...	"	En Quito...	18 de junio 1822
Plenipotenciario de Colombia al Perú.....	"	En Guayaquil	Abril de 1823.
R. E. y M. P. de Colombia al Perú.....	El Gobierno de Colombia.....	En Bogotá...	1825
Encargado del Mando Supremo del Alto Perú.	Una Asamblea de Chuquisaca	En Chuquisaca	Julio de 1825.
Presidente Vitalicio de Bolivia (1).....	La Asamblea de Chuquisaca	En Chuquisaca	19 de Abril 1826
Diputado por Cumaná al Congreso Admirable.	Los pueblos de la Provincia de Cumaná.....	En Cumaná	1829.
Comisionado por el Congreso Admirable para tratar con los Comisionados de Venezuela en 1830....	El Congreso Admirable	En Bogotá...	6 de Fbro. 1830

[1] Sólo por dos años admitió la Presidencia y la renunció después del motín militar de Chuquisaca, del 18 de Abril de 1828.

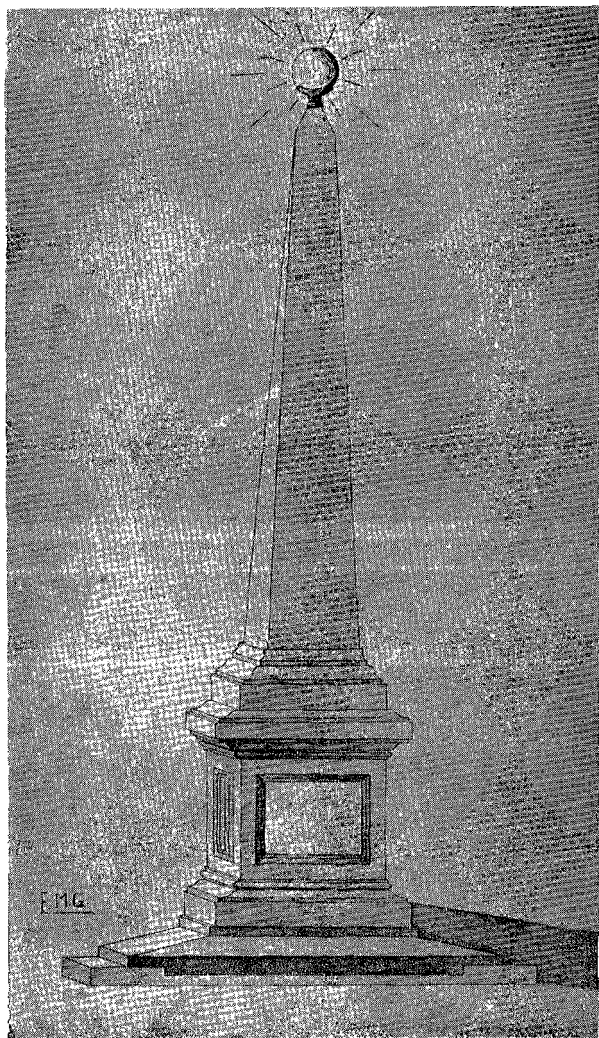
BATALLAS DIRIGIDAS POR EL GENERAL ANTONIO JOSE DE SUCRE

Acciones de Guerra	Comandante enemigo	Fuerzas combatientes		Resultado para Sucre	FECHAS
		De Sucre	Inemigas		
Yaguachi	Cruel Francisco Gonzalez...	1.200	1.300	Triunfo. ...	19 Agosto 1821.
2º Huachi...	Gral. Melchor Aymerich...	970	2.000	Derrota...	12 Setbre. 1822
Tapi.....	Cruel. Nicolás López.....	3.700	3.000	Triunfo.....	21 Abril 1822.
Pichiuca....	Gral. Melchor Aymerich...	3.100	3.000	Triunfo—Capitulación.	24 Mayo 1822.
1ª Cuchilla de Taindala...	Cruel J. Benito Boves....	1.200	2.000	Rechazó al enemigo ..	24 Nvbre. 1822
2ª Cuchilla de Taindala ..	Cruel. J. Benito Boves....	2.000	2.500	Retirada enemiga.....	23 Dcbre. 1822
Quebrada de Yacuanquer	Cruel. J. Benito Boves....	2.000	2.300	Triunfo.....	23 Dcbre. 1822
Alturas de Pasto	Cruel. J. Benito Boves...	2.000	2.100	Triunfo.....	24 Dcbre. 1822
Paso de Copalimaco.	Gral. Jerónimo Valdés.....	900	1.300	Retirada con pérdida. ..	3 Dcbre. 1822
Ayacucho ..	Gral. José de La Serna	5.780	9.130	Triunfo—capitulación.	9 Dcbre. 1824
Tarqui	Gral. José de la Mar.....	4.400	8.000	Triunfo—capitulación.	27 Fbro. 1829



EMPLEOS MILITARES QUE EJERCIO

EMPLEOS	Quién se los acordó	Dónde se los dieron
Comandante de Ingenieros en Barcelona.....	La Junta Spma. de Venezuela.....	En Caracas 1810.
Asistente del Generalísimo F. Miranda.....	El Generalísimo Francisco Miranda.....	En Valencia 1811.
Jefe de un Batallón de Infantería	El Gral. Santiago Mariño	En Güirica 1813.
Jefe de un Batallón de Zapadores	El Gral. Santiago Mariño	En Cumandá 1813.
Asistente del Gral. S. Mariño	El Gral. Santiago Mariño	En Oriente 1814.
Jefe del E. M. del Ejército de Oriente.....	El Libertador.....	En el Centro 1814.
Jefe de un Batallón en Oriente	El Gral. Santiago Mariño	En Oriente 1816.
Jefe Militar del Bajo Orinoco..	El Libertador.....	En Guayana 1817.
Jefe de E. M. del Ejército de Oriente.....	El Libertador.....	En Guayana 1817.
Jefe al servicio en Oriente y Guayana.....	El Libertador.....	En Guayana 1819.
Jefe de E. M. G. del Ejército Libertador.....	El Libertador.....	En Sabana Larga Trujillo 1819.
Jefe del Ejército del Sur de Colombia.....	El Libertador.....	En Bogotá 1821.
Jefe de las fuerzas guayaquileñas.....	La Junta Superior de Gobierno.....	En Guayaquil 1821.
Cdte. Gral. del Distrito de Quito.....	La Junta Superior de Gobierno.....	En Quito 1822.
Jefe del Ejército Unido de Colombia y Perú.....	Gobierno del Perú.....	En Lima 1823.
Jefe del Ejército Libertador del Perú.....	El Libertador.....	En Pativilca 1824.
Jefe Militar de los Departamentos del Perú.....	El Libertador.....	En Lima 1825.
Jefe Expedicionario al Alto Perú.....	El Libertador.....	En Lima 1825.
Jefe del Ejército Colombiano [cuando Tarqui].....	El Libertador.....	En Bogotá 1828.



El Obelisco que conmemora la Batalla del Pichincha, librada el 24 de Mayo de 1822,
y sobre el que se ostenta la placa de bronce en homenaje al heroico Soldado
Español, combatiente en las Guerras de la Libertad

CONDECORACIONES QUE OBTUVO

NOMBRE	Forma que tenían	De que eran	Quien se las acordó	FECHAS
Escudo de Boca Chica...	Escudo...	Seda y Oro	El Libertador...	Abril 1814.
Escudo de la 1. ^a de Carabobo...	Escudo...	Seda y Oro	" " "	29 Mayo 1814
Orden de Libertadores...	Estrella...	Oro...	" " "	1818.
Medalla de Quito...	Un Sol...	" " "	Asamblea Quito...	29 Mayo 1822
Espada del Perú...	Espada...	" " "	Gobierno Perú...	1. ^o Julio 1822
Medalla del Perú...	Elipse...	" " "	" " "	1. ^o Julio 1822
Medalla de Ayacucho...	Elipse...	Oro y brillantes...	El Libertador...	27 Dbro. 1824
Escudo por la Campaña del Perú...	Escudo...	Seda y Oro	Congreso Colombia	12 Fbro. 1824
Espada de Colombia...	Espada...	Oro...	Congreso Colombia y Jorge IV Inglat.	1825.
Escudo del Libertador...	Circular...	" " "	Congreso Peruano...	1825.
Guirnalda de oro de Cochabamba...	Guirnalda...	Oro y brillantes...	Cdad Cochabamba	Julio de 1825.
Pluma de oro de Cochabamba...	Pluma...	Oro...	El Colegio...	1825.
Espada de la Mplidad de Lima...	Espada...	Oro y brillantes...	Municip. Lima...	1. ^o Obre 1825.
Medalla del Potosí...	Elipse...	Plata...	Congreso de Bolivia	Ab 11 1826

Detalles de las campañas e incidencias de la vida del General Sucre

Estudios que hizo

Bajo la Dirección del Coronel de Ingenieros del Ejército español Mires y después de terminada la instrucción primaria, estudia Algebra, Geometría, Topografía, y construcciones civiles en el Primitivo Colegio de Ingenieros de Caracas.

Su instrucción fue toda militar.

A los 15 años ingresa al Ejército, con el grado de Subteniente conferido por la Junta revolucionaria de Cumaná.—1810. Sirve a las órdenes de Jefes como Ortiz y Hernández Grotizo. 1810.

En 1811, es llamado al Estado Mayor del Generalísimo don Francisco de Miranda.

Después de la Capitulación de la Victoria, emigra a las Antillas Inglesas.

En Enero de 1813 abandona Trinidad, con 45 patriotas, armados de seis fusiles, en una goleta de Píar, y después de jurar, en pleno Océano, morir por la Patria, desembarca en el islote de Chacachacare.

Provisto de algunas armas, asalta la Güiría y con 90 hombres que se le agregan ataca y triunfa sobre 300 soldados y 9 piezas de artillería, iniciándose con esa brillante acción la campaña que en 1813 da libertad a las regiones orientales de Venezuela.

Sucre se bate en Maturín, con 250 infantes y 1.000 jinetes, destrozando 6.500 hombres, mandados por Morales.

Después de la batalla de Urica, marcha Sucre a Maturín, de donde se embarca para Margarita, pasando a Trinidad, Martinica, San Thomas, zarpando a mediados de 1815 dirección a Cartagena, en momentos en que llegaba a Santa Marta la poderosa flota de Morillo.

En el sitio de la heroica Cartagena, Sucre sostiene durante 116 días los ataques al Cerro y Convento de La Popa, a órdenes de Soublette. Cuando todo recurso de vida se había agotado, cuando no quedaban ya sino pocos soldados que apenas podían sostenerse en pie, se resuelve el abandono de la plaza; y el 5 de Diciembre, Sucre se embarca en la Goleta Constitución, a la cabeza de 13 buques, que transportan aquellos cadavéricos soldados. Con todo, llenos de valor y audacia, los de la flotilla republicana rompen los fuegos contra los barcos españoles, entablándose una seria acción.

Sucre llega a Haití, de donde pasa a Trinidad para solicitar a los suyos algunos auxilios, pues, se encontraba poco menos que desnudo.

Al saber Sucre la expedición de los Cayos, con un puñado de valientes se embarca en un débil barco, naufragando en alta mar, en medio de furiosa tempestad. Salva Sucre casualmente, asido a una caja de madera, siendo recogido al día siguiente por unos pescadores de la Güiría, casi exánime.

Mariño le nombra Comandante de un Batallón y luego su Jefe de Estado Mayor.

Cuando Mariño fue nombrado por el Congresillo de Cariaco Jefe del Ejército y Gobernante de Venezuela, Sucre, siempre leal al Libertador, en unión de algunos compañeros se separa para marchar a formar a las órdenes de Bolívar.

Tenía sólo 24 años de edad cuando el Vicepresidente de la República Zea, le ascendió a General de Brigada, en 1819.

En 1820, Bolívar le llamó a su Cuartel General, en el Apure.

Bolívar le envía a las Antillas, en la delicada comisión de comprar armas por un valor de 80.000 pesos. Sucre cumple su delicada comisión con todo éxito. adquiere 4.000 fusiles y gran cantidad de municiones.

Con el Libertador Bolívar marcha a Cúcuta, en donde es nombrado Ministro de Guerra y Jefe del Estado Mayor General del Ejército Libertador.

En 1820, Bolívar le comisiona para tratar con el General Morillo sobre un armisticio y sobre la regularización de la guerra a muerte. Obtiene del Jefe español un armisticio de seis meses y la cesación del terrible sistema de exterminio, que durante siete años había desangrado sin piedad a Venezuela.

Después de la victoria de Boyacá, Bolívar envía a Sucre a Popayán, a tomar el mando de las tropas que a órdenes del General Valdés habíanse visto obligadas a retroceder después de la jornada de Genoy.

Sucre reorganiza los elementos de guerra puestos a su cuidado y se entrega de lleno al ejercicio de la doble tarea diplomática y militar para obtener a la vez que la victoria sobre las tropas realistas, la adhesión a la causa independiente de los pueblos rebeldes.

Cuando Guayaquil se pronuncia y constituye en Provincia Independiente, el 9 de Octubre de 1820, el Libertador comisiona a Sucre para que se traslade a esa plaza en una misión política, diplomática y militar. Demostrando altas dotes de inteligencia y de sagacidad, coopera a la formación definitiva de la provincia

independiente, organiza sus tropas y tomando el mando en Jefe, que se le confía por la Junta de Gobierno, sale a campaña para oponerse al avance de las fuerzas realistas que, a órdenes del Presidente Aymerich y del Coronel González, avanzaban en actitud ofensiva desde Quito y Cuenca, sobre Guayaquil.

Sucre, estrategia trascendente, desde Babahoyo, a donde había establecido su Cuartel General, resuelve batir las tropas de González, antes de que se incorporaran a las de Aymerich; triunfa en Yaguachi, contra-marcha a Babahoyo, sobre las tropas realistas de Aymerich, que retroceden hacia Riobamba.

Sucre, en persecución, avanza hasta las llanuras de Huachi. En situación inferior de contingente, ataca y después de sangriento choque, en que se aniquilan los dos ejércitos, se retira hacia Babahoyo y Guayaquil, a la vez que el Presidente Aymerich, entregando el mando de las tropas al General Tolrá, se retira a Quito.

En Guayaquil, el General Sucre organiza y alista nuevas tropas, solicitando auxilios al Libertador Bolívar y el envío del Batallón Colombiano Numancia, al General San Martín, que se encontraba en el Perú.

Concedidos los auxilios colombianos y una división de tropas Perú-argentino-chilenas-2 batallones y 2 escuadrones a órdenes del General Santa Cruz. Sucre determinó la concentración en Saraguro, que se realizó el 9 de Febrero de 1822.

Reorganizadas en la plaza de Cuenca las Divisiones, Sucre con el Ejército marcha hacia Riobamba, en persecución de las tropas realistas que actuaban en esa sección, a órdenes del Coronel López. La caballería independiente ataca y triunfa sobre la caballería realista, superior en número, el 21 de Abril de 1822.

Sucre resuelve avanzar sobre Quito, y después de realizar singulares maniobras estratégicas, que burlan a los realistas en los pasos de Jalupana y la Viudita, y luego en la colina de Puengasí, después de provocar combate en las llanuras de Turubamba, en la noche del 23 de Mayo de 1822, emprende una atrevida marcha de flanco, por las alturas del Pichincha, para pasar al Eji-

do Norte de la ciudad, en donde podía combatir con ventaja a las fuerzas realistas.

Los españoles toman noticia de la audaz marcha de Sucre. Trepan a las escarpadas cimas del Pichincha y se libra la jornada gloriosa del 24 de Mayo de 1822, que da libertad a Quito; y, como consecuencia de la victoria la capitulación irrestricta de las tropas españolas, en el territorio de la hoy República del Ecuador.

Recibido Sucre en Quito, triunfalmente, obtiene en seguida la adhesión entusiasta a la República de Colombia.

Gobierna Sucre el Departamento libertado con éxito admirable.

Mas, prosigue la campaña; Pasto se pronuncia por la causa real, pocos días después de la capitulación de García; y Sucre marcha sobre los realistas, combatiendo con éxito variable en La Cuchilla de Taínala, el 24 de Noviembre y el 23 de Diciembre de 1822.

En la tarde del propio día, 23 de Diciembre, triunfa sobre las fuerzas realistas de Benito Boves, en Yacuanquer, destruyéndolas al día siguiente, en las alturas de Pasto, y dando término a aquella terrible insurrección.

Resuelta la participación y el auxilio colombiano, para libertar al Perú, Sucre es nombrado Ministro Plenipotenciario de Colombia en Lima, a la vez que Jefe de las tropas auxiliares (6.000 hombres) que, a órdenes del General Valdés, marcharon al Perú.

Sucre llega a Lima, a principios de Mayo de 1823. Por decisión del Congreso del Perú, toma el mando en Jefe de las tropas republicanas. Abandona Lima y se retira al Callao. Impone su prestigio ante las facciones políticas que se debatían en lucha inmisericorde, sin respetar la situación del país ante el Ejército español; y sale a campaña para proteger a Santa Cruz, amenazado por fuerzas realistas, superiores en número.

Sucre invita a Santa Cruz a obrar de consuno, pero el orgulloso Jefe rehusa el auxilio que se le ofrece, para reclamarlo pocas horas después. Sucre generoso, se apresta a protegerlo, pero, ya era tarde: el Ejército de

Santa Cruz estaba destruido y Sucre amenazado por todo el ejército español.

Sucre avanza a Puno, contramarcha hacia Arequipa y el 8 de Octubre abandona la ciudad, para embarcarse en Quilca el día 20, con dirección a Pisco y protegido bizarramente por la heroica caballería del General Miller.

Sucre marcha a Lima, conferencia con el Libertador Bolívar y luego reembarca las tropas para tomar tierra hacia el Norte.

Sucre recibe del Libertador la misión de llevar la guerra al corazón del Perú. Concentra sus fuerzas en Huaylas, donde las reorganiza; y con 10.000 hombres, emprende la marcha hacia las alturas de los Andes, atravesando regiones escabrosas, sin recursos y sin caminos.

Con Sucre marcha el Libertador, que le nombra su Jefe de Estado Mayor General. Sucre protege su atrevida marcha con una cortina de caballería, realizando una sorpresa estratégica, modelo en su género.

Sucre da en aquella terrible marcha muestras de relevante genio. Sus soldados, en aquellos desiertos, encuentran entre las rocas pan y abrigo; y así se salva el gran Ejército al cual Bolívar, con orgullo, le pasa Revista en las llanuras del Diezmo, el 2 de Agosto de 1823.

Cuatro días después, se libra la singular batalla de las caballerías, en Junín. Triunfa con Sucre la caballería Republicana. El Ejército no dispara un tiro.

Después de la victoria de Junín, Sucre, con instrucciones precisas, asume el mando del Ejército Republicano.

Sucre se estaciona en el triángulo Lichivilca-Lambra-Circa orillando el río Oropesa.

La Serna, Jefe español, se moviliza sobre el flanco derecho del Ejército Libertador. Sucre se retira a Pichirhua y Andahuailas.

El Ejército republicano realiza entonces una marcha asombrosa, por los páramos andinos, desprovistos de todo recurso.

Sucre avanza, siguiendo a La Serna, y al cabo de

una serie de marchas y contramarchas librando pasos peligrosos con sumo éxito, cae con sus divisiones en la emboscada de la quebrada de Corpahuaico. La intrepidez de las divisiones Córdova, Valdés, La Mar y Lara y de la gloriosa caballería de Miller, salvan al Ejército, con el heroico sacrificio del Batallón Rifles, obedeciendo el Ejército Republicano todo a órdenes terminantes del General Sucre. 3 de Diciembre de 1824.

El 4, Sucre marcha sobre Tambo Cangallo, se retira, ante las formidables posiciones de La Serna, hacia la quebrada de Acroco, deteniéndose en sus bordes.

La situación del Ejército Independiente es terrible, pues hacía dos días que no comía y las continuas marchas, a pesar de toda previsión, le habían restado 1.200 hombres.

Sucre, a las 10 de la noche del día 4, levanta el campamento, burla a los españoles en una famosa marcha nocturna, cruza la quebrada y libra a su ejército de aquella penosa situación.

El 6, los dos ejércitos marchan en sentido paralelo.

El 7, los españoles tratan de cortar al Ejército Independiente, aprovechándose de unos barrancos. Sucre toma la ofensiva y el día 8 espera con su ejército, tranquilo, al poderoso ejército de La Serna, que ocupa las alturas de Condurcunqui.

Sucre termina así sus marchas en retirada y toma la ofensiva. La marcha merece del Gran Libertador Bolívar el siguiente concepto: "La marcha del ejército unido desde el Apurímac hasta Huamanga, es una operación insigne, comparable quizá a la más grande que presenta la historia militar..."

El 9 de Diciembre de 1824, los dos Ejércitos se estacionan a un kilómetro y medio de distancia, hacia las 10 de la mañana.

Sucre, a caballo, recorre sus divisiones y luego proclama así: "Soldados! de los esfuerzos de hoy pende la suerte de la América del Sur...! Otro día de gloria va a coronar vuestra admirable constancia!"

Se libra la batalla de Ayacucho; Sucre se multi-

plica y el genio de la libertad corona su frente con la más trascendental de las victorias.

De Ayacucho, Sucre marcha a Bolivia en son de guerra, pero su prestigio y su nombre aplazan toda resistencia, sin combate.

La misión de Sucre tórnase política y diplomática.

En Bolivia convoca a los pueblos a que nombren sus representantes y decidan de su situación política.

Organizada la Asamblea el 5 de Junio de 1825, se instala en Chuquisaca, acordando los representantes constituirse en una nueva República, con el nombre de Bolivia, dándose a la capital el nombre de Sucre.

Sucre, el Gran Mariscal de Ayacucho, debe encargarse del mando de la nueva República, gobernándola hasta 1826, en que se instala la Constituyente. Su Gobierno se distingue por normas de vida y organización modelos, más allá de su época y de su tiempo.

El Congreso Constituyente nombra a Sucre Presidente de Bolivia, el 26 de Mayo de 1826, cargo que acepta sólo por dos años.

Sucre immortaliza su Gobierno dictando entre mil reformas, que se traduce en un positivo bienestar público, tres que alcanzan singular resonancia en América: amnistía general, libertad de la prensa y libertad de cultos.

Cuando Bolívar piensa en la Gran Confederación de Colombia, Perú y Bolivia, elige a Sucre para su Vicepresidente.

Los pueblos de Bolivia se apresuran a manifestar su gratitud a su Presidente y Libertador; Cochabamba le regala una guirnalda de oro, el Congreso de Bolivia una medalla de brillantes, a la vez que de Lima le llega un uniforme y una preciosa espada.

Sucre parecía no tener enemigos, pero había hecho demasiados bienes.

El 18 de abril de 1827 estalla en Chuquisaca un motín militar. Sucre con su valor legendario, acude al Cuartel para contenerlo, sable en mano. Es recibido a balazos y herido en un brazo y en la cabeza. Los pueblos rodean a su benefactor y los amotinados huyen.

El General Sucre renuncia el poder Ejecutivo y resuelve regresar al Ecuador.

Dos días antes de ser herido había contraído matrimonio en Quito, por poder, con la Marquesa de Solanda.

En la misma tarde que presenta su brillante Mensaje, parte hacia la costa y se embarca en la fragata Porcospín, con rumbo al Callao, donde ofrece sus buenos oficios al Gobierno del Perú, para allanar las diferencias surgidas con el de Colombia.

De Guayaquil se dirige a Quito, a unirse con su esposa, después de 66 meses de ausencia.

En Quito, a donde llega el 30 de setiembre de 1828, permanece 11 meses.

A fines de enero de 1829, la Nación le llama a la campaña de Tarqui.

El 10 de julio de 1829, le nace su única hija, a quien le da el nombre de Teresa.

Producida la guerra con el Perú, señalándose con un timbre de ingratitud manifiesta, Sucre es nombrado Director Supremo de la Guerra, marchando en el acto a Cuenca.

Los invasores, al saber la llegada de Sucre, hacen alto en Saraguro.

Sucre, con fuerzas inferiores, avanza sobre el ejército invasor.

El 28 de enero de 1829, en Tarqui, al pie del Portete, proclama al Ejército.

El triunfo más espléndido alcanza Sucre en aquella legendaria jornada en que 3.800 infantes y 600 jinetes derrotan a 8.000 soldados del Ejército del Perú.

La campaña dura 30 días y Sucre se retira a su hogar.

En 1830 los pueblos nombran a Sucre Diputado al Congreso Constituyente que debe reunirse en Bogotá.

El 20 de enero de 1830, se instala el Congreso llamado ADMIRABLE, y elige a Sucre Presidente. Cuando el Congreso tiene conocimiento de la revolución separatista de Venezuela elige a Sucre para que en unión



del Obispo de Santa Marta vaya a Venezuela, en Misión de Paz.

Las conferencias no tienen resultado favorable y el Mariscal Sucre resuelve volver a Quito, abandonando para siempre la política y el Ejército. De Bogotá, por el camino de Popayán, se dirige a Quito.

En la montaña de Berruecos, a 13 leguas al norte de la ciudad de Pasto, a media legua de Venta Quemada, el 4 de Junio de 1830, fue muerto el Mariscal Sucre, a los 35 años de edad.

24 horas permanece su cadáver abandonado, hasta que sus ordenanzas y algunos paisanos le entierran en un sitio circunvecino, llamado La Capilla.

El 5 de Junio fue exhumado para un reconocimiento.

Años más tarde sus restos fueron trasladados a Quito y conservados secretamente hasta que fueron hallados en la Capilla del Carmen Moderno, de Quito, identificados y trasladados con solemnidad digna del héroe y del mártir, a la Iglesia Catedral, en donde reposan hasta hoy, rodeados de la veneración ecuatoriana.

Causa de su muerte no fueron otras que la emulación, la envidia, su gran virtud, su política honrada y su prestigio personal de héroe y de gobernante, capaces de ahogar la demagogia y salvar a la Gran Colombia, la gloriosa creación del genio de Bolívar.

Estaba ya en prensa la Hoja de Servicios del Gran Mariscal de Ayacucho Antonio José de Sucre, cuando el distinguido historiador señor don Carlos A. Vivanco nos envió la Hoja elaborada por él y de la cual tomamos ciertas anotaciones que rectifican la publicada por el señor J. Gabriel Pino y Roca, escritor e historiador distinguido y colaborador de El Ejército Nacional.

Así el trabajo se complementa en toda forma—dice el señor Vivanco:

“Sea esta la oportunidad para aclarar el punto siguiente: Todos los historiadores que han relatado la vida del General Sucre han afirmado que este General se halló el 20 de Junio de 1812 en el combate de la Vic-

toria de Aragua como Ayudante del Generalísimo don Francisco Miranda quien triunfó ese día sobre las tropas realistas al mando de don Remigio Monteverde. Vamos pues a demostrar lo contrario".

El Marqués Rojas en su obra "El General Miranda", París 1814, en la página 700 publica una acta de un Consejo de Guerra celebrado el 3 de Julio de 1912 en la ciudad de Barcelona a propósito de deliberar sobre un oficio remitido por el General Miranda al Gobernador Militar de dicha ciudad don José Anzoategui a fin de que le auxiliasen con las tropas acantonadas en esa plaza; dicho oficio condujo al lugar de su destino el señor Jorge Robertson. En aquella acta se lee lo siguiente: "El Gobernador don José Anzoategui convocó a los Jefes de los Cuerpos, ciudadanos Coroneles don Martín Coronado y Sebastián Blesa, Teniente Coroneles Pedro Flores y Manuel Matos, Capitán Juan José Arguindegui y Teniente Comandante de Artillería e Ingeniero Antonio Sucre" y entre los firmantes de la misma acta consta el nombre de Antonio José de Sucre. De lo que deducimos que el General Sucre se hallaba para aquella época en Barcelona como Comandante de Artillería y no como Ayudante del General Miranda según lo han asegurado los historiadores. Al hacer esta rectificación no tenemos otra mira que la de aclarar un punto de importancia para la biografía del ilustre Gran Mariscal de Ayacucho.

OTROS DATOS

El Mariscal Sucre tuvo una sola hija llamada Teresa, que fue bautizada en la Catedral de Quito el 11 de Julio de 1829, la que falleció el 17 de Noviembre de 1831.

El poder para casarse fue dado al Coronel ecuatoriano don Vicente Aguirre el 25 de Enero de 1828.

Campanías

1812.—Ira de Cumaná bajo las órdenes del Coronel don Vicente Sucre.

Combates

Marzo 6 de 1811.—Combate en el Castillo de Cumaná entre el patriota Coronel don Vicente Sucre y el realista Salvador del Hoyo; terminó por capitulación.

Julio 4 de 1812.—Sublevación de los realistas en Barcelona contra el Gobierno Republicano.

1815—16.—Sitio de Cartagena efectuado por el General Pablo Morillo.

Grados militares

Sargento Mayor, el General S. Mariño—1812.

Gran Mariscal, el Libertador, en Lima el 17 de Diciembre de 1824.

Para mayor abundancia de los datos constantes en las hojas que publicamos en esta Revista sobre Despachos y grados del Mariscal de Ayacucho, copiamos también los Despachos originales que patrióticamente y en forma desinteresada ha poseído durante veinte años el doctor Alejandro S. Melo, personalidad que tuvo también especialísima participación en el encuentro de los restos del Gran Mariscal de Ayacucho.

Despachos Militares conferidos al Gran Mariscal de Ayacucho don Antonio José de Sucre.

Coronel vivo y efectivo de infantería, con la antigüedad de 1º de Octubre de 1816.

Dado en el Cuartel General de Angostura el 6 de Agosto de 1816.—8º

SIMON BOLIVAR.

J. G. Pérez,
Strio. de la Guerra.

Cúmplase, &—El Jefe de Mtro. Mne. Gral.
Soubllette.

General de Brigada, a que le asciende S. F. el General Presidente de la República.—Agosto de 1819.

Dado en el Cuartel General de Sn. Mer. de Paya, a
16 de Enero de 1820.

SIMON BOLIVAR

**Pedro Briño Mendes,
Ministro de la Guerra.**

S. E. confirma &º

General de División de los Ejércitos de la República.—Dado en el Cuartel General Libertador de Quito a 18 de Junio de 1822—12 de la independencia.

SIMON BOLIVAR

Cúmplase lo que S. E. manda.

El General Jefe,

Bart. Salom.

General en Jefe del Ejército Unido.—Con la gratificación anual de diez mil pesos.—Dado en Lima, a 30 de Marzo de 1823—4º—de la Libertad del Perú—2o. de la República.

Francisco de la Riva Agüero.

V. E. confiere &º

**P. O. de S. E.
Ramón Herrera.**

Se tomó razón, &.

Chuquisaca, Dbre. 20 de 1824.

FRANco. Mel. Caviedes.

General en Jefe de los Ejércitos de la República.—
Con previo acuerdo y consentimiento del Senado.—De-
clarándole con este empleo, con la antigüedad de 9 de
Diciembre de 1824, que venció en Ayacucho.

Dado en Bogotá a 23 de Julio de 1825—1—5º de la
Independencia.

FRANco, de P. Santander.

C. Soubllette.

Tómese razón, &—Bogotá Agosto 5 de 1825.

Como Presidente Accidental,

Mel. Echandía.



CAPITAN ABDON CALDERON

"Murió gloriosamente en Pichincha, pero vive en nuestros corazones"



HOJA DE SERVICIOS DEL HEROE DE PICHINCHA, CAPITAN ABDON CALDERON

Dedicado al Regimiento "Calderón" N° 3

Fueron sus padres el señor Coronel don Francisco García Calderón, fusilado al servicio de la causa de la Independencia, en la ciudad de Ibarra, el 1° de Diciembre de 1812, y la señora doña Manuela Garaicoa y Obando, ambos de distinguido linaje.

Nació en Cuenca, el 30 de Julio de 1804.

Edad, diez y siete años, nueve meses, veinticuatro días.

Sus servicios y más circunstancias los siguientes:

Empleos y Cuerpos en que ha servido

Como soldado voluntario ingresó a la edad de diez y seis años al servicio de la Causa de la Libertad, en Octubre de 1820, época en que los patriotas trabajaban por la Independencia de Guayaquil.

En el Batallón "Voluntarios de la Patria", a órdenes del señor Coronel don Ignacio Alcázar, Unidad en la cual es ascendido a Subteniente, a raíz del 9 de Octubre de 1820, en que se proclamó la Independencia de Guayaquil.

En el propio Batallón "Voluntarios de la Patria", a órdenes del señor Coronel don Luis Urdaneta, como Teniente, el 9 de Noviembre de 1820, en que fue ascendido a tal empleo después de su brillante y heroica actuación en el combate de "Camino Real".

De Teniente, en el ya mencionado Batallón, el 22 de Noviembre de 1820, en que toma parte activa en el combate librado en las llanuras de "Huachi"; acción de armas que fue desfavorable a la Causa de la Libertad.

En el Ejército reorganizado, al mando del General chileno don Toribio Luzuriaga, y en el Cuerpo compuesto de tropas cuencanas, a órdenes directas del señor Coronel don José García, el 3 de Enero de 1821, en que debido a su temerario arrojo salva la vida en el memorable combate de "Tanizagua".

En el Batallón "Libertadores", incorporándose con los suyos a las fuerzas Patriotas, en Babahoyo, las que a órdenes inmediatas del señor Sargento Mayor don Félix Soler, combatieron con denuedo en Yaguachi, el 19 de Agosto de 1821.

De Teniente en una de las Compañías del precitado Batallón "Libertadores". El 12 de Setiembre de 1821, a órdenes del señor General Sucre, toma parte en la acción de Huachi, donde los Patriotas se sacrificaron heroicamente.

En el Estado Mayor del señor General Sucre, después del desastre de Huachi, perteneciente al Ejército organizado en Babahoyo, de donde marchó a la ciudad de Guayaquil.

En la División Libertadora, como Teniente de la Tercera Compañía del Batallón "Yaguachi", habiendo realizado la penosa marcha, a pie, a Cuenca.

El 12 de Abril de 1822, forma parte de la vanguardia del Ejército Libertador, a órdenes del señor Coronel don Diego Ibarra y al mando de la Compañía del "Yaguachi", combate en las llanuras de Tapi, cooperando a la derrota de la Caballería Española, el 21 de Abril de 1822.

En el mismo Batallón "Yaguachi", en calidad de Teniente de la Tercera Compañía. Se bate heroicamente en la batalla del Pichincha, siendo acribillado a balazos por las fuerzas realistas el 24 de Mayo de 1822. Es ascendido a Capitán en el mismo campo de batalla, por el General Sucre, Comandante en Jefe. Muere, a consecuencia de las heridas, en la madrugada del 25.

Campañas en que intervino

La proclamación de Guayaquil en Provincia Independiente, 9 de Octubre de 1820.

La Campaña sobre la Presidencia de Quito, formando parte de la División protectora de Quito, al mando del Coronel Luis Urdaneta, como Primer Jefe, y de Cordero, como Segundo.

La de Cuenca-Guayaquil, a órdenes del Coronel don José García.

La de Babahoyo, a órdenes del General Sucre.

La de Quito, a órdenes del General Sucre, formando en el Batallón "Yaguachi", como Teniente Encargado de la Compañía.

Acciones de guerra en que ha combatido

El combate del 9 de Octubre de 1820, como voluntario al servicio de la Independencia.

El de "Camino Real" en el Batallón "Voluntarios de la Patria", como Subteniente, a órdenes del Teniente Coronel don Ignacio Alcázar, el 9 de Noviembre de 1820.

El primer "Huachi", a órdenes del Coronel Luis Urdaneta, el 22 de noviembre de 1820.

El de "Tanizagua", el 3 de Enero de 1821, a órdenes del Coronel José García.

El de "Yaguachi", el 19 de agosto de 1821, en el Batallón "Libertadores", a órdenes en ese día, del mayor Félix Soler.

El Segundo "Huachi", a órdenes del General Sucre, el 12 de Setiembre de 1821.

El del 21 de Abril de 1822, en "Tapi" (Riobamba), como Teniente, a órdenes del señor Coronel don Diego Ibarra.

La Batalla de "Pichincha", el 24 de Mayo de 1822, a órdenes del General Sucre.

Estudios que hizo

Instrucción primaria.—A órdenes de los Rectores del Seminario de Guayaquil y luego a cargo de don Vicente Rocafuerte en 1817.

Heridas

Cuatro, en la Batalla de Pichincha, que le ocasionaron la muerte.

Distinciones honoríficas

La Junta Próceras del 9 de Octubre le concede el Título de Subteniente, en premio a sus servicios prestados a la Causa de la Independencia.

El Coronel don Luis Urdaneta, después de la acción de "Camino Real", pide a la Junta de Guayaquil le conceda el grado de Teniente por su heroico valor y por su recomendable decisión por la causa de la Independencia.

En "Pichincha", el General Sucre le asciende a Capitán y el Libertador Simón Bolívar decreta que, por siempre, en el Batallón "Yaguachi" se conserve una Compañía sin Capitán efectivo, en la que figurará como tal el Capitán Abdón Calderón; y que, al pasar Revista, dicha Unidad, al pronunciarse su nombre, la Compañía, con las armas al hombro responda: "Murió gloriosamente en Pichincha, pero vive en nuestros corazones".

Incidencias y detalles de la vida militar del héroe

Abdón Calderón desempeñó singular papel en la gloriosa jornada de la transformación política de Guayaquil, en la cual, debido a sus importantes servicios, se le otorgó el empleo de Subteniente de Ejército.

La Junta de Gobierno de Guayaquil decidió abrir operaciones sobre la Capital de la Presidencia de Quito, y organiza la División protectora, al mando del Co-

ronel don Luis Urdaneta, División en la cual formó el Batallón "Voluntarios", en que constaba el Subteniente Calderón.

El Ejército Realista avanza desde Ambato sobre Babahoyo, y al saber que las tropas de Urdaneta ocupaban esta última plaza, se detiene en "Camino Real", punto intermedio entre Sabaneta por el Sur y Guaranda, por el norte.

Urdaneta toma como objetivo la ciudad de Guaranda avanzando resueltamente sobre el Ejército Realista que le cerraba el paso. Quinientos Realistas al mando de Forminaya, esperaron a las dos secciones del Ejército Independiente, a órdenes de Cordero.

El 9 de Noviembre de 1820 se realizó el encuentro, luchando heroicamente los contendores hasta llegar al asalto, al arma blanca, siendo derrotado el Ejército Realista.

El Subteniente Abdón Calderón mereció mención especial en el parte del combate elevado por el Coronel Urdaneta, quien, en mérito de su singular conducta, pidió a la Junta de Guayaquil el grado de Teniente, motivando la justificación con estas palabras: "Después de un valor heroico, la más recomendable decisión por nuestra Causa".

Al saber el Mariscal Don Melchor de Aymerich, que se hallaba en Pasto, la derrota de "Camino Real", con el Escuadrón de Caballería "Dragones de Granada", a órdenes del Coronel Francisco González, marchó a Quito, concentró las tropas de Quito y Riobamba y salió para Ambato, en donde decidió esperar a las tropas Independientes.

Urdaneta, después de "Camino Real", ocupa Guaranda y luego Ambato, de donde se retiró el enemigo.

Cuando Urdaneta se encontraba en Ambato, las fuerzas realistas, a órdenes del Coronel González, avanzaron sobre las Independientes, por lo que Urdaneta resolvió esperarles en campo abierto, eligiendo las llanuras de Huachi.

El 22 de Noviembre de 1820, avistáronse las tropas



enemigas casi en igualdad numérica, pero siendo superior la Caballería Realista.

Atacan impetuosamente las tropas Independientes y el enemigo vacila, pero González al frente de su Caballería carga y equilibra la suerte de la batalla. Por desgracia, un movimiento imprudente del cuzqueño Alvarez, del "Granaderos de Reserva", compromete el éxito de la jornada, produciéndose la derrota de las tropas de Urdaneta, que dejan en el campo seiscientos cadáveres.

El Teniente Calderón, salvando gracias a su intrepidez, desafiando hambre y sed, se retira a Babahoyo con las reliquias del Ejército y pasa lista como un veterano.

El 3 de Noviembre de 1820 se pronuncia Cuenca por la Independencia. González, que avanzaba victorioso sobre Babahoyo, decide marchar a Cuenca, dejando pocas tropas en el Centro, situación que salva al Ejército Patriota, y permite la organización de uno nuevo.

González despedaza a parte de las fuerzas Cuenecanas en Verdeloma.

Separados Urdaneta y Cordero después de Huachi, se confió al General chileno Toribio Luzuriaga el mando del Ejército reorganizado.

Los Realistas dejados por González en Guaranda, Pungalá y Guanujo se retiran a Riohacha. Tropas cuencanas a órdenes del Coronel José García ocuparon Guanujo. El General Luzuriaga ordena la concentración de fuerzas en los últimos días de Diciembre de 1820, por lo que García abandonó Guanujo.¹

Los Realistas, con el cura de Guaranda a la cabeza, y mandados por un Comandante Piedra, esperaban emboscados el paso de las tropas de García.

El 3 de Enero de 1821, los Patriotas son sorprendidos, trabándose la acción. La victoria ya coronaba a García, cuando el cura Benavidez ataca por la retaguardia, y los flancos, encerrando al Ejército Patriota. El Cuerpo Republicano decide abrirse paso, luchando desesperadamente. El Teniente Calderón, al mando de una compañía, prefiere la muerte a la rendición y aunque atacado de frente, por los costados y la espalda,

a la bayoneta, rompe el cerco de fuego y hierro, y salva la vida y el honor de las tropas Independientes. García queda prisionero y es degollado.

Fue esa la acción de Tanizagua.

Calderón se retira a Babahoyo, en donde, con los suyos, se reincorpora a las Tropas Patriotas.

Guayaquil recibe auxilios de Colombia y el 6 de Mayo de 1821 llega Sucre a esa ciudad.

El 15, la Junta le entrega el mando en Jefe del Ejército que acantona parte en Samborondón y parte en Babahoyo. En este último lugar manda el Coronel Nicolás López, natural de Coro, a quien los Patriotas le habían tomado prisionero antes de Huachi, convirtiéndose a la causa de la Patria. López y el Capitán Ollague determinan traicionar la Causa de la Independencia. El segundo debía atacar con la flotilla la ciudad de Guayaquil, defendida apenas por un cuerpo de cívicos. López debía caer en seguida sobre las tropas de Samborondón. Ollague dió el golpe el 17 de Julio, pero fracasó ante la bizarra resistencia de los voluntarios guayaquileños. López, el 19, defeccionó su División, pero no pudo atacar a Samborondón.

El Teniente Calderón con los Oficiales Lavayén y Robles se opuso valerosamente a los traidores proyectos de López, pues, embarcándose en una canoa se dirigió a Samborondón, en donde dieron parte al General Sucre de lo que ocurría.

Con un Batallón, a órdenes de los Comandantes Rash y Cestari, regresaron a Babahoyo, dieron alcance a López en Palo Largo, derrotándole.

Sucre, desde Babahoyo, ahogadas las traiciones, se aprestó a hacer frente a las fuerzas de Aymerich que avanzaban desde Riobamba. A la vez, González con su Ejército había salido de Cuenca, para atacar a Sucre por el Sur.

Informado Sucre de este movimiento por el patriota cuencano Pino y Jijón, decidió, en momentos en que ya el Ejército estaba en contacto con el de Aymerich en Palo Largo, levantar el campo y marchar sobre Yaguachi, a donde avanzaba González. Reconocidas

las posiciones el día 18 de Agosto de 1821, el 19 el Ejército Republicano, cayó sobre el de González. La sangrienta acción fue favorable a Sucre, que obtuvo una victoria completa.

El Teniente Calderón era Oficial del "Libertadores", puesto ese día a órdenes del Mayor Félix Soler, héroe de la jornada.

Sucre, sin dejar reposo al enemigo después de su victoria, avanzó sobre Guaranda, donde estaba Aymerich, obligándole a dirigirse a Riobamba. Desde Guaranda, el Coronel Illingworth fue destacado hacia Quito, siguiendo Sucre el mismo camino. Aymerich retrocedió a Ambato, retirándose en el campo ya funesto de Huachi. Los realistas eran doble número que los Independientes y su Caballería muy superior y mejor montada. Se comprometió la acción el 12 de Setiembre de 1821, con resultado desastroso para los Patriotas.

Formando parte de la diminuta escolta que apenas pudo reunir Sucre, volvió Calderón a Babahoyo, de donde pasó a Guayaquil, después de un año de campaña.

Nada arredró al heroico pueblo de Guayaquil, que al saber la derrota de Huachi, acudió presuroso a inscribirse, acuartelándose setecientos voluntarios para reconstituir el Ejército. Al mismo tiempo, llegó el Batallón "Paya", a órdenes del Comandante Leal. Sucre pidió también a San Martín el "Numancia", enviándole en cambio una División de peruanos, chilenos y argentinos, a órdenes del General Santa Cruz.

Para evitar que el Ejército español vencedor atacara a una de las Divisiones Republicanas antes de su unión, Sucre marchó al Sur, alejándose de su objetivo. El 9 de Febrero de 1822 los dos Ejércitos se abrazaron en Saraguro.

El 14 llegó Santa Cruz con el resto de las fuerzas.

Sabíase que había llegado a Cuenca el Coronel C. Tolrá, con el Batallón "Aragón", de 500 plazas y un Escuadrón de 200 jinetes, como refuerzo a González, que estaba en el Azuay.

La División Libertadora se movilizó de Saraguro el día 16, a órdenes de Sucre.

Tolrá, con 1.300 hombres, había salido para el Sur, retrocediendo luego a Cuenca y retirándose a Tarquí, punto de conjunción de los caminos de Girón y Oña, replegándose luego a la ciudad, que la abandonó definitivamente en la noche del 19 al 20. El 21 ocupó Cuenca el Ejército Libertador.

El Teniente Calderón, formando parte de las Compañías del "Yaguachi", había realizado toda aquella marcha como un buen Oficial de Infantería, a pesar de su corta edad.

El Ejército Libertador permaneció en Cuenca cuarenta y nueve días, reorganizando sus Cuerpos, a los que se incorporaron muchos cuencanos.

Del 11 al 12 de Abril, comenzó a movilizarse el Ejército para el Norte. El Coronel Ibarra, con sus Dragones y la Compañía del "Yaguachi", mandada por el Teniente Calderón, tomaron la vanguardia. En Guamote les atacaron los realistas, siendo obligados a retirarse sobre el grueso de las tropas llegadas ya a Alausí.

Tolrá fue recemplazado por López, el traidor, que retrocedió con las tropas españolas a la ciudad de Riobamba.

López tomó posiciones en el Punto Santa Cruz, paso de la quebrada de San Luis. Hallando Sucre inabordable ese paso dejó a Ibarra en Guaslán, tomando él la dirección de la quebrada de Punín.

El Coronel López, como felón que era, meditó una villanía. Los Oficiales de la vanguardia realista invitaron a los de la vanguardia de Ibarra a una reunión. Los soldados estaban descuidados en Guaslán, cuando se les echó sobre ellos dos Escuadrones por el frente y un Batallón por la espalda. Los republicanos convergieron, se unieron, y teniéndoles a todos de frente, contraatacaron, replegándose sanos y salvos hasta donde estaba Sucre.

En esta lucha, el Teniente Calderón, con la Tercera Compañía del "Yaguachi", se singularizó por su arrojo, formando parte de la vanguardia de Ibarra.

El 21 de abril se descuidó el enemigo y dejó libre el paso de Pantus. Desocupó Riobamba y se puso en retirada. Sucre destacó a Ibarra con sus Dragones y a Lavalle con los Granaderos del Río de la Plata para que siguiesen el camino de los realistas. Ibarra tomó la izquierda y Lavalle la derecha.

De repente oyese en la derecha el estrépito de un combate: era que Lavalle se había comprometido con sólo sus Granaderos, contra toda la caballería enemiga. Ibarra acude en el acto. El choque fue tremendo y en las llanuras de Tapi, donde se empeñó la acción, fue derrotada la Caballería española.

Siete días permanecieron en Riobamba y el 2 de Mayo estaban ya en Latacunga, reforzadas las tropas con la División Córdova, formada de Colombianos y Ecuatorianos que se le incorporaron en ese lugar.

Desde Latacunga, Sucre destacó al Coronel Masa para que atacara a las tropas que de San Miguel de Guaranda se habían organizado para defender al Rey. El grueso del Ejército siguió al Norte, tomó por Limpio Pongo, entre el Cotopaxi y Sincholagua, tocó en Chillo el 17 de Mayo, donde se le unió el General Mirés, que acababa de huir de la prisión. El 20 se vencieron las posiciones enemigas de Puengasí, desplegándose entre Turubamba y Chillogallo, en las goteras de la ciudad de Quito. Los días 21, 22 y 23 se pasaron en provocar al enemigo a un combate que rehusó.

En la noche del 23, Sucre resolvió pasar al Norte, tomando la derecha por las estribaciones del Pichincha, aprovechándose de una senda a pie.

A las nueve comenzó el movimiento y el 24, a las 8 de la mañana, hizo alto en momento en que la vanguardia coronaba ya las alturas.

Las tropas acababan de almorzar hacia las 10 de la mañana, cuando el General Antonio Morales, Jefe del Estado Mayor General, dió la voz de alarma. Era que las tropas españolas dándose cuenta del movimiento de Sucre, ascendían a la altura para impedirlo.

Conocemos cómo una Compañía del "Cazadores del Paya" y otra de los Cuerpos del Perú chocaron con

el enemigo, que desembocaba por entre las malezas del terreno, empuñándose la acción. Se desplegaron el "Trujillo" y el "Piura" a la derecha, el "Yaguachi" al centro y el "Magdalena" a la izquierda. El "Paya" quedó en reserva y el "Albión" a retaguardia, pues, avanzaba con el parque.

En la primera acometida retrocedió el enemigo, hasta que fue reforzado con el Batallón "Aragón".

En los momentos en que la acción se iniciaba, Calderón había recibido un balazo en el brazo derecho y manejaba su espada con el izquierdo. Las tropas se retiraban faltas de municiones, a lo que Calderón se oponía, cuando fue destrozado por otra bala el brazo izquierdo.

Llegaron las municiones cuando la tercera Compañía del "Yaguachi" avanza llena de coraje. Calderón es herido por una tercera bala, encima de la rodilla. Se trata de hacerle retirar del campo, pero Calderón se niega. Cargan el "Paya" y el "Albión" como un alud. En el ataque Calderón recibe otro balazo en el muslo derecho, siendo horrorosamente destrozado. Los suyos le recogen en brazos y le tienden en la gloriosa montaña.

Las campanas de la Recoleta de la Merced eran echadas al vuelo por los soldados del "Paya", celebrando el triunfo, en la aurora del 25, cuando moría Calderón.

Sucre ascendió a Capitán al Teniente Calderón, en el campo de batalla, y Bolívar decretó honores que perduran su memoria.

Sus restos no han sido aún encontrados, pero su memoria continúa latente en la conciencia ecuatoriana, pregonándose su nombre como una bandera de gloria en el Ejército, que es el de su Patria. (1)

(1) Hoja elaborada de acuerdo con los estudios de los notables Historiadores C. Destruge y Octavio Cordero Palacios.

DATOS QUE COMPLEMENTAN LA VIDA DEL HEROE ABDON CALDERON

Tomados de la obra "ESTIRPE GLORIOSA", del Dr. Ricardo Márquez Tapia, historiador distinguido.

Partida Bautismal del Héroe.—Importante documento que dió a conocer al público, por intermedio del Concejo Municipal del Azuay, el Revdmo. Sr. Canónigo Honorario Dr. Dn. José Ormaza, en su órgano de publicación, la "Gaceta Cuencana".

He aquí su texto tomado del Libro original, el que reza al principio del folio 187 y dice: "En el Año del Sor. De Mil Ochocientos Cuatro, en Treinta Y Uno De Julio, Siendo Yo El Dr. Dn. Mariano Isidro Crespo, Cura Rector De Esta Sta. Iglesia, Bautisé Solemnemente A Abdón Y Senén, Hijo Legítimo Del Contador Oficial Real Dn. Franco. Calderón Y DE Dña. Manuela Garaycoa: Fue Su Padrino El Reberendo Dr. Dn. Mauricio Salazar: Tgo. Pablo Torres Y Manuel Montúfar Y Lo Firmo. Mariano Crespo"....

El primer lustro de su vida, fue el único en que Abdón, sintió las caricias de su afectuoso padre; porque cumplidos apenas los cinco años, dos meses de edad, la tiranía de Aymerich, se le quitó para siempre enviándole preso a Guayaquil, Setiembre 5 de 1809...

A los 8 años y meses de edad, quedó Abdón, huérfano de padre, 3 de Diciembre de 1812, y al año siguiente, se trasladó a la ciudad de Guayaquil, en compañía de su madre y hermanos, en demanda de piedad, para los rigores del infortunio...



El Capitán Abdón Calderón en su sacrificio en Pichincha hacia la inmortalidad

Instalada la viuda en su tierra natal, haciendo heroicos sacrificios, dedicóse a la ardua labor, de continuar la educación de su hijo. En esta virtud, dábanle lecciones de humanidades, su tío Javier, que abrazó el estado eclesiástico, y que más tarde vino a ser Obispo de Guayaquil y luego Arzobispo de Quito; y el sabio patricio Dn. Vicente Rocafuerte, enseñábale el idioma francés y Geografía, cuando en el año de 1817, retornó del extranjero a su querida Patria...

El sublime bardo, José Joaquín Olmedo, quien conoció familiarmente a nuestro Héroe y prestóle también las luces de su saber, como maestro, que fué de él; habla muy en alto de la dedicación al estudio y de la gallarda belleza de su juvenil fisonomía...

Antes de dar comienzo, a la vida militar del Héroe Niño, iniciada gloriosamente, el 9 de Octubre de 1820; consagremos algunas palabras, sobre su valiosa actuación, en todas las Juntas, llevadas a efecto, antes de la mencionada transformación política. En aquel año Calderón llegaba a los Diez y Seis años y poscía: educación esmerada y talento vigoroso, carácter inquebrantable y constancia de mártir y sagaz tino en intuir, los planes políticos de sus adversarios; y por esta virtud, los conjurados octubrinos, depositaron en su corazón, sin temor alguno, todos los proyectos tendientes, a la Emancipación de Guayaquil, para que él les ayudase. Calderón hallábase inmiscuído, en los secretos de la Revolución, ya como uno de los comprometidos, y ya por pertenecer, íntimamente, al círculo de familia, que atisaba y dirigía, el movimiento subversivo. Entre los principales caudillos, se encontraban sus tios carnales y políticos, su madre y hermanas, otros miembros de familia y confidentes amigos. Basta saber, que las Juntas Preparatorias, se reunían en casa de su tía Ana Garaycoa, esposa del Prócer José Villamil; la primera Junta, se verificó el 1º de Octubre de 1820, con motivo de un baile preparado ad-hoc, en casa de Villamil, en cuyos arreglos se entendió el entusiasta y patriota José Antepara. Asistieron a dicho baile, previa invitación de Dña. Ana, distinguidas familias, de los

adictos a la causa de la Independencia y los principales conjurados; y a la media noche en punto, se verificó, el solemne juramento, de los concurrentes, ante "La Fragua de Vulcano", de morir o triunfar, en la noble y ardua empresa, de Independizar a Guayaquil. ¿Qué símbolo era, "La Fragua de Vulcano"? Como un recuerdo histórico, rememoremos: La tarde, de aquel día del baile efectuado en casa del Sr. Villamil, el joven Antepara, había arreglado dos mesas: una estaba cubierta de pastas, frutas y bebidas agradables: otra, con objetos más sustanciosos, preparados, para después de media noche. En tal momento, dice el señor Villamil, "pregunté por Antepara: se me dijo que estaba en otra pieza muy retirada: lo encontré cubriendo otra mesa de cosas exóticas—alcohólicas—. A qué viene esta tercera mesa? No bastan aquellas dos? No se metía Ud. en mis cosas, dijo: esta mesita se va a convertir esta noche, en "La Fragua de Vulcano"; y a media noche en punto, la deseada reconciliación tuvo lugar en "La Fragua", jurando todos los comprometidos triunfar o sucumbir, noblemente en la empresa". Hasta el día 8 de Octubre, los conjurados, buscando cualquier pretexto, reuníanse diariamente, con el fin de cruzar ideas, para la realización de su objetivo; y en todas estas citas, hallábase, el futuro Héroe de Pichincha, aguardando la ansiada hora, de lidiar en las batallas de la libertad...

Con la revolución de Guayaquil, empezó Calderón, el servicio de las armas...

Toda la vida guerrera, del legendario Héroe de Pichincha, bien podemos resumir, en la Hoja de Servicios de Calderón, escrita por el General Angel Isaac Chiriboga y modificada por el autor del presente estudio...

Todo cuanto hemos narrado, de la actuación valerosa de Calderón, en las guerras habidas en el Ecuador, en pro de la Independencia; nos confirma la Biografía del Héroe, escrita por su **Madre**, la que dice, en un oficio a Bolívar... "El mayor de mis dos hijos—Abdón—contaba diez y seis años, y como heredero

de los sentimientos de su padre, se dedicó al servicio de la Patria, desde que esta ciudad proclamó su Independencia. Es constante que no hubo expedición ni servicio alguno en que no tomase parte, y que adicto a la República hasta el entusiasmo, se incorporó a la primera oportunidad en sus filas, y falleció en ellas cuando la gloriosa jornada de Pichincha. El Sr. General Sucre, le ascendió entonces a Capitán y dió orden para que se le pasase siempre revista y se le satisficiera su sueldo de "Teniente"... Este importante fragmento biográfico, que llega al íntimo del corazón, debe incrustarse con letras de oro, en una placa conmemorativa, para hincar en el actual Monumento, que Cuenca, consagra, a uno de los más ilustres hijos, de la Magna Guerra". "¿Puede darse un resumen mejor de la vida de nuestro Héroe, y una firma mejor al pie de este resumen, que la de su misma madre?—Esto no lo decimos por simple literatura, sino porque las cosas deben ser así, y llamamos a este respecto la atención del "Comité Abdón Calderón".

REMEMORANDO LA BATALLA LIBRADA EN EL PICHINCHA EL 24 DE MAYO DE 1822

A las nueve de la noche del día 23 de Mayo de 1822, el Ejército de Sucre se movilizaba desde sus acantonamientos de Chillogallo, y se dirigía al Occidente, para tomar un difícil y escabroso sendero por el que se ascendía a las estribaciones del Pichincha y siguiendo el cual el General Comandante en Jefe pensaba poder ocupar en la madrugada del día 24, la entrada norte de la ciudad de Quito, descendiendo por las lomas de San Juan, para situarse en el Ejido Norte o en el valle de Iñaquito.

La noche era oscura y como había llovido en la tarde de aquel día, el sendero estaba lleno de barrizales, la pendiente era muy considerable, y la marcha, por su propia naturaleza, lenta, metódica y, por lo mismo, el tiempo volaba. Llegaban las primeras horas de la mañana del 24 y las tropas libertadoras que habían podido dominar la garganta de Huirapungo, las faldas occidentales del Unguaypurco, estaban ascendiendo la loma de Chilíbulo, debiendo, desde ahí, marchar ocultamente hacia el Ejido Norte, para, entonces sí, presentar combate al Ejército Real, fuera de las fortalezas del Panecillo, que cerraban la entrada Sur y a las cuales no era posible atacarlas por falta de artillería, aún cuando sobrarian intrepidez y energía y entusiasmo, para hacerlo, en las tropas Independientes.

Avanzaba el día y ya desde el Oriente la aurora del 24 iluminaba la cima del Pichincha, dorándola con sus primeros destellos. Entre tanto, apenas, la vanguardia, con sus elementos más avanzados, llegaba a dominar las lomas de Chilíbulo y la inquietud principiaba a



PICHINCHA. — 24 DE MAYO DE 1822.—Altura donde se libró la batalla

producirse en el ánimo del General Sucre, considerando que la sorpresa, factor principal del éxito, en ese caso o en esa operación, como en muchas otras, no se realizaría si las fuerzas realistas descubrían al Ejército Independiente en su penosa ascensión.

Con todo, considerando que pudiera producirse una acción cualquiera en la marcha, el General Sucre, haciendo uso de su habitual previsión, había organizado su vanguardia con fuerzas considerables, de manera que si llegara el caso de combatir, el resto de la columna tuviera tiempo de avanzar bajo el abrigo de los fuegos adelantados. Las horas se encargaron de probar que la decisión previsoramente del General Sucre, era acertada y de que la organización dada a su ejército, para la marcha escabrosa y nocturna, contemplaba todas las posibilidades, demostrando así, una vez más, cuales y cuán importantes eran las capacidades guerreras del invicto General.

Al amanecer el 24 de Mayo, el Comando del ejército realista se informó de la evacuación de los acantonamientos por parte del ejército Independiente, y no tardó en recibir informaciones del camino que habían seguido, pues había ordenado que se practicaran reconocimientos inmediatos hasta descubrir definitivamente la dirección de marcha del ejército de Sucre.

Al tener datos concretos de la audaz maniobra que se realizaba, el Comando Real no pudo menos que sufrir una gran sorpresa; pero, esa era la verdad y no había tiempo que perder.

Con ánimo de atacar a los Independientes, dominando las alturas del sendero que llevaban, ordenó inmediatamente que los batallones realistas treparan, a su vez, la loma de Chilibulo y ocuparan una posición desde la cual se pudiera batir, con ventaja, a las tropas de Sucre. Y la medida no era extraordinaria. Calculado el camino que debía recorrer el Ejército independiente por el escabroso sendero elegido, se creyó de hecho, imposible el que hubieran alcanzado las cumbres en esa noche, y, en consecuencia, se consideró que dominando antes las alturas el Ejército Real, los Inde-

pendientes sufrirían las consecuencias de su aventurada decisión.

Desde las 8 de la mañana, la vanguardia de las tropas independientes, tuvo noticias de que los españoles ascendían la loma, parte que fue comunicado inmediatamente al Comandante en Jefe, el que ordenó que una Compañía del "Cazadores del Paya", efectuara un reconocimiento del enemigo y del terreno hacia la ciudad. La Compañía iba seguida de cerca por otra del "Cazadores del Trujillo", que descendió algunas cuerdas, encontrándose a las 9 y 30 de la mañana, con el grueso de la división española que avanzaba para ocupar la altura, según las órdenes que había recibido.

Entre tanto, el General Sucre procedía a reorganizar su ejército en una explanada dominante y hoy conocida con el nombre de Campamento, así como llegaban los cuerpos, impartiendo constantes órdenes, para que los elementos de retaguardia agilizaran la marcha, todo lo posible. Sólo el batallón "Albión", que avanzaba custodiando el parque, quedaba en retardo, cuando los "Cazadores del Paya" efectuaban los primeros disparos precursores de la gran batalla en que se iban a jugar los destinos del Ecuador.

EJERCITOS CONTENDORES

Ejército Libertador: Comandante en Jefe, el General de Brigada don Antonio José de Sucre.

DIVISION COLOMBIANA

Comandante de la División, el General de Brigada don José Mires.

Jefe de Estado Mayor, Coronel don Antonio Morales.

Comandante de la Caballería, Coronel don Diego Ibarra.

Ayudantes del General Sucre: Teniente Coronel Eusebio Borrero, Secretario; Teniente Coronel Daniel

Florencio O' Leary, Capitán Vicente Ramón Gómez, Teniente José María Botero.

Batallón "Albión", con 443 hombres, al mando del Teniente Coronel Juan Mackintosh.

Batallón "Paya", con 820 hombres, al mando del Teniente Coronel José Leal.

Batallón "Alto Magdalena", con 314 hombres, al mando del Coronel José María Córdova.

Batallón "Yaguachi", con 540 hombres, al mando del Coronel Graduado Carlos María Ortega.

Escuadrón "Dragones del Sur", con 142 hombres, al mando del Teniente Coronel Federico Rach.

DIVISION PERUANA

Comandante de la División, el Coronel don Andrés Santacruz.

Jefe de Estado Mayor General, el Coronel Luis Urdaneta.

Ayudantes del Coronel Santacruz: Teniente Calixto Jiraldez, Teniente José María Frías.

Batallón "Trujillo", con 573 hombres, al mando del Coronel Félix Olazábal (Argentino).

Batallón "Piura", con 384 hombres, al mando del Teniente Coronel Francisco Villa (Argentino).

Escuadrón "Granaderos a caballo de los Andes", con 96 hombres, al mando del Teniente Coronel Juan Lavalle (Argentino).

Escuadrón 1o., "Cazadores Montados", con 100 hombres, al mando del Teniente Coronel Antonio Sánchez.

Escuadrón 2o., "Cazadores Montados", con 100 hombres, al mando del Teniente Coronel Florentino Arenales.

Compañía de Artillería con 83 hombres, al mando del Capitán Adolfo Klinger.

TOTAL :

División Colombiana:

Infantería		2.117	hombres
Caballería		142	„

División Peruana:

Infantería		857	hombres
Caballería		296	„
Artillería		83	„

Suman		3.595	hombres
			de fuerza efectiva.

De esta tropa, se deben deducir 804 hombres que no intervinieron en la acción, a saber: 150 hombres del Batallón "Magdalena", que con el Coronel Hermógenes Masa, estaba en Guaranda; 40 "Dragones" y 120 Infantes del "Paya" que con el Teniente Coronel Cayetano Cestari se hallaban en Quito, y 494 hombres hospitalizados en Riobamba, Ambato y Latacunga.

El Ejército Republicano que combatió en Pichincha, tenía, pues, una fuerza efectiva de 2.791 hombres.

EJERCITO REALISTA

Comandante en Jefe, el Mariscal de Campo, don Melchor Aymerich.

Comandante en Jefe de la División, Coronel don Nicolás López.

Jefe de Estado Mayor, el Coronel don Manuel María Martínez de Aparicio.

Inspector Militar del Reino, el Coronel don Joaquín Germán.

Ayudante General, el Coronel don Francisco González.

Ayudante de Estado Mayor, el Teniente Coronel don Patricio Brayn.

Cirujano Mayor, don Noaquón Morro. Boticario, don Antonio Muñoz.

Comandante de la Caballería, el Coronel don Carlos Tolrá.

PRIMERA DIVISION REALISTA

Batallón 1o. de "Aragón", con 580 hombres, al mando del Coronel don Joaquín Valdez.

Batallón "Tiradores de Cádiz", con 437 hombres, al mando del Coronel don Damián de Alba.

Batallón "Ligeros Cazadores de Constitución", con 368 hombres, al mando del Teniente Coronel don José Toscano.

Escuadrón "Dragones Reina Isabel", con 92 hombres, al mando del Teniente Coronel don Pascual Moles.

Escuadrón "Dragones de Granada", con 84 hombres, al mando del Coronel don Manuel Viscarra.

Escuadrón "Dragones Guardia del Presidente", con 87 hombres, al mando del Teniente Coronel don Francisco Mercadillo.

Escuadrón "Usares de Fernando VII", con 76 hombres, al mando del Coronel don Francisco Allimeda.

Compañía de Artillería con 120 hombres, al mando del Teniente Coronel don José Ovalle.

TOTAL, :

Infantería	1.435
Caballería	339
Artillería	120

Suman	1.894	hombres
-------------	-------	---------

de fuerza efectiva.

A esta fuerza pudieran agregarse los 500 cívicos concentrados en Panecillo y el Batallón "Cataluña", que, a marchas forzadas, había salido de Ibarra, con

dirección a Pasto el 27 de Febrero de 1822 y que regresaba de aquel lugar a mediados de Mayo, encontrándose ya el día 20 en Otavalo.

EL CAMPO DE BATALLA

Una prominencia andina formidable "Garra o estribo de ancho lomo, que descende del volcán Pichincha en forma de talud hacia las calles occidentales de la ciudad de Quito. A primera vista, más bien que una pobre falda de volcán hercúleo, parece un cerro de existencia propia, de aspecto irregular, conocido en el país con el nombre de Chaquimallana y dominado a su vez por una explanada en la cual, en aquella época, existía sólo una pobre choza perdida entre los zarzales y malezas del terreno y hoy sustituida con una casa y hacienda conocida con el nombre de "El Campamento".

Una espesa maleza encubría, en ese entonces, la cima de Chilibulo, circunstancia que falicitaba el avance; pero que también encubría la defensa, lo que produjo, a no dudarlo, aquellos sangrientos encuentros que culminaban con ataques cruentos a la bayoneta.

El lugar de la batalla, tiene una altura de 3.500 metros sobre el nivel del mar y en cuyo sitio venerado, el Ejército, al cumplir cien años de la homérica hazaña, elevó un monumento, un obelisco, conmemorador de la acción heroica, de los guerreros que en ella intervinieron y de los gloriosos batallones que, en esas cimas, se cubrieron de gloria.

LA BATALLA

La compañía destacada del Batallón "Paya", al reconocer las posiciones, dió de frente con la División realista que marchaba por la derecha, pretendiendo dominar la posición que ya ocupaban los republicanos. Rotos los fuegos, esa Compañía se sostuvo valerosamente, reforzada luego por el batallón "Trujillo" y éste, a su vez, por dos compañías del "Yaguachi" condu-



GENERAL JOSE M. DE CORDOVA

cidas por el coronel Antonio Morales, en persona. El resto de la Infantería patriota a las órdenes del General Mires, seguía el movimiento, a la vez que dos compañías del "Magdalena" con el Coronel Córdova, marcharon con ánimo de situarse a retaguardia de las tropas realistas. El batallón "Paya" sostuvo los fuegos, hasta que consumidos los cartuchos tuvo que retirarse. En ese momento, el ejército realista avanzó a la vez que el batallón "Paya" se lanzaba a la bayoneta, para recuperar el terreno perdido. Tres compañías del "Aragón", que habían marchado a flanquear la izquierda republicana, chocaron con las compañías del "Albión" que se enfrentaron justamente con ese cuerpo, poniéndolas en completa derrota. Entonces, el Coronel Córdova, que no había podido obtener el objetivo antes enunciado, recibió la orden de relevar al "Paya", con las compañías del "Magdalena", y con el "Yaguachi", se lanzó denodadamente sobre los españoles precipitándoles hacia la ciudad, persigiéndoles y obligando a sus restos a encerrarse en el fuerte del Pancillo.

Toda las reservas de Sucre, cayeron de improviso en la batalla, pocos momentos antes de que los batallones realistas fuesen arrollados por la intrepidez de los batallones de Colombia, y como los realistas no tenían reserva o la que disponían se hallaba fuera del lugar de la batalla, nada pudieron obtener con su intervención.

La derrota es un hecho y ya entre el alborozo de la ciudad redimida que fue la primera en lanzar el Grito de la Independencia, descenden intrépidamente algunos republicanos que llevan la bandera tricolor a izarla en la torrecilla de la Iglesia del Tejar al tiempo que se echaban al vuelo, en celebración del triunfo, las campanas del templo.

CONCLUSIONES

Indiscentible que, a pesar de las muy anormales condiciones en que debía realizarse la marcha, el Ge-

neral Sucre estuvo acertado en la elección de aquella escabrosa vía, única de que podía disponer para poder realizar sus propósitos de, burlando la guarnición de Quito, trasladarse al Ejido Norte.

En su flanco derecho, no le quedaba otro camino que aquel que conduce de Chillogallo hacia el Oriente a la loma de Puengasí, la cual era preciso subirla para descender luego al valle de los Chillos, vadear el río San Pedro, marchar hacia Cumbayá y converger, por Guápulo al Ejido Norte, punto terminal de la marcha.

Como acertadamente se ha hecho notar, tampoco por ese flanco eran buenos los caminos y su extensión crecía en grandes proporciones comparada con la otra vía elegida que faldeaba las estribaciones del Pichincha.

Nada, pues, se puede decir sobre la elección de la vía de marcha y que ésta se realizara durante la noche, único medio de librarse de las observaciones de las tropas realistas que dominaban desde sus atrincheramientos y desde las alturas del Panecillo, todos los campos al Sur de la ciudad de Quito.

El Ejército Real, inmediatamente que supo la vía elegida por las tropas independientes, decidió, marchar a dominar las alturas, trepando las estribaciones del Pichincha. Al hacerlo, obró bien; pues, es un principio consagrado en las guerras de montaña aquel de procurar "alcanzar siempre mayor altura que el adversario", si se desea librar una acción táctica en buenas condiciones.

Además, el Comando realista debió considerar que las tropas republicanas, se hallarian agotadas por la cruenta campaña que acababan de verificar, por aquellas prolongadas marchas y aún por efecto de la misma operación nocturna que acababan de realizar, trepando las crestas del Pichincha, de noche, y sufriendo los rigores de las lluvias y del frío de las serranías.

Algunos escritores, especialmente los del Perú, pretenden conceder al Coronel Santacruz, Comandante de la vanguardia, según ellos, y a los batallones de la División Auxiliar "Trujillo" y "Piura", un papel y

una influencia preponderantes, en el desarrollo de la acción táctica. Se afirma que el Coronel Santacruz salvó al ejército independiente, porque con la vanguardia esperó dos horas, hasta que el grueso del ejército que marchaba con el General Sucre, dominara la altura, y se agrega luego, que fue el mismo Coronel Santacruz, el que, al anunciar al Comandante en Jefe, que había llegado el momento de emplear todas las fuerzas en la batalla, salvaba otra vez la suerte de las armas independientes, con su decisiva iniciativa y con su acertada resolución.

Sin amenguar el mérito de la División Auxiliar, ni de su connotado Jefe, es fácil observar, que quienes conceden la preponderancia anotada a sus actividades, incurren en tamaño error, pues, es conocido que el grueso de las tropas con el General Sucre, ya se encontraba descansando en la explanada inmediatamente superior al lugar en que se libró la batalla, y que así su intervención se dejó sentir desde el primer momento.

Fue el General Sucre, en efecto, quien destacó la compañía "Cazadores de Paya" en misión de reconocimiento del terreno, en dirección de la ciudad de Quito, y es el propio Comandante en Jefe, el que, al conocer la aproximación de la División española, refuerza a la Compañía exploradora, con el "Trujillo" y es el mismo, que, desde el primer momento, envía al General Córdova, con las Compañías del "Magdalena" confiándole un movimiento envolvente sobre las tropas españolas, y, luego, es el mismo General Sucre, que cuando el "Trujillo" y la Compañía del "Paya", por agotamiento de municiones se retiran de la línea de fuego, arrastrando en su retirada al "Piura", (que no combatió), con el propio General Santacruz, sustituye a esas tropas con el "Yaguachi" y el "Paya" y el propio "Magdalena", con el General Córdova, que, imposibilitado de llenar su primera misión, había regresado y es, por último, el propio comandante en jefe, que imprime un impulso final a la acción, ordenando que las tropas colombianas, cargaran a la bayoneta y que el "Albión", marchara a oponerse al movimiento flanqueante de las

tropas del "Aragón", obteniendo así con la unidad de acción de las tropas colombianas, arrollar a las tropas realistas que, faltas de reserva, no tuvieron sino que volver caras y descender a la ciudad de Quito, en donde rendirían sus armas y entregarían sus banderas al ejército vencedor.

Documentos Oficiales que amplían el Parte verídico del General Sucre, establecen claramente y en todos sus detalles el desenvolvimiento de la batalla librada el 24 de mayo de 1822, en el Pichincha; y se falta a la lealtad, a los Libertadores, cuando se pretende opacar sus geniales actividades por un injustificable afán de dar brillo a hombres y acciones, contraviniendo a documentos históricos de innegable valor.

Al preferir Sucre pasar al Ejido Norte, antes que estrellarse con sus tropas contra las posiciones fortificadas del Panecillo, se manifiesta prudente. Con su audaz maniobra, Sucre sorprende y desconcierta a su adversario. Oculta hasta el último momento la verdadera dirección del movimiento que proyectaba y que lo inicia aprovechando de las sombras de la noche. Todo su plan es producto de un cerebro superior y el desarrollo de la maniobra estuvo a la altura de la gran concepción. En todo caso la marcha estaba resguardada constantemente por los obstáculos naturales del Pichincha.

Cuando sus tropas tomaron contacto con las del ejército realista en las alturas del Chilibuto, no trepidó ni un instante en librar la batalla que venía persiguiéndola afanosamente. No trató de rechazar el encuentro, y, por el contrario, maniobrando constantemente en las cumbres, conduciendo, momento por momento, la batalla, entre el follaje y entre los riscos y desfiladeros, derroca, en pocas horas, el poder español, libertando al Ecuador.

Desde su salida de Guayaquil fueron sus objetivos, el ejército de Aymerich, como objetivo táctico, y, como geográfico, la ciudad de Quito.

Sucre realizó uno y otro, pues, obligó a combatir

a las tropas hispanas, las derrotó, y ocupó Quito como consecuencia de la clásica batalla.

Mas el tiempo ha pasado, y sobre los dolores que laceraron un día el corazón de los soldados de la libertad de cinco naciones, redimidas en Boyacá, en Carabobo, en Pichincha y en Ayacucho; sobre la verdad sancionada, por la sangre de 500.000 soldados que se sacrificaron por la libertad de estos pueblos, no toca sino ensalzar, cada vez más, la memoria de los héroes, ilorrecer en la gratitud, fructificar en las libertades y mantener, latente en la conciencia, los bienes que emanaron de su obra fecunda, causa y origen de estos pueblos en su Constitución Soberana.

No cabe, pues, que ante el fallo de la historia, se levanten voces aisladas, consagrando una mitología heroica, que no es auténtica y con la que se pretende posponer a los Genios y a los Hombres, a quienes debemos el que se levante radiante el Sol de la Libertad en América y que siga su curso al través del tiempo y del espacio, dando calor y vida a todos estos pueblos y a todos nuestros elementos, por más que muchos pretendidos historiadores, doblando sus rodillas, ante intereses del momento, pretendan, con manifiesta deslealtad, faltar a sus deberes de fidelidad y de justicia, hacia los libertadores: hijos de la Gran Colombia.

Nosotros deseamos sólo que el Ecuador continúe como hasta aquí, guardando el procerato y el decoro de estos pueblos con la lealtad y la hidalguía que le han merecido el noble título de Nación más grata a la memoria del Libertador Bolívar, del invicto Sucre y de las legiones que, conducidas por sus genios, plantaron la bandera tricolor en las cumbres del Potosí.

PARTE DE LA BATALLA DE PICHINCHA

Dado por el Sr. General Dn. Antonio José de Sucre

— República de Colombia. — Ejército Libertador. — Comandancia General de la División del Sur. — Cuartel General en Quito, a 26 de Mayo de 1822-12.

Señor Ministro:

Después de la pequeña victoria de nuestros granaderos y dragones sobre toda la Caballería enemiga en Riobamba, ninguna cosa había ocurrido de particular. Los cuerpos de la división se movieron el 28, y llegaron a Latacunga el 2. Los españoles estaban situados en el pueblo de Machachi, y cubrían los inaccesibles pasos de Jalupana y la Viudita. Fue necesario excusarlos haciendo una marcha sobre su flanco izquierdo; y, moviéndonos el 13, llegamos el 17 al valle de Chillo (4 leguas de la capital) habiendo dormido y pasado los helados del Cotopaxi. El enemigo pudo penetrar nuestra operación, y ocupó a Quito el mismo día 16, por la noche.

La colina de Puengasí que divide el valle de Chillo de esta ciudad, es de difícil acceso; pero pudimos burlar los puntos del enemigo y pasarla el 20. El 21 bajamos al llano de Turubamba (qué es el Ejido de la Capital) y presentamos batalla, que creíamos aceptarían los españoles por la ventaja del terreno en su favor: pero ellos ocupaban posiciones impenetrables; y después de algunas maniobras, fué preciso situar la división en el pueblo de Chillogallo, una milla distante del enemigo. El 22 y 23 los provocamos nuevamente a combate, y desesperados de conseguirlo, resolvimos marchar por la noche a colocarnos en el Ejido del Norte de la ciudad, que es mejor terreno, y que nos ponía entre Quito y Pasto, adelantando, al efecto, el señor Coronel Córdova con dos Compañías del Batallón Magdalena. Un escabroso camino nos retardó la marcha; pero a las ocho de la mañana del 24 llegamos a las alturas del Pichincha que

dominan a Quito, dejando muy atrás nuestro parque cubierto con el batallón Albión. Mientras las tropas reposaban, la Compañía de Cazadores del Paya fue destinada a reconocer las Avenidas; seguía luego el Batallón Trujillo (del Perú) dirigido por el señor Coronel Santa-Cruz, Comandante General de la División del Perú. A las nueve y media dió la Compañía de Cazadores con toda la división española, que marchaba por nuestra derecha a la posición que teníamos; y roto el fuego, se sostuvo mientras conservó municiones; pero en oportunidad llegó el Batallón Trujillo y se comprometió el combate; muy especialmente las dos compañías del Yaguachi reforzaron este batallón conducido por el señor Coronel Morales, en persona. El resto de nuestra infantería a las órdenes del señor General Mires, seguía el movimiento, excepto las dos compañías del Magdalena, con que el señor Coronel Córdova marchó a situarse por la espalda del enemigo; pero, encontrando obstáculos invencibles, tuvo que volverse. El batallón Paya pudo estar formado, pero consumidos los cartuchos de estos dos cuerpos, tuvieron que retirarse, no obstante su brillante comportamiento. El enemigo se adelantó, por consiguiente, algún poco; y como el terreno apenas permitiese entrar más de un batallón al combate, se dió orden al Paya que marchase a bayoneta, y lo ejecutó con un brío que hizo perder al enemigo, en el acto, la ventaja que había obtenido; y comprometido nuevamente el fuego, la maleza del terreno permitió, que los españoles aun se sostuviesen. El enemigo destacó tres compañías del Aragón a flanquearnos por la izquierda; y a favor de la espesura del bosque conseguía estar ya sobre la cima, cuando llegaron las compañías del Albión (que se habían atrasado con el parque) y entrando con la bizarría que siempre ha distinguido a este cuerpo, puso en completa derrota a los de Aragón. Entre tanto, el señor Coronel Córdova tuvo la orden de relevar a Paya, con las dos compañías del Magdalena; y este jefe, cuya intrepidez es muy conocida, cargó con un denuedo admirable, y desordenando al enemigo y derrotándolo, la victoria coronó a las doce del día a las soldados de la libertad. Reforzado este jefe con los Cazadores del Paya, con una compañía del Yaguachi y con las tres del Albión, persiguió a los españoles, entrándose hasta la Capital y obligando a sus restos a encerrarse en el Fuerte del Panecillo.

Aprovechando de este momento, pensé ahorrar la sangre que nos costaría la toma del Fuerte, y la defensa que permitía aún la ciudad e intimé verbalmente al General Aymerich por medio del Edecán O'Leary, para que se rindiese; y entre tanto me puse en marcha con los cuerpos, y me situé en los arrabales, destinando antes al señor Coronel Ibarra (que había acom-

pañado en el combate a la Infantería) que fuese con nuestra Caballería a perseguir a la del enemigo; que observaba se dirigía a Pasto. El General Aymerich ofreció entregarse por una Capitulación que fue convenida y ratificada al siguiente día, en los términos que verá V. E. en la copia que tengo el honor de someter a la aprobación de S. E.

Los resultados de la jornada de Pichincha han sido la ocupación de esta ciudad y sus fuertes el 25 por la tarde, la posesión y tranquilidad de todo el Departamento, y la toma de 1.100 prisioneros de tropa, 160 oficiales, 14 piezas de artillería, 1.700 fusiles, fornituras, cornetas, banderas, cajas de guerra y cuantos elementos de guerra poseía el Ejército español.

Cuatrocientos cadáveres enemigos y doscientos nuestros han regado el campo de batalla: además tenemos 190 heridos de los españoles y 140 de los nuestros. Entre los primeros contamos al Teniente Molina y al Subteniente Mendoza; y entre los segundos, a los Capitanes Cabal, Castro y Alzuro; a los Tenientes Calderón y Ramírez y a los Subtenientes Borrero y Arango.

Los cuerpos todos han cumplido con su deber: Jefes, Oficiales y tropa se disputaban la gloria del triunfo. El Boletín que dará el Estado Mayor recomendará a los Jefes y subalternos que se han distinguido; y yo cumpliré con el deber de ponerlos en consideración del Gobierno; en tanto, hago una particular memoria de la conducta del Teniente Calderón, que habiendo recibido sucesivamente cuatro heridas no quiso retirarse del combate. Probablemente morirá; pero el Gobierno de la República sabrá compensar a su familia los servicios de este oficial heroico.

La caballería española va dispersa y perseguida por el cuerpo del Comandante Cestari, que antes había interpuesto yo sobre Quito y Pasto. El 26 han salido comisionados de ambos Gobiernos para intimar la rendición a Pasto que creo será realizada por el Libertador: otros oficiales marchan para Esmeraldas y Barbacoas; de manera que, en breve, el reposo y la paz serán los primeros bienes de que gozarán estos países, después que la República les ha dado independencia y libertad.

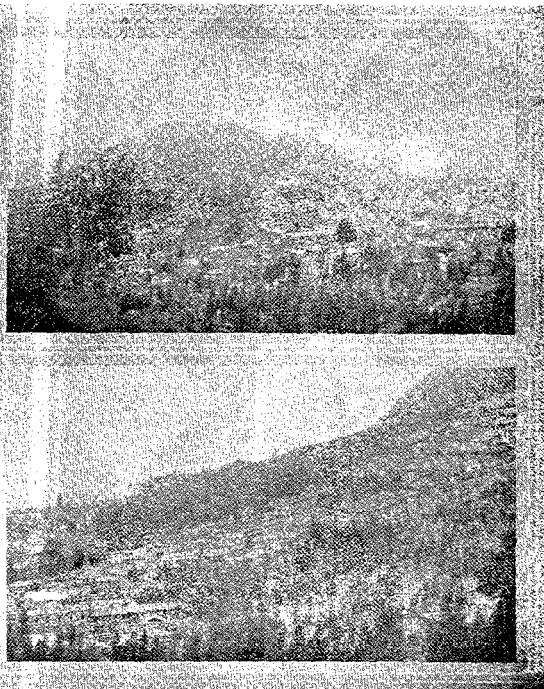
La División del Sur ha dedicado sus trofeos y laureles al Libertador de Colombia.

Dios guarde a U. S. muchos años.

A. J. de Sucre.



General Pedro León Torres en Bomboná



Pichincha.—Colina de Puengasí.—Ejido de Quito

EL 7 DE ABRIL DE 1822

B O M B O N A

Aquella sangrienta acción figura, por mil razones, al lado de las que, como Boyacá, Carabobo, Pichincha y Ayacucho, abrieron a los pueblos americanos las puertas de la Libertad y de la Independencia.

Hacia un mes justo que el Libertador había salido con su Estado Mayor, de Popayán con dirección a Pastá (8 de Marzo de 1822) para incorporarse al Ejército Colombiano que marchaba, en tres columnas, a pocas leguas del Juanambú, perdiendo en la travesía más de mil hombres que habían quedado hospitalizados en el tránsito, al cruzar desiertos infestados de fiebres malignas. Las tropas se concentraron el 17 de Marzo en Alpujarra a donde llegó el Libertador el 21. Organizó las tropas en tres columnas: la primera y segunda ordenó marcharan el 22, dirección al Juanambú, saliendo la tercera con él, el día 23. El 24, a pesar de la impetuosidad del río, se logró vadearlo por el paso de Burreros en la hacienda del Peñol, pueblo éste en el cual todas las tropas se reunían el 1° de Abril.

Bolívar no contaba sino con 2.000 hombres al acercarse a Pasto. Oponíanse a la marcha del Libertador el Coronel Basilio García a la cabeza de 2.000, entre los que figuraban Cuerpos de Cazadores que hacían prodigios en esas tierras que dominaban completamente. La división realista se componía del Primer Regimiento de Aragón de 600 hombres, del Cataluña 400 plazas, y los batallones de Pasto, 1.000 hombres.

El Coronel García había prometido "destruir las tropas insurgentes y entregar vencido y humillado al

titulado Libertador de Colombia". A estas promesas el Presidente Aymerich contestaba desde Quito que aquello no era difícil, porque García tenía fuerzas iguales a las de Bolívar y ocupaba posiciones inexpugnables...! Desde el Peñol, el Libertador, dejando el camino principal que guiaba por el Boquerón a la ciudad de Pasto, tomó camino del Guambuyacu, para evitar las fortificaciones y ver la manera de pasar el Guáytara; pues, se proponía el Libertador pasar a Quito, para luego volver sobre Pasto.

El Libertador en persona avanzó a reconocer las márgenes del Guáytara encontrando que el río impetuosísimo no daba vado, no quedando libres sino los pasos de Veracruz y Yaguanquer donde existían puentes. El primero había sido cortado por los españoles, encontrándose también defendido. El Libertador resolvió marchar por Sandoná y Conzacá hacia Yaguanquer para pasar el Guáytara por este punto y tomar Pasto por el Sur.

En la tarde del 6 de Abril en que el Libertador llegó a Conzacá en donde se hallaba su división, ya García ocupaba con sus tropas las alturas de Cariaco a una legua de distancia.

El terreno intermedio estaba libre y era el de Bombón.

El día 7, Bolívar destacó al Comandante París con una parte del Batallón Bogotá, y al Coronel Barreto con los guías, con la misión de pasar la quebrada profunda de Conzacá y reconocer las posiciones realistas.

Se estableció que la posición realista era la siguiente: la derecha del ejército se apoyaba en las escarpadas faldas del volcán Pasto, la izquierda en el Guáytara y el centro estaba cubierto por un espeso bosque, al cual los españoles habían fortificado con grandes árboles abatidos en forma que dificultaron todo avance. Delante de la línea toda, existía, además, una gran cañada que podía atravesarse sólo por un puente de vara y media de ancho y dominado totalmente

por los fuegos. El Libertador, al reconocer la posición, dijo: "La posición es formidable, pero no debemos permanecer aquí, ni podemos retroceder. Tenemos que vencer y venceremos..."

Dió orden al General Manuel Valdez de trepar el volcán de Pasto y atacar la derecha del enemigo con el Batallón Rifles. La izquierda y centro debían ser acometidos por el General Pedro León Torres, con los batallones Bogotá, Vargas y dos escuadrones, 1 y 2 de Guías; Cazadores Montados y Húsares. En reserva, el batallón Vencedores y dos Escuadrones.

Iniciada la acción, el Libertador comprendió la necesidad de tomar, sin tardanza, cierta altura, ordenando al General Torres que la atacara sin esperar que almuerce la tropa. Por desgracia, el General entendió lo contrario y mandó armar pabellones en tanto que Valdés avanzaba sobre el sector que se le había indicado.

Eran las tres de la tarde, dice el historiador Felipe Larrazábal, cuando Torres quiso penetrar por la izquierda del enemigo, pero le fue imposible. Intentó pasar la honda cañada de Conzacá; pero cayendo sobre las abatidas de árboles, sus soldados no pudieron forzar las posiciones españolas.

Desfilando bajo los fuegos enemigos de artillería y fusilería que, a manera de espeso granizo, venían disparando contra ellos, todos los Jefes y Oficiales, menos seis, y muchos soldados quedaron en breves instantes muertos o heridos. Al impávido Torres sucedió París; a París, Barreto; a Barreto, Sanders; a Sanders, Carvajal. Ninguno volvió cara. Vargas casi desapareció ese día. Bogotá quedó en reliquias. La muerte segaba a su sabor las vidas...!

Aquel bravísimo oficial español D. Basilio García, defendíase detrás de sus posiciones con estoico valor.

A tiempo que esto sucedía en el centro, Valdés trepaba por las faldas del volcán a la cabeza del Rifles, con un brío de que no hay ejemplo y quizás no tenga imitadores. Era preciso avanzar por aquellas rocas es-

carpadas y desalojar a los españoles del punto que ocupaban. Y nuestros soldados los desalojaron... subiendo por una escala de bayonetas clavadas en precipicios! Cuatro compañías escogidas de Aragón defendían aquel punto inexpugnable; pero, no resistieron al ímpetu de Valdés, el primero en subir, el primero en destruir con rabia heroica la resistencia del enemigo.

La tarde estaba serena y el humo ocultaba a los combatientes. Sin embargo, en un momento de claridad, el Libertador, que estaba en el centro, vió la ventaja que obtenía Valdés y envió entonces al Batallón Vencedor que atacase las trincheras y parapetos del terrible centro de los españoles. "Batallón Vencedor —le dijo— vuestro nombre sólo basta para la victoria. Corred y asegurad el triunfo"! El ataque del Vencedor se ejecutó con la mayor intrepidez... Era ya la noche y brillaba la luna en su plenitud, cuando Bolívar recibió anuncio de Valdés que el enemigo huía. El grito de victoria resonó en el espacio: Viva Colombia! Viva la Libertad!

PARTE OFICIAL SUSCRITO POR EL GENERAL SALOM, SOBRE LA BATALLA DE BOMBONA

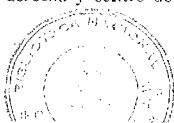
"En la mañana de ayer, nuestra descubierta, a las órdenes del Teniente Coronel París, Comandante del batallón "Bogotá", recibió orden de hacer un adelanto con un piquete de Guías hasta medio tiro de fusil del centro de las posiciones enemigas que cubrían las alturas de Cariaco; pudo, en efecto, este intrepidisimo Coronel reconocer en cuanto fue posible el flanco derecho del enemigo, que, aunque estaba apoyado en el gran volcán de Pasto, parecía ofrecer un acceso, aunque extremadamente dificultoso.

El centro del enemigo estaba cubierto por un espeso bosque y por una barranca profundísima, la cual estaba coronada del todo de sus tropas.

El flanco izquierdo parecía más accesible, y de ningún modo lo era.

El enemigo, en número de dos mil hombres, compuestos de los batallones de "Aragón", "Cataluña" y "Pasto", ocupaba la posición más formidable que se puede concebir. Todo su frente se hallaba cubierto por una cañada, que no tenía más que un paso por un puente dominado casi perpendicularmente por todos los fuegos cruzados de su frente, y aun de sus flancos. Las riberas de esta escarpada cañada tenían abatidas de árboles inmensos. Los costados se apoyaban, el uno sobre el torrente impetuoso del Guáytara, que jamás permite vado, y el otro al pie de un volcán que es, por decirlo así, el antemural de Pasto, por la parte del Sudoeste.

S. E. el Libertador, viendo sus bravas tropas animadas del heroico entusiasmo que las distingue, juzgó difícil, pero no imposible, batir a los defensores de Pasto, y, en consecuencia, ordenó el ataque en el orden siguiente: al señor General Valdés se le encargó la dirección del ataque del flanco izquierdo del enemigo con el batallón "Rifles de la Guardia", a las órdenes del señor Coronel Sanders y guiado por el señor Coronel Barreto, que había recorrido el terreno. El señor General Torres se encargó de atacar la derecha y centro de las posiciones ene-



mingas con los batallones "Bogotá" y "Vargas" y el primero y segundo escuadrón de "Guías". El batallón "Vencedor de Boyacá" con los "Cazadores Montados" y "Húsares de la Guardia", quedaron de reserva, bajo el fuego de la artillería enemiga.

El señor General Torres no pudo penetrar de modo alguno nuestra derecha, y se vió obligado, para efectuar su ataque, a caer sobre el terrible centro que cubría el enemigo con toda la artillería y fusileros. El ardor de este General lo llevó hasta las abatidas (de árboles), sobre las cuales no pudo penetrar; allí nuestros esfuerzos fueron impotentes, y los fuegos del enemigo mortíferos. La metralla hacía estragos horribles en aquella impavida columna. Los fusileros enemigos dirigian sus fuegos con el acierto más funesto para nosotros.

En media hora, el General, todos los Jefes y Oficiales, excepto seis, y una centena de hombres fueron muertos o heridos, sin dar un paso atrás, y, por el contrario, rechazando valerosamente cuantas tentativas hizo el enemigo por completar su destrucción.

El señor Coronel Lucas Carvajal sucedió al señor General Torres, y fue igualmente herido.

El Teniente Coronel graduado Luque tomó el mando del batallón "Bogotá", por la herida del Comandante París, y también fue herido haciendo esfuerzos gloriosos. El Comandante del "Vargas", Teniente Coronel García, que desde el principio de la acción tuvo una herida y tres contusiones, estuvo constantemente en el campo de batalla, mandando las reliquias de su valiente batallón, y aun se le veía sentado con un fusil en la mano, batiéndose como un soldado.

Mientras tanto, el señor General Valdés, pie a tierra, con la audacia y el talento militar que siempre lo han distinguido, trepaba por las faldas del volcán, con el batallón "Rifles", por donde era realmente imposible. Las tropas, para subir, tenían que clavar las bayonetas para poderse apoyar y dar un paso adelante.

Esta falda estaba defendida por tres compañías selectas del batallón "ARAGON"; pero nuestros "Rifles", que fueron en este día superiores a sí mismos, sin disparar un tiro, llegando a la bayoneta, dispersaron, mataron o hirieron estas tres compañías que, a culatazos, pudieron defenderse.

La primera y segunda de "Rifles", a las órdenes de sus bravos capitanes, tenientes coroneles graduados Ramírez y Wright, lograron, al fin, coronar la cima de la posición enemiga, mientras el resto del batallón, por la dificultad del terreno, con más lentitud, seguía el mismo movimiento.

En fin, después de tres horas de combate, el enemigo se encontró flanqueado y aun cortado, y la acción decidida por nuestras tropas; desgraciadamente, era de noche y no se podía conocer los enemigos o amigos: así, la obscuridad salvó de una destrucción total las tropas enemigas.

Al ver S. E., aunque muy confusamente, que el enemigo estaba cortado, mandó media hora antes de la noche, al bravo batallón "Vencedores", a las órdenes de su benemérito Comandante, Teniente Coronel Pulido, que tomase a la bayoneta las trincheras y los parapetos del enemigo, que defendían con su artillería y fusileros, para impedir que todas las fuerzas contrarias cargasen sobre el batallón "Rifles", como se logró, en efecto, esta división, pero a costa de ochenta hombres que perdimos en menos de veinte minutos, habiendo quedado gravemente herido el bravo capitán graduado, Teniente Coronel Manuel Morillo. El batallón "Rifles", más dichoso que los otros, apenas tuvo cincuenta y cinco muertos y heridos; entre los primeros debemos hacer una particular mención del Capitán Featherstontough, que, sable en mano, se abrió paso entre los enemigos y recibió la muerte de un bayonetazo.

La pérdida del enemigo, según su propia confesión, pasa de doscientos cincuenta hombres, entre muertos y heridos, prisioneros y dispersos, no debiendo extrañarse esta desproporción, porque, combatiendo perfectamente a cubierto, nos era imposible hacerle estragos por nuestra parte.

Nosotros quedamos dueños del campo de batalla, de sus piezas de artillería, de todos sus despojos, de algunos prisioneros, y de la mayor parte de sus heridos; pero, sin la noche, todo este cuerpo debió haber quedado en nuestro poder, pues el mismo Comandante García no pudo retirarse sino a la cabeza de sesenta hombres, en medio de las tinieblas y chocando a cada instante con nuestras avanzadas, que no podían moverse porque estaban rodeadas de precipicios que no conocían, por haber ocupado aquel terreno durante la obscuridad.

A los talentos y virtudes militares del señor General Valdés debe la República esta victoria, como también al invencible batallón "Rifles" y a los señores Coroneles Barreto y Sanders, y Tenientes Coroneles graduados Ramírez y Wright.

El señor Coronel Torres, que fue gravemente herido a la cabeza de su columna, merece un elogio más particular, por su rara intrepidez, y no merecen menos este mismo elogio los batallones "Bogotá" y "Vargas" de los cuales se puede decir que fue fácil destruirlos, pero imposible vencerlos; sus Comandantes París y García, son dignos de una particular recomendación; igualmente el Jefe de Estado Mayor, Teniente Coronel Murgueytio, los Mayores Galindo y Valencia y el Capitán

graduado de Teniente Coronel, Vicente Micolta, y el Capitán Joaquín Barrera, todos heridos, aunque levemente.

S. E. el Libertador ha confesado altamente que el dolor de ver tan bravos soldados tendidos en el campo, no ha podido aliviarlo sino la satisfacción de haber visto su "Guardia", no sólo sostener su brillante reputación sino superarla con mucho, combatiendo con más valor que nunca.

En el campo mismo de batalla ha dado los siguientes ascensos: Al señor General de Brigada Manuel Valdés, a General de División; al señor Coronel Barreto, a General de Brigada; al señor Comandante Sanders, a Coronel vivo y efectivo; a los Comandantes de "Bogotá" y "Vargas", al grado de Coroneles, y al mismo grado al Teniente Coronel Pedro Murgueytio; al abanderado de "Rifles" y al Sargento Primero del mismo cuerpo, Feliciano Martínez, a Subtenientes del mismo batallón. Estos últimos tuvieron una conducta muy distinguida, y aun más el Capitán de la primera, Teniente Coronel Carlos Ramírez.

Los escuadrones de "Guías", a las órdenes del Teniente Coronel Calderón, sufrieron torrentes de fuego con un alegría imperturbable, y los Comandantes de "Húsares", Laurencio Silva, y de "Cazadores Montados", Juan José Flores, no pudiendo participar, por la imposibilidad del terreno, con sus escuadrones, de la gloria del peligro, ardían por volar con sus caballos por sobre las rocas escarpadas de Cariaco.

S. E., en fin, se considera deudor a "La Guardia" de una victoria gloriosa, que ofrece a los anales militares de Colombia".

(Tomado del libro "Bolívar y la Emancipación de Sur-América", por el General O'Leary.—Biblioteca Ayacucho, bajo la dirección de don Rufino Blanco Pombo).

La sangrienta batalla, en la cual los libertadores se sacrificaron en gran número, no terminó con el aniquilamiento del Ejército realista porque lo impidió la noche. Además, la persecución no era muy fácil, porque los realistas se mantenían entre breñas desconocidas para el Ejército Independiente, el que, seguramente, habría sufrido muchas bajas en ella.

Fue resultado estratégico de la campaña que culminó en Bomboná, la paralización del Ejército de García, que hubiera bien podido marchar en auxilio de

Aymerich, comprometiendo o por lo menos agravando la situación de las tropas del General Sucre, antes de la victoria del Pichincha.

La batalla de Bomboná trajo como consecuencia la capitulación de Pasto, baluarte del realismo en Colombia, a la cual se negaba García hasta que recibió noticias de la gloriosa batalla del Pichincha, apresurándose, entonces, a ofrecérsela sin condiciones, ante la sorpresa del Libertador que ignoraba el triunfo de Sucre.

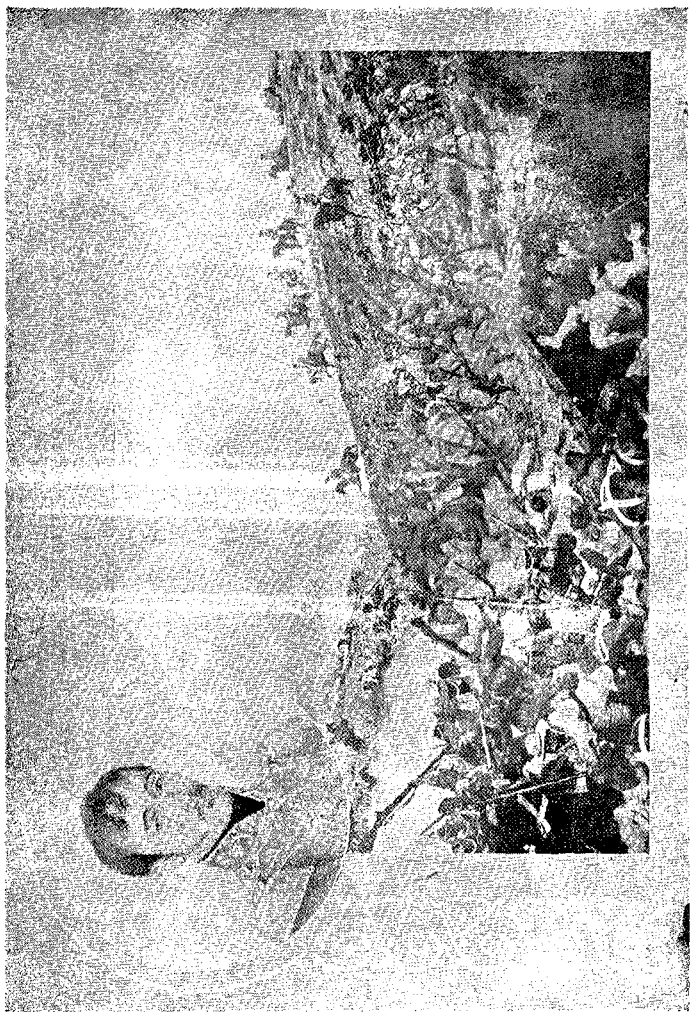
El Libertador se declaró vencedor porque quedó dueño del campo, de su artillería y de algunos heridos; pero, para conseguirlo, fue necesario superar muchos obstáculos, derramar mucha sangre, hacinar cadáver sobre cadáver y ostentar un lujo extraordinario de heroísmo.

Bomboná y Pichincha son eslabones sangrientos y gloriosos de la Independencia del Ecuador, sancionada por los tercios de Bolívar y de Sucre en las dos legendarias batallas.

LA BATALLA DE IBARRA

(17 de julio de 1.823)

También nosotros, que venimos consagrándonos años de admiración a vuestro Genio, a vuestro espíritu guerrero, a vuestras obras, a vuestras clásicas batallas, a vuestra elocuencia ardiente, a vuestra erudición asombrosa, a vuestra democracia, a vuestro carácter, firme como el brillante, a vuestra arrogancia armonioso y bella; también nosotros llegamos, una vez más, siguiendo el curso de vuestra prodigiosa carrera, a rendiros nuestro homenaje en la victoria de Ibarra, con la misma ardiente fe, con la misma veneración, con nuestra asombrada admiración con que os contemplamos, en los grandes días de Boyacá, de Carabobo, de Bomboná y de Junín; con el mismo leal amor con que os acompañamos en Casacoña, en Pativilca y en Santa Marta, y en todos los días y las horas de las grandes desesperanzas, que ni por un instante tuvieron el poder de abatir vuestro espíritu superior, inspirado y firme en los destinos de América; con aquella pasión ardorosa con que os seguimos en los días de Caracas, de la Puerta, de Valencia y de las cien desgraciadas batallas que, lejos de ser un obstáculo a vuestras aspiraciones, eran, por el contrario, el estimulante que os impulsaba a arrancar a la naturaleza y a los hombres, entre la sangre y el fuego, el incendio y la muerte, medios y elementos para nuevas jornadas, para nuevas victorias, hasta que la Luz de la Libertad se hiciera en todas las conciencias, y hasta que la democracia coronada por la victoria, conducida por vuestros brazos poderosos y por vuestro genio inmarcesible, pudiera llegar



PATATA DE ROYACA.—7 de Agosto de 1819

al Capitolio en América, en renovación de gobiernos, de leyes, de costumbres, de hombres y de cosas.

Vencido, aun cuando no aniquilado, el ejército que a órdenes del Comandante realista Basilio García, combatió en Bomboná; no escarmentados los rebeldes del valle de Patía y de Pasto, por las derrotas sangrientas que a Benito Boyes y los suyos les infligiera el General Sucre en la Cuchilla del Taindala, el 22 de diciembre, en Yaguanquer el 23 y en la ciudad de Pasto el 24; *no habiendo sido suficientes las medidas del vencedor* en Pichincha, para atraer hacia las banderas de la libertad a los indómitos guerrilleros enemigos de Bolívar y de Colombia, se hizo preciso, y aún indispensable, ocurrir a medidas de rigor, a castigos severos, que hicieran abrir los ojos a la luz de la libertad, a esas masas fanatizadas por el nombre de un rey cuya existencia ignoraron y por los derechos de una monarquía cuyo ejercicio de gobierno apenas se hizo sensible en aquellos territorios bravíos y en aquellas poblaciones aisladas por la naturaleza y mantenidas exprofeso en las sombras.

De regreso a Quito, el invicto General Sucre, quedó, por acuerdo del Gran Libertador, de Comandante General de la Provincia de Pasto, el Coronel don Juan José Flores, quien vióse obligado a gobernar con las armas en las manos, porque muy pronto los pastusos proclamaron la insurrección, se armaron y a órdenes de Enriquez, se aventuraron a librar combate al Coronel Flores, siendo una vez más desbaratados por el futuro presidente del Ecuador.

Flores respondió virilmente, a la nueva insurrección, reprimió a saugre y fuego los nuevos conatos de rebeldía; pero la guerra santa por el rey proclamóse de nuevo, y el 12 de junio de 1823, ochocientos insurrectos capitaneados por el Coronel Agustín Agualongo y el insurgente Estanislao Merchancano, amagaban la ciudad de Pasto, defendida por seiscientos hombres, que tenía a sus órdenes el Comandante en Jefe.

Intrépido, el Coronel Flores, decide atacar cuanto antes a las masas de Agualongo en Catambuco; pero,

mal reconocido el terreno, lanza al ataque las tropas de caballería que no pueden maniobrar entre esas fragosidades, y los pastusos de Agualongo, obtienen a favor de su posición, una victoria completa sobre los soldados de la República, que dejan en el campo ciento cincuenta muertos, trescientos prisioneros, quinientos fusiles y otros elementos de guerra.

Los rebeldes ocupan la ciudad de Pasto, engrosan considerablemente sus filas en aquel centro activo de todas las insurrecciones alimentadas durante los largos años de la cruenta lucha por la independencia y por la libertad.

La noticia llegó a Quito a mediados de junio, y aun cuando no del todo confirmado el desastre de las tropas de Flores, el Coronel Vicente Aguirre, Comandante General de Armas de Quito, se apresura a dar cuenta de ello al Libertador Bolívar, quien entonces se encontraba en las cercanías de Babahoyo, en la hacienda "El Garzal".

El Libertador dióse inmediata cuenta de la gravedad de la situación. En todo el Sur de Colombia, apenas quedaban pocas tropas de línea, pues la mayor parte de las vencedoras en Pichincha y en Bomboná, habían ya marchado para libertar al Perú, dominado casi en su totalidad por ingentes tropas realistas, quedando estos departamentos al alcance de los insurrectos.

Bolívar, con su genial actividad, sin trepitar un instante, decide tomar la dirección de la campaña y después de dictar ciertas órdenes, para que se suspenda el envío de tropas colombianas al Sur, pide que se le unan el General Barreto y los Coroneles Ileres y González, disponiendo a la vez, que las tropas de Guayaquil se hallen listas para movilizarse en cualquier momento, vuela en dirección a Quito, en donde su presencia era reclamada por los acontecimientos con toda urgencia.

Entra en la gloriosa ciudad, del 10 de Agosto, el día 27 de junio, y en el acto, con su raro don de organización, inicia los preparativos e impulsa la organización de tropas, para contrarrestar el impetuoso avance de Agualongo.

Por lo demás, las autoridades departamentales, ya habían tomado sus medidas. El 28 de junio salían ya para Pasto doscientos sesenta y seis infantes y dos piezas de artillería a órdenes del Coronel Calderón, en auxilio del Coronel Flores.

El General Salom, Jefe Superior del Departamento, traía consigo, seiscientos hombres de las ciudades de Ambato y Latacunga, para organizar nuevos batallones.

Además, cuando ya se confirmaron las noticias de los graves sucesos ocurridos en Pasto, el Coronel Aguirre, que conocía la virilidad patriótica de los quiteños, publicó un bando invitándoles a defender la Patria y a tomar las armas, para que marcharan en su defensa.

En pueblo de Quito respondió entusiasta y generoso al patriótico llamamiento y, en la tarde del mismo día, algunos centenares de voluntarios acudieron a los cuarteles a incrementar las fuerzas republicanas.

Entonces ya se hizo posible la salida del General Salom al Norte, llevando la misión concreta de limitarse sólo a observar al enemigo sin comprometer combate alguno; pues que el Libertador se proponía ya no sólo vencerlos sino aniquilarlos, tal como lo exigían los grandes intereses de la América toda.

Entre tanto Agualongo, el caudillo audaz y valeroso, dueño de armas y de municiones, mandando un contingente numeroso y fanático, impulsados por ciegos agitadores de la monarquía, conociendo la ausencia de tropas en el Sur de Colombia, decide avanzar intuyendo rendición, desde el Carchi a los pueblos de Ibarra y Otavalo, marchando inmediatamente, con la tisona de la insurrección en la mano, en pos de esas ciudades.

Bolívar reitera sus órdenes de no aceptar batalla al General Salom, a quien pide, por el contrario, maniobrar en forma de atraer hábilmente al enemigo a las llanuras entre Ibarra y Otavalo, teatro en el cual se hacía posible aniquilar a esas masas, alejándolas de las tierras montañosas tan propicias para aquellos tenaces guerrilleros.

El Libertador sale de Quito el 6 de Julio, con mil quinientos hombres, es decir, con un ejército colectivo, "salido de la nada", pero informado por el más alto espíritu de patriotismo, animado por el fuego de la libertad y conducido por el más genial de los conductores de tropas que hubiera contemplado el Nuevo Mundo.

En la misma tarde del día 6, acampa Bolívar en Guallabamba, y se dirige a Otavalo, ciudad a la que llega el día 8 y en la que permanece hasta el día 11.

Ordena al General Salom, el día 12, retirarse a Ibarra, y conserva constantemente, entre sus fuerzas y las rebeldes, una distancia no menor de cincuenta kilómetros.

Bolívar con el grueso de las tropas, retrocede a Guayllabamba, a donde le llegan algunos refuerzos veteranos. También ahí se le incorpora el Coronel Pallares, que con otras tropas se encontraba en Tabacundo, y organiza entonces el Ejército republicano, en el siguiente orden:

Guías de la Guardia y Batallón "Yaguachi".— General Salom;

Granaderos a caballo y Compañías del Batallón "Vargas".— General Barreto.

Artillería y Batallón "Quito".— Coronel Maza.

Así repartidas las tropas, el Libertador se movilizaba en el acto. Sigue la vía Tabacundo, población a la cual llega el 15. Toma de ahí, las alturas occidentales del Imbubura y por una marcha épica, avanza por el Abra sobre la ciudad de Ibarra, en la madrugada del día 17 de julio de 1823.

Agualongo había ya ocupado la ciudad, con más de mil seiscientos hombres. Los insurgentes pastosos, ebrios de fanatismo, se habían entregado al saqueo de la viril Ibarra, que no había respondido a su llamamiento; cuando el Gran Libertador, a la cabeza de un puñado de guías, avanzaba a la ciudad, a las dos de la tarde de ese memorable día.

Sorprendidos los insurrectos se aprestan al combate. Agualongo reúne sus masas y las lanza a la ba-

talla. Bolívar desciende por el camino de Caranqui, con la infantería y la artillería a la izquierda y derecha del camino y con la caballería al centro; y con un ímpetu irresistible y avasallador, quebranta todos los obstáculos y muy pronto la ciudad de Ibarra, puede cantar el Himno de la Libertad.

Agualongo retira sus tropas a la orilla derecha del Tahuando, que con sus escarpadas breñas, con su lecho profundo y cortado, ofrece ventajas para una activa resistencia. Bolívar, estrategia trascendental, se hace cargo de la nueva situación creada.

La infantería patriota y especialmente el bravo batallón "Quito", pasa el Tahuando, vadeable hacia el Sur, envuelve las tropas de Agualongo, carga con suma intrepidez con el heroico y terrible Coronel Maza a la cabeza a la vez que la caballería, con Bolívar en persona, con Barreto y con Salom, y con toda la pléyade heroica, entabla porfiada lucha y antes de dos horas, a pesar de tres sucesivas resistencias formales en las alturas, el ejército republicano, es dueño del campo de batalla y la libertad cife con un nuevo laurel la frente de la República.

La caballería republicana persigue sin tregua ni descanso a los vencidos, no se da cuartel a los fugitivos, de los cuales sólo algunos se salvan entre las breñas y cañadas de las cordilleras.

Ochocientos muertos cubren el campo de batalla, y, de Quito a Pasto, de nuevo es libre la Gran Colombia.

Bolívar con su marcha sombría de Guayaquil a Quito, con su acometividad sorprendente, con sus geniales concepciones, con su actividad y con su audacia, estudia la capacidad combativa que caracterizaba a las masas de Agualongo, sabe que para ellos, las cordilleras andinas son un poderoso auxiliar, atrae a las llanuras a las fuerzas rebeldes. Traza su plan de operaciones, transmonta la cordillera occidental y cae de sorpresa, con la rapidez de un rayo, sobre las tropas rebeldes que se sacrificaban en el campo con indomable valor, pero a las cuales les faltaba dirección, pues, combatiendo en extensas líneas, sin profundidad alguna, sin

concepción de reservas, sin conocimiento de la manio-
bra, pronto son aniquilados, tal como lo quiso el Liber-
tador a quien se le hacía preciso la paz en Colombia,
para dar la libertad a las naciones del Sur.

Por lo demás, la sorpresa se hizo posible por la
cooperación franca y entusiasta de los pueblos del nor-
te a la causa de la Libertad, y por el patriotismo inde-
clinable de los imbabureños, que hoy, como hace más
de cien años, rinde con los ecuatorianos todos, un homie-
naje al hombre, honor y blasón, al guerrero cumbre de
la Libertad Americana.



PARTES DE LA VICTORIA DE IBARRA

CIRCULAR A LOS INTENDENTES DE QUITO Y GUAYAQUIL

A las seis de la mañana del día de ayer, S. E. el Libertador marchó del pueblo de San Pablo con todo el ejército sobre este Cuartel General, y por la dirección de Cochiracacqui con el objeto de sorprender al enemigo que se hallaba en esta plaza en número de mil quinientos hombres y lleno de confianza, muy descuidado, y sólo tenía sus avanzadas sobre el camino principal de San Antonio. A las dos de la tarde S. E. en persona con su Estado Mayor y algunos Guías, se acercó a las primeras calles de esta villa y al momento que se convenció que el enemigo estaba efectivamente en la plaza, mandó atacarlo con tal acierto y violencia, que la dispersión fue total, la mortandad horrorosa y el número de fusiles, lanzas y demás elementos de guerra tomados, en muy grande cantidad.

Todo el Ejército del Libertador se ha portado con un valor y un entusiasmo que no tiene ejemplo; pero la caballería sobre todo, se ha distinguido haciendo prodigios como nunca. El señor General Salom se ha batido como el más valiente soldado y el señor General Barreto con su valor acostumbrado. El señor General Barreto ha marchado con toda la caballería, en persecución de los dispersos, y por todas partes y direcciones se han mandado partidas con el mismo objeto, para acabar de destruir esa facción, y no hay la menor duda que ni un pastuso conseguirá repasar el Guaitara.

Es con una satisfacción muy particular que se ha visto cumplir el día de ayer la profecía de S. E. el Libertador de que era por última vez que los infames pastusos se habían levantado y ciertamente puede asegurarse a U.S. que jamás se ha visto un triunfo más completo y conseguido contra hombres más resueltos que los pastusos, pues su resistencia después de haber salido de esta villa y en todo el camino hasta el Chota fue tan tenaz, que se debería admirar si hubiera sido empleada en defensa de una causa justa.

Todos estos pueblos se han portado con un patriotismo admirable y por todas partes los paisanos están recogiendo dispersos, armas, etc. El Boletín dará los detalles de esta acción y recomendaré a los bravos que más se han distinguido.

S. E. el Libertador, saldrá mañana para la Capital de Quito, después de haber mandado para Pasto un ejército capaz de reducir al orden aquel infame Pasto.

Todo lo que tengo el honor de participar a U.S. de orden de S. E. encareciendo a U.S. se sirva comunicarlo a quienes corresponda.

Dios, etc.—San Pablo, Julio 18 de 1823.

C. E. DEMARQUE.

(O'Leary.—Documentos).

Estado Mayor General. — Cuartel General en Ibarra, a 18 de Julio de 1823.—13.

Los facciosos de Pasto capitaneados por el traidor Agustín Agualongo, después de la ventaja que obtuvieron destruyendo la guarnición que mandaba el Coronel Flores, marcharon sobre esta villa animados con aquel suceso, y con la retirada que hacía nuestra columna de vanguardia a las órdenes del General Salom, avanzada hasta el Puntal. S. E. previno siempre a este general, que de ningún modo comprometiese su fuerza, y que atrajese al enemigo todo lo posible para poderlo batir en un campo abierto, y lejano de las guaridas de Pasto. Así se ejecutó, y el 12 por la tarde ocuparon los facciosos esta villa. Nuestras fuerzas replegaron hasta el Guayllabamba, así para lograr el plan adoptado, como para reunir las columnas de retaguardia que venían desde Guayaquil. Organizadas todas en tres secciones, la primera compuesta de los Guías de la Guardia y Batallón Yaguachi, al mando del señor General Salom, la segunda de Granaderos a caballo y Vargas a las órdenes del señor General Barreto, y la tercera compuesta de la artillería y batallón Quito, a las del señor Coronel Maza, marcharon el 15 por la vía de Tabacundo, y ayer, a la una de la tarde, estuvimos sobre este lugar, en donde permanecían los facciosos en número de mil quinientos hombres, de toda arma, ignorando nuestros movimientos y ocupados en robar y remitir a su retaguardia los efectos de su botín.

S. E. el Libertador en persona con sus ayudantes de campo y ocho guías hacia la descubierta. El enemigo enteramente descuidado sólo tenía en la dirección que traíamos una partida avanzada cuidando bestias, que fue lanzada por la nuestra; dos hombres que de ella escaparon heridos, dieron aviso al ene-

migo, que inmediatamente se alarmó; S. E. hizo colocar a derecha e izquierda del camino la infantería, y la caballería en el centro con orden de tomar la villa avanzando simultáneamente. Apenas supieron los facciosos que se les atacaba, emprendieron retirarse y situarse del otro lado del río de esta villa, posición muy defensible por escarpada y estrecha, con un puente por medio; pero nuestra caballería que recibió orden para cargarlos en el acto, lo ejecutó de una manera tan veloz, que desde las calles fueron puestos en desorden y empezaron a morir a lanzazos. Tres veces pudieron reunirse y defenderse desde el puente hasta el alto de Aluburu, porque nuestras tropas en el estrecho no pudieron pasar tan rápidamente como lo deseaban. La obstinación de los pastusos en defenderse y cargar era inimitable y digna de una causa más noble; pero en el día de ayer todo les fué inútil, porque nuestros Granaderos a caballo y Guías marcharon resueltos a exterminar para siempre la infame raza de Pasto. La mayor parte de ellos ha muerto, y los que pudieron escapar dispersos, no pueden llegar al Guátara sin ser puestos presos por nuestra caballería que los sigue, y por los pueblos y partidas patriotas del tránsito de los Pastos. Desde esta villa hasta Chota se encuentran más de 600 muertos en quienes el coraje de nuestras tropas y la venganza de Colombia aun no ha podido saciarse. Su armamento y cuanto tenían aquí, está en nuestro poder.

No puede ponderarse la audacia y determinación de nuestros jefes y oficiales de una manera que corresponda a lo que han hecho. El benemérito señor General Salom se comportó del modo más arrojado que puede decirse, y el señor General Barreto con el valor que acostumbra. Se recomienda muy particularmente la conducta de estos dos bravos generales, la del señor Coronel Ibarra, primer edecán de S. E., la del Teniente Coronel Medina que hizo prodigios como nadie; la de sus otros edecanes, Álvarez y O'Leary, la del Capitán Santana, la del comandante de Guías, Martínez, y el de Granaderos a caballo, Paredes, el mayor de Guías, Herrán; los capitanes Sandoval y Pío Díaz, el teniente Camacaro, los alféreces de Guías Sanoja y Jirón, y todos los demás subalternos de caballería. Nuestra infantería aunque no pudo entrar en el combate toda ella, manifestó los más vivos deseos de combatir y se distinguió muy singularmente el mayor Arévalo de Yaguachi. Los coroneles Chiriboga y Maza, y los comandantes Farfán y Pallares llenaron su deber, como todos los demás oficiales y tropa.

Sólo hemos tenido trece muertos y ocho heridos, entre ellos el comandante Martínez, dos subalternos de levedad, y sólo un soldado de gravedad.

Los miserables restos que han podido escapar, son perseguidos en todas direcciones por la caballería y S. E. mismo lo hizo hasta el puente de Chota. La infantería sigue hoy por la ruta principal.

Reciba Colombia, y particularmente el departamento de Quito las congratulaciones del Ejército Libertador por haberle dado su libertad por la tercera vez, y en circunstancias más difíciles que en otras.

El Ayudante General,

Vicente González

(Blanco.—Documentos para la Vida Pública del Libertador).

NOMINA DE JEFES Y OFICIALES QUE COMBATIERON EN LA BATALLA DE IBARRA Y CUYOS NOMBRES NO FIGURAN EN EL BOLETIN

Cipriano Alvarado, Antonio Baquero, Pablo Barreto, José Belda, Eusebio Borrero, Evaristo Borrero, José I. Buenaventura, Manuel Carrera, Lucas Carvajal, Cayetano Cestari, Manuel Bocina, Eusebio Conde, José A. Costa, Vicente Criales, Roque Egas, Ramón Espinosa, Tomás Fajardo, José I. Fernández, Trinidad Franco, Raimundo Freites, José M. Gaitúa, Juan de Dios García, Ramón Vicente Gómez, Juan González, Manuel González, José María Guerrero, Mariano Herrera, Ramón de Holas, Leonardo Infante, José Florencio Jiménez, José del Carmen López, Manuel M. López, Ignacio Luque, Francisco Montúfar, Darío T. Morales, Trinidad Mora, José V. Moreno, Ramón Morlán, José M. Muñiz, Victoriano Nieto, José de la Cruz Paredes, Juan Paz del Castillo, José M. Pérez, José Gabriel Pérez, Pagola, Joaquín Reascos, Ignacio Sáenz, Joaquín Salgar, Arturo Sandes, Juan Santana, Luciano Soto, Antonio J. Treviño, Eulogio Urdaneta, Pedro Ignacio Vergara, Rufino Villora Garaicoa.

1823—1824

DE PICHINCHA A JUNIN

Con la batalla de Pichincha, la incorporación de Guayaquil a Colombia, la pacificación del Departamento del Sur de la Nueva Granada, la rendición de Puerto Cabello y la expulsión de los últimos restos del Ejército español que condujo Morillo a las playas venezolanas en 1815, quedó enteramente libre el territorio de la Gran Colombia.

Por otro lado, ocupada España en su guerra contra Francia y empeñada además en destruir las instituciones liberales que regían en la Península, imposibilitada, por lo mismo, de poder enviar nuevos recursos de guerra a América, no quedaba duda de que sería un hecho la independencia de los Estados Suramericanos que dependían antes de España. Sin embargo, en el Perú había ejércitos enemigos llenos de fuerzas, de vigor y de valor, dirigidos por jefes de indudables prestigios y condiciones militares, que amenazaban todavía la tranquilidad, especialmente de los pueblos de la Gran Colombia.

Era muy urgente tratar de combatir en toda forma a los ejércitos que quedaban en el antiguo imperio de los Incas.

El Libertador, después de la sangrienta victoria de Bomboná, había venido a Quito, donde, una vez recibido en triunfo, se trasladó a Guayaquil, obteniendo la inmediata incorporación de esta Provincia Independiente y heroica a la Gran Colombia.

Los patriotas dábanse cuenta cabal de que la independencia peruana marginada por San Martín estaba en serio peligro, por lo que el Perú insistentemente pe-

día al Libertador que se trasladara con su ejército a aquel país, a dirigir las operaciones y a poner orden en medio de la anarquía reinante.

El mismo Congreso peruano dictó un Decreto el 4 de mayo de 1823, rogando al Libertador por su pronto viaje y su valiosa protección, dándole, además, por otro decreto, gracias por los eminentes servicios que ya había prestado a la independencia americana y a la del Perú, pues desde fines de 1822 ya había en Lima una división colombiana, a órdenes del general Juan Paz del Castillo, relevado, casi en seguida en el mando, por el general Manuel Valdez, quien regresó a su patria con la división a principios de febrero de 1823, a consecuencia de injustas reclamaciones propuestas ante el Ministerio de Guerra de Colombia por el del Perú, y, especialmente, sobre las reclamaciones relativas al glorioso batallón Numancia.

Entre tanto, los intereses personales, fruto de una política bastarda, podían más en los dirigentes del Perú que las esperanzas de libertad. Se batían entre ellos malgastando sus energías y sus fuerzas, a la vista misma de los ejércitos españoles victoriosos en Moquegua, y si es verdad que Riva Agüero, Santacruz y el Ministro de la Guerra Herrera habían llegado a apres- tar una expedición de 5.100 hombres para que operara en los Departamentos del Sur del Perú, confiaban sobre todo en la acción de una brillante división colombiana que ya se encontraba de nuevo en Lima y en la plaza del Callao a órdenes inmediatas del general Valdez, pero en realidad, bajo el mando del general Sucre, nombrado entonces Ministro de Colombia en el Perú. Con todo, la situación no podía ser más grave, y, de ahí las instancias para que el Gran Libertador Bolívar fuera a garantizar las instituciones y a obtener por las armas la independencia.

Los españoles, a órdenes de los generales Canterac y Valdez, valientes y disciplinados marchaban ya desde Jauja en número de más de 8000 hombres y descendían de la cordillera en actitud ofensiva, con ánimo de tomar Lima y el Callao. Cuando el ejército espa-

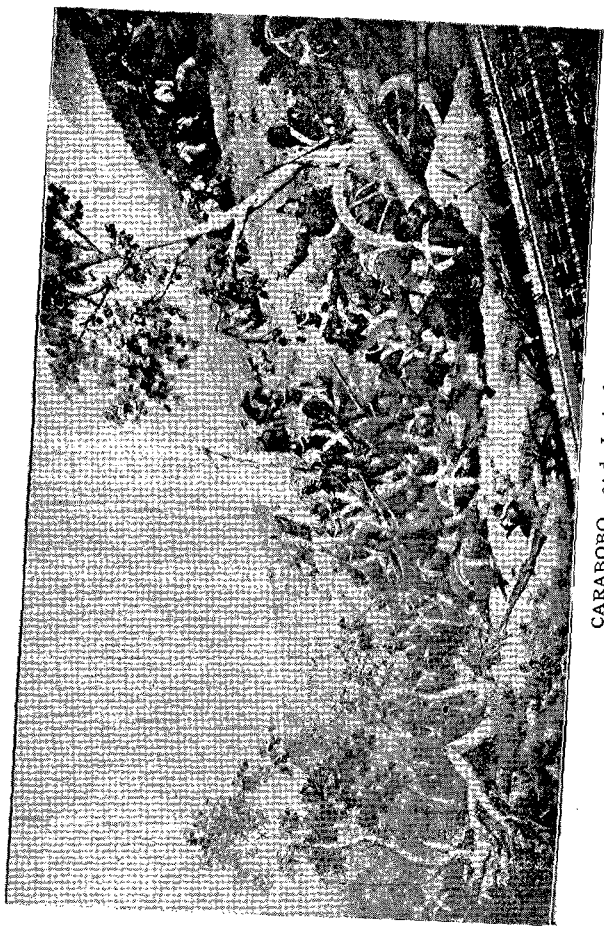
ñol se acercaba a la Capital, celebróse en ella una Junta de Guerra y considerando que apenas se podía oponer a este ejército 5000 hombres, se acordó desocupar la Capital, trasladando al Callao las tropas y todo lo que pudiera ser útil para continuar la guerra.

En estas circunstancias, el General Sucre que, por distintas ocasiones, había rehusado tomar el mando directo del ejército, lo aceptó desocupándose Lima bajo sus órdenes. El 18 de junio, el ejército realista ocupó la Capital. El Congreso, que también se había trasladado al Callao por decretos de 19 y 21 de junio, invistió al General Sucre de Facultades Extraordinarias para hacer la guerra en todo el territorio libre. Dedicóse Sucre a reorganizar las tropas y a preparar una expedición para marchar contra los españoles. Debía constar ésta de 3400 hombres, los 2000 colombianos y el resto chilenos y peruanos. La mandaría el General Colombiano Lara, quien tendría a sus órdenes a los generales Alvarado, Pinto y Miller. La expedición principió a salir en los primeros días de junio, designándose para su desembarco el puerto de Chala. Cuando los generales realistas ocuparon a Lima, supieron con exactitud las fuerzas que Santacruz había llevado hacia Arica, saliendo Valdez el 30 de junio con 3 batallones, 2 escuadrones y dos piezas de campaña a oponerse a Santacruz. Debía recorrer 385 leguas, las que anduvo en 55 días, haciendo una de las marchas más célebres de la guerra de la independencia. No pudiendo Canterac adelantar nada contra el Callao y teniendo los progresos que pudiera hacer la expedición mandada por Sucre, determinó también, evacuar de nuevo la Capital, lo que hizo el 19 de julio, tomando la dirección de Huancavelica.

EL GENERAL SUCRE TOMA EL MANDO DE LAS FUERZAS QUE OPERABAN EN EL PERU.— DESGRACIADA ACTIVIDAD DEL GENERAL SANTACRUZ

Libertada la capital del Perú, el General Sucre, como Jefe del ejército unido, acordó que todos los Departamentos proporcionaran recursos para la movilidad del ejército, ya que iba a comenzar sus operaciones combinándolas con las que había emprendido en el Sur el General Santacruz. El General Sucre se embarcó para Chala el 19 de julio, a dirigir la expedición. Una división llamada del Centro, compuesta de Argentinos, Chilenos, Colombianos y Peruanos, quedaba en el Callao, a órdenes del General Manuel Valdez, con la consigna de que operara sobre la Sierra pasando el Apurímac. Entre tanto, el Libertador Bolívar se había visto obligado a marchar hasta el Chota, para contrarrestar la terrible insurrección de los pastusos a órdenes del Coronel Agualongo. Pero no cesaban las gestiones del Perú para que el Libertador se trasladara cuanto antes a dirigir las operaciones para lo que ya el Congreso de Colombia le había facultado y se embarcó el 6 de agosto en Guayaquil para el Callao en el bergantín de guerra Chimborazo, llena el alma de halagüeñas esperanzas.

El 1º de setiembre llegó al Callao y el mismo día entró en triunfo en la ciudad de Lima, dando enérgicas medidas para restablecer la tranquilidad pública alterada por las desavenencias políticas internas. El Congreso peruano expidió el 10 de setiembre un Decreto concediéndole al Libertador la Suprema Autoridad en toda la República. Una de sus primeras gestiones fué enviar un Ministro a Chile para que se exigiera los 3000 hombres que se habían ofrecido, pues sólo había en Lima dos batallones de infantería de Buenos Aires



CARABOBO.—24 de Junio de 1821

y un Regimiento de Granaderos montados de la misma república; dos cuadros de infantería del Perú y un escuadrón de la Guardia Peruana.

El resto del ejército operaba con el General Sucre en la cordillera o estaba a órdenes de Riva Agüero, en guerra traidora con el propio Gobierno del Perú. Bolívar envió, sin tardanza, algunos comisionados a Riva Agüero para que reconociera al Gobierno, pero nada pudo conseguir, contratiempo que embarazaba, sobre manera, el plan de operaciones que Bolívar meditaba y el que se reducía a invadir el valle de Jauja con el ejército del Centro, compuesto de las tropas estacionadas en Lima y de las que estaban a órdenes de Riva Agüero, mientras los españoles se hallaban ocupados hacia el Desaguadero y el Alto Perú.

Santacruz había conseguido reunir cosa de 7000 hombres en la Paz y Oruro, y engreído de su fuerza esquivó la unión con Sucre que, con 3400 hombres, estaba en Arequipa y a quien tocaba mandar en Jefe, queriendo operar separadamente. Empero, como sus operaciones fueron tan lentas y poco acertadas, dejó pasar el Desaguadero al Virrey La Serna unido con la división que desde Lima condujo el General Valdez. Estos entretuvieron a Santacruz con hábiles maniobras, hasta conseguir unirse en Sarasora al general realista Olañeta, que conducía 3000 hombres desde el Potosí. Allí sí escribió Santacruz a Sucre, desde Oruro, en setiembre 12, que volase a unirse en el Desaguadero porque emprendía su retirada. En efecto, aterrado el ejército de Santacruz por la activa persecución de los españoles, principió a disolverse rápidamente, abandonando sus elementos hasta que sus restos fueron dispersados por el brigadier español Lahera. El General peruano se retiró a Moquegua con sólo 600 hombres, único resto de todo su ejército.

Sucre tuvo la suerte de saber en Apo la dispersión del ejército de Santacruz, en momento en que un Escuadrón y la Infantería avanzaban sobre Puno. Las mandó recoger y situó su división en Cangallo. Desde ahí fue a Moquegua a arreglar con Santacruz los suce-

y un Regimiento de Granaderos montados de la misma república; dos cuadros de infantería del Perú y un escuadrón de la Guardia Peruana.

El resto del ejército operaba con el General Sucre en la cordillera o estaba a órdenes de Riva Agüero, en guerra traidora con el propio Gobierno del Perú. Bolívar envió, sin tardanza, algunos comisionados a Riva Agüero para que reconociera al Gobierno, pero nada pudo conseguir, contratiempo que embarazaba, sobre manera, el plan de operaciones que Bolívar meditaba y el que se reducía a invadir el valle de Jauja con el ejército del Centro, compuesto de las tropas estacionadas en Lima y de las que estaban a órdenes de Riva Agüero, mientras los españoles se hallaban ocupados hacia el Desaguadero y el Alto Perú.

Santacruz había conseguido reunir cosa de 7000 hombres en la Paz y Oruro, y engreído de su fuerza esquivó la unión con Sucre que, con 3400 hombres, estaba en Arequipa y a quien tocaba mandar en Jefe, queriendo operar separadamente. Empero, como sus operaciones fueron tan lentas y poco acertadas, dejó pasar el Desaguadero al Virrey La Serna unido con la división que desde Lima condujo el General Valdez. Estos entretuvieron a Santacruz con hábiles maniobras, hasta conseguir unirse en Sarasora al general realista Olañeta, que conducía 3000 hombres desde el Potosí. Ahí sí escribió Santacruz a Sucre, desde Oruro, en setiembre 12, que volase a unirse en el Desaguadero porque emprendía su retirada. En efecto, aterrado el ejército de Santacruz por la activa persecución de los españoles, principió a disolverse rápidamente, abandonando sus elementos hasta que sus restos fueron dispersados por el brigadier español Lahera. El General peruano se retiró a Moquegua con sólo 600 hombres, único resto de todo su ejército.

Sucre tuvo la suerte de saber en Apo la dispersión del ejército de Santacruz, en momento en que un Escuadrón y la Infantería avanzaban sobre Puno. Las mandó recoger y situó su división en Cangallo. Desde ahí fue a Moquegua a arreglar con Santacruz los suce-

sos posteriores, pero halló, con asombro, que sólo existían de 1000 a 1300 hombres sin moral, sin disciplina y sin armas y, sorprendido, halló también que el General Santaacruz era un partidario decidido de Riva Agüero.

EL GRAN LIBERTADOR EN LIMA.—BOLIVAR APLASTA LA ANARQUIA REINANTE

Viendo que nada se podía hacer, Sucre ordenó que su infantería marchara al puerto de Quilca, y con 200 caballos hizo proteger la retirada el 8 de Octubre, poniéndola ésta a órdenes del General Miller, quien fue derrotado con pérdidas considerables de la caballería enemiga, debido a la mala calidad de la patriota. El General Sucre de Quilca pasó con su ejército a Pisco, de donde el Libertador dispuso que marchara la caballería por tierra hasta Lima y que la infantería se embarcara hasta el puerto de Barrancas, lugar en el que debían unirse al resto de las fuerzas colombianas que se hallaban en marcha, operación que se verificó en todas sus partes. Hay que saber que de los tres mil hombres de Sucre, más de dos mil eran colombianos. Bolívar pidió, con toda instancia, al Gobierno de Colombia tres mil hombres más para poder hacer frente a los españoles. Las fuerzas estacionadas en la capital, a fines de setiembre, pasaban de 4000 hombres, pero mal equipados. El Libertador proveyó a todas sus necesidades y puso al ejército en situación de emprender la campaña.

Como los disidentes peruanos se hallaban en connivencia con el ejército español, rechazando toda insinuación de los patriotas para un acercamiento contra el enemigo común, Bolívar movilizó 4000 hombres sobre ellos, trasladándose en persona al teatro de operaciones. El General Sucre se negó a cooperar a esta cam-

pañá, porque no quería intervenir en aquellas cuestiones peruanas. Por felicidad las mismas tropas mandadas por Riva Agüero le arrestaron a la aproximación del Libertador, viéndose todos obligados a reconocer el Gobierno de Bolívar, decretado por el Congreso.

La situación en el sur de América se agravaba más y más, pues el Gobierno de Buenos Aires pactó con los españoles, con perjuicio de la causa americana. El Gobierno de Chile, al saber que el Libertador operaba en el Perú, decidió enviar una División auxiliar que zarpó de Valparaíso el 15 de Octubre y llegó a Arica el 26, donde se hallaba todavía el General Santacruz, con quien no quisieron cooperar los Chilenos, por lo que la División regresó a Valparaíso, abandonando el Perú a su suerte.

Tan sólo Colombia fue fiel al pueblo peruano y eso que aún el mismo Congreso del Perú abandonaba su causa, siguiendo el ejemplo de Buenos Aires. Además, el Sargento Moyano del Ejército Argentino entregó el Callao a los españoles el 4 de Febrero. El 7 de Febrero llegó en Pativilca al Libertador la noticia de la sublevación, por lo que dispuso que el General Martínez, Comandante del distrito militar de Lima, evacuara esa ciudad, ordenando, a la vez, al Almirante peruano Guise, que destruyese los buques que estuvieran en el Callao y que no pudiesen salir del puerto. El 10 de Febrero, auxiliadas por los españoles, las fuerzas sublevadas del Callao intimaron rendición a la ciudad de Lima, hecho que produjo la mayor consternación en esa ciudad, por lo que el Congreso nombró a Bolívar dictador, suspendiendo toda ley y toda autoridad; mas el Congreso que encargaba a Bolívar la salvación de esa República, le entregaba un cadáver al cual sólo daba vida el ejército colombiano animado por el espíritu de Bolívar y por Sucre.

El Marqués de Torre Tagle, presidente del Perú, también traicionó pasándose a los españoles. Su ejemplo funesto fue seguido por el vicepresidente de la República, el Ministro de Guerra, los funcionarios y 337 oficiales que traicionaron a la patria.

tonamientos de los diferentes cuerpos y el 15 de junio, después de recibir los refuerzos que de Colombia le traían Córdova y Figueredo, dispuso que todos los cuerpos levantaran sus campamentos y pasaran la cordillera por diferentes puntos. Bolívar con su Estado Mayor se dirigió a Iltanujo y de ahí al cerro de Pasco. El Ejército atravesó la cordillera por las sendas escabrosas de Yanahuanca y Huariacaco, hasta el cerro de Pasco, donde se concentró el 1º de agosto.

EL COMBATE DE JUNIN LIBRADO EL 6 DE AGOSTO DE 1824

ORGANIZACION DEL EJERCITO UNIDO

El 1º de agosto de 1824, el Ejército Unido, que, después de atravesar la cordillera de los Andes por las escabrosas sendas de Yanahuanca y de Huariacaco, se encontraba concentrado en Pasco, recibió, del Libertador Bolívar, la siguiente organización.

Comandante en Jefe, el General Antonio José de Sucre.

División de Vanguardia.—Comandante el General José María Córdova.

Batallones de Infantería de Colombia.	{ Caracas, (antes Zulia)
	{ Pichincha.
	{ Voltijeros, (antes Numanzia)
	{ Bogotá

Caballería	{ El escuadrón de Granaderos de los Andes.
	{ El Régimiento de Granaderos de Colombia
	{ El escuadrón de Húsares del Perú



LA BATALLA DE JUNIN.—6 de Agosto de 1824

División del Centro.—Comandante: el General José de La Mar

Cuerpos Peruanos	{ La Legión Peruana Número 1° de la Guardia Número 2° Número 3°
------------------	--

Caballería	{ Primer Regimiento de caballería del Perú, (antes Coraccros)
------------	---

Artillería volante	{ Seis piezas con su correspondiente servicio, personal y material.
--------------------	---

División de Retaguardia.—Comandante el General Jacinto Lara

Batallones de Infantería de Colombia.	{ Rifles Vencedores en Boyacá Vargas
---------------------------------------	--

Caballería	{ Tres escuadrones de Húsares de Colombia.
------------	--

Partidas sueltas al mando del General Correa con un total de 1000 hombres.

Jefe del Estado Mayor General: General Andrés Santacruz.

Comandante General de Caballería: General Mariano Necochea.

Comandante de la columna de la caballería peruana: General Guillermo Miller.

Comandante de la columna de caballería colombiana: Coronel Lucas Carvajal.

Aquel ejército sumaba 9700 hombres, de los cuales 6500 veteranos soldados de la Gran Colombia y el

resto entre peruanos, argentinos y chilenos, que continuaban siendo leales a la obra de libertad emprendida años antes por el General San Martín.

Este ejército, que acababa de recorrer 250 leguas por las escabrosas sendas de los Andes: que había desafiado con singular entereza las inclemencias de la naturaleza; que había soportado las constantes noches de vivac, sin agua, sin fuego y sin pan; que había pasado ríos sin puentes; que había sufrido, indiferente, el frío de las montañas y los rayos ardientes del sol en las horas del día; que había hecho marchas forzadas sin calzado; era la obra plena y triunfadora del Libertador Bolívar, quien, desde cuando arribó a Lima, el 1° de setiembre de 1823, había dedicado sus mayores actividades a la organización de un Ejército que hiciera posible la victoria sobre el aguerrido, disciplinado y numeroso ejército español que, a órdenes del Virrey La Serna, ocupaba todo el Alto y gran parte del Bajo Perú.

En efecto, el Libertador con su admirable actividad, de setiembre de 1823 a junio de 1824, creó parques, organizó maestranzas, formó ambulancias, instruyó al ejército, organizó las tropas del Perú, agrupó, bajo las banderas independientes, a los restos de los ejércitos de Argentina y Chile, levantando constantemente la moral de estas últimas tropas, a quienes tan adversa les había sido la suerte en las batallas de Ica, de Torata, de Moquehua y del Desaguadero, en las que se había aliñado el prestigio del ejército realista, destruyéndose la obra de libertad del héroe del Sur, quien, después de su conferencia con el Libertador Bolívar, en la ciudad de Guayaquil, perdidas todas sus esperanzas, confió la independencia de los pueblos peruanos a la invicta espada de Bolívar y a la heroicidad de las tropas de la Gran Colombia.

"Me siento" decía el Libertador, "animado del demonio de la guerra, confío en que el Genio de la América y el de mi Destino se han metido en mi cabeza y de que la victoria será de mis tropas sin remedio y sin dilación alguna".

Y luego, con la gran confianza en su estrella, en su genio y en sus capacidades, sintetizaba todas sus esperanzas en aquella profética palabra "triunfar", que la lanzaba en la memorable tarde de Pativilca, cuando arruinado en su salud y en plena declinación física por una grave enfermedad, manifestaba que había tomado medidas para remontar una numerosa caballería en los departamentos del Norte, que había pedido auxilios de hombres, elementos y materiales, a Cuenca, a Guayaquil y a Quito, y que con ellos y con venezolanos y colombianos, organizaría un ejército que, después de surcar el Pacífico, llevaría sus banderas desplegadas a todos los pueblos que aun no enarbolaran el pabellón de la Libertad.

Y cuando el pueblo del Perú, perdidas sus esperanzas y angustiado y amargado por su situación, confiaba al Libertador, la suprema dirección de sus negocios políticos y militares, profundamente quebrantados por la defección, por la infidencia y por la traición; en momentos en que, gobernantes y muchedumbres, se lanzaban incontenibles por las pendientes del deshonor y del desprestigio, Bolívar, colocándose más arriba que toda la situación, amparado con su nombre y con la bandera tricolor la libertad que languidecía, decía a los peruanos, con su inquebrantable lealtad y con su gran confianza en su labor redentora.

"PERUANOS! los desastres del Ejército y el conflicto de los partidos parricidas, han reducido al Perú al lamentable estado de ocurrir al poder tiránico de un Dictador, para salvarse. El Congreso Constituyente me ha confiado esta odiosa autoridad que no he podido rehusar por no hacer traición a Colombia y al Perú, íntimamente ligados por los lazos de la justicia, de la libertad y del interés nacional. Yo hubiera preferido no haber visto jamás al Perú, y preferiera también vuestra pérdida misma, al espantoso título de Dictador. Pero Colombia, estaba comprometida en vuestra suerte y no me ha sido posible vacilar".

"PERUANOS! Vuestros jefes, vuestros internos enemigos, han calumniado a Colombia, a sus bra-

vos y a mí mismo. Se ha dicho que pretendemos usurpar vuestros derechos, vuestro territorio y vuestra independencia. Yo so declaro a nombre de Colombia, y por el sagrado del ejército libertador, que mi autoridad no pasará del tiempo indispensable para prepararnos a la victoria; que al acto de partir el ejército de las provincias que actualmente ocupa, seréis gobernados constitucionalmente por vuestras leyes y por vuestros magistrados”.

“PERUANOS, el campo de batalla que sea testigo del valor de vuestros soldados, del triunfo de nuestra libertad, ese campo afortunado me verá arrojar lejos de mí la palma de la Dictadura; y de allí me volveré a Colombia, con mis hermanos de armas, sin tomar un grano de arena del Perú y dejándoos la libertad”.

* * *

Meditándose serenamente sobre aquella empresa del ejército independiente, cuando del Departamento de Huaraz, se trasladó a Pasco, sorprende, sobre manera, que un ejército numeroso, formado por soldados de los trópicos, por hombres de las ciudades, hubiera podido verificar esa asombrosa marcha sin mayores pérdidas.

Debióse ello, según afirman los historiadores, a las excepcionales condiciones de previsión y de energía del General Antonio José de Sucre, a quien confió el Libertador la organización de la marcha, como a su Jefe de Estado Mayor General. Sucre, para hacer menos penosa la situación de las tropas, con una admirable actividad, había organizado, en donde le fue posible, secretos depósitos de víveres y de forraje, ocultándolos en las cavernas formadas por las galerías de minas ya agotadas, organizando también, de trecho en trecho, depósitos de leña, de turba, de sal, de carne curada, de patatas y de cebada y organizando, algunas veces, grandes ranchos para que las tropas descansaran en su larga marcha y para que repusieran sus fuerzas per-

didadas en las cruentas jornadas en que, careciendo de todo, habían tenido que vencer obstáculos y dificultades en el más áspero y montañoso país de la tierra.

* * *

LA GRAN REVISTA AL EJERCITO INDEPENDIENTE

Concentradas ya las tropas independientes en Pasco y acordada la organización antes enunciada, el Libertador manifestó sus deseos de pasar su primera revista a todo el ejército independiente el día 2 de agosto, en los llanos del Sacramento y del Diezmo.

En efecto, en aquellas pampas y en la mañana del día 2 de agosto, el Ejército Unido formaba en gran parada, en línea de batalla de Nor-este a Sur-oeste. Ocupaba la derecha de la línea, la División del General Córdova; el centro, el ejército del Perú, y la izquierda, la Primera División de Colombia, encontrándose a la cabeza de todas las tropas, los distintos cuerpos de caballería, a órdenes del General argentino Nicolás Ne-cochea.

Aquel ejército, en el que predominaban los elementos colombianos que adoraban al Libertador, acogió a su gran Jefe con inusitado entusiasmo, pues con él, dominados por la pasión de la libertad y de la gloria, se habían alejado de su Patria para marchar a donde existieran enemigos que combatir, pueblos que destruir y ejércitos que destruir, y, ante ellos, Bolívar, que ya no era solamente un hombre, un General, un Genio de la Guerra, sino también el símbolo de la Libertad, colocado al frente de sus tropas, visiblemente emocionado, les dirigió la siguiente Proclama.

“SOLDADOS!! Vais a completar la obra más grande que el Cielo ha podido encargar a los hombres: la de salvar un mundo entero de la esclavitud.

SOLDADOS! los enemigos que debéis destruir se jactan de 14 años de triunfos; ellos, por esto, son dignos de medir sus armas con las vuestras que han brillado en mil combates.

SOLDADOS! el Perú y la América toda aguardan de vosotros la paz, hija de la Victoria, y aun la Europa liberal os contempla con admiración; porque la Libertad del Nuevo Mundo es la esperanza del Universo. La burlaréis? No! no! no! Vosotros sois invencibles”.

Al emprender la marcha las tropas, les arengó así:

“SOLDADOS! La esperanza de las naciones está pendiente de vosotros. En este mismo mes vosotros habéis triunfado en Caracas y en Boyacá; dad un nuevo día de gloria a vuestra Patria”.

El panorama, el cuadro que cerraba aquella espléndida escena correspondía a la magnitud del acto. Campos iluminados por un sol ardiente, en el azul horizonte destacándose los elevados picachos de los Andes, cubiertos de nieve y la naturaleza tranquila y serena que contribuía a levantar los ánimos de todas aquellas divisiones que habían conocido en días de lucha y de gloria, los campos de Boyacá, las sabanas de Carabobo, las breñas de Bomboná, la cima del Pichincha, las orillas del Tahuando, cuando se hizo preciso libertar la Nueva Grauada, reconquistar a Venezuela, dar vida libre al Ecuador, aplastar a Pasto, para así poderse dirigir al Perú en misión de justicia, de libertad e independencia.

* * *

EJERCITO REALISTA

El ejército realista en el Perú, se encontraba en una situación preponderante. Estaba constituido por 18.000 soldados, divididos en tres destacamentos: un destacamento de 4000 hombres, a órdenes de Olañeta, ocupaba el Alto Perú; otro de 3000, con el General Val-

dez, estaba situado en Puno y Arequipa, y un tercero, de 8000, se encontraba en el Norte a órdenes del General Canterac, quedando más o menos 3000 hombres en distintas guarniciones y servicios.

La calidad de todas estas tropas, según el General García Camba, que ocupó alta situación en el ejército del Virrey La Serna, era excelente. Tenía una movilidad extraordinaria y estaban acostumbradas a vencer, lo que aumentaba su fuerza moral, conocían el terreno, lo que les permitiría sacar partido a favor de las fuertes y muchas posiciones que ofrecía el país, hasta sólo para contener los progresos de los invasores.

El ejército de Canterac, contendor inmediato del Libertador Bolívar, sumaba, como hemos dicho, unos 8300 hombres, de los cuales, 1300 jinetes y la artillería correspondientes.

Canterac era un Jefe circunspecto y entendido y muy conocedor de las ciencias de la guerra siendo además muy acreditado por su valor si bien "más fogoso que reflexivo". Su caballería, sobre todo, era verdaderamente excelente. Estaba compuesta de las mejores tropas y montaba magníficos caballos perfectamente alimentados y entrenados para la guerra.

Cuando, según todas sus informaciones, conoció el General Canterac, la concentración del ejército independiente en las inmediaciones de Pasco, resolvió a su vez movilizarse con plena decisión de batirlo en el primer encuentro, según propias afirmaciones del mismo General.

Para el efecto, sin preocuparse de desembarazar el valle de Jauja, del cúmulo de hospitales, parques, almacenes, y otros elementos, reunió sus tropas dos leguas al Norte del pueblo de Jauja el 1º de Agosto, acampó el 2 en Parma T'ambo, llegando en la noche a Llu-rac-Cacha, el 3 a Tilarnio y el 5 a Carhuamayo, lugar en el cual el General Canterac acampó su infantería y artillería, dirigiéndose personalmente con toda su caballería a verificar un reconocimiento sobre Pasco, es decir a 5 leguas de distancia.

En ese lugar, se informó de que el Ejército independiente marchaba en dirección del Valle de Jauja, es decir que había tomado el camino de la orilla occidental del lago de Reyes entre éste y la cordillera, que era precisamente el lado opuesto y paralelo, al camino que había llevado el General Canterac.

Este General, temiendo verse cortado de sus líneas de comunicaciones, regresó al lugar en que se hallaba su infantería, ordenando en seguida un cambio de frente a toda su línea, proponiéndose partir en la mañana del día 6 de Carhuamayo hacia Reyes, siguiendo el mismo camino que había recorrido.

Siguiendo las informaciones del General García Camba, que actuó en el ejército español, a órdenes de Canterac, agregamos que, marchaba el ejército Real por las pampas y llanos de Reyes, cuando a las 2 de la tarde reconoció al General en Jefe del ejército enemigo sobre la derecha de su retaguardia. "Continué mi marcha, dice en su parte el General Canterac, cuando, habiendo adelantado el enemigo su caballería, separándola a dos leguas de su infantería se me presentó".

Las tropas del General Canterac, formaban dos divisiones mandadas por los Mariscales de Campo Maroto y Mouet, y, una división de caballería compuesta de 1300 jinetes, a órdenes del Brigadier Bedoya, teniendo su artillería 9 piezas bien servidas, tropas éstas, agrega una vez más el General García Camba, descansadas, bien armadas, vestidas, instruidas, disciplinadas, engrdeídas con tres años de triunfos, acostumbradas a la movilidad y al rigor de la temperatura.

En resumen, este ejército era digno de medirse con el ejército independiente.

* * *

Cuando el Libertador Bolívar fue informado por sus servicios de exploración a órdenes del General Miller, de las marchas y contramarchas de Canterac, decidió entonces, a su vez, aprovechando de la favorable

situación en que se encontraba, atacarlo por su retaguardia y, si eso no fuese posible, cortarlo por su base de operaciones movilizándolo su ejército a Conacancha, para de ahí, en la madrugada del 6 de agosto, dirigirse desde ese lugar también hacia Reyes, ansioso de batir al ejército Real.

Siguiendo los dos ejércitos, aunque en sentido contrario, una marcha al mismo lugar de Reyes, era claro que un encuentro no tardaría en realizarse, lo que efectivamente sucedió.

* * *

CAMPO DEL COMBATE

Tiene la pampa de Junín una extensión no mayor que la de 14 kilómetros de longitud por dos o tres de latitud. En el centro, se encuentra el lago de Junín, del cual sale el río Grande, origen del Mantaro. El lago se halla rodeado de pantanos que dificultan bastante la travesía.

Las pampas de Junín, se encuentran rodeadas por los Andes orientales y occidentales que cierran con sus elevados picachos, cubiertos de blancas nieves, aquel cuadro grandioso al cual volvió legendario el encuentro de Junín.

En efecto, en aquellas grandiosas llanuras libróse el encuentro de las caballerías, que no había tenido precedentes en la historia. En las límpidas aguas del lago se reprodujeron las escenas de la gran lucha y todo ello a 4000 metros sobre el nivel del mar y en un campo iluminado por el sol crepuscular de aquel día de gloria.

En aquella pampa midieron sus fuerzas, 1300 jinetes realistas, ensoberbecidos por sus victorias, y 900 caballeros de la Gran Colombia, llaneros invencibles y heroicos, a los que estaban unidos gauchos argentinos y chilenos, honor de su pueblo, y voluntarios peruanos decididos a servir o morir por la libertad de su patria.

EL COMBATE

Hemos anotado como tanto el Libertador Bolívar, como el General Canterac, hacia las 2 de la tarde del día 6 de agosto, se habían descubierto mutuamente.

El Libertador, con su ejército, se hallaba recorriendo una altura, cuando dejóse oír un estentóreo grito lanzado por las tropas de vanguardia, cuando vieron éstas que a alguna distancia no mayor de 10 kilómetros, desfilaban los realistas por la pampa de Junín.

El Libertador desesperado de perder la ocasión que se le presentaba, dispuso que su infantería redoblara el aire de marcha, a la vez que su caballería cambiara los mulares que montaba con sus respectivos caballos de silla y poniéndola al trote comenzó a descender hacia las pampas dejando a su infantería a unos 5 kilómetros a retaguardia.

El General Canterac estimó, a su vez, que sería dañoso para la moral de sus tropas dejar adelantar la caballería independiente y, ordenando a su infantería y artillería, que continuasen la marcha, formó en batalla sus regimientos de "Húsares de Fernando VII" y de "Dragones del Perú", colocando a retaguardia, en cada uno de sus dos flancos, el Regimiento "Dragones de la Unión" en dos columnas destinadas a flanquear a los independientes, debiendo, además, los de la derecha servir de reserva, según lo dice el General Canterac.

Entre tanto, los escuadrones independientes, cruzaban un pequeño desfiladero formado por las lomas de Junín, teniendo al otro lado los pantanos del lago, situación que les obligaba a un despliegue sucesivo de los regimientos conforme cada escuadrón salía del desfiladero hacia las pampas.

El General Canterac, considerando favorable esa situación, decidióse atacar en el orden y formación que había tomado, pasando de hecho a los aires violentos desde una distancia muy desproporcionada. Sólo los

"Granaderos de Colombia" se encontraban desplegados cuando los realistas ejecutaron su choque con toda resolución. Los colombianos, lanza en ristre, acometieron a los realistas cuando se hallaron a muy poca distancia y, siguiendo sus acostumbradas prescripciones, retrocedieron para romper los lazos tácticos contrarios, volviendo a cargar inmediatamente con el General Necochea a la cabeza, consiguiendo algunos granaderos, romper el centro de la línea contraria, penetrando a órdenes del Mayor Braun, hasta la retaguardia de los escuadrones enemigos.

El Desfiladero por el que pronunciaban su ataque los escuadrones independientes, fue para ellos un punto favorable, pues, los escuadrones realistas del ala derecha, destinados a flanquear a los independientes, no pudieron hacerlo a causa de los pantanos y a la vez que, los escuadrones del ala izquierda se encontraron detenidos por las lomas de Junín, lo cual no dejó de producir la ruptura de la cohesión de los escuadrones realistas, causando su desorganización.

A su vez, el General Miller, a quien se le había confiado envolver a la caballería española por la derecha, no pudo tampoco hacerlo, impedido por los pantanos, viéndose entonces obligado a acometer de frente saliendo a su turno por el propio desfiladero, seguido inmediatamente por los "Húsares de Colombia", por el "Granaderos de los Andes" y por los "Húsares del Perú", conducidos todos brillantemente por Silva, por Carvajal, por Suárez, por Miller y por Necochea.

La brillante pelea, en la que no se oyó ni un sólo tiro, duró 45 minutos, tiempo en el cual los independientes hicieron prodigios de valor, quebrantando profundamente la resistencia de la caballería realista, a la que le causaron un descalabro sin precedentes.

El General Necochea, que, cubierto de heridas, era conducido por los soldados realistas en su desbande, fue rescatado por el Capitán Camacaro, intrépido soldado venezolano.

Los españoles perdieron en la acción 340 muertos, entre los cuales 10 Jefes y Oficiales, cerca de 100 pri-

sioneros, muchos heridos, 300 caballos equipados, lanzas, sables y banderas, trofeos todos que se recogieron al obscurecer del 6 de agosto de 1824 en los campos de Junín.

Los patriotas perdieron al Mayor Lizárraga y al Capitán Urbina de los "Granaderos de Colombia" y cuatro oficiales más y 42 individuos de tropa, teniendo 8 oficiales heridos, entre los que se contaban el heroico General Necochea, el Coronel Carvajal, el Comandante Soberbi, el Mayor Braun, el Capitán Peraza y 91 individuos de tropa.

El Libertador, después del combate de Junín, dirigió la siguiente Proclama:

"PERUANOS! La campaña que debe completar vuestra libertad ha empezado bajo los auspicios más favorables. El ejército del General Canterac ha recibido en Junín un golpe mortal, habiendo perdido por consecuencia de este suceso un tercio de su fuerza y toda su moral".

"Los españoles huyen despavoridos, abandonando las más fértiles provincias, mientras el General Olañeta ocupa el Alto Perú con un Ejército verdaderamente patriota y protector de la libertad". (*)

"PERUANOS! Dos grandes enemigos acosan a los españoles del Perú: el Ejército Unido y el Ejército del bravo Olañeta, que desesperado de la tiranía española, ha sacudido el yugo, y combate con el mayor denuedo a los enemigos de la América y a los propios suyos. El General Olañeta y sus ilustres compañeros son dignos de la gratitud americana; y yo los considero evidentemente beneméritos y acreedores a las mayores recompensas. Así el Perú y la América toda, deben reconocer en el General Olañeta a uno de sus libertadores".

"PERUANOS! Bien pronto visitaremos la cuna del Imperio peruano y el templo del Sol. El Cuzco

(*) Error de apreciación que luego debió ser rectificado por el Libertador.

tendrá en el primer día de su libertad más placer y más gloria que bajo el dorado Reino de sus Incas”.

“Cuartel General Libertador, en Huancayo, a 13 de agosto de 1824”.

* * *

Consideraciones sobre el célebre combate de Junín

De todas las batallas y combates librados en la guerra de la independencia, por extraordinario que pueda parecer, el combate de Junín, es el que ha sido estudiado en una forma muy singular, procurándose arrancar de él cuantas lecciones se han creído oportunas, habiéndose anotado, por lo mismo, errores tácticos cometidos por los bandos contendores, circunstancias que se explican por la preponderancia especialísima del arma de caballería en aquellos tiempos de proezas, de honores y de sacrificios singulares.

Nosotros, para no apartarnos de tales procedimientos, vamos rápidamente a sintetizar todas aquellas observaciones, procurando colocarnos en lo posible en las condiciones de organización, de tiempo, de formas, de prescripciones del arte militar entonces vigente.

Todos los historiadores anotan el acierto del Libertador en la elección oportuna del tiempo, para abrir sus operaciones sobre las tropas realistas, aprovechándose de las divergencias surgidas entre el Virrey La Serna y el General Olañeta, las que colocaron al primero en situación de movilizar al General Valdez para obtener la sujeción del General Olañeta a sus mandatos, por la fuerza de las armas.

Y, decidida la actitud ofensiva del Libertador, sólo aplausos ha arrancado su marcha asombrosa al través de los Andes del Perú, para caer de sorpresa sobre el ejército de Canterac, concentrado entonces en el valle de Jauja.

El Libertador, para su marcha, se cubrió de una verdadera cortina formada por los servicios de exploración, de espionaje y de reconocimiento, organizados por voluntarios a órdenes del General Miller. Se afirma que desde Jauli a Oroya y cerro de Pasco, los servicios llenaban ampliamente todo su cometido.

Concentrado en Pasco el Ejército Libertador, al marchar Bolívar hacia Reyes, obtuvo por la amenaza sobre la línea de comunicaciones del ejército de Canterac, que éste verificara una contramarcha sobre su base de partida, lo que facilitó el encuentro de Junín en las circunstancias que hemos narrado.

Arrastrada la caballería independiente a la pelea por el propio Libertador, sin estudiarse a causa del entusiasmo, las condiciones del terreno antes de salir a las pampas de Junín, resultó que éste no les era favorable como lo prueba el hecho de que los regimientos se hubieran visto obligados a penetrar a las pampas en columnas de escuadrones.

Se considera que talvez hubiera sido preferible una maniobra, para obtener que la caballería de Canterac se introdujera en los pantanos y luego atacarlos firmemente.

La carga en orden de escuadrones, en columna, en aquella época, se la consideraba defectuosa, pero realmente Bolívar no dio esa orden, sino que, impuesta por las condiciones del terreno, resultó favorable en el curso de la acción.

Bolívar tuvo la precaución de constituir una reserva de su propia caballería, la que fue lanzada a la pelea en un momento oportuno, para confirmar el éxito alcanzado por las tropas empeñadas en el combate.

En la persecución realizada por el General Miller, con prudencia y actividad, se avanzó hasta donde permitieron las condiciones de la noche y la cercanía de la artillería y de la infantería realista. En ella se tomaron muchísimos prisioneros, obligándose a la caballería contraria, que huía a la desbandada, a refugiarse en las líneas de su propia infantería.

En las cargas sucesivas y en los contraataques au-

daces y resueltos, los patriotas estuvieron admirables. No hubo ni un momento de desconcierto ni de abatimiento ante el número del adversario, la violencia de su carga, ni el terreno inadecuado para la lucha, en los primeros momentos.

El valor de los llaneros acostumbrados a luchar en los campos, en las llanuras o en las sabanas del Apure, del Orinoco o del Araure, con el agua a la cintura, no podía ser dominado por los pantanos de Junín, ni por el temor de caer en el lago, cuando tantas veces habían cruzado a nado caudalosos ríos, testigos de las jornadas legendarias de la independencia.

En Junín, el choque revistió muy pronto el carácter de una refriega, luchas individuales que determinaron, incluíblemente, la ruptura de los vínculos orgánicos y tácticos de los repartos. Ahí triunfaron el valor y el golpe de las lanzas y de los sables:

Se considera por algunos historiadores que el Libertador se lanzó con demasiada precipitación al encuentro de los realistas, actitud que, si en verdad brillante, no estuvo exenta de varios peligros. Se dice también que faltó la unión, en la acción, con las otras armas; pero es evidente que el Libertador sí ordenó a su infantería acelerar su marcha para comprometerla en una acción definitiva que la buscaba, sin tregua ni descanso.

EJERCITO ESPAÑOL

El desacuerdo surgido, en buena hora, para la causa de la independencia entre los Jefes realistas, no dejó de producir cierto malestar en las tropas agrupadas a sus órdenes, muchas de las cuales siguieron al General disidente Olañeta, con grave daño para la armonía y la cooperación de las tropas realistas, en su pretendida obra de dominio total de los pueblos del Perú.

Canterac, enemigo más próximo al Libertador Bolívar, hizo lujo de una absoluta inercia y de una

inactividad sin parecido, que dió tiempo al Libertador, para concentrar, organizar y movilizar sus tropas, y recibir los auxilios de Colombia para su ejército y para sus almacenes, sin molestia alguna y con toda libertad.

Canterac afirmaba esa actitud negativa en los recientes triunfos que había obtenido en el Perú, los que habían probado su superioridad guerrera, pero jamás se justificará el que no hubiera mantenido ni los más elementales servicios de información y de seguridad, contando, como contaba con la adhesión de gran parte de los pobladores del Perú, que hacían causa común con los realistas.

La falta de esos servicios indispensables, tuvo, como consecuencia, que Canterac ignorase los movimientos del ejército Libertador y que, cuando llegó el caso de movilizarse, lo hizo justamente siguiendo una vía contraria a la que seguía en su marcha el ejército de Bolívar, exponiéndose a ser cortado de sus líneas de comunicaciones y de operaciones y viéndose obligado, para impedir aquello, a realizar marchas y contramarchas que fatigaron y desorganizaron a sus tropas.

Cuando Junín, Canterac, lejos de ordenar la cooperación de su infantería y de su artillería que la tenía a la mano, dispone, por el contrario, que sus divisiones, obedeciendo al General Maroto, continuaran hacia Reyes, decidiendo sólo utilizar su caballería en el combate provocado por Bolívar y aceptado por dicho General.

Cuando su carga, Canterac no dejó reserva alguna y así, cuando, convencido del curso desfavorable de la acción, quiso echar mano de alguna fuerza para lanzarla al combate, no pudo hacerlo porque su infantería y artillería se habían alejado demasiado y porque su caballería se había comprometido toda en las pampas de Junín.

Contra todas las prescripciones entonces vigentes para el empleo de la caballería en los casos de batalla, Canterac, una vez que hubo formado su caballería, la

lanzó desde el primer momento al galope sobre los escuadrones independientes, de manera que, cuando sus tropas llegaron al choque, faltaban ya la cohesión y el impulso debido por haber recorrido en ese aire extremo de marcha, más de dos kilómetros de distancia.

Sabido es que una caballería debe cargar siempre con velocidad creciente, de manera de llegar al choque con la máxima potencia.

Además, Canterac no reconoció ni exploró el terreno, lanzó sus tropas, como lo hemos dicho, sin dejar reservas y en orden cerrado, viéndose pronto sus alas detenidas por los pantanos y por los cerros de Junín circunstancia que impidió a aquéllas cumplir su cometido especial.

Por último, fue también otro error de Canterac, el de convertir en una fuga incontenible, lo que con una acción enérgica pudo ser una simple retirada, sin razón alguna que pudiera justificarla, ya que sus tropas de infantería y artillería no habían intervenido en la acción y se encontraban, como dijimos ya, verdaderamente intactas.

* * *

Al rededor de esta célebre acción se han hecho y siguen haciéndose comentarios de todo género. Nosotros terminamos reconociendo a ese combate un carácter absolutamente excepcional aun en los mismos tiempos en que él se produjo; admirable verdaderamente, si se le considera en su sentido histórico, pero, en todo caso, ya alejado para siempre de los procedimientos actuales, en los que la caballería, si no ha perdido del todo su rol en las batallas; ya el poder de sus lanzas y de sus sables ha cedido su campo a las actuales armas, en las que predominan el fuego y la maniobra, la inteligencia y la iniciativa de los comandos y las cualidades físicas, intelectuales y morales de los hombres.

PARTE DEL GENERAL ANDRÉS DE SANTA CRUZ, SOBRE LA BATALLA DE JUNÍN

"El Ejército Libertador reunido en las cercanías del mineral de Pasco, emprendió sus operaciones el 2 de los corrientes, a tiempo que el enemigo, erguido por sus anteriores sucesos, dejó en los primeros días de este mes sus acantonamientos de Jauja y Tarma para buscarnos.

Mientras que el Ejército Español marchaba por el camino de Reyes, el Ejército unido se movía por la derecha del río de Jauja, con el objeto de tomarlo por la espalda. En la segunda jornada se recibieron los primeros partes de la marcha del enemigo, y, no obstante, se continuó la nuestra por la misma ruta que llevábamos, con la mira de interponerse en caso de que contra-marchase informado de nuestra dirección.

S. E. el Libertador supo ayer en Conocancha que todas las fuerzas españolas, compuestas de ocho batallones, nueve escuadrones y nueve piezas de campaña, al mando del General Canterac, se hallaban en Carhuamayo. S. E. dispuso hacer una marcha forzada y directa a Reyes, donde los enemigos debían tocar en su retirada, pensando celebrar hoy el aniversario de Boyacá con la libertad del Perú, porque S. E. contaba con dar una batalla, puesto que el enemigo la procuraba.

Por precipitado que fue nuestro movimiento, no pudimos lograr esta ventaja ni satisfacer los deseos del ejército; los españoles habían vuelto sobre sus pasos con una velocidad indecible.

Al llegar a la altura que domina estas llanuras, observó el Libertador que el ejército enemigo seguía rápidamente para Tarma; aun estando nuestra infantería distante dos leguas del Campo de Junín. En consecuencia, trató de retardarles la marcha presentándoles algunos cuerpos de caballería. Siete escuadrones mandados inmediatamente por el intrépido General Necochea, Comandante General de la caballería, se adelantaron a las cinco de la tarde, al trote, hasta la llanura donde estaba el enemigo.

El General Canterac, confiado en la superioridad de su caballería, o bien obligado a batirse por no ser desordenado en su retirada, formó tres cuerpos, y por una brillante maniobra,

cargó al galope la nuestra por el frente y por el flanco izquierdo.

Aunque inferiores en número e impedidos por la naturaleza del terreno para desplegarse, nuestra caballería resistió la carga con el mayor denuedo. El choque de estos dos cuerpos fue terrible, porque ambos estaban satisfechos de su bizarría, ambos empezaron a acuchillarse, y por el momento ellos arrojaron algunos de nuestros escuadrones a tiempo que los "Granaderos de Colombia", que formaban la cabeza de la columna y estaban en batalla estimulados por el heroico ejemplo de su comandante accidental, mayor Felipe Braun, rompieron la izquierda del enemigo. "Los Húsares de Colombia", al mando de su coronel, Laurencio Silva, y el primer regimiento del Perú, a las órdenes del señor General Miller, sostuvieron el centro y la derecha.

El enemigo empezó a desordenarse, y los nuestros cargaron y lo acuchillaron por todas partes. Sus escuadrones, que poco antes contaban ufanos con destruirnos, dispersos por una inmensa llanura, ofrecían la más completa idea del desorden.

La caballería española fue destrozada y perseguida hasta las mismas masas de su infantería, que durante el combate estuvo en inacción y se puso en completa fuga.

La pérdida del enemigo ha sido la de 2 jefes, 12 oficiales y 245 hombres de tropa; 80 prisioneros, más de 400 caballos ensillados, la mayor parte de sus armas, muchos dispersos y gran número de heridos.

La nuestra ha consistido en 45 muertos y 99 heridos; entre los prisioneros, el Capitán Urbina, del "Granaderos de Colombia"; el teniente Cortés, del primer escuadrón del Perú, y el sargento mayor Lizárraga; edecán del señor General Miller. De los segundos: el señor General Necochea, el Comandante Sowersby, capitán Vargas y alférez Rodríguez, del regimiento del Perú; el alférez Ferrer, de "Granaderos de Colombia"; el teniente Allende, de "Granaderos de los Andes", y el capitán Peraza, teniente Tapia y alférez Lanza, de "Húsares de Colombia".

Toda la caballería enemiga ha quedado reducida a un tercio de su fuerza, y su infantería fugitiva ha sufrido mucha dispersión, dejando en el tránsito algún armamento y varios útiles.

Ayer debió ser completamente destruido el ejército español si una tan larga como penosa jornada no hubiera privado a nuestra infantería de llegar a tiempo para completar la más brillante victoria, y si la noche, caminos difíciles y un terreno desconocido no impidiesen haberlo perseguido.

Tal ha sido el primer suceso de la campaña; algunos de nuestros escuadrones solamente, han destruido la orgullosa caballería española y toda la moral de su ejército.

S. E. el Libertador, testigo del valor heroico de los bravos que se distinguieron en el día de ayer, recomienda a la admiración de América al señor General Necoechea, que se arrojó a las filas enemigas con una impetuosidad heroica, hasta recibir siete heridas; al señor General Miller que con el primer regimiento del Perú flanqueó al enemigo con mucha habilidad y denuedo; al señor coronel Carvajal, que con la lanza dió muerte a muchos enemigos; al señor coronel Silva, que en medio de la confusión del combate rehizo parte de su cuerpo que estaba en desorden y rechazó los escuadrones que lo envolvían; al señor coronel Bruix, que con el capitán Pringles, algunos oficiales y "Granaderos de los Andes", se mantuvo firme en medio de los peligros; al comandante del primer escuadrón del regimiento de caballería de línea del Perú, Suárez, que condujo su cuerpo con la destreza y resolución que honrarán siempre a los bravos del Perú; al comandante Sowersby, del segundo escuadrón, que, gravemente enfermo, se arrojó a las lanzas enemigas hasta recibir una herida; al comandante Blanco, del tercer escuadrón; al mayor Olabarria y al capitán Allende, del primer escuadrón del mismo regimiento; al bravo comandante Medina, edecán de S. E.; al capitán Camacaro, de "Húsares de Colombia", que con su compañía tomó la espalda de los escuadrones enemigos y les cortó el vuelo de su instantáneo triunfo; a los capitanes Escobar y Sandoval, de "Granaderos", y a los capitanes Jiménez y Peraza, de "Húsares de Colombia"; a los tenientes Scgovia y Tapia y alférez Lanza, que, con el mayor Braun, persiguieron los escuadrones enemigos hasta su infantería.

Sería, en fin, necesario nombrar a todos nuestros bravos de caballería, si hubiésemos de mencionar a los que se distinguieron en este combate memorable que ha decidido ya de la suerte del Perú.

Cuartel General en Reyes, a 7 de Agosto de 1824.

RAZON DE LOS MUERTOS Y HERIDOS EN EL COMBATE

	MUERTOS		HERIDOS	
	Ofices.	Tropa	Ofices.	Tropa
Granaderos de Colombia	1	12	1	26
Granaderos de los Andes		8	1	16
Húsares de Colombia		2	3	6
Primer Regimiento del Perú...	1	20	3	43
Un edecán del general Miller...	1			
Total	3	42	8	91

Andrés de Santa Cruz"

PARTE DEL GENERAL CANTERAC SOBRE LA ACCION DE JUNIN

Excelentísimo Sr: Para cerciorarme si era efectivo que el general Bolívar empezaba sus operaciones me dirigí rápidamente con el ejército de mi mando sobre Pasco, y habiendo averiguado que marchaba por la orilla derecha de la laguna retrocedí para dirigirme a atacarlo por su retaguardia, o bien interponerme entre él y este valle. Estando en marcha en estas Pampas de Reyes el día 6 a las 2 de la tarde reconocí el ejército enemigo que estaba sobre la derecha de mi retaguardia. Continué mi marcha, y habiendo adelantado el enemigo su caballería, separándola a dos leguas de distancia de su infantería, se me presentó: fiado yo en el mayor número de la nuestra y en el valor de que les creía animados y me manifestaban todos sus individuos a la vista del enemigo, tuve la ocasión por extraordinariamente propicia. Los enemigos tenían dos escuadrones formados en batalla y los demás hasta el número de ocho en columna por mitades entre un cerro y un pantano, que impedía a éstos poder desplegar: cargué de frente con los escuadrones de Húsares y Dragones del Perú que estaban en batalla, y los cuatro escuadrones de la Unión en dos columnas sobre mis dos flancos destinados a flanquear los enemigos y al mismo tiempo la de la derecha a servir de reserva. Los escuadrones enemigos, que estaban en columna, al ver la carga volvieron grupas y se desordenaron completamente: los que estaban en batalla fueron atacados de frente y flanco por haber éstos aguardado la carga a pie firme y estaban ya en desorden, cuando en este mismo instante, sin poder imaginarme cuál fue la causa, volvió grupas nuestra caballería y se dio a una fuga vergonzosa, dando al enemigo una victoria que era nuestra y que decidía en nuestro favor la campaña, pues todos los generales enemigos estaban a la cabeza de su caballería, y batida ésta caían indispensablemente en nuestro poder en razón al desfiladero que tenían a su retaguardia.

Nuestra pérdida ha sido de poca consideración en el número de hombres; pero sí ha influido extraordinariamente en el ánimo particularmente en el de la caballería. Los jefes enemigos La Mar, Necochea, Soler y Plasencia han muerto y Bolívar fué ligeramente herido en una mano: esto lo sé por decla-

ración de algunos oficiales que fueron hechos prisioneros y que lograron fugarse en la noche.—Los jefes, oficiales y algunos individuos de tropa se portaron con toda bizarría y aún algunos con heroísmo, pero sus esfuerzos no eran casi nada para poder reparar el mal y así una gran parte fueron muertos o heridos.

La fuga de nuestra caballería y la superioridad numérica de la infantería enemiga, me precisaron a ver de alejarme con la rapidez posible del enemigo, para no exponer mis fuerzas a un contraste, siguiendo en esto las prevenciones de V. E.; pero no sé hasta dónde tendré que continuar mi retirada y con qué medios lo haré, si el enemigo trata de hostigarme siguiéndome con empeño. Para evitar esto y que aquél saque ventajas inmensas y aumente extraordinariamente sus fuerzas tanto física como moral, es indispensable que V. E. realice lo que propuse en mi último oficio **reservado**, esto es, que de una vez vengan del Sur cinco o seis mil hombres a toda diligencia, entre ellos el regimiento de granaderos de la Guardia, para que con su ejemplo se reanimen esos soldados de caballería y puedan con el tiempo y el ejemplo sernos útiles en lugar que ahora me parecen embarazosos. Esto ya conoce V. E. cuánto urge para no exponer el ejército del Norte a un fin nada propio de sus anteriores glorias y servicios, y que si éste sucumbiese no debiera dudarse de que el Perú era perdido sin remedio; por lo tanto reitero que la necesidad nos obliga a desatender las ocurrencias del Sur y dejar al insubordinado general Olañeta que haga lo que le parezca, interin la principal atención esté ocupada hacia esta parte.

Quedo enterado de la marcha de V. E. (1) con el batallón; pero esa fuerza, ni aun dos o tres batallones e igual número de escuadrones, repito, será ya suficiente para terminar la campaña con felicidad, lo que no conseguiremos sino viniendo las tropas en número que digo, porque el enemigo se irá cada día engrosando más y más, y yo por esta parte no tengo de dónde sacar refuerzos, pues el único cuerpo que tengo separado del ejército es el de Cazadores-Dragones y éste, según me avisa el teniente coronel Hórna, no pasa de 40 plazas, a pesar de las órdenes que repetidamente he dado para su aumento.

Parecía, Excelentísimo señor, imposible en lo humano que una caballería como la nuestra tan considerada, bien armada, equipada, montada, instruída y disciplinada y que manifestaba incesantemente vivos deseos de llegar a las manos con los enemigos, lo que me pidieron con repetidísimas instancias aquella

(1) El virrey salió del Cuzco con la guarnición a encontrar a Canterac: con este oficio se detuvo en Lima-Tambo

misma tarde al presentarse la enemiga, digo que parecía imposible que con tanta vergüenza huyese de un enemigo sumamente inferior bajo todos respectos, y que ya estaba casi batido por los mismos que después por una fatalidad tan funesta como incomprensible han echado un borrón a su reputación antigua y puesto en compromiso al Perú todo. ¿Quién, Excelentísimo señor, no se hubiera prometido la victoria más completa, vista la superioridad física y moral de que nadie dudaba comparando nuestra caballería con la enemiga? Aseguro a V. E. que yo estaba tan persuadido de ello, y creo que V. E. mismo y cualquiera otro militar no hubiera vacilado un instante para ver de aprovechar una ocasión que se presentaba, la más lisonjera por todos los aspectos que se le considerase. Como en esta ocurrencia desgraciada no creo haberme excedido de las órdenes de V. E., me parece no se podrá culpar de haber aventurado desventajosamente mis fuerzas, y esta satisfacción, en medio del imponderable sentimiento que me ha causado, me deja tranquilo con respecto a responsabilidad. Dios guarde a V. E. muchos años. Cuartel general en Huayucachi y Agosto 8 de 1824.-

PARTE DEL SECRETARIO GENERAL DEL LIBERTADOR TOMAS HERES SOBRE LA ACCION DE JUNIN

Excmo. Sr.— José Canterac.

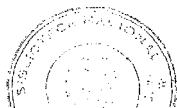
Secretaría general.— Cuartel general en Reyes a 7 de Agosto de 1824.—Al Sr. ministro general de los negocios del Perú.— De superior orden de S. E. el libertador tengo la satisfacción de anunciar a V. S. que ayer a las cinco de la tarde ha sufrido el ejército español una terrible humillación en las llanuras de Junín, dos y media leguas de este lugar. La caballería, con cuya fuerza contaban principalmente los enemigos para someter al Perú a la dominación española, ha sido batida de tal modo, que no volverá a presentarse en el campo de batalla.

Informado S. E. de que los enemigos habían venido a buscartos con toda su fuerza reunida, se puso en marcha con el ejército libertador desde Canacancha con el fin de comprometer una batalla decisiva. Entre tanto los enemigos que se habían avanzado hasta Pasco, volvían sobre sus pasos a marchas forzadas, en consecuencia de las noticias que tuvieron de la dirección que seguía el ejército. S. E. contaba con forzarlos a una acción formal situándose a su retaguardia por el camino que ellos debían tomar a Jauja; pero la precipitación con que marchaban les proporcionó la dichosa casualidad de llegar y aun pasar del punto en que debíamos encontrarnos algunas horas antes que nuestro ejército, que tuvo que hacer una jornada larga por terreno escabroso y difícil. En este estado, observando S. E. que los enemigos continuaban sin cesar su retirada, y considerando por otra parte que se escapaba de entre las manos la ocasión de terminar de un golpe la penosa campaña en que nos hallamos y decidir la suerte del país, resolvió adelantarse con la caballería al trote, mandada inmediatamente por el intrépido general Necochea, y situarla en la misma llanura que ocupaban los enemigos, esperando que los que nos habían buscado tan resueltamente aprovecharían la ocasión que se les

presentaba de lograr sus deseos, o que viendo nuestra fuerza de caballería sobre ellos comprometerían una acción para salvar el todo de su ejército. Sea correspondiendo a estos cálculos o por una ciega confianza en su caballería, los enemigos cargaron la nuestra en una situación bien desventajosa para nosotros: el choque de estos dos cuerpos fue tremendo, y al fin, después de diferentes conflictos, en que ambas partes lograban la ventaja, la caballería enemiga, aunque superior en número y mejor montada que la nuestra, fue completamente desordenada, batida y acuchillada hasta las mismas filas de su infantería, que durante la acción continuaba su marcha hacia Jauja y se hallaba muy lejos del campo cuando aquélla se decidió.

Nuestra caballería ha mostrado un arrojo que mi pluma no alcanza a expresar, y que sólo puede concebirse recordando los siglos heroicos. El resultado de esta brillante jornada ha sido de 235 muertos en el campo de batalla, entre ellos 10 jefes y oficiales, más de 80 prisioneros, muchos heridos y una infinidad de dispersos. Se han tomado más de 300 excelentes caballos aporados y el campo de batalla está cubierto de toda clase de despojos.—Por nuestra parte hemos tenido fuera de filas 60 hombres muertos y heridos, entre los primeros el capitán Urbina de granaderos a caballo de Colombia, y el teniente Cortés, del primer regimiento de caballería del Perú; entre los segundos al bizarro general Necochea con siete heridas, aunque ninguna de cuidado; al señor coronel Carvajal, de granaderos a caballo de Colombia, al comandante Sawbery del segundo escuadrón del regimiento del Perú, al sargento mayor Felipe Braun y al capitán Peraza, ambos de la caballería de Colombia; el primero y los dos últimos levemente y el segundo de alguna gravedad; entre la tropa hay poca de riesgo.

Ayer se habría concluido la guerra del Perú, si la infantería enemiga no hubiera continuado incesantemente su marcha al trote, y si la nuestra hubiera podido volar como era necesario para alcanzarla, porque todos ardían en deseos de destruir a los enemigos. Estos han quedado enteramente escarmentados y su terror llega al extremo de que desde la madrugada de ayer no han dejado de marchar, ni aun en la noche. Mañana continúa el ejército sus operaciones, y me lisonjeo de que muy pronto fecharé a V. S. mis comunicaciones desde el valle de Jauja. Felicito a V. E. y a todo el Perú por el suceso de ayer, que por ser el primero de la campaña presagia más felices resultados. La tierra de los Incas, regada con la sangre de sus opresores y de los oprimidos, ofrecerá bien pronto bellos campos en que se extienda el árbol precioso de la libertad,



y muy pronto los vencedores de catorce años no dejarán a estos desgraciados habitantes sino los recuerdos de los horrores que aquéllos han cometido, mientras la fortuna los ha lisonjeado. Quiere S. E. que estas noticias las haga V. S. circular a todos los pueblos y autoridades del país.

Dios guarde a V. S.

Tomás Heres,

Secretario General interino.

POR EL HONOR DE LA CABALLERIA DE LA GRAN COLOMBIA EN EL COMBATE DE JUNÍN

Y por extraordinario que pueda considerarse, decíamos en 1928, al cumplirse cien años de uno de los más singulares episodios de la magna epopeya de la Independencia de los pueblos peruanos, la leyenda, alimentada por cierto tradicionalismo empeñado en apartarse de la verdad, fuente clara y límpida de la historia, viene tratando de desnaturalizar el gran acontecimiento de las pampas de Junín, realzando la acción de ciertas unidades de caballería, amenguando la de otras que compartieron en ese combate, teniendo su parte preponderante y definitiva en el bélico encuentro.

Y ya no es sólo al Gran Libertador Bolívar, al que se trata siempre de restarle el prestigio de su genio guerrero, adquirido en cien batallas, sino que, también se llega a dudar de la triunfadora eficiencia de los célebres Regimientos de la Caballería Colombiana, de aquellos mismos que, en Venezuela, en Nueva Granada y en el Ecuador, habían afirmado sus prestigios, a órdenes directas del talento militar mejor organizado, del hombre dotado de la más férrea voluntad y del más imponderable don de mando de cuantos guerreros ha conocido el Nuevo Mundo.

Lejos de nosotros todo empeño de desvirtuar el gran acontecimiento, lo cual es lógico, por lo demás, ya que no haremos otra cosa, en estos pocos renglones, que tratar, con fundamento, de que se dé a cada contendor su propia participación en la épica jornada, de que a cada una de las caballerías que combatieron en Junín, se le rinda el justo homenaje en el gran día centenario, de que a hijos de la Gran Colombia, a los jine-

tes de los pueblos de los Andes, Chile, Argentina y Perú, se les reconozca, en el momento preciso de la acción táctica, en la plenitud de la actuación que caracteriza su participación en el combate, sin menguar su gloria santificada con la sangre vertida en pro de los altos ideales que informaron el corazón de aquellos ínclitos y venerados luchadores.

Desesperado, en efecto, el Gran Libertador de perder una ocasión que la consideraba propicia para librar la batalla perseguida sin tregua ni descanso, desde que movilizara su Ejército de sus acantonamientos de Trujillo y Huaraz; inquieto al ver desfilar ya la retaguardia del Ejército del General Canterac, quien, hábilmente, había retrocedido desde Carhuamayo hacia Reyés; al sentir amenazadas sus líneas de comunicaciones por las maniobras de las tropas independientes, y contemplando sobre todo, el entusiasmo vibrante de sus escuadrones, cuando desde las alturas descubrieron al Ejército realista que apresuradamente marchaba en dirección contraria: decide ponerse a la cabeza de su caballería, lanzándose inmediatamente sobre la retaguardia del Ejército de Canterac.

Este General, intrépido y valeroso, que disponía también de un Ejército aguerrido, disciplinado y enorgullecido, además, por las últimas victorias de Ica, de Torata, de Moquehua y del Desaguadero; que contaba, especialmente, con la superioridad numérica manifiesta de su caballería, la concentra también a sus órdenes, forma sus Regimientos en línea, con sólo cuatro escuadrones reforzando los flancos y sin trepidar, sin tomar en cuenta el terreno en el cual iba a operar, sin medir la distancia que debía recorrer hasta producir el choque, sin dejar reserva alguna, lanza sus jinetes a todo galope con la orden de cargar, envolver y destruir. Sus caballeros, galopando soberbios caballos, precipítanse, en efecto, sobre los Granaderos colombianos que esperaban a pie firme a órdenes de Necochea, de Silva, de Carvajal y de Bruix. Al producirse el choque formidable, los colombianos destruyen los lazos tácticos de la caballería española, detenida en uno de sus flan-

cos por los pantanos del lago de Junín y, en el otro, por las últimas estribaciones de la cordillera. Mientras tanto, cede su centro al impulso heroico de los colombianos, sobre los que los españoles tratan, en vano, de caer por sus alas; cuando ya, en mezcla confusa, españoles e independientes luchan, cuerpo a cuerpo, en combates aislados, cada cual por su cuenta, y obediendo sólo a sus afanes de triunfar para gloria de sus armas.

Conforme salen a la llanura los escuadrones independientes, la situación de los realistas se agrava cada vez más. No tienen reserva y comienzan a ceder ante el heroico empuje de los colombianos, argentinos, chilenos y peruanos, que, ansiosos de participar en la heroica jornada, cargan, a su turno, sobre los realistas, que ceden ya definitivamente.

Contemplando el encuentro a la luz de los principios actuales, no se le establecería en su debido valor. Hay, en efecto, que apartarse un tanto de normas y procedimientos actuales, para valorizar los hechos pasados y la manera de luchar de los Ejércitos, observando las clásicas ordenanzas, las prescripciones entonces vigentes, a fin de establecer, no lo que antes se debió hacer según los principios actuales estratégicos y tácticos, sino lo que se hizo, lo que se dejó de observar en lo que entonces estaba prescrito, ordenado y conocido.

Sabemos, en efecto, como es necesario que todo hecho militar al ser examinado, debe ser estudiado en su propio ambiente, es decir, en las mismas condiciones de tiempo, de lugar, de fin, de modo, de relación con la cultura, con las costumbres, con los medios, con las opiniones de la época y de la sociedad en la cual acació y de las personas que influyeron en su realización, esto es, necesitase adquirir el conocimiento de los fenómenos, tales como se presentaron a los que estaban presentes, dejando de lado cualquiera prejuicio, inspirándose sólo en la máxima objetividad.

Mas, como ya lo habíamos dicho, nuestro objeto no es el de la crítica histórica de la pelea, sino simple-

niénté el de establecer la actitud positiva de la caballería independiente en el combate de Junín.

Se afirma, en efecto, que la caballería colombiana fue deshecha en los primeros momentos del choque con la caballería realista; se sostiene que ya en él los invictos llaneros volvieron caras y aún se asegura que el Libertador, reconociendo la crítica situación de sus colombianos heroicos, acudió al expediente que habría sido desastroso, de ordenar la retirada de sus escuadrones para llegar a la conclusión de que el triunfo, el restablecimiento de la moral de los independientes, debióse sólo a la colosal y oportuna intervención de los Húsares del Perú, escuadrón colecticio que se lanzaría en el temerario y ya desastroso encuentro y cuya intervención causaría el triunfo sobre la poderosa fuerza realista que ya sentía sobre sí el hálito de la victoria y de la fama.

Así surge la leyenda y luego los Húsares del Perú aparecen obediendo la mentira inspirada de Pedro Razuri, comandante de un Escuadrón, quien dice a Suárez que el Libertador ordena la carga, cuando, según los creadores de la leyenda, Bolívar había ordenado la retirada de los Húsares del campo de batalla.

Así se desnaturaliza la historia, así se forjan las tradiciones convencionales, así se falta evidentemente a la lealtad debida a nuestros libertadores.

Que O' Leary, que Miller, que Torrente hablen de que la caballería colombiana volvió caras; que López, que Galindo, que Restrepo y que una serie de ilustres escritores colombianos lo afirman, igualmente, está bien. Ellos sabían, sin duda, de las prescripciones vigentes en la caballería colombiana, conocían, a fondo, el procedimiento observado inalterablemente por los llaneros, en las batallas libradas en los valles del Araure y del Apure, en la Nueva Granada, en Riobamba y en todas las jornadas en que intervino la célebre caballería.

En efecto, volver caras al primer choque para romper los lazos tácticos contrarios, reaccionar en el acto y volver a cargar fue siempre una prescripción de la caballería colombiana. Así se observa en las Queseras

del Medio, así en la carga formidable del Araure, así en el combate de Riobamba, así en Junín y luego, pocos meses más tarde, en la propia batalla de Ayacucho.

Desde los primeros años de la guerra, se observa, dice el ilustre historiador venezolano, Vicente Lecuna, en los llaneros, el sistema de atacar, retirarse y volver caras, para sorprender al enemigo, o para separar la caballería enemiga de la infantería, como lo ejecutó principalmente Páez en tantas ocasiones, batiendo la caballería, cuando a ésta le faltaba el apoyo de la infantería.

"Es cosa esencialísima", escribió el caudillo Apureño mucho tiempo después, "enseñar a la caballería a cargar, retirarse y volver caras, **a ser ternejal**, como dicen nuestros llaneros". Y así lo realizó Páez con sus jinetes en múltiples ocasiones y con singular maestría, volviéndose esta práctica regla invariable para los hijos de la Gran Colombia.

El ilustre General inglés O' Connor, refiriéndose a la manera de combatir de los llaneros, narra la siguiente interesante escena que se verificó después de la gran batalla de Ayacucho: "en la mesa, ese día (después de Ayacucho), me hallaba, dice, sentado al lado del General Valentín Ferraz que mandaba el cuerpo "Alabarderos del Virrey", formado al pie del cerro, cuando llevábamos el Escuadrón "Granaderos de Colombia", con el General Sucre, quien quería dar principio al combate con un ataque por esta fuerza formada. Cuando llegaron los Granaderos cerca del enemigo, dieron vuelta a retaguardia y nos dejaron pasmados, mientras los jefes españoles contenían a sus soldados. Me permití preguntar al General Ferraz qué era lo que ellos les decían a sus soldados en aquel momento, y me contestó que les decían que no se moviesen de la formación—que éste era el modo de pelear los llaneros de Colombia—que aparentaban desordenarse, para atraer a los contrarios tras de ellos, y que así los esperaban y los lanceaban a su gusto, como lo hicieron en el campo de Junín".

A esas meritorias e incontrovertibles afirmaciones, podríamos agregar muchas otras, que prueban, con el General Ramallo, boliviano, cómo los colombianos en Junín, combatieron a la **usanza llanera** y cómo se desempeñaron, atendiendo a su ordenanza ya clásica, en aquella formidable y sin semejante acción de caballería.

No se crea en caso alguno, que nuestra obra de justicia y de honor para los bravos colombianos que se inmortalizaron en Junín, pudiera ser jamás de injusticia para los heroicos jinetes argentinos, chilenos y peruanos que participaron en la acción. Todos unidos, en su obra de libertad, demostraron con su valor, con sus cruentos sacrificios, con aquellos sucesivos combates individuales, de cuánto eran capaces y cómo se pudo adquirir aquel espléndido triunfo que destruyó para siempre la moral hispana, hasta entonces sólo afirmada en el Perú, cada vez más, después de cada batalla y después de cada victoria.

Nos hemos propuesto, únicamente, rectificar el erróneo concepto de que la caballería de la Gran Colombia, hubiese sido desbaratada en los primeros momentos del combate del 6 de agosto de 1824, en el cual se observaron, como creemos haberlo probado, las reglas que le imponía su invariable manera de combatir.

Nada podemos agregar, por lo demás, al grande y brillante prestigio adquirido en cien combates por el formidable poder de las largas lanzas colombianas que, puestas en ristre, paralizaban, por sí solas, por la actitud resuelta de los invictos caballeros, según el General español García Camba; el impulso de la caballería española en los instantes supremos de los choques formidables.

Nuestra intención ha sido restablecer, en pocas palabras, la verdad histórica sobre el combate de Junín, verdad desfigurada por las leyendas, en varias obras que tenemos, en estos propios momentos, en nuestras manos, y en las cuales escritores tan distinguidos como el Coronel peruano Manuel Bonilla, como Paz Soldán, el contumaz detractor de la obra inmensa de

Bolívar en el Perú, y como otros tantos conferencistas los que, al cabo de cien años de libertad alcanzada por las lanzas y los sables refulgentes de Junín, tratan de dejar reconstituida la acción en antecedentes, hechos y consecuencias no conformes con la verdad y faltos en un todo a la lealtad que los americanos todos, debemos a Bolívar: el Grande entre los Grandes, a sus invictos Tenientes y a sus invencibles legiones.

LA SORPRESA DE LA QUEBRADA DE CORPAHUAICO

Algo de lo más sorprendente en las legendarias campañas de la Independencia, es, sin duda alguna, lo que dice relación con la logística. Las marchas realizadas para la campaña que culminó en Boyacá, el año 19, sólo son comparables a las verificadas por las gloriosas tropas del Ejército Unido, en los días que transcurrieron de Junín a Ayacucho. Los Andes del Perú, con sus inclemencias atmosféricas, faltos en absoluto de aprovisionamientos y lugares habitados, sin caminos, sin siquiera senderos conocidos, son el teatro del heroísmo de aquellos legionarios de la libertad, que vivaquean y marchan, desafiando el frío y las lluvias, como el calor y el cansancio, en prolongadas marchas y contramarchas que quedan como un ejemplo de legendarias proezas. De Junín a Ayacucho, sobre todo, los ejércitos unidos y el ejército español, se entregan a marchas inusitadas persiguiendo, ya el campo adecuado para librar la batalla definitiva, ya la sorpresa al ejército adversario, aprovechando de aquella naturaleza agreste y llena de accidentes geológicos, en la que a inmensas alturas se suceden profundas simas y en la que se hacía preciso prodigios de energía y de entereza, para no desmayar, aun cuando faltara abrigo.

Con la harración de varios testigos actores de aquella brillante campaña, hemos recorrido esos campos y, continuando adelante, con nuestro cometido de preparar material para el estudio de la campaña libertadora del año 24, en el Perú, nos hemos encontrado con una información sobre la sorpresa de la quebrada de Corpahuaico, sufrida por el ejército de Sucre, narrada por el historiador actuante en la campaña, General Manuel A. López y contradicha por el General Lara, jefe que

hubo de soportar la tremenda sorpresa española al atravesar la profunda cañada de Corpahuaico, sobre la cual el General español Valdez había emboscado los batallones Burgos, Cantabria, Gerona, Infante y un regimiento de caballería.

La narración detallada y precisa del General López, inspiró en esa parte la obra del General O' Leary, el glorioso historiador de nuestra epopeya.

Casi agotada la edición de la obra del General López, vamos a reproducir la narración agregando la violenta réplica del General Lara, que hubo de sufrir con sentimiento las consecuencias de la emboscada de la cual se libraron cubriéndose de gloria los batallones a sus órdenes.

El General en jefe de las tropas republicanas, estratega notable, obró bien al decidir que sus tropas continuaran avanzando, dejando el cuidado de librarse de la sorpresa al General Lara y sus heroicos batallones.

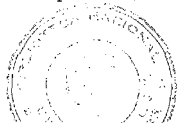
Si Sucre se hubiera decidido a contramarchar en socorro de su teniente, como seguramente lo hubiera hecho, si sólo hubiera atendido a los intereses de su ejército y a los impulsos de su corazón, tal vez habría comprometido la suerte de América y el rumbo de la campaña que culminó en Ayacucho.

El General Lara no parece sincero ni justo en su crítica al manifestar que el general Sucre le abandonó a su suerte. Sucre sabía bien que las tropas republicanas eran los suficientemente fuertes para salir airosas de la sorpresa. El hecho justificó sus cálculos y la opinión que más armoniza totalmente con la del general López.

He aquí la narración de López y la carta del general Lara, y la reseña del general en jefe sobre la sorpresa de Corpahuaico.

El General López:

"El día 1° de diciembre de 1824 el Ejército Unido atravesó el río Pangora; la División del general Córdova y el Ejército del Perú; sin detenerse un momento, coronaron la altura y tomaron asiento en la pequeña pampa de Matará (el Sr. Restrepo dice pueblo de Matará);



la División del general Jara, a pesar de sus esfuerzos, no alcanzó a salir y tuvo que pernoctar en media cuesta; pero muy demañana al día siguiente se puso en marcha, y antes de las ocho se reunió a su cuerpo de Ejército.

Tratábase de racionar el Ejército, que no había comido el día anterior, cuando el enemigo que, al conocer nuestro movimiento, repasó rápidamente el Pangora, se nos presentó como a las nueve de la mañana ocupando una altura a su izquierda, a tiro de cañón de nuestro campo: nuestros soldados abandonaron el ganado con que iban a ser racionados, corrieron a las armas, el General en Jefe trazó la línea de batalla, el Ejército la ocupó y se dispuso a esperar el ataque. Es imposible describir el ardor y entusiasmo que manifestó la tropa; el Ejército del Perú por segunda vez pidió la vanguardia para combatir los primeros, y estoy seguro de que el primer General del mundo se habría enorgullecido de mandar aquellos soldados, dignos de su ya bien probado Capitán.

Más de una hora permanecemos en aquella situación, y viendo que el enemigo no se movía aunque se hallaba ventajosamente colocado dominando nuestra posición, el Coronel Silva salió con un escuadrón a provocarlo con algunos tiros, sin conseguir que hiciera ningún movimiento. Así continuamos todo el día hasta que oscureció, y cuando las sombras de la noche cubrieron todo el campo, se varió la línea; temiendo un asalto se vigiló por Divisiones hasta el día siguiente:

El General Sucre no podía concebir por qué no nos habían atacado el día antes, cuando tenían sobre nosotros la ventaja de la posición y la de su fuerza numérica. La razón de esto, según supe después, fue que la División del general Valdez, cuando marcharon a Vilcas Huaman y atravesaron el Pangora para atacarnos por retaguardia, iba a la vanguardia, y al volver sobre nosotros quedó a retaguardia y no se reunió al cuerpo de su Ejército hasta las siete de la noche del día 2; y como muy prácticos del terreno, creyeron que en el difícil paso de la quebrada de Corpahuaico, que al retirar-

nos necesariamente debíamos atravesar como a una legua de distancia de nuestro campo, les sería más fácil cortarnos y batirnos o al menos dispersarnos, como lo había hecho el mismo Valdez con el General Santacruz en Torata.

El día 3, a las cuatro de la mañana, el General Valdez con los batallones Burgos, Cantabria, Gerona, el infante y un regimiento de caballería, marchó, sin que pudiera ser visto, por detrás de la loma que ocupaban, y se situó en el paso de la quebrada de Corpahuaico, ocultándose entre un bosque espeso que orilla la quebrada arriba del paso. El grueso de su Ejército que había permanecido a nuestra vista desde el día antes, emprendió la marcha por toda la cuchilla de la loma que ocupaba, la cual se dilata de Sur a Norte formando un ángulo obtuso hasta llegar al paso de la quebrada de Corpahuaico. Como los enemigos tenían que recorrer doble distancia que la nuestra para llegar al paso de la quebrada, el General Sucre creyó llegar primero que ellos y atravesarla antes que llegaran. Mandó a reconocerlos al Sargento Mayor José Bustamante, Ayudante del Estado Mayor General, que a nuestra vista fue hecho prisionero por una partida que le emboscaron cuando le vieron subir; y levantando el campo, el ejército emprendió la marcha en retirada, con la cabeza a la izquierda, los fusiles enfundados y sin cargar. El General Córdova con su división subió la loma y descendió al paso de la quebrada sin descubrir la División del General Valdez que se hallaba oculta en el bosque por precaución dejó apostada en la loma la compañía de Cazadores de Bogotá, mandada por el Capitán Vicente G. Piñerez, para que observara al enemigo que marchaba en masa por toda la cuchilla; la División atravesó la quebrada sin inconveniente y cuando dos batallones del Ejército del Perú la habían atravesado también, y la División del General Lara empezaba a subir la loma para descender al arroyo, salió repentinamente del bosque la División del General Valdez, desplegó en tiradores el Batallón Burgos, apoyándolo con los otros tres cuerpos, y cargó a la compañía

de Cazadores de Bogotá. El Capitán Piñerez resistió la carga haciendo fuego en retirada, protegiendo el paso de los últimos cuerpos del Ejército del Perú, el que pasada la quebrada, desplegó una compañía de Cazadores, para proteger con sus fuegos la compañía de Bogotá, y ambos sostuvieron en toda la cuesta la retirada del Ejército del Perú. La división del General Lara quedó cortada y se vió obligada a tomar otro camino a la derecha por la falda de la loma, para pasar la quebrada por otro punto más abajo del paso principal. El General en Jefe, que había pasado la quebrada, viendo cortada la división de reserva, mandó un Ayudante con orden de que el batallón Rifles subiera la loma y batiera las gerrillas del Burgos, que ya dueños del paso principal, descendían sobre la División. El Coronel Sandes, que mandaba el Rifles y que en nada pensaba menos que en batirse, conducía su batallón con la cabeza a la izquierda, los fusiles enfundados y sin cargar y al recibir la orden de atacar al enemigo, empezó a subir la loma quitando la funda de los fusiles y cargando sobre la marcha. Con el acreditado valor de este cuerpo atacó al batallón Burgos quitándole la altura y arrollándole al descenso de la loma al lado de la quebrada mediante un reñido combate; pero cargado allí por los otros cuerpos de la División del General Valdez, le fue imposible resistir al triple número de los enemigos: rompió sin embargo por entre las guerrillas de Burgos buscando la quebrada para atravesarla, dió con una peña en declive como de ocho varas de altura y por ella tuvo que arrojar-se a la quebrada, perdiendo más de trescientos hombres entre muertos, heridos y prisioneros, y al Mayor Dusvery, inglés que peleando cuerpo a cuerpo con su sable en mano, al borde del precipicio, terminó como un héroe su existencia.

Cuando los Batallones Vencedor y Vargas, llegaron al principio de la bajada para descender al segundo paso de la quebrada, todas las madrinas de mulas y caballos, el parque general, la artillería, caballería y equipajes, estaban agolpados, porque no podían bajar sino desfilando de uno en uno, por lo estrecho del

camino. El General Miller, viendo que se dificultaba el paso de la caballería por aquel punto, dejando a los regimientos de Granaderos de Colombia y de los Andes para que custodiaran las madrinan y el parque, marchó con los húsares de Junín y los de Colombia por encima de una loma sin camino, en busca de otro paso y atravesó la quebrada muy abajo por Chonta; los Batallones Vencedor y Vargas, rompiendo por en medio de las cargas, lograron bajar y atravesar la quebrada, y pasada ésta, la compañía de cazadores de Vargas, desplegada en guerrilla, protegió con sus fuegos al Batallón Rilles, cuando ya se arrojaba por la trágica peña.

Dueños los enemigos del paso principal, descendieron al segundo, atacaron a los granaderos, que tuvieron que retirarse por encima de la loma en busca de otro paso, y se apoderaron de las madrinan de mulas y caballos, del parque general, de un cañón de artillería y de algunos equipajes que no hubo tiempo de salvar.

Los enemigos que no dejaron de perseguir al Ejército del Perú, hasta que coronó la altura, lo hicieron con más interés y constancia con la 3ª División, pues viéndola ya cortada creyeron bátila en detalle; pero no consiguieron ni desordenarla, mucho menos dispersarla. Pasada la quebrada se retiró en masa, con armas a discreción, al paso regular, y sin comprometer más tropa que los Cazadores que protegían el movimiento. Los Generales españoles al ver la serenidad, valor y denuedo de nuestras tropas, desde aquel día desconfiaron de alcanzar la victoria, según lo confesaron después de la batalla de Ayacucho.

La persecución del enemigo fue incesante hasta más de las siete de la noche, y aún osaron llegar muy cerca de la altura que ocupamos, donde fueron rechazados por nuestros tiradores.

Situado nuestro Ejército en una buena posición, ya no temió el ataque: el General en Jefe recibió el parte de las novedades, por el cual resultó que nos faltaban como 700 hombres de infantería y los dos regimientos de granaderos, y teníamos un hospital de no-

venta y tres heridos que se puso a cargo del Capitán José María Tello. El General Sucre se acusaba a sí mismo por no haberse retirado de Matará el día antes, y fui testigo de la aflicción que sentía su corazón, que sólo se calmó un poco por algunas reflexiones que le hicieron los Generales Lamar y Caniarra".

El General Lara:

"He visto la campaña del Perú escrita por Manuel Antonio López, y como veo porción de falsedades en ella, no puedo menos que decírselo a usted para que se lo diga a nuestro amigo O' Leary, y éste a otros. No le diré a usted menudamente de cuantas equivocaciones está plagada, porque sería preciso un largo tiempo para refutarlas artículo por artículo, como ella lo merece. Le diré a usted lo más esencial de la campaña:

1° En el paso de la quebrada Compahuaico no dice una verdad de lo que pasó; las divisiones de Córdoba y Lamar, y el General Sucre con su Estado Mayor, pasaron la Quebrada con precipitación, sin dejar tal compañía, pues no hicieron un solo tiro, viéndome cortado por el enemigo, y se fueron dejándome allí las sesenta cargas de municiones de las divisiones Córdoba y Lamar, los dos cañones que pertenecían a la última, todas las caballerías que pertenecían a sus divisiones, y se desentendieron del General Lara y su división, que quedaba en manos de toda la fuerza enemiga.

El batallón Rifles, que venía encargado de 100 cargas de cartuchos y sin un solo arriero, las abandonó y entró a pelear; como este cuerpo les llamó la atención por su derrecha, pude yo hacer que bajasen y pasasen la quebrada las caballerías, las sesenta cargas de cartuchos de las tres divisiones, los cuerpos Vencedor y Vargas y una sola pieza de artillería porque estaba bien montada, esto es, la menos mala; y para hacer que se retirase Rifles, coloqué a Vargas en una altura que cruzó sus fuegos sobre el enemigo, trayéndome con rifles 9 prisioneros, entre ellos un teniente español y 16 cargas de cartuchos, con lo que repuse las municiones gastadas.

Es verdad que se perdió la tercera parte de Rifles, entre muertos, prisioneros y dispersos; pero salvé el ejército, porque salvé la división, 90 cargas de 4.000 cartuchos y toda la caballería. Pernocté esa noche (día 3 de diciembre) a más de media legua de las dos divisiones. Los fuegos duraron tres horas y media. Se comenzaron a las cuatro de la tarde y se concluyeron a las siete y media de la noche.

A las nueve de la noche se me presentó el General Sucre con la mayor tristeza, porque creyó perdida la división, todo el parque y todas las caballerías del Ejército; pero cuando fue informado por mí de lo que había pasado y que el enemigo había quedado escarmentado, revivió su espíritu, porque se temió que me había sucedido lo mismo que al general Santa Cruz en Moquegua; y como al general Sucre le hacía poco favor el descubrimiento de esta falta, no dió este parte, haciéndome el agravio más grande que mi corazón ha sentido; y es por esto que el general O'Leary me ha creído enemigo del general Sucre, que nunca lo fui. El mismo agravio que le hace el escritor López al general Sandes, cuando dice: que lo menos que pensaba era batirse, que si Sandes viviera, estoy seguro que no habría distancia que lo embarazase para buscar a López y que le respondiese de tan enorme agravio".

El General Sucre dice:

"Nuestra marcha se rompió muy oportunamente para salvar la difícil quebrada de Corpahuaico antes que llegase el cuerpo del ejército enemigo; mas éste había adelantado desde muy demañana y encubiertamente cinco batallones y cuatro escuadrones a ponerse en este paso impenetrable.

Nuestra infantería de vanguardia, con el señor general Córdova, y la del centro con el general Lamar, había pasado la quebrada cuando esta fuerza enemiga cayó bruscamente sobre los batallones Vargas, Vencedor y Rifles que cubrían la retaguardia con el general Lara; pero los dos primeros pudieron cargarse a la derecha, sirviéndose de sus armas para abrirse paso, y Rifles, en una posición tan desventajosa tuvo que sufrir

los fuegos de la artillería y el choque de todas las fuerzas; mas, desplegando la serenidad e intrepidez que ha distinguido siempre a este cuerpo, pudo salvarse.

Nuestra caballería, bajo el mando del señor general Miller, pasó por Chonta protegida por los fuegos de Vargas, aunque siempre muy molestada por la infantería enemiga. Este desgraciado encuentro costó al Ejército Libertador más de 300 hombres, todo nuestro parque, que fue enteramente perdido, y una de nuestras piezas de artillería; pero él es el que ha valido al Perú su libertad.

El 4, los enemigos, engreídos de su ventaja, destacaron cinco batallones y seis escuadrones por las alturas de la izquierda a descabezar la quebrada, mostrando querer combatir.

La barranca de la quebrada de Corpahuaico permitía una fuerte defensa; pero el ejército deseaba a cualquier riesgo aventurar la batalla. Abandonándoles la barranca, me situé en medio de la gran llanura de Tambo Cangallo.

AYACUCHO

9 DE DICIEMBRE DE 1824

Con el alma henchida de entusiasmo, después de haber recorrido con nuestro espíritu fervoroso los teatros de guerra del Perú, en los que dejaron la imborrable huella de su sangre, los soldados del Ejército Libertador, compuesto en su mayor parte de batallones que habían combatido por la libertad en Carabobo, Boyacá, Bomboná, Pichincha e Ibarra, veteranos de la gloria y próceres de la redención de América; después de haber escalado con ellos los Andes, después de haber trasmontado las enhiestas cimas de las cordilleras, desafiando los torrentes; azotados por el cierzo, los soles y las lluvias; vivaqueando en las noches, sin luz y sin fuego, en eterno alerta; recorriendo zonas dominadas por los pueblos enemigos; cruzando senderos difícilísimos, pasando ríos caudalosos sin puentes y marchando por desfiladeros interrumpidos por profundas cañadas; crecen nuestros entusiasmos y la más profunda admiración hacia las legiones de la libertad, hacia aquellos hombres cíclopes, atletas de la guerra, defensores de los derechos de los pueblos, que dejando sus hogares a cientos de leguas atrás, se lanzaban en pos de sus ideales de redención y de justicia, conducidos por los héroes de la emancipación, que en 21 años de cruenta lucha habían alcanzado plantar el tricolor invicto en las cumbres de nuestras montañas, como símbolo de los pueblos libres.

Y nuestros entusiasmos son mayores porque fueron hombres de nuestros pueblos, antepasados nuestros, surgidos de nuestras ciudades, aldeas y campos, los que, enrolados en los cuadros de los batallones veteranos de Venezuela y Nueva Granada, formaron la

mayor parte de las unidades que debían cubrirse de gloria en Junín y segar los laureles de Ayacucho, vengando la sangre de los próceres ecuatorianos del año 1809, asesinados el 2 de Agosto de 1810 y sancionando los principios de la revolución proclamados en Quito el año 1812 y en Guayaquil, Cuenca, Riobamba, Ambato, Loja, y en todo el Ecuador en los años 1820 y 1822.

No se crea en caso alguno que extremamos nuestras afirmaciones, mistificando antecedentes y hechos: los archivos nacionales nos dan, en efecto, nombres de todos los soldados ecuatorianos enrolados para la campaña del Perú. Por esas listas de honor han pasado nuestros ojos, recorriéndolas con singular avidez; por ellas sabemos que el "Rifles" recibió la savia heroica de 300 ecuatorianos; por ellas sabemos que el "Pichincha", estuvo formado por 620; que el "Voltijeros" llenó sus cuadros con 250; que el "Vargas" tuvo, en el día de Ayacucho, 350; que en la Caballería, los ecuatorianos enrolados en el "Húsares" y en el "Cazadores" y "Granaderos" pasaban de 500, y que fueron más de 8000 los colombianos del Sur, hoy ecuatorianos, los que hicieron la campaña del Perú, encuadrados aun en la misma legión peruana que, a órdenes del ecuatoriano general La Mar, militaban conducidos por la intrepidez de aquel guerrero, en los batallones a sus órdenes, mientras otros muchos poderosos contingentes alistados también en nuestros pueblos, quedaban a órdenes de Urdaneta, de Figueredo y de otros Jefes, en los pueblos de la costa peruana hasta 1825, en que cañones y artilleros del Ecuador, arriaron la bandera española de las fortalezas del Callao, último reducto del poder de la Península.

Nuestra gloria no opaca la gloria de los pueblos hermanos, cuyos soldados presentes en la batalla de la libertad, Ayacucho, reciben el homenaje de los millones de americanos redimidos por sus espadas; pero, buscando la verdad histórica, queriendo afirmar nuestra parte de honor en la victoria, acudimos a todas las fuentes y encontramos sobre la obra de nuestros antepasados y los hombres que llenaban los cuadros de los ba-

tallones, las siguientes frases del Gran Libertador, quien, estudiando la situación, con su luminoso genio, considerando posible un desastre en el Perú, dada la indiferencia de los pueblos por la obra de la libertad y la directa participación de sus letrados y gobernantes en pro de los españoles, hablando de la suerte de nuestro ejército, en caso de que una derrota impusiera la retirada de los soldados de la Gran Colombia, desde el Perú, dice, textualmente, en carta dirigida al Presidente Santander, desde Pativilca el 7 de Enero de 1824:

“Por supuesto el resultado de estas pérdidas, será la de nuestro ejército en una retirada de más de trescientas o cuatrocientas leguas; en el caso en que se logre realizar esa retirada, se nos dispersarían los más al llegar a su país por ser hijos del Sur y no nos quedarían más que algunos esqueletos de batallones...”

“Esto lo digo, para que Ud. sepa, que todo el **EJERCITO es DEL SUR**. Si hay 400 granadinos y venezolanos es lo más que tenemos”...

Sin pretenderlo hemos llevado nuestra pluma, hacia otros propósitos que el que perseguíamos en estas líneas y que no era otro, que el de unir nuestros corazones y elevar nuestra voz para entonar himnos de glorificación a la memoria de nuestros antepasados, los vencedores de Ayacucho, de cuya obra ya no se duda, porque para ello habría que arrancar, de los viejos e históricos documentos, los nombres de todos los soldados de la libertad: habría que borrar de los campos y de las montañas las huellas dejadas por sus pasos; habría que arrancar de raíz el árbol de la libertad que, regado con su sangre, fructifica lozano en América, cimentado por el sacrificio de los héroes que llevaron el tricolor nacional como emblema de libertad, de justicia, de paz y de armonía y como símbolo de honor y de independencia.

Levantemos, camaradas, en esta hora centenaria, escribiámos en el año de 1824 y lo repetimos hoy, nuestros espíritus hacia la luminosa senda dejada por nuestros mayores; rindamos actos de fe; juremos ser fieles a la obra de libertad y conservar íntegro el le-



gado que nos dejaron y que fue conquistado por su sangre en las cruentas luchas de la libertad, que culminaron en la gran batalla de Ayacucho, la batalla de la libertad de las naciones.

I

DE JUNIN AL CONDORCUNCA

Después del desastre de Junin, el Ejército de Canterac, profundamente desmoralizado por la impresión que le causara la derrota de su brillante caballería, en la cual había puesto todas sus esperanzas, se entrega a una marcha de carácter inusitado. El Ejército realista camina toda la noche del 6 de Agosto de 1824 o sea la del día del combate, todo el día 7, se detiene apenas unas horas en Jauja, para que descanse la tropa ya agotada, continuando el día 8 hasta Huayucachi, donde pernocta después de haber recorrido (según varios historiadores) 160 kilómetros en 36 horas.

Como si tuviera a sus espaldas al Ejército independiente, continúa su marcha acelerada los días 9 y 10, acampa el 11 en Huando, avanzando inmediatamente.

El 15 descansa en los Molinos, y luego, sin detenerse, marcha hasta la ciudad de Huamanga, en donde acantona el día 22.

Mas, en aquella ciudad tampoco se considera seguro. Pasa el 27 el caudaloso Pampas, corta luego su puente y el día 28 se sitúa en la formidable posición de Chincheros, donde permanece quince días, constantemente dominado por terrible inquietud.

El General Canterac abandona luego esa nueva posición y pasando el torrentoso Apurímac, va a buscar un refugio en su margen izquierda, colocando su Ejército en una estribación de la cordillera, amparado en su frente por el río torrentoso y una profunda quebrada, desde donde, días más tarde, fortalecido por un refuerzo de 1800 soldados, que, por sus súplicas, le ha-

había enviado el Virrey La Serna, avanza al Cuzco, lugar en el cual, dando a su Jefe cuenta del desastre sin precedentes, agravado enormemente por su desmoralización, entrega su Ejército al Virrey, estableciéndose en aquella ciudad desde la cual se reanudarían más tarde las operaciones, para lo que el Jefe español había dictado orden de concentración de todas las divisiones operantes en el Alto y en el Bajo Perú.

Mientras tanto, el Ejército independiente, entusiasmado por el triunfo obtenido por su caballería, en las pampas de Junín, había pernoctado la noche del 6 en el mismo campo. El día 7 avanza a Reyes, el 8 a Cacas, el 9 a Tarma, el 11 a Jauja y el 14 a Huancayo, para de allí, en cortas jornadas, avanzar a Huanta el 22 y encontrarse el 24 en Huamanga, ciudad galardonada con el nombre de Ayacucho, en la cual se establece el Ejército independiente hasta el 24 de Setiembre, fecha en que el Libertador Bolívar lleva a sus tropas a las Provincias de Canchayo, Andahuaylas, Abancay y Aimeracs, estableciendo su Cuartel General en Chalhuanca.

En los días 2 y 6 de Octubre, el Libertador, en persona, verifica un reconocimiento a lo largo del Apurímac, decidiendo permanecer en la zona Andahuaylas-Abancay, en la cual pasarían las tropas la estación de las lluvias que ya se iniciaban.

Fue entonces cuando obedeciendo a urgentes y especiales circunstancias, a la necesidad de resolver problemas políticos, económicos y de administración, ante imperativos de carácter militar que surgían, día por día; el Gran Libertador, después de haber propuesto al General La Mar y al General Sucre, un viaje a Lima y ante la negativa de estos Jefes, decidió separarse del Ejército y marchar a la Costa, dejando al General Sucre al mando del Ejército Unido Libertador del Perú.

Entre tanto, en el Cuzco, el Virrey La Serna, ya al corriente de la rota de Junín y de la más grave aun producida por la marcha sin concierto de las tropas del General Canterac, procede a reorganizar el Ejército,

tratando, en primer término, de levantar su deprimida moral, en todos sus subalternos.

Como antes se dijo, llamó con urgencia al General Valdez, que se encontraba en el Alto Perú, luchando con el General español disidente, el realista Olañeta, reconcentrando, además, todas sus tropas y elementos, y dividiendo su Ejército en tres Divisiones, cuyo contingente lo haremos conocer en su oportunidad, llevó su Cuartel General a Limitambo, tomando el mando en Jefe de su Ejército, al cual lo organizó como Ejército de operaciones del Perú.

El Virrey La Serna, a pesar de estar muy próxima la estación lluviosa, decide abrir operaciones contra el Ejército de Sucre, para lo cual deja su base del Cuzco el 22 de Octubre, iniciando así sus movimientos.

En este momento principia la segunda faz de la campaña; aquella que había de culminar con toda gloria en Ayacucho el 9 de Diciembre de 1824; campaña plena de notables acontecimientos, admirable bajo cualquier punto de vista que se le considere, sugestionante por sus resultados trascendentales y definitivos y en el curso de la cual el General Sucre, elevándose a las más altas cumbres de gloria, pone de manifiesto sus indiscutibles capacidades, su don de mando, y sus condiciones de estrategia trascendente y de genio de la guerra.

El Virrey La Serna con su Ejército, el día 24, se concentra en Accha, pasa el 25 el río Apurímac, por los tres brazos en que se encuentra dividido ese lugar, y ocupa los altos de Mámara el 31 de Octubre, tomando luego la dirección de Sabayno, lugar en el que se informa que el Ejército de Sucre se encontraba en la región de Cashichigua, con sus avanzadas en Lambraña y Lórata; cerrando todo acceso al valle de Abancay.

El Virrey La Serna se decide entonces a continuar la marcha por el camino de Chuquibamba a Zaraya y Charhuanca, procurando cortar a Sucre de su línea de comunicaciones con Lima y en consecuencia de sus relaciones con el Libertador, lo que obtiene efectivamente, pues, el 16 de Noviembre el Ejército realista se en-

cuentra en Rajay y con sus servicios avanzados hasta Huamanga, quedando así el Ejército del Virrey situado entre Lima y el Apurímac o sea en realidad en la propia línea de comunicaciones con Sucre.

Informado el General Sucre de los movimientos del Virrey, cubre su estacionamiento situando un batallón en Lambrama y otro en Larata, ordenando, a la vez, a sus jinetes que verifiquen incursiones constantes a órdenes del General Miller, quien, con todo éxito, mantiene al General Sucre, informado de los movimientos realistas.

Sucre, para, como él lo dice: "Estar adelante y cerca del enemigo", traslada su Cuartel General a Lambrama, mas, dándose cuenta de que el Virrey amenazaba su flanco izquierdo, tratando de dominarlo desde los contrafuertes de Cotabambas, resuelve replegarse sobre Andahuaylas. Sale con ese objeto de Lambrama el día 7 de Noviembre y el 9 se restablece en Casinchihua, con una división de Infantería y toda la caballería, escalonando las otras divisiones en Pichirhua y Chalhuana.

Sucre permanece los días 14, 15, 16, 17 y 18 en Andahuaylas, avanzando el día 19 al Pampas y el 20 a Uripa.

El Virrey se hallaba concentrado en la Región de Huamanga, cuando se informó de que el Ejército patriota se hallaba al Sur del Pampas, resolviendo verificar una contramarcha para cerrar al General Sucre el camino de Uripa. En efecto, la vanguardia realista en la tarde del 17, llega a Bombom, lugar en el cual choca con las tropas avanzadas del Ejército libertador, que dominaban ya las posiciones de Uripa. Entonces el Ejército real toma también posiciones en Concepción o sea al frente mismo de los libertadores; donde permanecen hasta el día 23, librándose constantes escaramuzas y tiroteos.

Siendo formidables las dos posiciones elegidas, ninguno de los adversarios se aventura al ataque. El Virrey finge un ardid para sacar de sus posiciones al Ejército patriota, para lo cual practica una falsa reti-

rada hacia el Cuzco, moviéndose todo el ejército real, oblicuando hacia su derecha hasta las alturas de Carhuancá, a donde llega el día 26, descansa el 27, acercándose al vado el día 28. La vanguardia pasa el río, ocupando el 29, las alturas de Cocharcas, sobre la izquierda patriota que así queda amenazada.

Cuando el Virrey se presentó en los altos de Cocharcas, Sucre hizo ocupar las alturas de Bombom y el día 1° de Diciembre ordenó a su vez pasar el río, lo que se realizó con señalada precisión, de modo que, el día 2 de Diciembre, el Ejército estaba en la margen contraria, burlando, una vez más, las decisiones del Virrey de amenazar la retaguardia republicana y cortar su línea de comunicaciones.

Los dos Ejércitos se encuentran en contacto, esperando librar la batalla de un momento a otro. Como el Ejército realista no se aventurara a ella, Sucre aprovechó de la noche para cambiar su vivac, dirigiéndose al llano de Matará.

El día 3, en las primeras horas de la mañana, el grueso del Ejército realista, se une a su vanguardia en los propios momentos que la División Lara, se incorpora también al Ejército unido.

Nuevamente, los contendores se encuentran en la situación de decidir con una batalla la suerte de las operaciones. Pero, una vez más, el Virrey rehusa el encuentro, lanzándose a un nuevo stratagema.

LA SORPRESA EN LA QUEBRADA DE CORPAHUAICO

El plan de los realistas de cortar a los patriotas se frustró totalmente por los activos movimientos de Sucre. La Serna pretendía en todo caso ponerse a la retaguardia del ejército independiente y previendo que Sucre, que ya se había dado cuenta del intento, pasara la quebrada de Corpahuaico había ordenado a Valdez que con 5 batallones y 4 escuadrones marchara a las 4 de la mañana a emboscarse en el paso de la quebrada.



Los realistas dejaron pasar tranquilamente la vanguardia, cayendo sobre la división Lara, compuesta de los Batallones Vargas, Vencedores y Rifles que cubrían la retaguardia. Los dos primeros pudieron cargarse un poco a la derecha y abrirse paso a la bayoneta, Rifles a pesar de su inferioridad numérica resistió por largo tiempo este desigual combate conservando su merecida nombradía. La caballería pasó por el valle de Chonta, protegida por los fuegos del Vargas. Reunidas las tropas patriotas en la cresta de la quebrada les fue ya fácil rechazar los esfuerzos del enemigo, pero con todo, el descalabro costó al ejército 300 hombres, su parque de reserva, una de las dos piezas que tenía, los equipajes y otros artículos militares. Los españoles sólo perdieron 30 hombres.

El General Sucre que descaba combatir abandonó la posición Corpahuaico, situándose en medio de la llanura Tambo-Cangallo, mas los españoles se corrieron rápidamente a las alturas de la derecha tomando una fuerte posición. Este sistema o maniobra es el que más funesto podía ser al Ejército Libertador, por cuanto sus tropas no podían someterse a largas y continuas marchas.

La situación topográfica causó en los dos ejércitos inmensos sufrimientos, pues que tenían que vivaquear y marchar entre heladas y escabrosas cimas cortadas en todo sentido por valles y profundos barrancos, donde a una bajada de algunas leguas, según Restrepo, seguían otras subidas por desiertos y páramos inhospitables.

Conociendo Sucre el sistema de maniobra del enemigo determinó obrar en relación. Dejando el camino que conduce a Huaman cambió hacia la derecha y a media noche del 5 de diciembre emprende su marcha atravesando la profunda quebrada de Acocro y se dirige por Acosbinchos al pueblo de Quinua. Los realistas siguen una marcha casi paralela a dos leguas de distancia. En Tambillo había determinado el Virrey ocupar a Quinua y ordenó al General Valdez que lo ejecutara, pero ya se le había anticipado Sucre.

Los realistas no creyeron prudente atacarle ahí colocándose a la espalda de los patriotas en las formidables alturas de Pacaicasa, de donde siguieron a Huamanguilla, doblando así de nuevo la línea de sus adversarios y cerrando todos los desfiladeros para impedirles la retirada.

La situación del ejército libertador era muy crítica, no podían conseguir provisiones; en los últimos 15 días se habían producido más de 1.500 bajas, de modo que apenas podía contar con 6.000 hombres; los pueblos les eran absolutamente adversos y por otro lado los realistas se habían apoderado de un hospital y de los equipajes del ejército.

Sucre irritado con este acontecimiento ordenó al Mayor Rafael Cuervo, que, con dos compañías y 50 jinetes, rescatara esos elementos, lo que realizó aquel jefe con toda felicidad.

Por otro lado Sucre recibió comunicaciones del Libertador en que le manifestaba que no esperaba nuevo socorro de tropas, previniéndole que diera una batalla cualquiera que fuese la posición del enemigo, lo que Sucre se determinó a cumplir desde ese momento.

El ejército realista tampoco estaba en muy feliz situación, pues las deserciones eran numerosas y los soldados estaban cansados con tan dilatadas marchas, todos deseaban una batalla, la que se hizo necesaria. El Virrey examinó cuidadosamente la posición elegida por el enemigo, resolviéndose que no era posible un ataque por el frente a causa del barranco y profunda cañada que separaban ambos ejércitos. Dispuso entonces que el ejército real trepara a las alturas (diciembre 8 y pasara a situarse al Oriente en el declive del cerro de Condorcunca, que presentaba un descenso bastante cómodo sobre la llanura de Ayacucho.

EJERCITOS CONTENDORES

ORGANIZACION DEL EJERCITO UNIDO

Cuando el Libertador Bolívar se separó del ejército para dirigirse a Lima y el General Sucre se encargó del mando del ejército unido, se le organizó con el título de "Ejército Libertador", en la siguiente forma:

General en Jefe, General Antonio José de Sucre.

Jefe de Estado Mayor, General Agustín Gamarrá.

Ayudante General, el General F. O. Connor.

Comandante de la Caballería, General Guillermo Miller.

Divisiones :

Primera División

Comandante General, el General José María Córdova, con las Unidades "Bogotá", comandada por el Coronel León Galindo; "Voltijeros", por el Teniente Coronel Pedro Quas; "Pichincha", por el Teniente Coronel Manuel León; "Caracas", por el Coronel José Leal; Caballería: "Granaderos de Colombia", comandada por el Coronel Lucas Carvajal. Esta División disponía de un contingente de 2500 hombres.

Segunda División:

Comandante General, el General José de La Mar.
Unidades: Batallón N° 1° del Perú, Coronel Francisco de P. Otero; Batallón N° 2, Teniente Coronel Ramón González; Batallón N° 3, Teniente Coronel Guillermo Benavides; Legión Peruana, Coronel José M. Plaza; Regimiento "Húsares de Junín", Coronel Isidoro Suárez. Contingente de la División 1800 hombres.

Tercera División

Comandante, el General Jacinto Lara.

Unidades: "Rifles", Coronel Arturo Sandes; "Vencedor", Teniente Coronel Ignacio Luque; "Vargas", Comandante Trinidad Morán; Caballería "Regimiento Húsares de Colombia", Coronel Lorenzo Silva. Contingente: 2000 combatientes.

Total del Ejército Republicano: 6300 hombres.

EJERCITO REALISTA

El 11 de octubre de 1824, a su vez, el Virrey La Serna, en el Cuzco organizó su Ejército en la siguiente forma:

General en Jefe, General José de La Serna, Virrey del Perú.

Jefe de Estado Mayor, General José de Canterac.

Caballería, Comandante el Brigadier Valentín Ferras.

Artillería, Comandante el Brigadier Fernando Cacho.

Divisiones:

Primera División

Comandante, General Juan Antonio Monet.

Unidades: 1º de "Burgos", "Victoria", "Guías del General", Segundo Escuadrón del Primer Regimiento y Tercer Escuadrón del Regimiento "Unión".

Segunda División

Comandante, el General Alejandro González de Villalobos.

Unidades: "Segundo Burgos", "Segundo Imperial", Primer Regimiento", "Fernandinos", Cuatro escuadrones de la Guardia y cinco piezas de Artillería.

Tercera División

Comandante, el General Gerónimo Valdez.

Unidades: "Cantabria", "Centro", "Castro", "Primero del Imperial", dos Escuadrones de Húsares y seis piezas de Artillería.

División de Reserva

Comandante, el General José de Carratala.

Unidades: "Gerona", "Fernando VII" y Regimiento "San Carlos".

Guardia del General en Jefe: Regimiento "Alabarderos del Virrey".

Contingente total del Ejército Realista: 9000 combatientes.

III

TERRENO

El terreno en el cual se libra la Batalla de Ayacucho, está constituido por una pequeña llanura de unos 1500 metros de largo, por más o menos, unos 500 de ancho. Aquel campo está limitado al Norte por las faldas del Condorcunca y al Sur por el poblado de Quinua. Las pendientes que descienden del Condorcunca son abruptas, extendiéndose suavemente hacia el Sur, siendo los campos próximos al pueblo de Quinua, ligeramente ondulados y cubiertos por manchas de vegetación y flores.

Al Este y al Oeste, está limitada la llanura por dos profundas quebradas, siendo la del Este completamente impracticable.

En lo general, el campo descubierto es de difícil acceso, exceptuándose el lado Sur, por el cual llegó el ejército Libertador, pues, el ejército realista había descendido desde las alturas del elevado Condorcunca, si-

tuándose en las pendientes, dominando el campo patriota.

Del Este al Oeste, el campo también está cruzado por otros dos barrancos: uno al pie del Condorcunca, que se podía pasar fácilmente y otro más al Sur de tres metros de profundidad y de cuatro de ancho, lo que era, como se ve, un obstáculo bastante grande. Esta última quebrada recorre el campo de Ayacucho dividiéndole en dos zonas, Norte-Sur, siendo la parte del Oeste cortada en dos mitades, terminando el barranco en el campo, sin tocar el lado Este, que quedaba así sin mayor obstáculo.

Cada uno de los dos Comandos, estudia en detalle la situación de su contendor, respecto del terreno que ocupa y las facilidades que brinda para la maniobra.

Los españoles consideraban que su posición era inexpugnable por el frente, teniendo, además, según lo expresa el General García Camba, apoyado el flanco derecho en un escabroso barranco y el izquierdo en una profunda quebrada.

También la posición de los independientes no podía ser mejor elegida para compensar con su situación la inferioridad numérica de las tropas, pues su izquierda era infranqueable merced a la gran cañada y su derecha, apoyada en los últimos escarpes del Concordunca, le ponía a cubierto de una maniobra envolvente.

En el caso de la ofensiva española, los independientes consideraban que el Virrey no podría desplegar ni siquiera una división completa en su estrecho frente, lo cual agravaba su situación, teniendo en cuenta la imposibilidad absoluta de hacer rodar la artillería y la de que la caballería acabase de descender la escabrosa pendiente del Condorcunca, no de otro modo que a la desfilada y con los caballos tirados de la brida, para, por este medio lentísimo, ir a formar bajo los tiros del enemigo, del cual era natural esperar que procuraría impedir la tranquila reunión de las armas adversarias, con el objeto de que no pudiesen auxiliarse oportunamente.

A pesar de haber sido examinadas por los dos Comandos opuestos las condiciones del terreno en que se iba a librar la batalla, los dos vivaquearon en su propio lugar y en la mañana del nueve, el sol alumbró los dos campos con sus vívidos destellos, encontrando a los adversarios en las posiciones tomadas a la luz del crepúsculo del día 8.

Observaciones ya expresadas prueban que si, en general, la posición elegida por los realistas era buena y bien protegida, en cambio, el terreno disponible era estrecho, lo que dificultaba completamente, como sucedió, el empleo de las distintas armas y su combinación oportuna, es decir, impidió la maniobra envolvente proyectada, y dado ese antecedente, no faltó en el campo español quien dejase de observar "que la posición que ocupaban los independientes favorecería calculadamente el intento de aceptar la batalla", y que sería mejor permanecer a la ofensiva para pasar a la contra-ofensiva en el momento oportuno. Mas, esas observaciones no fueron tomadas en consideración y el Virrey dictó sus órdenes para el ataque al Ejército Libertador.

Desde el campo libertador, el Condorcunca, dice el General Manuel Antonio López, se presentaba dominante. Más alto a la izquierda que a la derecha, y en suave declive en el centro, desde la cumbre hasta el fondo, teniendo limitados sus flancos por escarpes ásperos a la derecha y un pequeño bosque a la izquierda. Cubrían el campo en el frente de la posición patriota, algunas ondulaciones y numerosos túmulos que dificultaban los movimientos de la caballería, quedando sí, a la derecha, un campo abierto y llano por el cual podría atacar la caballería patriota.

Para los patriotas, realmente la posición era buena, porque, a la vez que dificultaba el empleo de las tropas españolas, facilitaba el de las reducidas tropas patriotas. Además, las tropas españolas, en el limitado espacio de que disponían, tendrían que maniobrar bajo el fuego del ejército patriota que esperaría tranquilo el momento de tomar la ofensiva.

IV

SITUACION DE LOS EJERCITOS CONTENDORES

Ejército Realista:

División "Valdez"; a la derecha, con su contingente de los batallones "Cantabria", "Centro", "Castro", Primero del "Imperial", dos escuadrones de "Húsares" y seis piezas de artillería.

Al centro, el General Monet, con los batallones "Burgos", "Infante", "Victoria" "Guías" y Regimientos "Primero" y "Segundo" de caballería, apoyando su izquierda en tres escuadrones del "Unión", el "San Carlos", los cuatro escuadrones de la "Guardia" y cinco piezas de artillería, mandadas estas últimas fuerzas por el General Gonzalo Villalobos.

Reserva: en la altura de la izquierda, compuesta de los batallones "Primero" y "Segundo", "Gerona", Segundo del "Imperial", Primero del "Primer Regimiento" y los "Fernandinos" a órdenes del General Carratala.

A la derecha, en una pequeña altura se situó el Virrey La Serna, con el "Alabarderos" y los "Dragones". En los dos flancos de la posición, se emplazó la artillería a órdenes del Brigadier Cacho.

Ejército Independiente:

El General Sucre dispuso su ejército, en la siguiente forma:

A la derecha y centro la primera División, la de vanguardia, mandada por el General Córdova, compuesta de los batallones "Bogotá", "Votijeros", "Pichincha" y "Caracas", teniendo un poco atrás y a su costado en el declive sur al Regimiento "Granaderos"; al centro y a la izquierda, la segunda División, a órdenes del General José La Mar, compuesta de los batallones "Primero", "Segundo" y "Tercero", "Legión

Peruana", formando a su espalda el Regimiento "Húsares de Junín".

Reserva: Situada al extremo occidental. Tercera División colombiana, mandada por el General Jacinto Lara y compuesta de los batallones "Rifles", "Vencedores" y "Vargas", respaldados por el Regimiento "Húsares de Colombia". Artillería, una pieza de montaña de a 4, en la derecha de la reserva, en el vértice sud oeste del campo.

V

DISPOSICIONES EN EL CAMPO ESPAÑOL

El General Valdez, con los cuatro batallones de la vanguardia, los dos escuadrones de "Húsares de Fernando VII" y cuatro piezas de artillería, debía romper el movimiento ofensivo por la derecha, comenzando por desalojar un destacamento patriota de una pequeña casa que promediaba el campo, para procurar en seguida forzar el flanco izquierdo de los independientes.

Por el centro, el General Monet, con sus cinco batallones debía descender al llano, acercarse al borde oriental del barranco que dividía el campo de Ayacucho y formar allí sus masas para secundar decididamente la ofensiva, así que la división Valdez se hubiese empeñado con ventaja: por la izquierda, la División Villalobos, de cinco batallones, fue distribuida en esta forma: el Primer batallón del Primer Regimiento, mandado por el arrojadísimo Coronel don Joaquín Rubín de Celis, debía adelantarse por la ceja de la impracticable quebrada del Sur para proteger la operación de descargar de las mulas siete piezas de artillería, montarlas y armarlas, y atacar resucitamente el flanco derecho de los contrarios cuando la derecha realista se hubiese bien empeñado; el batallón de "Fernando VII" muy bajo de fuerza, debía permanecer de reserva en la cuesta, apoyado en un parapeto natural

que ofrecía una de las muchas cortaduras del terreno; al pie de la misma cuesta debían de formar los dos batallones de "Gerona" como primera reserva; viniendo por consiguiente el segundo batallón del "Imperial Alejandro" a ser el único de la División "Villalobos", que por de pronto entraba en la línea. Determinada así la distribución y colocación de la infantería de derecha a izquierda, la caballería debía descender al llano y formar a su retaguardia por brigadas, la primera en frente del intervalo de la primera a la segunda División y la segunda, algo más a la izquierda, descendiendo ésta por una senda de a pie que desde la cumbre de la cordillera conducía por recodos al llano de Ayacucho.

EN EL FRENTE INDEPENDIENTE

En tanto que, a las 9 de la mañana, Generales y Brigadieres españoles eran llamados al Cuartel General, para comunicarles las disposiciones que cada cual debía cumplir en el ataque, el General Sucre recorría los cuerpos del Ejército Unido y Libertador del Perú, acompañado de sus ayudantes, dirigiéndoles a cada cual y a su turno las brillantes arengas recogidas felizmente por algunos historiadores y las cuales las reproducimos tomándolas de sus obras.

Al Primer Regimiento de "Granaderos" de la Gran Colombia, les dijo:

"Compatriotas llaneros! Estoy viendo las lanzas del diamante de Apure, las de Mucuritas, Queseras del Medio y Calabozo, las de Pantano de Vargas y Boyacá, las de Carabobo, las de Ibarra, las de Junín. ¿Qué podré temer? ¿Quién supo nunca resistirlas? Desde Junín ya sabéis que allí no hay jinetes, que allí no hay hombres para vosotros, sino unos mil o dos mil soberbios caballos con los que pronto remudaréis los vuestros. Sonó la hora de ir a tomarlos. Obedientes a vuestros Jefes, caed sobre esas columnas y deshacedlas como centellas del cielo. Lanza al que ose afrontaros! Corazón de amigos y hermanos para los rendidos! ¡Viva el llanero invencible! Viva la libertad!"

Al "Bogotá":

"Heroico "Bogotá"! Vuestro nombre tiene que llevaros siempre a la cabeza de la redentora Colombia; el Perú no ignora que Nariño y Ricaurte son soldados vuestros; y hoy, no sólo el Perú, sino toda la América, os contempla y espera milagros de vosotros. Esas son las bayonetas de los irresistibles cazadores de vanguardia de la epopeya clásica de Boyacá. Esa es la bandera de Bomboná, la que el español recogió de entre centenares de cadáveres para devolvérsela asombrado de vuestro heroísmo. La tiranía no tiene derecho a estar más alta que vosotros. Pronto ocuparéis su puesto al grito de ¡Viva Bogotá! ¡Viva la América redimida!

Al "Voltijeros":

"Voltijeros"! Harto sabe el Perú, que nadie aborrece tanto como vosotros al despotismo, y que nadie tiene tanto que cobrarle. No contento con hacernos esclavos a todos, quiso hacer de vosotros nuestros verdugos, los verdugos de la Patria y de la Libertad. Pero él mismo honró vuestro valor con el nombre de "Numancia", el más heroico que España ha conocido, porque quizá no encontró peninsulares que pudieran honrarlo más que vosotros. He aquí el día de vuestra noble venganza! Cinco años de sonrojo, cinco años de ira, estallarán hoy contra ellos en vuestros corazones y en vuestros fusiles. ¡Sucumba el despotismo! ¡Viva la libertad!"

Al "Pichincha":

"¡Usíre "Pichincha"! Esta tarde podréis llamaros Ayacucho! Quito os debe su Libertad y vuestro General su gloria. Los tiranos del Perú no creen nada de cuánto hicimos, y están riéndose de nosotros. Pronto les haremos creer, echándoles encima el peso del Pichincha, del Chimborazo y del Cotopaxi, de toda esa cordillera, testigo de vuestro valor y ardiente

enemiga de la tiranía, que hoy, por última vez (señalando el campo español) osa profanar con sus plantas. ¡Viva la América libre!"

Al "Caracas":

"Caracas"! ¡Guirnalda de reliquias beneméritas (del Caracas, el Zulia y el Occidente), que recordáis tantas victorias. Ayer asombrásteis al remoto Atlántico en Maracaibo y Coro; hoy los Andes del Perú se humillarán a vuestra intrepidez: Vuestro nombre os manda a todos ser héroes. Es el de la Patria del Libertador, el de la ciudad sagrada que marcha con él al frente de la América. ¡Viva el Libertador! ¡Viva la cuna de la Libertad!"

Al "Rifles":

"Rifles"! Nadie más afortunado que vosotros! Donde vosotros estáis, ya está presente la victoria. Acudisteis a Boyacá y quedó libre la Nueva Granada; concurrísteis a Carabobo, y Venezuela quedó libre también; firmes en Corpahuaico, fuisteis vosotros solos el escudo de diamante de todo el Ejército Libertador; y todavía no satisfecha la ambición de gloria, estáis en Ayacucho, y pronto me ayudaréis a gritar: ¡Viva el Perú Libre! ¡Viva la América Independiente!"

Al "Vargas":

"Bravos del "Vargas"! Vuestro nombre significa disciplina y heroísmo, y del Cauca a Corpahuaico harías veces habéis probado que lo merecéis. No tuve la dicha de admiraros en Bomboná, pero aquí está el Perú, y la América entera, para aplaudiros en el mayor de los triunfos. Acordaos de Colombia! Acordaos del Libertador! Dadme una nueva palma que ofrecerles a ambos en la punta de vuestras bayonetas. ¡Viva Colombia! ¡Viva el Libertador!"

Al "Vencedores":

"Vencedores"! ¡Desde las orillas del Apure hasta las del Apurímac habéis marchado siempre en triunfo. El brillo de vuestras bayonetas ha conducido la Libertad a todas partes, y el ángel de la victoria está tejiendo en este instante las coronas de laurel con que serán ceñidas vuestras sienes, en este día de gloria para la Patria. ¡Viva la Libertad!"

A los cuerpos peruanos se dirigió enalteciendo las prendas de sus Comandantes el Mariscal La Mar, el intrépido Miller, el Comandante Suárez, haciéndoles presente que el 24 de Mayo de 1822, algunos soldados peruanos habían compartido con los soldados de la Gran Colombia, la jornada de Pichincha. Y luego, les dijo:

"El Gran Simón Bolívar me ha prestado hoy su rayo invencible, y la santa libertad me asegura desde el cielo que los que hemos destrozado solos al común enemigo, acompañados de vosotros es imposible que nos dejemos arrancar un laurel; el número de sus hombres nada importa; somos infinitamente más que ellos por que cada uno de nosotros representa aquí a Dios Omnipotente con su justicia y a la América entera con la fuerza de su derecho y de su indignación. Aquí los hemos traído peruanos y colombianos, a sepultarlos juntos para siempre. Este campo, es su sepulcro y sobre él nos abrazaremos hoy mismo anunciándolo al Universo. ¡Viva el Perú libre! ¡Viva toda la América redimida!"

Todos los otros Generales y Jefes superiores se encargaron de fortalecer los estimulantes términos del General Sucre, con palabras rebotantes de confianza, de honor y de patriotismo.

Se dirigía el General Comandante en Jefe a arengar a los "Húsares de Colombia", cuando la vanguardia española bajaba las faldas del Condorcunca, tomando su puesto de ataque con su artillería, al frente y avanzando sus líneas de tiradores hacia el arroyo, protegiendo ese movimiento con cuatro cuerpos de infantería que se

presentaban en masa, teniendo en uno y otro flanco contingentes de caballería.

Entonces el General Sucre, desde el centro del campo patriota en alta voz y con solemne tono, exclamó:

"Soldados, de los esfuerzos de hoy depende la suerte de la América del Sur; otro día de gloria va a coronar vuestra admirable constancia. ¡Viva el Libertador!"

Las tropas acogieron aquellas elocuentes frases con indescriptible entusiasmo y todos se inspiraron en la obra del Gran Libertador Bolívar, para secundar las geniales actividades del invicto General Sucre.

VI.

LA BATALLA DE AYACUCHO

A las 11 de la mañana, menos 5 minutos, rompiéronse los fuegos. En el campo realista inició la ofensiva el General Villalobos, descendiendo con el primer batallón del primer regimiento, hasta colocarlo en el punto señalado en el que debía esperar hasta que todas las tropas formaran a orillas del barranco, para avanzar a la planicie y que las siete piezas de artillería, destinadas al ala izquierda, fuesen descargadas de las mulas, montadas y armadas para secundar el ataque inmediatamente que la derecha se hubiese empeñado en la batalla.

Sucre ordenó a sus tiradores, atacar la posición tomada por Villalobos. Canterac lanza intempestivamente al escuadrón "San Carlos" el que siguiendo el primer movimiento aceleró su desfile para sostener a las guerrillas del centro y de la izquierda contra el ataque libertador, misión que cumplió pero con sangrientas pérdidas.

En esos momentos, y en la derecha, el General Valdez rompe sus fuegos contra la División peruana del General La Mar, a la cual la ataca con el batallón

"Centro", apoyado por cuatro piezas de artillería, logrando apoderarse de una pequeña casa que existía en el campo y que estaba ocupada por las tropas independientes, avanzando luego contra la división peruana, obligándola a replegarse abandonando su primera posición.

Canterac se había propuesto formar un semicírculo en el frente español, es decir realizar una maniobra envolvente, sostener los dos extremos con sus piezas de artillería (4 al norte, 7 al sur) apoyadas por las divisiones Valdez y Villalobos. Avanzar en esa formación, encerrar a los independientes y luego lanzar sobre su centro a toda la división Monet (5 batallones y 1 brigada de caballería).

Entusiasta el General Valdez, con sus primeros éxitos, continuaba embistiendo frenéticamente, logrando pasar el barranco y procurando posesionarse también de una pequeña loma que ocupaba la división peruana.

De un lado y de otro se acrecentaban los fuegos, cuando el Coronel Rubín de Celis, entusiasmado por el avance de las tropas del General Valdez, se lanza intempestivamente contra el ala derecha colombiana que mandaba el General Córdova, emprendiendo en un temerario ataque que arrastra tras de sí al batallón "Imperial" N.º 2 y a todas las guerrillas inmediatas, chocando con toda esa masa contra los batallones en orden cerrado de la segunda división colombiana, la cual, obedeciendo órdenes expresas del General Sucre, que en ese momento disponía que el General Córdova batiera a los atacantes, y forzara la posición en que habían colocado su artillería, envuelve a las tropas españolas, las sumerge bajo sus fuegos, aniquilándolas con la punta de sus bayonetas y de sus lanzas.

Todas las tropas que con el Coronel de Celis se habían lanzado imprudentemente al ataque quedan en el campo.

Mientras tanto la división Valdez continuaba posesionando a la división peruana del General La Mar, volviendo su situación sumamente crítica, momento

del cual se aprovecha el General Canterac para ordenar al General Monet que descendiera a su vez, atravesara el barranco y protegiera con los batallones de la reserva a la división Villalobos.

El General Sucre seguía desde Sabaneta el curso de la batalla y aun cuando veía comprometida su izquierda, al descubrir el movimiento emprendido por la división Monet, que se desbordaba al pasar el barranco, corre a su ala derecha y ordena a Córdova converger hacia el barranco y atacar a Monet con todas sus fuerzas, a la vez que lanza al General Miller, con la caballería colombiana con orden de penetrar al fondo de la quebrada que pasaba Monet en esos momentos, lo que realiza en el acto el intrépido General, logrando sorprender a los realistas en momentos en que tenían ya una de sus líneas en una orilla del barranco y la otra en el lado opuesto.

El General Córdova, en tanto que los tiradores independientes consumaban la derrota de la división Villalobos, al recibir la orden de cargar a la división Monet, se baja del caballo, le mata de un pistoletazo porque no desea medios de retroceder sino elementos para vencer y de pie "magnífico de heroísmo, con la espada en alto, resonante la voz, atruena el aire con la sublime orden de combate nunca oído en ningún campo de batalla: **Colombianos: Armas a discreción; de frente, paso de vencedores**", avanzando hacia el barranco sin disparar ni un tiro hasta cuando hallándose a cien pasos de distancia rompe sus fuegos sobre el centro y la izquierda realista cargando luego a la bayoneta.

Entonces sí el General en Jefe se preocupa de la Segunda División a la cual, dándole como refuerzos los batallones colombianos "Vencedores" y "Vargas", de la división Lara, logra reanimarla impulsando a la División peruana a un nuevo ataque.

Canterac, al presenciar la derrota de la división Monet, lanza contra Córdova a los escuadrones españoles lo mismo que al General Morales con el 2° del "Imperial" y otros batallones. Mas, en pocos momen-

tos también todo ese refuerzo es desbaratado, pues nada puede resistir ya al impulso heroico de los gloriosos colombianos.

El Batallón "Pichincha", tremolando en alto su bandera, destruye a los batallones del Virrey. El "Caracas" se lanza contra la artillería, en tanto que el "Bogotá" y el "Votijeros" rompen las filas contrarias que aun quedan dominando la posición realista.

El General Canterac tienta un último esfuerzo, toma la caballería y los batallones que le quedan y avanza tratando de penetrar en el vértice del ángulo que en ese momento formaban la división peruana con la división Córdova. Pero Sucre opone a ese movimiento a los "Húsares" y a los "Llaneros" en tanto que los batallones "Vargas" y "Rifles" avanzan destruyendo cuanto encuentran.

Por otro lado, en la derecha y en el centro la división La Mar ya protegida por las tropas colombianas lograba también avanzar, conducida por su heroico Jefe el General ecuatoriano, recuperando sus posiciones y participando así en el triunfo general.

En el campo español ya todo es confusión y desorden. El Virrey La Serna desesperado del triunfo y de la suerte de la colonia, acude también en persona acompañado de su Estado Mayor, llevando al combate al batallón "Fernando VII", a sus "Alabarderos" y al resto de su reserva, pero cargados por los "Granaderos" de Colombia y diezmados por los fuegos de los batallones de la división Lara, se desbandan a su vez arrastrando en su derrota al propio General en Jefe, al cual no le queda otro recurso que volver a escalar las pendientes del Condorcunca seguido de los batallones de Colombia, que también trepaban persiguiendo a los desavoridos batallones realistas que huían en desorden.

El General Lara con sus tropas frescas aún, inicia la carga final destruyendo los últimos cuadros formados por la Guardia de Honor del Virrey, que arrollado por el ímpetu colombiano cae prisionera con su propio Jefe.

Toda la tarde se emplea en perseguir la derrota, y en coleccionar su enorme botín y los innúmeros prisioneros que pregonarían ante el mundo el fin del dominio peninsular en la América libre.

VII

CONSIDERACIONES Y CONSECUENCIAS

La Batalla de Ayacucho puede considerarse, de manera general, como una batalla prevista y preparada. No se la puede llamar una batalla de orden paralelo, porque, denominándosele así, se tendría la idea de una de aquellas operaciones clásicas, lineales, formalistas, rígidas, que se practicaban hasta Federico II y aún hasta la Revolución Francesa.

En la acción táctica de Ayacucho, los comandos tomaron sus disposiciones expresas para la batalla, las conservaron en secreto hasta el momento de realizarlas y el despliegue de sus tropas no se practicó en orden lineal y ni siquiera en un sentido totalmente paralelo, con relación al frente enemigo.

En realidad, el ejército independiente, educado en los campos de batalla, al iniciarse un combate, tomaba las formaciones que le aconsejaban sólo sus entusiasmos: colocarse de manera de disparar pronto y con la máxima eficacia y luego, a la menor insinuación del Jefe, lanzarse sobre el enemigo y arrancarle la victoria con la punta de las bayonetas. Así luchaban también en Francia los revolucionarios del 79, por los derechos del hombre, sintetizados en la trilogía de Igualdad, Libertad y Fraternidad.

Primero fuegos en línea y luego aquellos ataques en columnas macizas y profundas para penetrar, como un ariete, en el campo enemigo, destruyendo y aniquilando a las fuerzas contrarias.

Es verdad que en la noche del 8 de diciembre de 1824, los dos ejércitos se mantienen colocados el uno

al frente del otro, vivaquean en el propio orden, realizan la galante conferencia propia de aquellos tiempos hidalgos, entre adversarios caballeros, concediéndose mutuamente aquella especie de tregua que se dan los contendores para sentar condiciones antes de jugar sus destinos; pero, a pesar de todo ello, Ayacucho no fue ni mucho menos, una batalla de orden indeciso, de aquellas en las cuales los comandos procuraban el menor daño para sus ejércitos; revistiendo, por el contrario, desde el primer momento del encuentro, un carácter de fureza y de vigor excepcionales. La sangre se vierte a torrentes para que fructifique lozano el árbol de las libertades americanas.

Con excepción de ciertas compañías desplegadas en líneas de tiradores en los campos contrarios, ni libertadores ni dominadores colocan puestos avanzados, ni establecen fajas de observación, ni puestos de vigilancia especiales.

Los contendores se contemplan unos a otros en sus emplazamientos. Se diría que se temen mutuamente o que rehusan regar la sangre adversaria, prefiriendo el acuerdo que, desde luego, era imposible, entre tendencias tan señaladamente opuestas.

Es verdad que el campo patriota produce una alarma en la noche del 8, y que no dejan de producirse tiroteos entre las líneas contrarias, pero aquel estratagemma como aquella fusilería precursora de la batalla, no representa ni significa el principio de la acción ni la tentativa de un desgaste del ejército enemigo.

Para la acción, el Virrey coloca a sus tropas en forma de que pudieran disparar todos sus armas con la mayor eficacia. Se preocupa, pues, fundamentalmente del poder del fuego. Deja una reserva de dos batallones y sin tratar de dar profundidad a su ejército, de manera de tener la mayor cantidad posible de tropas bajo su mano, para la dirección de la batalla, compromete una tras otra sus divisiones, de manera que no puede atender como debía a los múltiples incidentes que surgen en una batalla y a los acontecimientos de

carácter imprevisto, que hay que afrontarlos, aun sin preverlos.

Ya hemos manifestado que el plan del Virrey se redujo a principiar el ataque por la derecha, manteniendo el resto de sus fuerzas para apoyar a la división Valdez, la cual esperaba para el ataque que la artillería desmontara y emplazara sus piezas y que la caballería hubiese descendido de las pendientes del Condorcunca y tomado su debida colocación.

En su plan inicial, se debe anotar el error de haber avanzado su infantería a la línea de combate antes de que su artillería estuviese emplazada, y el hecho de no conservar en reserva su caballería en forma de aprovechar primero, del fuego de la artillería sin gastar desde el principio las energías y la sangre de sus jinetes.

Iniciado el ataque por la división Valdez, que tiene por objetivo determinado, desalojar a las tropas independientes de una casa situada en un sitio medio del campo, Rubín de Celis, se lanza al ataque intempestivamente sobre el flanco derecho de los independientes, desobedeciendo observaciones oportunas del General Villalobos, de cuyas líneas se desprenden varios núcleos arrastrados por el temerario arrojo de Rubín de Celis. La izquierda realista se descompone, y ya no se encuentra en capacidad de resistir al empuje heroico de la división del General Córdova, que, lanzada en el momento oportuno, a un contra ataque por el General Sucre, arrolla cuanto encuentra a su paso desmoralizando a las tropas contrarias.

El ataque español a la derecha, tuvo, pues, a pesar del heroísmo de Rubín de Celis, un resultado completamente nugatorio y contraproducente para los propósitos del comando español.

Luego, el Virrey La Serna, tratando de restablecer el combate y de interponer su acción ofensiva entre la división Córdova y las legiones del Perú, colocadas en el centro de la línea patriota y que ya habían cedido algún terreno, abrumadas por los fuegos de la división Monet, ordena a esta división que pasara el

barranco que tenía en su delante y atacara el centro independiente. Mas, la división Monet, al pasar el barranco se desordena completamente y entonces Sucre, con su vista de golpe genial, aprovecha de las circunstancias y lanza sobre ella a la división Córdova, dos batallones de la división de reserva (General Lara) y a la caballería de Miller, que obtiene un fácil éxito sobre aquella infantería en desorden.

Desde ese momento, la batalla se compromete en todo el frente. Ya no hay poder humano que reorganice las filas españolas. Las divisiones se lanzan al choque y como en el campo español ya no queda reserva alguna, porque el Virrey, como ya lo hemos dicho, había comprometido los dos batallones de "Gerona" en su izquierda, los independientes organizados acometen por doquiera y desde ese instante puede ya considerarse que el triunfo estaba próximo.

La izquierda de los realistas, fue igualmente envuelta, por la acción colombiana y como el centro ya se encontraba sin tropas disponibles por la desorganización y dispersión de la división Monet, ya no pudo tratarse en el campo español, a pesar de la acción personal de sus comandantes, de reconstituir las tropas, ni de reorganizarlas para sostener el ataque.

El General español, García Camba, en sus clásicas Memorias, al referirse a ese momento de la batalla dice: "rota sucesivamente la izquierda y el centro de los realistas, cuando menos lo esperaban, y a pesar de la resistencia más de valor que de orden que opusieron, ningún esfuerzo, ningún ejemplo, bastaron ya para remediar el mal causado".

Respecto del terreno elegido para la batalla, es evidente que era favorable al ejército del General Sucre, sobre todo, dada la situación defensiva en que se había decidido sostenerse al principio de la batalla y hasta que considerara que había llegado el momento oportuno para tomar a su vez la ofensiva.

Nuestra posición, dice, al respecto, el General Sucre, aunque dominada, tenía seguros sus flancos por

unos barrancos, y por su frente no podía obrar la caballería enemiga de modo uniforme y completo.

En efecto, el terreno que ocupaba el General Sucre, era una faja estrecha con hondas quebradas a sus dos lados, lo que, desde luego, le libraba de toda tentativa de flanqueo o de envolvimiento, circunstancia que, en otro caso, habría sido de temerse dada la superioridad numérica del ejército español y los elementos de todo género de que podía disponer.

El aprovechamiento del terreno por parte del General Sucre, se asemeja al obtenido en su favor por Milicias en la clásica batalla de Maratón, para impedir que los persas se aprovecharan de su superioridad numérica para el éxito de la batalla. Así, entre el Mariscal de Ayacucho y el General ateniense, se establece, al través de los siglos y de los espacios, una cierta similitud en sus concepciones tácticas, en los fines de libertad y de civilización perseguidos y en sus disposiciones para la batalla.

En cambio, el terreno dificultaba completamente la maniobra realista de envolvimiento proyectada por el Virrey, a causa de los obstáculos naturales que protegían a los patriotas.

Además, los españoles tenían a sus espaldas las montañas del Condorcunca, no disponiendo, en consecuencia, de una línea de retirada práctica para todas las armas, pues debían haber considerado que, en caso de un desastre, no les quedaría otro camino de retirada que subir las pendientes, lo que resultaba poco menos que imposible ante un enemigo victorioso.

El Ejército Libertador, en cambio, sí contaba con una línea de retirada, constituida por las rutas que conducían al pueblo de Quínuá.

VIII

LOS EJERCITOS

El Ejército Libertador tenía la ventaja de estar formado en su mayor parte por soldados que enrolados en los batallones "Rifles", "Vargas", "Vencedores",

"Pichincha", "Caracas", "Cazadores de los Andes", "Voltijeros", se habían ilustrado en las brillantes acciones de Boyacá, Carabobo, Bomboná, Pichincha, Coche, Ibarra y Junín, teniendo así afianzado su espíritu y afirmada su voluntad en los triunfos de sus armas y estimuladas sus admirables cualidades de abnegación y de heroísmo.

Era, pues, un núcleo colombiano homogéneo: ahí formaban los llaneros de Apure indomables en la pelea y cuyas energías y potencia acababan de ser puestas a prueba victoriosamente en las pampas de Junín.

A su lado, es cierto, que estaban los batallones organizados en el Perú por el Libertador Bolívar, formados con los escasos núcleos leales a la causa de la Independencia, cuadros en los cuales quedaban los restos de soldados argentinos y chilenos, de aquellos que lucharon a las órdenes de San Martín y en los que las derrotas de Torata, de Ica, de Moquegua, no habían sido suficientes para segar los laureles de Maipú y de Chacabuco.

Luego, el ejército Libertador estaba mandado por el General Sucre, el más selecto espíritu de la Libertad, según propias palabras del Libertador Bolívar. Con el General Sucre, y a sus propias órdenes, esos batallones se habían cubierto de laureles en cien batallas y, por ello, entre el Jefe que mandaba y los hombres que formaban sus batallones, existían lazos íntimos de unión, de cooperación y de correspondencia y de fe en los destinos de la América. Reinaban, pues, en las filas colombianas una gran confianza en la capacidad de los Comandos y una adhesión incondicional a su obra de independencia y de libertad.

En todo el curso de la batalla de Ayacucho, se destaca, brillantemente, la admirable figura del General Sucre. Es él, quien conduce la batalla con su brillante golpe de vista. Es él, quien la dirige sin indecisiones a pesar de la gravedad de ciertos momentos que por cierto, no logran turbar la serenidad de su ánimo superior.

Trazado su plan de campaña y de batalla, toma sus decisiones sin sugestión alguna y sí, en un principio, por inferioridad de sus fuerzas, se decide a sufrir la voluntad adversaria y el imperio de su iniciativa, pronto, aprovechándose las faltas contrarias, impone su voluntad y es suya la iniciativa que la ejerce de manera sorprendente.

Y así, cuando en la izquierda, Rubín de Celis, anticipándose a los movimientos metódicos de Valdez, precipita los acontecimientos y se lanza sobre la derecha libertadora, apreciando Sucre, ese feliz incidente, ordena a Córdova que lo aproveche sin dilación, reforzando a la gallarda división colombiana a sus órdenes, con los "Húsares de Colombia" y luego, cuando la división Monet se desordena al pasar el barranco que tenía en su delante para lanzarse al ataque del centro libertador, Sucre, que no pierde un detalle de los acontecimientos, aprovecha de esa situación para lanzar sobre ella los batallones de la división Córdova, seguidos en su ataque por la división Lara, la división La Mar y la caballería de Miller.

Ni por un momento, deja el General Sucre de conducir la batalla con toda eficacia, y el estrecho frente elegido y sus tropas que en las manos las tiene organizadas en profundidad, le permiten aprovechar de sus reservas, trasladar y mover sus batallones y escuadrones de un lugar a otro, maniobrando, por doquiera, como lo exigían las situaciones de la batalla y su gran talento y capacidad conductora.

Lo que siempre será digno de la creciente admiración y que, por cierto, constituye un tema digno de ser tratado especialmente, es lo que se refiere a la solución de los problemas logísticos en aquellos ejércitos, que sometidos a una movilidad constante, a marchas y contramarchas inusitadas en un territorio desprovisto de elementos de vida, supieron conservar intactas sus condiciones de resistencia física y de intrepidez admirable. Cómo el General Sucre atendía a los aprovisionamientos de su ejército? Cómo y de qué medios se valía el previsor Jefe para alimentar a sus soldados

en aquellos páramos desiertos e inhospitalarios? Cómo organizaba sus servicios en aquellos vivac. en aquellas marchas que desafiaban la inclemencia del tiempo y los obstáculos de la naturaleza? De qué facultades disponía para que no le faltaran víveres, recorriendo un territorio enemigo, pasando pueblos sublevados en su contra y campos asolados por los realistas? Esa obra admirable de Sucre, será, seguramente, estudiada para aprovechar sus enseñanzas, porque es la base del monumento de su gloria inmarchesible.

En el Ejército español, es también indiscutible que el crédito que disputaban los Generales Canterac, Valdez y Monet, era muy justificado. Los tres, en las guerras de la Península y, luego, en las primeras campañas del Alto y del Bajo Perú, habían demostrado sobresalientes condiciones de mando, ilustrando sus nombres con brillantes victorias debidas a la sabia conducción de sus tropas y a sus indiscutibles talentos.

Las tropas españolas habían probado de cuanto eran capaces en las batallas de Ica, de Torata, de Moquehua, del Desaguadero y de Zepita. Habían, además, dado pruebas excepcionales de resistencia y de moral, en aquellas inusitadas marchas y contramarchas realizadas en dos años de incesantes movilizaciones.

En todo ese tiempo, habían afirmado sus condiciones morales, su inquebrantable adhesión al régimen realista, manteniendo fervoroso el odio contra Bolívar y sus tropas, incrementado constantemente por la acción enemiga de los pueblos del Perú a la obra de los colombianos.

Por otro lado, tres días antes, con la sorpresa de Corpahuayco, habían arrancado al ejército libertador sus parques y cañones, causándoles, además, numerosas víctimas.

En la misma batalla de Ayacucho, demostraron valor, disciplina e inquebrantable lealtad a sus jefes y a su bandera.

No es, pues, del caso, discutir ni mucho menos aceptar la opinión de algunos historiadores, enemigos



de la obra de libertad realizada en el Perú, que, al referirse al ejército realista, pretenden encontrar en él, elementos heterogéneos. Pues, si en verdad, en sus filas militaban soldados españoles y criollos peruanos y argentinos, era evidente que todos ellos se habían identificado en sus aspiraciones, y que hermanos por la raza y por sus ideales, luchaban con el fervor y el entusiasmo que movía sus banderas.

A esas tropas, se las había visto recorrer de un extremo al otro el antiguo Virreynato del Perú, en persecución de los independientes. Esas mismas tropas habían destruido la obra de San Martín y de sus huestes libertadoras en múltiples y sangrientas batallas. Contaban con la adhesión de todas las poblaciones, de modo que, si les hubiera faltado decisión para continuar en las filas, habrían desertado en la seguridad y en la plena confianza de que quedarían a cubierto de la sanción de su delito.

Es constante que mucho antes de Ayacucho, los débiles, físicamente hablando, y los forzados por la reclusa, ya habían desertado de las filas españolas, lo mismo que había sucedido, aun cuando en menor escala, con las tropas del Perú, incorporadas voluntariamente antes de Junín, de Corpahuaico y de Ayacucho.

Las mermas, por deserciones, evidentemente fueron mayores en el campo realista, en los núcleos peruanos que lo constituían, pero tampoco dejaron de producirse en el campo patriota, sin que fuesen tan considerables, porque formado el ejército libertador, en su mayor parte de colombianos, en los cuales no era posible la desertión, ya por sus virtudes morales, ya por encontrarse muy lejos de su país, era lógico que aquellos invictos soldados peruanecerían en las filas hasta la última jornada.

Además, un espíritu distinto informaba el alma de los contendores.

Los independientes se inspiraban en los más altos ideales humanos: libertad, igualdad, fraternidad, justicia e independencia en tanto que los realistas defendían el coloniaje, y la dominación extranjera en pueblos

que ya habían madurado lo suficiente para proclamar su soberanía y disfrutar de la libertad, el don más preciado de los hombres.

La moral del ejército patriota, fue, en realidad, la causa determinante de la victoria. Sus aspiraciones de libertad y de independencia, sus ideales de redención y de justicia, justificaban su ímpetu ofensivo y su valor extraordinario, que les hacía despreciar la muerte en sus ataques temerarios. El General Córdova, matando su caballo para no tener medios de escapar, es apenas un símbolo de la moral que animaba al glorioso ejército libertador. No sólo se clamaba victoria o muerte, sino que de antemano se había hecho el sacrificio de la vida por la patria y la libertad. Soldados de tan elevada moral no podían menos que triunfar como triunfaron.

Es una característica en el ejército independiente el ímpetu en los ataques, observándose el culto de la más pura audacia y del más elevado y fervoroso valor, que llevaba a los soldados a realizar proezas del más alto concepto moral.

En el campo independiente, se tenía una profunda fe en los destinos de América y se peleaba en la firme convicción de que el Derecho y la Justicia llegarían a ser pronto su patrimonio, en tanto que las tropas realistas discutían con las armas el afianzamiento de un sistema que encontraba su origen en la crueldad de un grupo de conquistadores y en dominios de señores y virreyes, amasados con la sangre de indefensos indígenas y en la explotación y en la ignorancia en que sistemáticamente se había mantenido a esos pueblos.

Luego, los dos comandos eran tan sustancialmente diferentes como las banderas que conducían y los principios que reclamaban.

Bolívar no tenía ni podía tener contendores. Era un Genio, uno de aquellos prohombres que aparecen en el curso de los siglos, adornados de condiciones excepcionales para dar nuevos rumbos a la civilización, a la guerra, o a la libertad.

Para encontrar un rival de Bolívar, habría sido

preciso la resurrección de un Aníbal, de un César o la presencia de un Napoleón Bonaparte.

En Junín, su espada dio el primer corte al dominio español, en el Perú y en Ayacucho, su espíritu iluminó la mente de Sucre, y fue él, el Sol, que iluminaba la Victoria y entre cuyos destellos se combatía bajo su Genio, bajo su égida y bajo sus fructíferas enseñanzas.

Ayacucho no fue una victoria debida al azar, fue la lógica consecuencia de la brillante conducción de las tropas, del Genio que las mandaba y de la magnífica calidad de aquellos soldados cuyos ataques tenían el ímpetu de un torrente, siendo eficaces en su oportunidad e irresistibles en su ejecución, practicados siempre en el momento preciso y en el lugar adecuado.

Para que la manifiesta superioridad numérica del Virrey, hubiera influido un tanto más, con alguna ventaja, en las faldas del Condorcunca, se hubiera debido asumir una actividad defensiva esperando tomar la contra ofensiva en el momento oportuno, al abrigo del terreno. Mas, al atacar perdió sus favores y sufriendo sus tropas la atracción irresistible que supo inprimirlas el Genio de Sucre, su derrota fue la consecuencia lógica y natural para bien de América y bien de la humanidad.

La situación del ejército del Virrey, dificultada por sí mismo, el empleo de la caballería en el campo de batalla, el que cortado por profundos barrancos y cubierto de vegetación, y pendiente en las faldas del Condorcunca, imposibilitaba de hecho la acción ofensiva de reconocimiento proyectada contra el ejército libertador.

En cuanto a la artillería, llama también sobre manera la atención el que los Generales españoles y el Brigadier Cacho, que la mandaba, por conocer el empleo del arma, como artillero que era, no hubiesen sabido sacar ventaja alguna de su arma poderosa, si se considera que en el campo independiente se contaba con una sola pieza y escasas municiones. Los cañones españoles no rindieron, en efecto, provecho alguno a pesar de su superioridad por su inoportuno empleo y su inadecuado emplazamiento,

Los resultados de la batalla de Ayacucho fueron, en realidad, enormes: quedaron prisioneros dos Tenientes Generales, 4 Mariscales, 10 Generales de Brigada, 16 Coroneles y cerca de 3000 entre oficiales, clases y soldados; los once cañones, miles de fusiles, más todo el material y los elementos de guerra.

Murieron 1000 soldados realistas quedando heridos en el campo, 800. El Ejército Libertador perdió como 500 hombres.

La persecución les causó un total desastre, destruyéndose así, completamente, el ejército del Virrey, que pocas horas antes contaba con 9000 combatientes.

La acción duró apenas 90 minutos, prolongándose la persecución hasta la tarde del día 9 de Diciembre de 1824, día de gloria inmarcesible para el ejército libertador y los pueblos redimidos por sus armas.

VIII

La Batalla de Ayacucho tuvo, además, influencias de orden político, social y económico para el mundo entero.

* * *

En el orden político, su influencia puede ser comparable a la que ejerció en el siglo XV, el descubrimiento de la América por el Magno Cristóbal Colón y la conquista sucesiva del elemento hispano.

En efecto, si la obra de Colón fue de admirable trascendencia geográfica y de singular provecho para el Imperio del Rey Carlos V, quien desde entonces extendiera sus dominios hasta donde no se pusiera el sol; en cambio Ayacucho abre las puertas de América al mundo entero. Ya desde entonces, el Continente de Colón, no sería la tierra dominada por España, dueña y señora de sus riquezas; la dependencia administrativa y comercial de la Península, única Nación cuyos bajeles podían surcar nuestros mares, cuyos solos

libros podrían iluminar nuestras inteligencias y cuyas únicas mercancías podían ser adquiridas por los colonos, cuyas riquezas, cuyo viejo patrimonio habían pasado a ser propiedad exclusiva de España, que, en cambio de una cultura que no respondía a la época ni era digna de las civilizaciones de la prehistoria americana, arrancaba a nuestro suelo sus ingentes capitales, amasados en tiempo y en épocas milenarias por pueblos de una cultura superior en muchos aspectos a la de los pueblos de las civilizaciones orientales.

Desde principios de la guerra de la independencia, Bolívar, realiza una obra de conocimiento y de acercamiento de las naciones de la vieja Europa, con los pueblos jóvenes de América. Sus ideales pasan las fronteras y dominan los mares y desde su juramento de libertad en el Aventino, sus conversaciones con Miranda, sus conferencias con los Ministros de Inglaterra, sus discursos en las logías libertadoras, Bolívar trata de despertar la conciencia humana hacia la América que para muchos era una ilusión perdida en las brumas de las fantasías indianas y para la mayor parte de los pueblos una colonia cerrada por la dominadora España a todas las razas, los pueblos y las civilizaciones.

Ayacucho irradia con su luz poderosa en los ámbitos del mundo, proclama la potencialidad de un continente en el cual yacían trescientos años algunos millones de seres en un vasallaje sin precedentes. Se conocían en verdad desde veinte años atrás las tendencias de libertad de los americanos; pero si era verdad que algunos puñados de ingleses, franceses e italianos, de aquellos que habían hecho un deber luchar por la libertad de los hombres, donde quiera que hubiese esclavos que redimir, habían acudido a formar en las filas de la revolución americana, en cambio los gobiernos continuaban siendo indiferentes a la obra de América, cuyos primeros ecos apenas encontraban resonancia en Europa, conmovida por el más genial de los guerreros, Napoleón.

Con Ayacucho se afirma la independencia de la Argentina y Chile, que pueden descansar sus armas y

abrir sus fértiles campos a la emigración que luego habría de colocarles en situación eminente; Ayacucho hace posible la existencia de Bolivia y del Perú, la existencia positiva de la Gran Colombia en los días de Bolívar; Méjico por el Norte y Brasil en la del Sur pueden iniciar su camino hacia el progreso evitando que todos los pueblos americanos continuaran con los sistemas monárquicos en la libre América.

En el orden social, Ayacucho es el hundimiento de una montaña que durante trescientos años, desde el sacrificio de Atahualpa, de Montezuma, de Caupolicán, habían sin cesar aplastado en América, inteligencias, corazones, justicia, libertad, igualdad, humanidad y fraternidad; desde Ayacucho realistas e independentes, los enemigos irreconciliables de ayer, son los hermanos hoy de América; desde Ayacucho en todos los pueblos redimidos, nace un sentimiento uniforme de nacionalización y de independencia, que sin constar en la liga Anfictiónica ideada por Bolívar, habría de ser el más seguro resguardo de su existencia y el lazo de unión que había de encontrarlos listos y unidos para oponerse a cuanto obstara su programa de libertad, cuyas bases milenarias estaban soldadas con la sangre de un millón de soldados muertos por la libertad de América.

En el orden económico universal, Ayacucho hace posible la internacionalización del comercio; desde entonces a los pueblos de América llegaron navios de todas las banderas, productos de todas las regiones, efectos de todas las industrias, libros de todas las inteligencias, misioneros de todas las iglesias; a la vez que la América envía a Europa los productos de su suelo, las riquezas de sus minas, los cultivos de su tierra, los primores de sus bosques y a la vez que americanos irán a Europa en busca de cultura; sabios del mundo entero visitarán América en exploraciones científicas que en forma incontrovertible han concurrido a dar al mundo una idea más cabal y a despejar múltiples incógnitas del gran programa universal.

Así, Ayacucho es una batalla en la que luchan la

libertad y el vasallaje; la monarquía y la democracia; los nativos americanos y los dominadores españoles; tendencias modernas y prolongaciones de la inquisición, la justicia y la arbitrariedad, el pensamiento libre y la implacable tiranía, no es sólo una batalla de la libertad como Maratón, no es sólo una batalla de la civilización, como Salamina; no sólo es la batalla de la democracia como Valmy; Ayacucho es la batalla universal porque desde las alturas del Condorcunca se llama a todos los pueblos y a todas las civilizaciones, a compartir con los americanos los beneficios de un continente plétórico de riquezas y que desde entonces sería un emporio del cual se alimentarían las naciones del viejo mundo, con los ideales de los pueblos jóvenes, con las inspiraciones de su democracia y con los principios ideológicos que informan todas sus aspiraciones de derechos de la humanidad, del honor, de la justicia y de la libertad. (*)

* * *

Entre las 5 o 6 de la noche del día de la batalla, los generales españoles discutían, azotados por los vientos y el frío de las alturas del Condorcunca, a las que habían trepado impulsados por la persecución, sobre el término que cabría darse al fin manifiesto de la guerra. Algunos opinaron por marchar a unirse con el disidente General Olañeta, atraerlo a las banderas del Rey y continuar la guerra; pero aquello era un ideal irrealizable. El poderoso ejército del Virrey que, horas antes, entusiasmaba a sus generales, ya no existía, pues, había sido destruido totalmente por el ejército de Sucre.

(*) Autores consultados:—O' Leary, Restrepo, Baralt y Díaz, Torrente, García Camba, Miller, López, Ramallo, Galindo, Bonilla, Villanueva, Lecuna, Cevallos, Archivos Santander, Estudios de Larreta.

Quedaba, pues, la realidad y ella aconsejaba una capitulación inmediata, tan amplia como la impusiera el General en Jefe vencedor, que era, felizmente, el soldado más generoso y ecuaníme, el más hidalgo y justiciero de cuantos militaban a las órdenes del Libertador Bolívar.

En efecto, la capitulación es un monumento eterno de su generosidad.

Pocas horas después de la victoria, el general Sucre dio al Ejército esta proclama:

Antonio José de Sucre, Comandante en Jefe del Ejército Unido Libertador del Perú.

Soldados! Sobre el campo de Ayacucho habéis completado la empresa más digna de vosotros. Seis mil bravos del Ejército Libertador han sellado con su constancia y con su sangre la Independencia del Perú y la América. Los diez mil soldados españoles, que vencieron catorce años en esta República, están humillados a vuestros pies.

Peruanos! Sois los escogidos de vuestra Patria. Vuestros hijos, las más remotas generaciones del Perú, recordarán vuestros nombres, con gratitud y orgullo.

Colombianos! Del Orinoco al Desaguadero habéis marchado en triunfo, dos naciones os deben su existencia: Vuestras armas, las ha destinado la victoria para garantir la libertad del nuevo mundo.

Cuartel General, en Ayacucho, a 10 de Diciembre de 1824.

(f.) A. J. de Sucre.

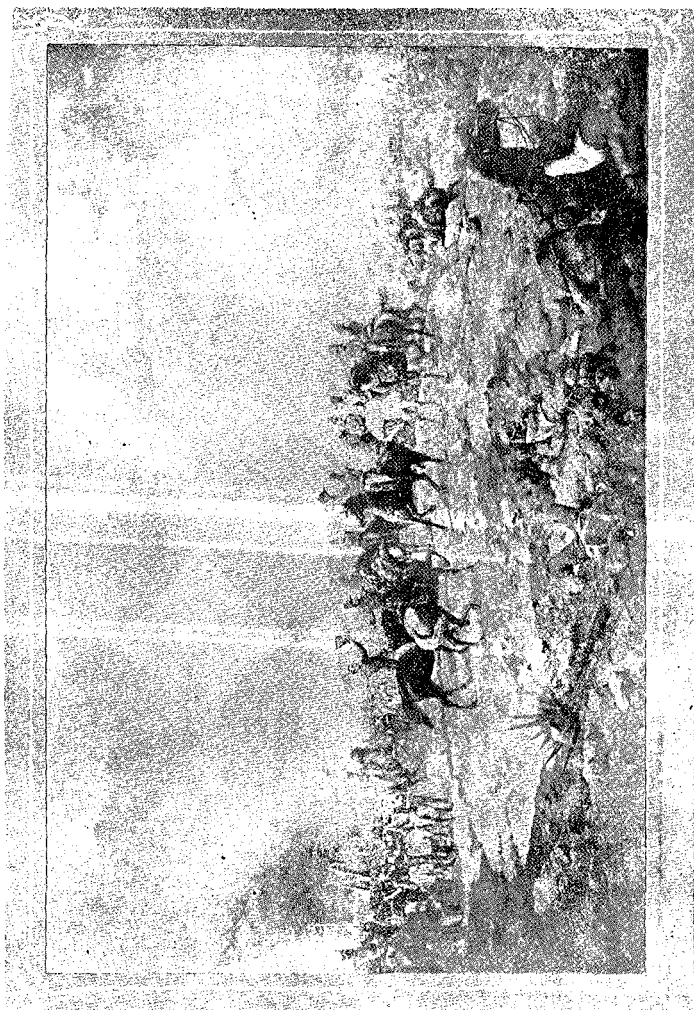
EL PERU LIBRE

EL GENERAL SUCRE ENVIA AL LIBERTADOR UNA COPIA DE LA CAPITULACION

Ejército unido libertador.— Cuartel General, en Ayacucho a 10 de diciembre de 1824.—Al Excmo. señor **Simón Bolívar Libertador** de Colombia y dictador del Perú.—Excmo. señor:—El tratado que tengo el honor de elevar a V. E. firmado sobre el campo de batalla, en que la sangre del ejército libertador aseguró la independencia del Perú, es la garantía de la paz de esta República, y el más brillante resultado de la victoria de Ayacucho.—El ejército unido siente una inmensa satisfacción al presentar a V. E. el territorio completo del Perú sometido a la autoridad de V. E. antes de cinco meses de campaña. Todo el ejército real, todas las provincias que éste ocupaba en la República, todas sus plazas, sus parques, almacenes, y quince generales españoles son los trofeos que el ejército unido ofrece a V. E. como gajes que corresponden al ilustre salvador del Perú, que desde Junín señaló al ejército los campos de Ayacucho para completar las glorias de las armas libertadoras. — Dios guarde a V. E., **Antonio José de Sucre**.—**ADICION.**—Una circunstancia notable he olvidado en mi parte a V. E. Según los estados tomados al enemigo, contaba éste disponibles en el campo de batalla nueve mil trescientos diez hombres, mientras el ejército libertador formaba sólo cinco mil setecientos ochenta.—**Sucre.**

LA CAPITULACION DE AYACUCHO

“Don José Canterac, teniente general de los reales ejércitos de S. M. C., encargado del mando superior del Perú, por haber sido herido y prisionero en la batalla



T A CAPTIVIDAD DE AYACUCHO 9 de Diciembre de 1824

de este día el excelentísimo señor Virrey don José de La Serna; habiendo oído a los señores generales y jefes que se reunieron después que el ejército español, llenando en todos sentidos cuanto ha exigido la reputación de sus armas en la sangrienta jornada de Ayacucho y en toda la guerra del Perú, ha tenido que ceder el campo a las tropas independientes; y debiendo conciliar a un tiempo el honor a los restos de estas fuerzas, con la disminución de los males del país, he creído conveniente proponer y ajustar con el señor General de División de la República de Colombia, Antonio José de Sucre, comandante en jefe del ejército unido libertador del Perú, las condiciones que contienen los artículos siguientes:

1º El territorio que guarnecen las tropas españolas en el Perú será entregado a las armas del ejército libertador hasta el Desaguadero, con los parques, maestranzas y todos los almacenes militares existentes.

1º Concedido; y también serán entregados los restos del ejército español, los bagajes y caballos de tropas, las guarniciones que se hallen en todo el territorio y demás fuerzas y objetos pertenecientes al gobierno español.

2º Todo individuo del ejército español podrá libremente regresar a su país, y será de cuenta del Estado del Perú costearle el pasaje, guardándole entre tanto la debida consideración y socorriéndole a lo menos con la mitad de la paga que corresponde mensualmente a su empleo, ínterin permanezca en el territorio.

2º Concedido; pero el gobierno del Perú sólo abonará las medias pagas mientras proporcione transportes. Los que marcharen a España no podrán tomar las armas contra la América mientras dure la guerra de la independencia, y ningún individuo podrá ir a punto alguno de la América que esté ocupado por las tropas españolas.

3º Cualquier individuo de los que componen el ejército español será admitido en el del Perú en su propio empleo, si lo quisiere.

3º Concedido.

4º Ninguna persona será incomodada por sus opiniones anteriores, aun cuando haya echo servicios señalados a favor de la causa del rey, ni los conocidos por pasados; en este concepto, tendrán derecho a todos los artículos de este tratado.

4º Concedido, si su conducta no turbare el orden público, y fuere conforme a las leyes.

5º Cualquier habitante del Perú, bien sea europeo o americano, eclesiástico o comerciante, propietario o empleado, que le acomode trasladarse a otro país, podrá verificarlo en virtud de este convenio, llevando consigo a su familia y propiedades, prestándole el Estado proporción hasta su salida; si eligiere vivir en el país, será considerado como los peruanos.

5º Concedido, respecto a los habitantes en el país que se entrega y bajo las condiciones del artículo anterior.

6º El Estado del Perú respetará igualmente las propiedades de los individuos españoles que se hallaren fuera del territorio, de las cuales serán libres de disponer en el término de tres años, debiendo considerarse en igual caso las de los americanos que no quieran trasladarse a la península y tengan allí intereses de su pertenencia.

6º Concedido como en el artículo anterior, si la conducta de éstos individuos no fuese de ningún modo hostil a la causa de la libertad y de la independencia de América, pues en caso contrario, el gobierno del Perú obrará libre y discrecionalmente.

7º Se concederá el término de un año para que todo interesado pueda usar del Art. 5º, y no se le exigirá más derechos que los acostumbrados de extracción, siendo libres de todo derecho las propiedades de los individuos del ejército.

7º Concedido.

8º El Estado del Perú reconocerá la deuda contraída hasta hoy por la hacienda del gobierno español en el territorio.

8º El Congreso del Perú resolverá sobre este artículo lo que convenga a los intereses de la República.

9º Todos los empleados quedarán confirmados en sus respectivos destinos, si quieren continuar en ellos, y si alguno o algunos no lo fueren o prefiriesen trasladarse a otro país, serán comprendidos en los Arts. 2º y 5º

9º Continuarán en sus destinos los empleados que el gobierno guste confirmar, según su comportamiento.

10. Todo individuo del ejército o empleado que prefiera separarse del servicio, y quedare en el país, lo podrá verificar, y en este caso sus personas serán sagradamente respetadas.

10. Concedido.

11. La plaza del Callao será entregada al ejército Unido libertador, y su guarnición será comprendida en los artículos de este tratado.

11. Concedido; pero la plaza del Callao con todos sus enseres y existencias, será entregada a disposición de S. E. el Libertador dentro de veinte días.

12. Se enviarán jefes de los ejércitos Español y Unido libertador a las provincias unidas para que los unos reciban y los otros entreguen los archivos, almacenes, existencias y las tropas de las guarniciones.

12. Concedido; comprendiendo las mismas formalidades en la entrega del Callao. Las provincias estarán del todo entregadas a los jefes independientes en quince días, y los pueblos más lejanos en todo el presente mes.

13. Se permitirá a los buques de guerra y mercantes españoles hacer víveres en los puertos del Perú, por el término de seis meses después de la notificación de este convenio, para habilitarse y salir del mar Pacífico.

13. Concedido, pero los buques de guerra sólo se emplearán en sus aprestos para marcharse, sin cometer ninguna hostilidad, ni tampoco a su salida del Pacífico; siendo obligados a salir de todos los mares de la América, no pudiendo tocar en Chiloé, ni en ningún puerto de América ocupado por los españoles.

14. Se dará pasaporte a los buques de guerra y

mercantes españoles, para que puedan salir del Pacífico hasta los puertos de Europa.

14. Concedido; según el artículo anterior.

15. Todos los jefes y oficiales prisioneros en la batalla de este día, quedarán desde luego en libertad, y lo mismo los hechos en anteriores acciones por uno y otro ejército.

15. Concedido; y los heridos se auxiliarán por cuenta del erario del Perú hasta que, completamente restablecidos, dispongan de su persona.

16. Los generales, jefes y oficiales conservarán el uso de sus uniformes y espadas; y podrán tener consigo a su servicio los asistentes correspondientes a sus clases, y los criados que tuvieren.

16. Concedido; pero mientras duren en el territorio estarán sujetos a las leyes del país.

17. A los individuos del ejército, así que resolvieren sobre su futuro destino en virtud de este convenio, se les permitirá reunir sus familias e intereses o trasladarse al punto que elijan, facilitándoles pasaportes amplios para que sus personas no sean embarazadas por ningún Estado independiente hasta llegar a su destino.

17. Concedido.

18. Toda duda que se ofreciere sobre alguno de los artículos del presente tratado, se interpretará a favor de los individuos del ejército español.

18. Concedido: esta estipulación reposará sobre la buena fe de los contratantes.

Y estando concluidos y ratificados, como de hecho se aprueban y ratifican estos convenios, se formarán cuatro ejemplares, de los cuales dos quedarán en poder de cada una de las partes contratantes para los usos que les convenga.

Dados, firmados de nuestras manos en el campo de Ayacucho, el 9 de Diciembre de 1824.

José Canterac.—Antonio José de Sucre.

El General Sucre da cuenta de la victoria, al Libertador Bolívar:

"Está concluida la guerra, mi general, y completada la libertad del Perú. Estoy más contento por haber llenado la comisión de usted por nada. La orden que me trajo Medina para poder librar una batalla me ha sacado de apuros, pues en la retirada de las inmediaciones del Cuzco hasta Huamanga al frente del enemigo, teniendo que presentar un combate cada día, ha sufrido mucho, mucho, mi espíritu, he tenido mucho que pensar, y ha padecido mi cabeza más que demasiado.

"Mañana irá el ejército para Huamanga a reposarse un par de días y seguirá luego por divisiones para el Cuzco para irnos a entender con Olañeta, sobre quien me dicen estos señores que no tienen autoridad para hacerlo entrar en la capitulación. Creo que para terminar esto con un cuerpo de 6000 contra 3000 (que me asegura Canterac ser toda la fuerza de Olañeta), basta cualquiera, y por tanto me atrevo a suplicar a Ud. por mi relevo y el permiso de regresarme, puesto que ya se ha terminado el negocio este. Confieso a Ud. que en estos días de trabajos y con las órdenes de Tarma, ha sufrido infinitamente mi espíritu.

"He creído una justicia nombrar al General Córdova sobre el campo de batalla, y a nombre de Ud. y de Colombia, General de División, y también a Lara, por sus servicios en la campaña. Córdova se ha portado divinamente: él decidió la batalla.

"Creo que Carvajal, Silva y Sandes deben ser generales de brigada.

"He concedido otras promociones que he creído deben estimular al ejército, y de todo le daré cuenta. Si he hecho mal, mi general, dispénsame. Me he creído autorizado por la amistad de Ud., por la justicia y por la victoria. Si en Colombia lo desaprueban, que hagan lo que quieran, pero cuando he visto que Ud. quiere desatenderse del ejército, no he podido renunciar a los premios debidos a aquellos que han dado en una batalla la libertad al Perú y la paz a la América.

"Luque, Silva y León están heridos. León, malamente.

“En el ejército del Perú he concedido algunos grados a nombre de Ud.

“**Junín** se ha portado divinamente. **Pichincha** cargó en masa a la caballería española, y merece algo. **Caracas** se estrelló contra las masas enemigas, y es justo distinguirlo. **Voltijeros, Bogotá**, lo hicieron bien, como también los cuerpos de la división que eran de la reserva.

“Creo que Otero merece ser general de brigada: me ha servido mucho; él pudiera ser prefecto de Arequipa, y lo recomiendo. Nombre Ud. los prefectos y empleados de todos los departamentos, pues ya todo es nuestro y hacen falta en sus destinos. Gamarra quedará en el Cuzco, como Ud. dijo.

“Creo, mi general, que Ud. dará una medalla o premio al ejército por esta batalla; yo quisiera que el ejército de Colombia tuviera una particular, pues la merece. Si Ud. insiste en desatenderse de las cosas del ejército de Colombia, dígame si puedo darla a nombre del Gobierno fundándome en la consideración 3ª del Congreso en la ley de 28 de Julio. Cada vez me convenzo más de que necesitamos tener este ejército entusiasmado y pronto para llevar el orden a Colombia, si fuere perturbado por partidas.

“Como hemos ahorrado los cien mil pesos del contingente de Noviembre, los ofrecí al ejército de regalo después de la victoria, y he de cumplir mi oferta sin falta. Hágamelos Ud. mandar. Ud. me dijo que los ciento ochenta mil pesos que venían del Cerro servirían para Noviembre y Diciembre. Con los ochenta mil se pagarán los gastos de Noviembre y los cien mil cubrirán mis compromisos.

“Son necesarias explicaciones claras sobre la conducta del ejército en el Alto Perú. Estas cosas son delicadas.

“No he podido sacar que nos entreguen a Chiloé. Dice Canterac que no obedecería su orden, sino haría lo que le dé la gana, como hasta aquí y, que sólo serviría esto para echarse un nuevo compromiso con su Gobierno. En consecuencia he exigido que el **Asia** no va-

ya a Chiloé, sino que se largue del Pacífico, como le dirá a Ud. Medina. Me olvidaba decirle que he ofrecido a Medina el grado de Coronel, porque se ha portado como siempre, es justísimo dárselo. Alarcouico merece algo: ha trabajado bien conmigo.

“Adiós, mi general. Esta carta está muy mal escrita y embarulladas todas las ideas; pero en sí vale algo: contiene una: la noticia de una gran victoria y la libertad del Perú. Por premio para mí pido a Ud. me conserve su amistad”.

PARTE DEL GENERAL ANTONIO JOSE DE SUCRE, SOBRE LA BATALLA DE AYACUCHO

“Señor Ministro de Guerra:

Las tres divisiones del ejército quedaron desde el 14 al 19 de Noviembre situadas en Talavera, San Jerónimo y Andahuailas, mientras los enemigos continuaban sus movimientos sobre nuestra derecha. Por la noche del 18 supe que el mayor número de los cuerpos enemigos se dirigía a Huamanga, y dispuse que el ejército marchase para buscarlos.

El 19, nuestras partidas se batieron en el puente de Pampas con un cuerpo enemigo, y el 20, al llegar a Uripa, se divisaron tropas españolas en las alturas de Boimbón. Una compañía de *Húsares de Colombia*, y la primera de *Rifles* con el señor coronel Silva, se destinaron a reconocer estas fuerzas, que, constando de tres compañías de cazadores, fueron desalojadas y obligadas a repasar el río de Pampas, donde se encontró a todo el ejército real, que había cortado perfecta y completamente nuestras comunicaciones, situándose a la espalda.

Siendo difícil pasar el río e imposible forzar las posiciones enemigas, nuestro ejército quedó en Uripa y los españoles en Concepción, estando a la vista. El 21, 22 y 23 el encuentro de las descubiertas nos fué siempre ventajoso. El

24 los enemigos levantaron su campo en marcha hacia Vilcas-Huaman, y nuestro ejército vino sobre las alturas de Bombón hasta el 30, que, sabiéndose que los enemigos venían por la noche a la derecha del Pampas, por Uchabambas, a flanquear nuestras posiciones, me trasladé a la izquierda del río para cubrir nuestra retaguardia.

Los españoles, al sentir este movimiento, repasaron rápidamente la izquierda del Pampas; pero nuestros cuerpos acababan de llegar a Matará, en la mañana del 2, cuando el español se avistó sobre las alturas. Aunque nuestra posición era mala, presentamos la batalla; pero fue excusada por el enemigo, situándose en unas breñas no sólo inatacables, sino inaccesibles; el 3 el enemigo hizo un movimiento indicando el combate, y se le presentó la batalla; pero dirigiéndose sobre las inmensas alturas de la derecha, amenazaba tomar nuestra retaguardia. Antes había sido indiferente al ejército dejar al enemigo a nuestra espalda; pero la posición de Matará, después de ser mala, carecía de recursos, y era por tanto necesario seguir la retirada a Tambo Cangallo.

Nuestra marcha se rompió muy oportunamente para salvar la difícil quebrada de Corpahuaico antes que llegase el cuerpo del ejército enemigo; mas éste había adelantado, desde muy demañana y encubiertamente, cinco batallones y cuatro escuadrones a ponerse en este paso impenetrable.

Nuestra infantería de vanguardia, con el señor general Córdova, y la del centro con el señor general La Mar, habían pasado la quebrada, cuando esta fuerza enemiga cayó bruscamente sobre los batallones Vargas, Vencedores y Rifles, que cubrían la retaguardia con el señor general Lara; pero los dos primeros pudieron cargarse a la derecha, sirviéndose de sus armas, para abrirse paso, y Rifles, en una posición tan desventajosa, tuvo que sufrir los fuegos de la artillería y el choque de todas las fuerzas; mas, desplegando la serenidad e intrepidez que ha distinguido siempre a este cuerpo, pudo salvarse.

Nuestra caballería, bajo el señor general Miller, pasó por Chonta, protegida por los fuegos de Vargas, aunque siempre muy molestada por la infantería enemiga. Este desgraciado encuentro costó al ejército Libertador más de 300 hombres. Todo nuestro parque, que fue enteramente perdido, y una de nuestras dos piezas de artillería; pero él es el que ha valido al Perú su libertad.

El 4, los enemigos, engreídos de su ventaja, destacaron cinco batallones y seis escuadrones por las alturas de la izquierda a descabezar la quebrada, mostrando querer combatir.

La barranca de la quebrada de Corpahuaico permitía una fuerte defensa; pero el ejército deseaba a cualquier riesgo

aventurar la batalla. Abandonándoles la barranca, me situé en medio de la gran llanura de Tambo Cangallo.

Los españoles, al subir la barranca, marcharon velozmente a los cerros enormes de nuestra derecha, evitando todo encuentro, y esta operación fue un testimonio evidente de que ellos querían maniobrar y no combatir. Este sistema era el único que yo temía, porque los españoles se servían de él con ventaja, conociendo que el valor de sus tropas estaba en los pies, mientras el de las nuestras se hallaba en el corazón.

Crefí, pues, necesario obrar sobre esta persuasión, y en la noche del 4 marchó el ejército al pueblo de Guaichao, pasando la quebrada de Accero, y cambiando así nuestra dirección. El 5 en la tarde se continuó la marcha a Acos-Vinchos, y los enemigos a Tambillo, hallándose siempre a la vista.

El 6 estuvimos en el pueblo de Quinua: los españoles, por una fuerte marcha a la izquierda, se colocaron a nuestra espalda en las formidables alturas de Pacaicasa. Ellos siguieron el 7 por la impenetrable quebrada de Huamanguilla, y al día siguiente a los elevados cerros de nuestra derecha, mientras nosotros estábamos en reposo. El 8 en la tarde quedaron situados en las alturas de Condorcunca a tiro de cañón de nuestro campo; algunas guerrillas que bajaron se batieron esa tarde y la artillería cruzó sus fuegos.

La aurora del día 9 vió estos dos ejércitos disponerse para decidir los destinos de una nación.

Nuestra línea formaba un ángulo: la derecha, compuesta por los batallones **Bogotá**, **Voltijeros**, **Pichincha** y **Caracas**, al mando del señor general Córdova. La izquierda, de los batallones 1º, 2º y 3º y **Legión Peruana**, bajo el muy ilustre señor general La Mar. El centro, los **Granaderos** y **Húsares de Colombia**, con el señor general Miller; y en reserva, los batallones **Rifles**, **Vencedor** y **Vargas**, al mando del señor general Lara.

Al reconocer los cuerpos, recordando a cada uno sus triunfos; su gloria, su honor y su patria, los vivas al Libertador y a la República resonaban por todas partes. Jamás el entusiasmo se mostró con más orgullo en la frente de los guerreros.

Los españoles, a su vez, dominando perfectamente la pequeña llanura de Ayacucho, y con fuerzas casi dobles, creían cierta su victoria. Nuestra posición, aunque dominada, tenía seguros sus flancos por unas barrancas, y por su frente no podía obrar la caballería enemiga de un modo uniforme y completo.

La mayor parte de la mañana fue empleada sólo con fuego de artillería y de los cazadores: a las diez del día, los enemigos situaban al pié de la altura cinco piezas de batalla,

arreglando también sus masas al tiempo que estaba yo revisando la línea de nuestros tiradores. Dí a éstos la orden de forzar la posición en que colocaban la artillería, y fue ya la señal del combate.

Los españoles bajaron velozmente sus columnas, pasando las quebradas de nuestra izquierda los batallones **Cantabria**, **Centro**, **Castro 1º Imperial** y dos escuadrones de **Húsares** con una batería de 6 piezas, forzando demasadamente su ataque por esa parte.

Sobre el centro formaban los batallones **Burgos**, **Infante**, **Victoria**, **Guías** y **2º del Primer Regimiento**, apoyando la izquierda de éste con los tres escuadrones de **La Unión**: el de **San Carlos**, los cuatro de los **Granaderos de la Guardia**, y las cinco piezas de artillería ya situadas, y en la altura de nuestra izquierda, los batallones **1º** y **2º de Girona**, **2º Imperial**, **1º del Regimiento**, el de **Fernandinos** y el escuadrón de **Alabarderos del virrey**.

Observando que las masas del centro no estaban en orden aún, y que el ataque de la izquierda se hallaba demasiado comprometido, mandé al señor general Córdova que lo cargase rápidamente con sus columnas, protegido por la caballería del señor general Miller, reforzando a un tiempo al señor general La Mar, con el batallón **Vencedor**, y sucesivamente con **Vargas**.

Rifles quedaba en reserva para rehacer el combate donde fuera menester, y el señor general Lara recorría sus cuerpos en todas partes.

Nuestra masa de la derecha marchó, armas a discreción, hasta cien pasos de las columnas enemigas, en que, cargadas por ocho escuadrones españoles, rompieron el fuego: rechazarlos y despedazarlos con nuestra soberbia caballería, fue obra de un momento. La infantería continuó inalterablemente su carga y todo plegó a su frente.

Entre tanto, los enemigos, penetrando por nuestra izquierda, amenazaban la derecha del señor general La Mar, y se interponían entre éste y el señor general Córdova, con dos batallones en masa; pero llegando en oportunidad, **Vargas** al frente, y ejecutando bizarramente los **Húsares de Junín** la orden de cargar por los flancos de estos batallones, quedaron disueltos.

Vencedor y los batallones **1º**, **2º** y **3º** y **Legión Peruana** marcharon audazmente sobre los otros cuerpos de la derecha enemiga, que reuniéndose tras las barrancas presentaban nuevas resistencias; pero reunidas las fuerzas de nuestra izquierda, y precipitados a la carga, la derrota fue completa y absoluta.

El señor general Córdova trepaba con sus cuerpos la for-

midable altura de Condorcunca, donde se tomó prisionero al virrey La Serna; el señor general La Mar salvaba en la persecución las difíciles quebradas de su flanco, y el señor general Lara, marchando sobre el centro, aseguraba el éxito.

Los cuerpos del señor general Córdova, fatigados del ataque, tuvieron la orden de retirarse, y fue sucedido por el señor general Lara, que debía reunirse en la persecución al señor general La Mar en los altos de Tambo.

Nuestros despojos eran ya más de mil prisioneros, entre ellos sesenta jefes y oficiales, catorce piezas de artillería, dos mil quinientos fusiles, muchos artículos de guerra, y perseguidos y cortados los enemigos en todas direcciones, cuando el general Canterac, comandante en jefe del ejército español, acompañado del general La Mar, se me presentó a pedir una capitulación.

Aunque la posición del enemigo podía reducirlo a una entrega discrecional, creí digno de la generosidad americana conceder algunos honores a los rendidos, que vencieron catorce años en el Perú, y la estipulación fue ajustada sobre el campo de batalla en los términos que verá U.S. por el tratado adjunto. Por él se han entregado todos los restos del ejército español, todo el territorio del Perú ocupado por sus armas, todas las guarniciones, los parques, almacenes militares y la plaza del Callao con sus existencias.

Se hallaban, por consecuencia, en este momento en poder del ejército libertador los tenientes generales La Serna y Canterac, los mariscales Valdez, Carratalá, Monet y Villalobos, los generales de brigada Bedoya, Ferraz, Camba, Somocursio, Cacho, Atero, Landázuri, Vigil, Pardo y Tur, con dieciséis coroneles, sesenta y ocho tenientes coroneles, cuatrocientos ochenta y cuatro mayores y oficiales. Más de dos mil prisioneros de tropa. Inmensa cantidad de fusiles, todas las cajas de guerra, guarniciones y cuantos elementos militares poseían. Mil ochocientos cadáveres y setecientos heridos han sido, en la batalla de Ayacucho las víctimas de la obstinación y de la temeridad españolas.

Nuestra pérdida es de trescientos diez muertos y seiscientos nueve heridos:

Entre los primeros, el mayor Duxbury, de Rifles; el capitán Urquiola, de Húsares de Colombia; los tenientes Oliva, de Granaderos de Colombia; Colmenares y Ramírez, de Rifles; Bonilla, de Bogotá; Sevilla, de Vencedor; y Prieto y Ramonet, de Piehíncha.

Entre los segundos, el bravo coronel Silva, de Húsares de Colombia, que recibió tres lanzazos, cargando con extraordinaria audacia a la cabeza de su regimiento; el coronel Luque, que al frente del batallón Vencedor, entró a filas espa-

ñolas; el comandante León, del batallón **Caracas**, que con su cuerpo marchó sobre una batería enemiga; el comandante Blanco, del 2º de **Húsares de Junín**, que se distinguió particularmente; el señor coronel Leal, contuso, que a la cabeza de **Pichincha**, no sólo resistió las columnas de caballería enemiga, sino que las carga con su cuerpo; el mayor Torres, de **Voltijeros**; y el mayor Zornosa, de **Bogotá**, cuyos batallones conducidos por sus comandantes Guasch y Galindo, trabajaron con extraordinaria audacia; los capitanes Jiménez, Coquis, Doronsoro, Braun, Gil, Córdova y Ureña; los tenientes Infante, Silva, Suárez, Vallarino, Otálora, French; los subtenientes Galindo, Chabur, Rodríguez, Malavé, Jerán, Pérez, Calle, Marquina y Paredes, de la segunda división de Colombia; los capitanes Landeta, Troyano, Alcalá, Doronsoro, Granados y Miro; los tenientes Pazaga y Ariscum, y el subteniente Savino, de la primera división de Colombia; los tenientes Otálora, Suárez, Ornas, Posadas, Miranda y Montoya; los subtenientes Isa y Alvarado, de la división del Perú; los tenientes coroneles Castilla y Gerardino; tenientes Moreno y Piedrahita, del Estado Mayor. Estos oficiales son muy dignos de una distinción singular.

El batallón Vargas, conducido por su denodado comandante Morán, ha trabajado bizarramente; la **Legión Peruana**, con su coronel Plaza, sostuvo con gallardía su reputación; los batallones 2º y 3º del Perú con sus comandantes González y Benavides, mantuvieron firmes sus puestos contra bruscos ataques; los cazadores del **Número 1º** se singularizaron en la pelea, mientras el cuerpo estaba en reserva.

Los **Húsares de Junín**, conducidos por su comandante Suárez, recordaron su nombre para brillar con un valor especial; los **Granaderos de Colombia**, destrozaron con una carga el famoso Regimiento de la Guardia del Virrey. El Batallón Rifle no entró en combate; escogido para reparar cualquier desgracia, recorría los lugares más urgentes, y su coronel Sanlles los invitaba a vengar la traición con que fue atacado en Corpahuai-co. Todos los cuerpos, en fin, han llenado su deber cuanto podía desearse.

Con satisfacción cumplo con el agradable deber de recomendar a la consideración del Libertador, a la gratitud del Perú y al respeto de todos los valientes de la tierra, la serenidad con que el señor general La Mar ha rechazado todos los ataques a su flanco y aprovechado el instante de decidir la derrota; la bravura con que el señor general Córdova condujo sus cuerpos, y desbarató en un momento el centro y la izquierda enemiga; la infatigable actividad con que el señor general Lara atendía con su reserva a todas partes, y la vigi-

lancia y oportunidad del señor general Miller para las cargas de la caballería.

Como el ejército todo ha combatido con una resolución igual al peso de los intereses que tenía a su cargo, es difícil hacer una relación de los que más han lidiado; pero he prevenido al señor general Gamarra, Jefe de Estado Mayor General, que pase a US. originales las noticias enviadas por los cuerpos. Ninguna recomendación es bastante para significar el mérito de estos bravos.

Según los estados tomados al enemigo, sus fuerzas disponibles en esta jornada eran de 9310 hombres, mientras el ejército libertador formaba 5780.

Los españoles no han sabido qué admirar más, si la intrepidez de nuestras tropas en la batalla, o la sangre fría, la constancia, el orden y el entusiasmo en la retirada, desde las inmediaciones del Cuzco hasta Huamanga, al frente siempre del enemigo, corriendo una extensión de 80 leguas, y presentando frecuentes combates.

La campaña del Perú está terminada; su independencia y la paz de América se han firmado en este campo de batalla. El ejército unido cree que sus trofeos en la victoria de Ayacucho sean una oferta digna de la aceptación del Libertador de Colombia.

Cuartel general en Ayacucho, a 11 de Diciembre de 1824.

Dios guarde a US.—ANTONIO J. DE SUCRE”.

Número de combatientes:

Colombianos	4.500
Peruanos	1.200
Argentinos	80
Son	<u>5.780</u>

Muertos:

Colombianos.—Jefes y oficiales ..	9
-----------------------------------	---

Heridos:

Peruanos.—Jefes y oficiales	18
Colombianos.—Jefes y oficiales ..	40

ENTUSIASMO DEL LIBERTADOR BOLIVAR Y SUS PROCLAMAS AL EJERCITO Y PUEBLO PERUANOS

El Libertador henchido de entusiasmo, orgulloso de la victoria, de su predilecto Teniente, feliz de ver terminada en forma tan brillante la azarosa campaña del Perú y ganada de manera tan absoluta la batalla de Ayacucho, se apresura a felicitar a sus bravos compañeros de armas, lanzando la siguiente proclama, admirable bajo cualquier punto de vista que se le considere y fruto de la más sincera y espontánea manifestación de su espíritu, hacia Sucre y los heroicos soldados del Gran Ejército Libertador del Perú:

I

“¡Soldados! Habéis dado la libertad a la América meridional, y una cuarta parte del mundo es el monumento de vuestra gloria. ¿Dónde no habéis vencido?

“La América del Sur está cubierta con los trofeos de vuestro valor, pero Ayacucho, semejante al Chimborazo, levanta su cabeza erguida sobre todos.

“¡Soldados! Colombia os debe la gloria que nuevamente le dáis. El Perú, vida, libertad y paz. La Plata y Chile también os son deudores de inmensas ventajas. La buena causa, la causa de los derechos del hombre, ha ganado con vuestras armas su terrible contienda contra los opresores. Contemplad, pues, el bien que habéis hecho a la humanidad con vuestros heroicos sacrificios.

“¡Soldados! Recibid la ilimitada gratitud que os tributo a nombre del Perú. Yo os ofrezco igualmente que seréis recompensados como merecéis antes de vol-

veros a vuestra hermosa patria. Mas no... Jamás seréis recompensados dignamente: vuestros servicios no tienen precio.

¡Soldados peruanos! Vuestra patria os contará siempre entre los primeros salvadores del Perú!

¡Soldados colombianos! Centenares de victorias alargan vuestra vida hasta el término del mundo.

II

¡Peruanos! El ejército libertador, a órdenes del intrépido y experto general Sucre, ha terminado la guerra del Perú y aun del Continente Americano, por la más gloriosa victoria de cuantas han obtenido las armas del Nuevo Mundo. Así, el Ejército ha llenado la promesa que a su nombre os hice de completar en este año la libertad del Perú.

¡Peruanos! Es tiempo de que os cumpla la palabra que os di, de arrojar la palma de la dictadura el día mismo en que la victoria decidiese de vuestro destino. El Congreso del Perú será, pues, reunido el 10 de Febrero próximo, aniversario del decreto en que se me confió esta suprema autoridad, que devolveré al Cuerpo Legislativo que me honró con su confianza. Esta no ha sido burlada.

¡Peruanos! El Perú había sufrido grandes desastres militares. Las tropas que le quedaban ocupaban las provincias libres del Norte y hacían la guerra al Congreso; la marina no obedecía al Gobierno; el ex-Presidente Riva Agüero, usurpador, y rebelde traidor a la vez, combatía a su Patria y a sus aliados; los auxiliares de Chile, por el abandono lamentable de nuestra causa, nos privaron de sus tropas, y las de Buenos Aires, sublevándose en el Callao contra sus Jefes, y llamando a los españoles para que ocupasen esta capital, completó la destrucción del Perú. La discordia y la miseria, el descontento y el egoísmo reinaban por todas partes. Ya el Perú no existía; todo estaba disuel-

to. En estas circunstancias, el Congreso me nombró dictador para salvar las reliquias de su esperanza.

"La lealtad, la constancia y el valor del ejército de Colombia lo han hecho todo. Las provincias que estaban por la guerra civil reconocieron al Gobierno legítimo y han prestado inmensos servicios a la patria, y las tropas que las defendían se han cubierto de gloria en los campos de Junín y Ayacucho. Las facciones han desaparecido del ámbito del Perú. Esta capital ha recobrado para siempre su hermosa libertad; la plaza del Callao está sitiada y debe rendirse por capitulación.

"¡Peruanos! La paz ha sucedido a la guerra; la unión, a la discordia; el orden, a la anarquía, y la dicha al infortunio. Pero no olvidéis jamás, os ruego, que a los ínclitos vencedores de Ayacucho lo debéis todo.

"¡Peruanos! El día que se reúna vuestro Congreso será el de mi gloria, el día en que se colmarán los más vehementes deseos de mi ambición.

¡No mandar más!"

EL LIBERTADOR RECOMPENSA AL EJERCITO VICTORIOSO

"Simón Bolívar, Libertador Presidente de la República de Colombia, Encargado del Poder Dictatorial de la del Perú, etc. etc.—CONSIDERANDO:—1° Que el Ejército Unido Libertador, vencedor en Ayacucho, ha dado la Libertad al Perú;—2° Que esta gloriosa **batalla se debe exclusivamente** a la habilidad, valor y heroísmo del General en Jefe Antonio José de Sucre y demás Generales, Jefes, Oficiales y Tropa;—3° Que es deber del Pueblo y de el Gobierno dar un noble testimonio de su rectitud a este glorioso Ejército;—He venido en decretar y DECRETO:—1° El Ejército ven-

cedor en Ayacucho tendrá la denominación de **Libertador del Perú**, y los cuerpos llevarán en sus banderas esta misma inscripción.—2° Los cuerpos que los componen, recibirán el sobrenombre de **glorioso**.—3° Los individuos que los componen, el título de **benemérito en grado eminente**.—4° En el campo de batalla de Ayacucho, se levantará una columna consagrada a la gloria de los vencedores. En la cima de esta columna se colocará el husto del benemérito General Antonio José de Sucre; y en ella se grabarán los nombres de los Generales, Jefes, Oficiales, y Cuerpos, en el orden y preeminencia que les corresponde. La actitud del pueblo y del Gobierno se esforzará en prodigar la riqueza, el gusto y la propiedad en la elección de esta columna.—5° Un cuerpo de los de Colombia y el Perú, tomará el nombre de **Ayacucho**. Una junta compuesta de Generales y Jefes de ambos Ejércitos, presidida por el General en Jefe Antonio José de Sucre, designará los Cuerpos que deben recibir esta gloriosa recompensa.—6° El Ejército vencedor en Ayacucho será inmediatamente ajustado y pagado; teniendo estos gastos la preferencia sobre todos los del Estado, aun cuando para ello tenga la Nación que contraer un nuevo empréstito.—7° Los individuos del Ejército vencedor, llevarán una medalla al pecho, pendiente de una cinta blanca y roja con esta inscripción: **AYACUCHO**.—Los Generales esmaltada en brillantes, los Jefes y Oficiales de oro, y la tropa de plata.—8° Los padres, mujeres e hijos de los muertos en Ayacucho gozaran el sueldo íntegro que correspondía a sus hijos, esposos y padres cuando vivían.—9° Los inválidos recibirán la misma recompensa de la anterior y además serán preferidos para los empleos civiles según sus aptitudes.—10° Se nombra al General Antonio José de Sucre, Gran Mariscal, con el sobrenombre de **General Libertador del Perú**.—11° El Gobierno del Perú se encarga de interponer su mediación con el de Colombia, a fin de que se sirva prestar su consentimiento, para el efecto de las recompensas que declara este decreto al Ejército de Colombia. — 12° El Ministerio del Estado en los

Departamentos de Guerra y Marina; quedá encargado de la ejecución de este Decreto. — Imprímase, publíquese y circúlese. — Dado en el Palacio Dictatorial de Lima, a 27 de Diciembre de 1824. — **Simón Bolívar**".

DECRETO DE RECOMPENSAS A LOS VENCEDORES DE JUNIN Y AYACUCHO

El Senado y Cámara de Representantes de la República de Colombia, reunidos en Congreso.

Informados del glorioso éxito que ha obtenido el ejército libertador del Perú, dirigido por el **Libertador** Presidente de Colombia en las batallas memorables de Junín y Ayacucho en los días 6 de agosto y 9 de diciembre de 1824, en las cuales se ha acreditado el ejército de Colombia auxiliar del Perú, mandado por el intrépido y experto general Antonio José **Sucre**, que era digno de la confianza que de él hizo la nación, encargándole la defensa y protección de sus hermanos del Perú;

y Considerando:

1° Que este gran resultado que asegura para siempre la libertad de la América meridional y la gloriosa reputación de las armas de Colombia, es debida al genio del **Libertador** Presidente **Simón Bolívar**:

2° Que la lealtad, constancia y valor del ejército Colombiano, auxiliar del Perú en esta memorable campaña son un modelo de virtudes militares:

3° Que es un deber del congreso, como órgano de la gratitud nacional, conceder premios y recompensas a los que han hecho grandes servicios a la patria;

Decretan:

Art. 1°—Los honores del trauio al **Libertador Simón Bolívar**, Presidente de Colombia, y al ejército auxiliar colombiano, vencedor en Junín y Ayacucho.

Luego que el **Libertador** Presidente de Colombia regrese con todo o alguna parte del ejército a la Capital provincial de la República, el Poder Ejecutivo designará el día en que deban recibir los honores del triunfo:

Art. 2°—El Poder Ejecutivo a nombre de la nación presentará al **Libertador** Presidente **Simón Bolívar** una medalla de platina de veintiocho líneas de diámetro, que contendrá en el anverso a la victoria coronando al genio de la libertad con una corona de laureles: éste llevará en la mano izquierda las facces colombianas y en rededor de este emblema, la siguiente inscripción **Junín y Ayacucho 6 de agosto y 9 de diciembre de 1824**: en el reverso, una guirnalda formada por una rama de oliva y otra de laurel, y en el centro la siguiente inscripción. **A Simón Bolívar Libertador de Colombia y del Perú, el Congreso de Colombia: año de 1825.**

Art. 3°— El Poder Ejecutivo hará acuñar la misma medalla en plata para distribuirla a las municipalidades de la República, al museo y a las universidades y colegios con el objeto de que se conserve siempre este testimonio auténtico de la gratitud nacional.

Art. 4°—El Poder Ejecutivo a nombre del Congreso presentará al general Antonio José de **Sucre** una espada de oro con la siguiente inscripción. **El Congreso de Colombia al general Antonio José Sucre, vencedor en Ayacucho el año de 1824.**

Art. 5°— Todos los individuos del ejército de Colombia que han hecho la campaña del Perú, serán condecorados con un escudo bordado sobre fondo rojo, de oro para los oficiales y de seda amarilla desde sargento abajo, con esta inscripción: **Junín y Ayacucho en el Perú.**

Art. 6°— Los cuerpos de toda arma de dicho ejér-

cito, añadirán a su denominación la de **vencedor en el Perú.**

Art. 7º— El **Libertador** Presidente **Simón Bolívar**, presentará a nombre del Congreso los sentimientos de gratitud nacional al esforzado batallón Rifles, que antes quiso ser despedazado en su mayor parte que ceder por un momento a la fuerza superior del enemigo el día 8 de diciembre en los campos de Huamanguilla.

Art. 8º— El Poder Ejecutivo señalará un día en el presente año en que será celebrado el triunfo de este ejército en todos los pueblos de la República con todo género de regocijos, y una fiesta religiosa, en que se tributen gracias al Altísimo, por la visible protección que ha dispensado a las armas defensoras de la libertad.

Art. 9º— El Poder Ejecutivo designará también otro día para que en todas las capitales se hagan funciones por los colombianos que murieron en la campaña del Perú.

Art. 10º— También dispondrá que este decreto sea registrado en todas las municipalidades, universidades, colegios, y en las oficinas de los estados mayores departamentales y divisionarios.

Art. 11º— Asimismo librará del tesoro nacional y del fondo que estime conveniente las sumas necesarias para cumplir las disposiciones de este decreto con todo el decoro que corresponde a la dignidad nacional y al mérito eminente de los servidores de la patria que quiere recompensar.

Dado en Bogotá, a 11 de Febrero de 1825.—15º— El presidente del senado.—**Luis A. Baralt.**—El presidente de la cámara de representantes.—**Manuel María Quijano.**—El Secretario del senado.—**Antonio José Caro.**—El diputado secretario.—**Vicente Castillo.**

Palacio de gobierno en Bogotá, a 12 de Febrero de 1825.—15º—Ejecútese.—**Francisco de P. Santander.**—Por S. E. el vicepresidente de la República, encargado del poder ejecutivo.—El secretario de marina y guerra, **Pedro Briceño Méndez.**

PERU

EL CONGRESO CONSTITUYENTE DEL PERU.

Teniendo Presente:

Primero: Que el Senado y Cámara de Representantes de la Nación Colombiana, tuvieron la generosidad de permitir que el Libertador viniese a encargarse de la salvación de su aliada y confederada del Perú, desprendiéndose del héroe que había libertado su patria, y cuya presencia es el consuelo de aquellos pueblos tan celosos de su independencia y libertad;

Segundo: Que a más de este extraordinario beneficio, decretaron poderosos auxilios para hacer la guerra a los enemigos de la libertad peruana.

Ha Resuelto:

Primero: Se vote una acción de gracias al Senado y Cámara de Representantes de Colombia, en señal de reconocimiento a los servicios que ha hecho al Perú, con el permiso que dió al Libertador para que pudiera venir a encargarse de salvarlo y por los auxilios que decretaron con este mismo objeto;

Segundo: Estos sentimientos se transmitirán al Senado y Cámara de Representantes de Colombia, por la comisión que del seno del Congreso va a aquel Estado para los demás fines que ha tenido a bien acordar.

Imprímase, publíquese y circúlese a quienes correspondan.

Dado en la sala del Congreso, en Lima, a diez de febrero de 1825.—6° José María Galdeano, Presidente.
—Joaquín Arrese, Diputado Secretario.—M. Ferrerirós, Diputado Secretario.

El Congreso Constituyente del Perú,

Considerando:

Cuanto debe la república al Libertador Presidente de Colombia, encargado del poder dictatorial, en la grande obra de su total emancipación del yugo colonial;

Ha sancionado

Primero: Que se vote a nombre de la república una acción de gracias a **Simón Bolívar**, padre y salvador del Perú;

Segundo: Que estos sentimientos se presenten al Libertador, por medio de una comisión del seno del Congreso.

Imprimase, publíquese y circúlese.

Dado en la Sala del Congreso, en Lima, a diez de febrero de 1825.—6° **José María Galdeano**, Presidente.—**Joaquín Arresse**, Diputado Secretario.—**M. Ferreiros**, Diputado Secretario.

El Congreso Constituyente del Perú,

Atendiendo:

Primero: A que la existencia y libertad de la república es debida a los heroicos sacrificios del ejército-unido libertador;

Segundo: A que los males de una lucha continuada durante catorce años han acabado para siempre con las memorables jornadas de **Junín y Ayacucho**, por la bravura, moral y disciplina del ejército libertador.

Ha acordado:

Primero: Se vote una acción de gracias al ejército-unido libertador, en testimonio de la señalada gratitud del Congreso a los autores de la libertad peruana;

Segundo: Que estos sentimientos se trasmitan por el órgano de un jefe del Perú, con cuyo único objeto se trasladará, sin demora, hasta el cuartel general.

Imprimase, publíquese y circúlese a quienes correspondan.

Dado en la Sala del Congreso, en Lima, a diez de febrero de 1825.—**José María Galdeano**, Presidente.—**Joaquín Arresse**, Diputado Secretario.—**M. Ferreiros**, Diputado Secretario.

LA GUERRA PERU—COLOMBIANA.—SUS CAUSAS

No es difícil enunciarlas.

El Perú, tratando de justificar su agresión a Bolivia primero, y a Colombia después, adujo varias razones, interpretando y falseando a su sabor ciertos documentos para vindicar una contienda que tenía todo el carácter de una guerra de conquista.

Desde luego, pueden establecerse como causas fundamentales, de índole mediata, que llevaron al Perú a la guerra, las siguientes:

1^a la ambición y el celo de los caudillos peruanos contra los guerreros que fueron libertadores de su patria, en los campos de Junín y de Ayacucho;

2^a la fundación de Bolivia en forma independiente, contra las aspiraciones del Perú, que deseaba que se le unieran los pueblos del Alto Perú, para formar con ellos una sola nación, y

3^a el deseo determinado y concreto, especialmente de parte del General La Mar, de segregar e incorporar al Perú el Ecuador Meridional.

El General La Mar había nacido en Cuenca, y para conservarse en el cargo de Presidente del Perú, le era indispensable ser peruano de nacimiento, y creyó fácil llenar tal formalidad legal, extendiendo, como consecuencia de una guerra, las fronteras de la nación que gobernaba, hasta el Juanambú colombiano.

Aquello de que Bolívar pretendiera coronarse Emperador; el argumento alegado de que la Gran Colombia constituyera una amenaza para la existencia independiente del Perú y de Bolivia; el de que la patria del Libertador tratara de unirse con los bolivianos para aplastar al Perú; aquello de que Co-

lombia se preparaba para declarar la guerra al Gobierno de La Mar, y otras argumentaciones de la misma índole que trataba de hacerlas valer el Perú a su favor, fueron fútiles, inciertas, y, por lo mismo, imposibles de ser comprobadas.

Además, los hechos las desmintieron por completo, y hoy, todas esas argucias han quedado desvirtuadas al descubrirse, con el transcurso del tiempo, los documentos que prueban las verdaderas causas de aquella guerra, injustificable por todos los siglos, causas que son de acusación positiva para los gobernantes de la nación peruana.

Ni Bolívar pensó jamás en convertirse en un César o en un Napoleón, ni en imitar a Iturbide, como él lo dijo, ni pensó jamás en oprimir, ni mucho menos en subyugar al Perú, nación a la cual había libertado, ni tampoco en dominar a Bolivia, cuyos pueblos le llamaron a su seno, se honraron con su nombre, eligiéndole Presidente vitalicio, cargo que lo renunció lealmente.

Bolívar tuvo, en cambio, que defender a Colombia de los ataques peruanos; debió contestar los retos que se le lanzaron, con altivez y dignidad; hubo de recordar los beneficios concedidos al Perú, en las horas de duras pruebas para esa nación; reclamar el pago de las deudas contraídas por servicios prestados a ese país, aplastar la anarquía reinante, y sobre todo, defender la integridad territorial de su patria la Gran Colombia, a la cual se debía por entero, y de la que, llevando sus banderas, había recorrido una buena porción de América, destruyendo el poder colonial, y creando pueblos libres y soberanos.

Aquí nos es indispensable enunciar algunas otras causas tales como aquella de que una vez que las tropas vencedoras en Ayacucho pasaron el Desaguadero y se fundó Bolivia, el Perú siguió de cerca los pasos del General Sucre, y una vez que se constituyó esa República en Independiente, el Perú, sin respeto alguno a la fe jurada y a sus libertadores, inició su labor, franca y abierta, para destruir a esa República naciente, pretendiendo crear una gran entidad política compuesta de lo que antes habían sido los pueblos del Alto y del Bajo Perú. Como ese proyecto fracasara, el Perú trató de federar las dos naciones, y como también esa aspiración se esfumara, procedió a inocular el germen de la insurrección en las tropas que guarnecían Bolivia, sembrando la desconfianza en sus pueblos respecto de Sucre, sin detenerse en su camino nefando, hasta llegar a invadir el suelo boliviano en la más inaudita e incalificable transgresión de los dictados del Derecho Internacional; y como ni por convicción, ni por cohecho, ni por el uso de la fuerza pudo realizar sus fines proditorios, aprovechándose de que ocupaba

por la fuerza esa nación, impuso la salida del país de su Presidente que lo era el invicto Mariscal Sucre, y junto con él la de las tropas auxiliares colombianas, tropas a las que se les negó el derecho de embarque por sus puertos y el de pasar por su territorio, siendo así que pocos meses antes lo habían libertado, empapando con su sangre las tierras peruanas, por las que se les negaba ahora el paso para el regreso a su Patria.

El Libertador, cuando ya consideró que la declaración de guerra por parte del Perú era cosa evidente, y de la que no podía dudarse, hizo publicar un manifiesto con exposición de los principales agravios, entre los que constan, además de las causas que ya hemos enunciado, las siguientes, que podemos calificarlas de razones inmediatas:

1^a deslealtad de los gobernantes y políticos del Perú que corrompieron, inclinándole a la traición, al Comandante Antonio Bustamante, instrumento éste de que se sirvieron para insurreccionar a la División Auxiliar colombiana que se encontraba en Lima, contra el Gobierno de su patria, la Gran Colombia;

2^a insurreccionadas las tropas colombianas, se las embarca secretamente con dirección al sur o sea a nuestras costas, después de proporcionar a las tropas rebeldes todo recurso, y trazándoles como programa el de revolucionar los Departamentos del Ecuador, para que se declararan en hostilidades contra las tropas de Bolívar; pues eran deseos manifiestos del Perú que Colombia se encontrase debilitada por la revolución, para obtener en el norte el ensanchamiento de fronteras que no había sido posible alcanzar en el Sur;

3^a ingerencia en las contiendas domésticas, pues La Mar, en su manifiesto de guerra, establece como causa máxima la de que Bolívar ambicionaba perpetuarse en el poder. Bajo este pretexto procedió luego el Gobierno peruano a entablar comunicaciones con Obando, Jefe de una revolución interna en el Sur de la Nueva Granada;

4^a intención manifiesta y debidamente comprobada de apoderarse del Ecuador Meridional, o sea de los Tres Departamentos del Sur, y en último caso, por lo menos, del de Guayaquil;

5^a la forma indigna con que se despidió al Representante de Colombia, señor Armero, que residía en Lima, por haber reclamado el embarque de las tropas colombianas, no sólo sin conocimiento de dicho diplomático, sino también del Gobierno de Colombia;

6^a el placer, el alborozo, con que el Gobierno del Perú acogió a los colombianos traidores que fueron a refugiarse en esa república, después de que la División que se insurrec-

cionó en Lima, reconoció su error, y volvió a las banderas leales;

7ª violencias peruanas ejercidas con el Comandante Marquez, portador de algunos pliegos reservados al Gobierno de Bolivia;

8ª captura y prisión del Capitán colombiano Machuca, que llevaba la espada que el Congreso peruano había obsequiado al Gran Mariscal de Ayacucho;

9ª engaño con que procediera el Gobierno del Perú a acreditar ante el Gobierno de Colombia, al Agente Diplomático señor Villa, con el pretexto de que dé satisfacciones, sin conferirle para ello los poderes respectivos, y antes por el contrario, proveyéndole de instrucciones reservadas para que conspire contra el Gobierno de Bolívar;

10ª retención arbitraria de las provincias orientales de Jaén y Mainas, que correspondían a Colombia, de acuerdo con las cédulas españolas;

11ª la negativa para el tránsito por el territorio peruano de las tropas colombianas que regresaban de Bolivia con dirección a su patria;

12ª negativa del empleo de sus puertos para el embarque de esas mismas tropas;

13ª seducción empleada por los jefes peruanos para los motines ocurridos en Bolivia;

14ª invasión injustificada del territorio de Bolivia nación amiga y aliada de Colombia;

15ª su actitud de franca enemistad contra el General Sucre y las tropas colombianas;

16ª desconocimiento de tratados públicos sobre auxilios de guerra y preparativos que públicamente se hacían en el Perú contra Colombia, movilizandoy concentrando tropas en las propias fronteras, sin motivo ni explicación alguna que hubieran podido justificar tal actitud;

17ª bloqueo de los puertos de la costa del Ecuador por la escuadra peruana;

18ª hostilidades y atropellos en la frontera del Ecuador, de parte del Perú, como los de Zapotillo, que fueron un asalto armado a dicho pueblo antes de la declaración de guerra.

El General La Mar, a su vez, trató de argumentar a su favor alegando lo que ya dijimos, es decir, que Bolívar ambicionaba perpetuarse en el poder. Dijo también que las tropas peruanas invadieron Bolivia porque fueron llamadas para que librasen a esa nación de la tiranía del Gobierno de Sucre, y luego expuso que al Ministro Villa, representante del Perú, se le había exi-

gido por el Gobierno de Colombia ciertas explicaciones antes de recibirlo y reconocerlo en su alta situación diplomática. Luego La Mar expuso también como causa de la guerra, una proclama del General Flores publicada como una protesta, cuando las tropas peruanas habían hollado el sagrado territorio ecuatoriano.

Ni siquiera estas afirmaciones las apoyó en documento alguno, como para comprobar ante la historia, el procedimiento, injustificable del Perú con Bolivia y con Colombia.

De parte de quién estuvo pues la justicia? Quién provocó esa guerra usando de todos los medios por vedados que fueran? La respuesta es clara, el Perú y sólo el Perú.

Y en efecto, fue el General Antonio Gutiérrez de la Fuente, quien al asumir la Presidencia de la República del Perú, una vez destituido de su cargo el General La Mar y con miras de restablecer la paz, justificó a Colombia, calificando la guerra que le hizo el Perú, de INSENSATA Y FRATRICIDA, y provocada artificialmente con depravados designios.

Iniciación de las hostilidades

**Combate naval.—Triunfo de los buques colombianos.—
Guayaquil rechaza heroicamente los ataques
de la escuadra peruana.**

Las hostilidades se iniciaron en el mar. Habíamos dicho ya que desde el mes de Agosto, la corbeta peruana "Libertad" practicaba, sin disimulo alguno, un riguroso bloqueo en el Golfo de Guayaquil, a pesar de que la guerra no se había declarado.

La costa colombiana del Pacífico estaba poco menos que indefensa, y, en particular, la rica, hermosa y floreciente ciudad de Guayaquil, asiento de los viejos astilleros peninsulares y uno de los objetivos geográficos de la guerra del Perú, se encontraba realmente a

merced de una escuadra cualquiera que quisiera atacarla.

En las aguas del río Guayas no habían sino dos viejas goletas en estado de desarme, a las que los peruanos las creían imposibilitadas para avistarse con su escuadra que constaba entonces de varios buques de considerable tonelaje, bien armados y servidos por una tripulación veterana, ya que el Perú, para formar su escuadra, había provocado la deserción y el cohecho de los viejos marinos que habían servido en la escuadra chilena que se immortalizó en los mares americanos, al servicio de la libertad, a órdenes de Lord Cochrane.

Y, sin embargo, era indispensable para Colombia que cesara en sus mares la humillante situación creada por el bloqueo de la "Libertad" en sus aguas territoriales, cuya libre navegación estorbaba aquella corbeta, violando todos los fueros del Derecho Internacional, causando, no sólo daños materiales, sino atropellando, lo que era más, el decoro y la soberanía colombianas. El Gobierno del Perú sabía muy bien que Colombia contaba con naves de primer orden, como eran las fragatas "Colombia" y "Cundinamarca", las que se hallaban en el Atlántico, y que, por lo mismo, para llegar al Golfo de Guayaquil, amenazado por el Perú, habrían tenido que atravesar el Estrecho de Magallanes y cruzar gran parte del Pacífico, pues aún estaba lejano el día que la gran nación americana del Norte, Estados Unidos, constituyera el Canal de Panamá, emporio de riquezas y lazo de unión y armonía entre las dos Américas.

El Perú sabía, igualmente, que la escuadra colombiana del Pacífico, tenía sus naves de combate recorriendo las costa venezolanas amenazadas constantemente por la marina española y de toda esa situación se había aprovechado para movilizar, desde el puerto del Callao, base de sus operaciones, todas sus naves contra las indefensas costas y poblaciones ecuatorianas.

Y, apesar de todo ello, cuando el General Juan José Flores, Comandante en Jefe del Departamento del Ecuador, que se hallaba en Cuenca, recibió el parte del General Illingworth, Comandante del Apostadero de

Guayaquil, sobre las correrías de la corbeta "**Libertad**", no trepidó en disponer que dicho Comandante armase las dos débiles goletas llamadas la "**Pichincha**" y la "**Guayaquileña**", que se hallaban en el Guayas, y que se hiciesen al mar para exigir explicaciones a aquel navío peruano.

El patriota General Illingworth acogió la orden sin discutirla, disponiendo que el Capitán de Navío Tomás C. Wriqth, tomara el mando de la "**Guayaquileña**" y el Comandante Taylor el de la "**Pichincha**" y que zarparan a cumplir esas órdenes el 26 de Agosto.

La corbeta "**Libertad**" fue avistada el día 31, fondeada en la punta Malpelo, a inmediaciones de Tumbéz.

La falta de viento le dió campo para retirarse, pero una vez que corrió brisa, el Comandante de la "**Guayaquileña**", después de ordenar que la corbeta "**Pichincha**" le siguiera de cerca, avanzó en persecución de la "**Libertad**", convencido de que, en caso de lucha, siempre habría tiempo de que llegara la "**Pichincha**" para compensar así la inferioridad de nuestras naves en relación con la peruana.

El Jefe de la "**Guayaquileña**", al acercarse a la corbeta peruana en demanda de explicaciones y no en actitud ofensiva, observó, sin embargo, que la "**Libertad**" se preparaba activamente para combatir. A pesar de ello, se le acercó a unos doscientos metros de distancia, pidiendo a la vez al Comandante de la nave peruana, que explicase la causa por la que verificaba el bloqueo, recibiendo, como única respuesta, una andanada de cañonazos.

En 5 minutos, dice el heroico Comandante Wriqth los dos buques estaban amarrados ametrallándose sin tregua. Desgraciadamente, la "**Pichincha**" no llegó a tiempo por falta de brisa. En el momento en que el Comandante de la "**Guayaquileña**" ordenaba el abordaje para completar la destrucción de la "**Libertad**", cuya tripulación había sido casi totalmente batida, dióse cuenta, por desgracia, que se incendiaba también la "**Guayaquileña**", por lo que se vió obligado a ordenar desprenderse, circunstancia de la que apro-

vechó la nave peruana para retirarse, poco menos que inutilizada.

La corbeta "**Libertad**", montaba 22 cañones de a 24. La corbeta "**Guayaquileña**" estaba provista de solo 12 piezas de a 12.

En tan desigual combate, el honor colombiano quedó a salvo con triunfo tan resonante.

Desgraciadamente, la falta de escuadra para defender el Golfo de Guayaquil, y la de un sistema fortificado que defendiera la ciudad, iban a ser causa de que el Perú se apresurara a atacar con toda su escuadra a una ciudad indefensa y abierta, la que sabría eso sí, quemar el último cartucho defendiendo su pabellón y su honor cívico, por muchos que fuesen los daños que su actitud pudiera ocasionarle.

El 22 de Noviembre de 1828, la escuadra peruana, obedeciendo las órdenes del Almirante Guisse, se presentó, intempestivamente, a las 4 y $\frac{1}{2}$ de la tarde, frente a Guayaquil, abriendo sus fuegos contra las fuerzas sutiles, la "**Guayaquileña**" y los distintos puestos militares que apresuradamente iban organizándose en defensa de la ciudad. La escuadra peruana se componía de la fragata "**Protector**", de la corbeta "**Libertad**", de la goleta "**Arequipense**", del bergantín "**Congreso**", del bergantín "**La Peruviana**" y ocho lanchas cañoneras. La batería de "**Las Cruces**", que estaba defendida por 16 artilleros, había sido batida por sorpresa, lo que facilitó el avance de la escuadra.

Guayaquil no tenía medios suficientes para su defensa. Su guarnición se componía de 150 hombres del Batallón Caracas, dos compañías del Ayacucho y un contingente del Batallón Girardot, mal equipado. Pero, el pueblo del 9 de Octubre de 1820, no podía mirar con indiferencia el ataque a su ciudad querida e inmediatamente se agrupó al rededor de las fuerzas, se embarcó en cuantas lanchas le fue posible utilizar, y armandose como pudo, procedió con arrojo espartano a repeler la inaudita agresión. La escuadra silenció sus fuegos a las 7 $\frac{1}{2}$ de la noche del día 22, para reabrirlos el 23 y el 24. El día 23 se sucedió el combate sin in-

terrupción. Las tropas y el pueblo guayaquileño resistieron heroicamente, y una batería organizada en la Planchada y algunas lanchas cañoneras improvisadas, tripuladas por ecuatorianos, continuaron luchando por 48 horas con la escuadrilla enemiga. Además, dos compañías del Caracas, desplegadas en guerrilla y cuatro cañones colocados en las bocacalles por el Coronel O' Leary, sostuvieron los fuegos, rechazando con singular éxito toda tentativa de desembarco de parte de las lanchas cañoneras peruanas. La noche del 23, el Almirante Guisse ordenó la retirada de su escuadra para esperar mejor ocasión. Como en la madrugada del 24 se varara la corbeta "**Protector**", los soldados y ciudadanos que defendían Guayaquil, improvisando un terraplén semicircular, montaron un cañón de a 24, rompiendo su fuego a las 6 de la mañana contra dicha nave, a la vez que numerosas y pequeñas embarcaciones, comandadas por el Tte. Francisco Calderón, caían sobre ella, dejándole apenas tiempo para que pudiera escapar. El cañón era manejado por el señor Coronel Juan Ignacio Pareja.

Al medio día del 24 llegó el Batallón Cauca que se encontraba en Samborondón, como refuerzo de la plaza.

En la tarde del mismo día 24, el Vicealmirante Guisse, que había sido herido mortalmente, falleció, siendo de sentirse que un Capitán tan distinguido y que había prestado servicios destacados a la causa americana, hubiera sido víctima de su propio orgullo y de su resentimiento para con el Libertador, circunstancia que le llevó a ser instrumento del partido peruano.

La escuadra, desorientada con la muerte de su Comandante, fue a parar en Punta de Piedra, en donde tomó el mando don José Boterín, un vulgar desertor de la marina de Colombia.

Mas, a pesar de todos aquellos triunfos sobre las naves peruanas, la situación de Guayaquil no era favorable, pues, en la defensa realizada hasta entonces, en tres días de lucha, se habían agotado las municiones y además, no podía esperar auxilio ni de los departamentos del Ecuador, amargados por la invasión peruana te-

rrestre, ni mucho menos de parte del Libertador Bolívar, que se encontraba detenido ante Popayán.

Por otro lado, los jefes y oficiales colombianos, que traicionaron a la causa de su patria, cuando la insurrección de la División auxiliar en Lima y que se hallaban a bordo de las naves peruanas, conocedores como eran del río Guayas, y de sus afluentes, de sus enrucijadas, y de las poblaciones costaneras, guiaban la escuadra sin mayores peligros. Dichos oficiales lograron también influenciar en los habitantes de los pueblos de la costa para sublevarlos a su favor, organizando así un verdadero bloqueo, ya que, colocados en Daule o en Santa Elena y en otros lugares que surtían de víveres a Guayaquil, éstos no llegaban, amargando con ello a la población prócera.

Con todo, el General Illingworth continuaba sosteniéndose y negándose a toda capitulación, a pesar de las gravísimas circunstancias que le rodeaban, y así hubiera seguido por mucho tiempo si no le hubieran llegado varias órdenes impartidas por el General Flores, en que le pedía urgentemente hiciera marchar al Azuay a los Batallones Caracas y Cauca, y aún al Escuadrón de Caballería, para que fueran a incorporarse con el Ejército que debía enfrentarse contra las poderosas divisiones del General La Mar.

Obligado por su situación desfavorable el General Illingworth entró en conversaciones con el jefe de la escuadra peruana, llegando a formular una capitulación condicional que la suscribió el 19 de enero de 1829. Aquella capitulación que, ante todo, era una tregua entre los beligerantes, consideraba la situación en que quedaría la ciudad de Guayaquil, que debería ser regida por un Gobierno Municipal, con la vigencia de las Leyes Colombianas y otras condiciones de crédito de deudas contraídas y de garantías para ciudadanos del Perú o de Colombia.

Según el arreglo realizado, la guarnición desocuparía Guayaquil, si en el plazo de diez días no se tenían noticias de las batallas que estaban al darse entre los ejércitos que operaban en tierra, o bien, si en el

curso de esos mismos días se tenía noticias de una derrota del ejército de Colombia, también se desocuparía la plaza, antes de los diez días citados, caso en el cual cañones y fusiles quedarían en depósito, con la condición de que no serían empleados contra Colombia.

Pesó en su conciencia, mientras vivió el General Illingworth aquella capitulación, de la que se lamentaba constantemente, y la que fue desaprobada por el Libertador cuando la conoció. El General Illingworth, para justificar su conducta, pidió ser juzgado y tanto el Tribunal que conoció del juicio, como la opinión pública, le vindicaron por siempre. Y así su memoria se ha conservado grata para los ecuatorianos.

*

* *

Operaciones terrestres.—El General La Mar invade el territorio ecuatoriano.— Movilización y concentración de las tropas del Ecuador.—El General Sucre Director de la Guerra

El 11 de Noviembre, después de haber reunido en Tambo Grande todos los elementos necesarios para la guerra, el General José Domingo Mercedes La Mar, Presidente del Perú, General en Jefe, dispuso el movimiento de un Batallón de Infantería sobre Ayabaca, pueblo de la frontera; y, el 23 del mismo mes, una partida de observación compuesta de 35 hombres de caballería, penetraba en territorio ecuatoriano. El 1° de Diciembre, esta fuerza llegó al pueblo de Sozoranga, en donde hizo algunos prisioneros de una pequeña guarnición perteneciente al Batallón Cedeño.

El mismo día 1° de Diciembre, el General de Brigada, José María Plaza, ocupaba con la División de su mando la frontera entre las dos naciones, siguiéndole en escalones los demás cuerpos de Infantería del Ejército del Perú.

La invasión se verificó siguiendo este itinerario:

Suliana, Tambo Grande, Chulucana, Morrompán, Salitral, Serrán, San Antonio, Guancabamba, Cordillera de Chulucana, Olleros, Ayabaca, Calvas, Amaluza, Chiriacó, Gonzomán, Río Chinguilamaca, Malacatos, Cajanuma y Loja.

La ciudad de Loja fue ocupada por la invasión desde el 19 de Diciembre y por ello, aquella ciudad, vanguardia de nuestra patria, de legendarios prestigios, iba a verse sometida a los grandes infortunios causados por la presencia de tropas extranjeras en el suelo que por ellas se lo consideraba ya conquistado.

Hasta entonces, el ejército peruano había recorrido quinientos kilómetros en treinta y ocho días, o sean, más o menos, quince kilómetros por jornada diaria.

La vía que eligió el General La Mar para la invasión era muy difícil por su enorme extensión y lo quebrado de su suelo pero, en cambio, ofrecía recursos y contaba con algunas poblaciones de bastante importancia.

El General La Mar se movilizó desde Tambo Grande con las siguientes Unidades: cinco Batallones de Infantería, dos Escuadrones de Caballería y una Brigada de Artillería. Esas fuerzas sumaban, al pasar la frontera, cuatro mil hombres los que iban seguidos de cerca por los cuerpos que mandaba el General Gamarrá, procedente de Bolivia, y que sumaban 3700 plazas.

El espíritu de las tropas peruanas era altamente satisfactorio. Marchaban entusiastas, en la firme convicción de que los pueblos ecuatorianos las recibirían como a sus Libertadores, con los brazos abiertos; opinión que obedecía a la propaganda que al respecto había hecho el Mando peruano: la que en principio podía creerse confirmada por la circunstancia de que, en verdad, ni en Loja ni en los pueblos de la frontera, habían encontrado signo alguno de resistencia. Su confianza en el éxito crecía, pues, a medida que las tropas avanzaban en el territorio hollado, manifestándose constantemente en distintos actos de audacia que demostraban la seguridad de llegar al dominio tranquilo del Ecuador, sin tener que librar combate alguno.

El General La Mar, comandante en Jefe del Ejército del Perú, era un militar prestigioso, de reputación y de fama deslumbradora en su patria adoptiva, el Perú. En Ayacucho había compartido con el General Sucre, las glorias de esa brillante jornada, y como tenía muy buenas relaciones en los Departamentos del Guayas y del Azuay, el primero de los cuales había gobernado, siendo nativo del segundo, el General La Mar y todos los peruanos a sus órdenes, confiaban, en que de un momento a otro, los pueblos ecuatorianos se pronunciarían a su favor.

"En el Boletín peruano N° 1 léense las siguientes frases que demuestran el orgullo y la confianza del Perú en esta guerra:

"Al considerar el lenguaje que constantemente han usado nuestros enemigos, creíamos que no cediesen un palmo de terreno sin combatir; pero hemos visto que nos han dejado ocupar más de 59 leguas sin oponernos ni el menor obstáculo. Hemos atravesado caminos quebradísimos y eminencias casi inaccesibles, que ofrecen las posiciones más ventajosas. En ellas habría sido muy fácil una resistencia vigorosa y molestar a nuestro ejército en su marcha con grandes ventajas. ¿Qué se han hecho, pues, ese valor y esa superioridad tan decantada? Jactancias vanas, que sólo han servido para cubrir de vergüenza a sus autores.

"Es imposible que los esclavos de un tirano; osen medir sus fuerzas con los que defienden la causa de los pueblos. La esclavitud envilece y anonada los corazones, la libertad los ennoblece y los eleva"...

EJERCITO ECUATORIANO: CONCENTRACION

La invasión a nuestro territorio, si se consideran los tiempos y los ejércitos que operaron, realizóse de una manera formidable y, si se quiere, intempestiva. La ciudad de Loja no pudo ser defendida, por lo que el Coronel Acero, Jefe de esa plaza y de todas las tropas

que vigilaban la frontera, debió retirarse hacia Cuenca, obedeciendo instrucciones especiales del General Comandante en Jefe que a la sazón se encontraba en Guayaquil.

La ciudad de Cuenca fue elegida para el cuartel general de las tropas colombianas. Del centro del Departamento del Ecuador, lo mismo que del del norte, marcharon en dirección a la capital azuaya los batallones Yaguachi, Rifles, Caracas, Cauca, Quito, Pichincha, Escuadrón del Istmo y Escuadrones de Húsares, Unidad esta última que, en unión del Pichincha, actuaba sobre Pasto a órdenes del Coronel Héres.

En Guayaquil, como hemos visto, se dejó únicamente al Batallón Ayacucho y a una media brigada de Artillería para defender el Puerto, como lo hicieron esas unidades, cubriéndose de gloria cuando el ataque de la escuadra peruana.

El 27 de enero llegó a Cuenca el General Antonio José de Sucre, Gran Mariscal de Ayacucho, designado por el Libertador Bolívar para Jefe Superior del Sur, con omnímodas facultades. Reconocido el día 28, fue aclamado por sus tropas; pues aquel guerrero llegaba ilustrado por múltiples prestigios de magistrado, de estratega y de político; vencedor en Pichincha y en Ayacucho, gestor admirable de innumerables episodios de la guerra de la libertad, Sucre fue siempre considerado como el Primer Teniente de Bolívar.

Profunda impresión causó en los campamentos peruanos la noticia de que el General Sucre había tomado el mando del ejército ecuatoriano. Desde ese día las operaciones peruanas adolecieron de cierta incoherencia, sus entusiasmos se aplanaron y surgióles la duda sobre la realidad de sus planes e ilusiones de una ocupación amplia y triunfal de todo el territorio del Ecuador, llevados de los cuales habían traspasado las fronteras dos meses antes.

Inclusive los voluntarios que acudieron de las provincias australes a engrosar el ejército de Sucre, éste no llegó nunca a sumar más de 4.000 plazas, que debían enfrentarse con las 8000 del ejército del General

La Mar. Pero el ejército colombiano, si reducido en realidad, estaba compuesto por soldados curtidos en el fuego de los campamentos, hombres que habían recorrido del Orinoco al Potosí en pos de la victoria, arrogantes y triunfadores en cien combates, que se hallaban convencidos de su superioridad sobre las fuerzas peruanas, cuyo valor ya lo habían comprobado en las defecciones durante la Batalla del Pichincha, en su aplastamiento en la Batalla de Ayacucho, en el desastre de Zepita y en múltiples acciones de guerra cuya liquidación a favor de la independencia exigió la sangre y el vigor de las tropas colombianas.

EJERCITO ECUATORIANO: ORGANIZACION

ORDEN GENERAL del Ejército para el 18 de Enero de 1829.

Su Señoría el General en Jefe, en uso de la autorización que le ha conferido el Gobierno, ha tenido a bien dar al Ejército la organización siguiente:

ESTADO MAYOR GENERAL

2º Jefe del Ejército, el señor General Tomás Heres,	por nombramiento del Gobierno.
Jefe del Estado Mayor General, el señor Coronel León de Febres Cordero,	" " "
1er Ayudante General, el señor Coronel Antonio de la Guerra,	" " "
2º Ayudante, 1er. Comandante Federico Valencia,	" " "
Otro Ayudante, 1er. Comandante Antonio Ayaldeburo,	destinado por el Sr. General en Jefe.
2º Ayudante, 1er. Comandante Enrique López,	" " " " "
Otro Ayudante, 1er. Comandante, Juan Bautista Arévalo,	" " " " "
	" " " " "

Otro Ayudante, 1er. Comandante gra-	"	"			
do. Alejandro López,	"	"	"	"	"
2º Comandante Diego Barreiro,	"	"			
	"	"			
Otro Comandante Ayudante José del	"	"			
Carmen López,	"	"	"	"	"
Otro Comandante Ayudante Diego	"	"			
Estés,	"	"	"	"	"
	"	"			
Otro Comandante Ayudante Juan	"	"	"	"	"
González,	"	"			
Otro Capitán Ayudante Lorenzo Fer-	"	"	"	"	"
nández,	"	"			
Otro Capitán Ayudante Cayetano	"	"	"	"	"
Acevedo,	"	"			
Otro Capitán Gabriel Urbina,	"	"	"	"	"
	"	"			
Otro Capitán Gdo. Vicente Anaya,	"	"	"	"	"
	"	"			
Otro Capitán Gdo. Igancio Fernández,	"	"	"	"	"
	"	"			
Escribiente Teniente 2º Salvador Ur-	"	"	"	"	"
tado,	"	"			
Escribiente Teniente 2º José Caffaro,	"	"	"	"	"
	"	"			
Escribiente Subteniente Camilo Vi-	"	"	"	"	"
llamar,	"	"			
Escribiente Subteniente J. C. Espejo,	"	"	"	"	"
	"	"			
Escribiente Subteniente J. M. Ortega,	"	"	"	"	"
	"	"			
Escribiente Subteniente José Anto-	"	"	"	"	"
nió Franco,	"	"			
Escribiente Subteniente Pascual Gue-	"	"	"	"	"
rres,	"	"			
Secretario de S. Señoría el General en Jefe, el 1er. Coman-					
dante Santiago Sodel.					
Secretario de S. Señoría el General en Jefe, el Coronel gra-					
duado Manuel Guerrero.					
Edecán del mismo, el Sr. Comandante Santiago Pacheco.					
Otro del mismo, el 2º Comandante Gdo. Atanasio Pendón.					

Otro del mismo, el Capitán Anselmo Portocarrero.
Edecán de S. Señoría el 2º Jefe, el 2o Comandante Grdo. Orocio Constante.
Comisario Ordenador Francisco Eugenio Tanarís.
Comisario de Guerra Joaquín de Febres Cordero.
Cirujano Mayor Vicente Gudines.
Comandante General de la primera División, el señor General de Brigada Luis Urdaneta.
Comandante General de la 2ª División, el señor General de Brigada Arturo Sandes.
Comandante General de la 3ª División de Reserva, el señor Coronel Antonio Martínez Pallares.
Comandante de la Caballería del Ejército el señor Coronel Felipe Braun.
Jefe de la Brigada de Infantería de la primera División el Sr. Coronel Manuel de León.
Jefe de la Caballería de la misma el Sr. Coronel Florencio Jiménez.
Jefe de la Brigada de Infantería de la 2ª División el Sr. Coronel Ignacio Luque.
Jefe de la Caballería de la misma el Sr. Coronel Mariano Acero.
El Ejército se compone de tres Divisiones.
1ª División Comandante General el señor General de Brigada Luis Urdaneta.
Jefe del E. M. el Sr. Coronel Antonio de la Guerra.
2º Ayudante el Sr. Comandante Enrique López.
Otro Ayudante el Sr. Comandante Antonio Ayaldeburo.
Otro Ayudante el 2º Comandante José del Carmen López.
Escribiente Teniente José Caffaro.
Otro Subteniente José María Espejo.
Comisario de Guerra, Joaquín de Febres Cordero.
Esta División se compone de dos Brigadas, una de Infantería y otra de Caballería: de la primera es Jefe el señor Coronel Manuel de León y la componen los batallones Rifles, Yaguachi y Caracas; de la segunda es Jefe el Sr. Coronel Florencio Jiménez, la componen los escuadrones 2º y 4º de Usares y Cedeño.
2ª División Comandante General, el señor General de Brigada Arturo Sandes.
Jefe de Estado Mayor interino el 1er. Comandante Federico Valencia.
2º Ayudante General, Juan Bautista Arévalo.
Ayudante, 2º Comandante Diego Estés.
Otro Capitán, Gabriel Urbina.
Otro Capitán, Vicente Arteaga.
Comisario de Guerra, José García.

Edecán del señor Comandante Gral. de la primera División, Teniente J. C. Antonio Chiriboga.

Esta División se compone de dos brigadas, una de Infantería y la otro de caballería: de la primera es Jefe el Sr. Comandante Ignacio Luque y la componen los batallones Cauca, Pichincha y Quito; de la 2ª es Jefe el señor Coronel Mariano Acero y la componen los Escuadrones Granaderos, 3ª de Usares y Dragones del Itsmo.

DIVISION DE RESERVA:

Comandante General el Sr. Coronel Antonio Martínez Pallares: esta División se compone de los batallones Girardot y Ayacucho, Brigada de Artillería del Sur y milicias de Infantería y Caballería de la Provincia de Manabí.

1º—El arreglo anterior tendrá efecto en todas sus partes, desde hoy, llenando los puestos de los Sres. Generales y Jefes que se encontraren ausentes, los inmediatos en colocación.

2º—Los cuerpos existentes en el Cuartel general, remitirán a esta Oficina un ordenanza y un corneta o clarín, según las armas.

3º—Los Sres. Jefes de Estado Mayor Divisionario, pasarán también una noticia de los Sres. Jefes de las suyas y de los Jefes, tanto efectivos como graduados, por el orden de su antigüedad: este documento se presentará precisamente mañana a la hora de la Orden General.

4º—Debiendo entenderse desde hoy los cuernos con los Comisarios de Guerra de sus respectivas Divisiones en lo tocante a suministros, éstos lo verificarán con el Comisario Ordenador, quien desde hoy se hará cargo de los caudales, víveres y más que por Tesorería o de otro modo perteneciera al Ejército.

5º—Los vales de raciones para oficiales se traerá a esta Oficina, por los Comisarios de Guerra, para poner-

los el Dase a la hora de la Orden General, y a ésta misma presentarán los Jefes de Estado Mayor Divisio-
nario, las situaciones generales de los cuerpos que es-
tán a su cargo.

* *
*

Reunido el ejército ecuatoriano el día 28 de Ene-
ro de 1829 en las inmediaciones de Cuenca, el General
Sucre procedió a organizarlo en dos divisiones.

La primera compuesta de los Batallones Rifles,
Yaguachi y Caracas y de los Escuadrones Cedeno, Se-
gundo y Cuarto de Húsares, fue puesta a las órdenes
del General de Brigada, don Luis Urdaneta: la segun-
da división fue compuesta de los Batallones Cauca, Pi-
chinchá y Quito, y de los Escuadrones Granaderos de
a caballo, Tercero de Húsares y Dragones del Istmo,
confiándose su mando directo al General de Brigada
don Arturo Sanges.

El General Juan José Flores fué designado Co-
mandante en Jefe de las dos divisiones. A este Gene-
ral, hay que declararlo, se le debía la organización del
Ejército, a la que había procedido con asombrosa e in-
teligente actividad.

EJERCITO PERUANO: ORGANIZACION

El 18 de Enero llegó a Loja el Gran Mariscal Agus-
tín Gamarra, que venía de actuar con su División en
la República de Bolivia, cuando el General Sucre ejer-
ció la Presidencia de esa nación.

El día 25, el General La Mar dió al ejército del
Perú la siguiente organización: el ejército del Perú
formará tres divisiones de Infantería. La primera se
compondrá de los Batallones Primero de Ayacucho y
Nº 8, a órdenes del General José María Plaza; la se-

gunda, de los Batallones Pichincha y Zepita, al Mando del General Blas Cerdeña, y la tercera, del 2º Ayacucho, y del 2º Callao, que mandaría el Coronel José Prieto.

Con el Batallón 1º del Callao y las compañías del Cazadores, del 2º Ayacucho, 2º Callao, Pichincha y Zepita constituyóse un destacamento que fue confiado al Coronel Miguel Benavides.

Los Regimientos de Húsares, y Granaderos quedaron en situación independiente.

Se dispuso, además, que el Tercer Escuadrón del Primeros Húsares y el de Dragones de Arequipa que vinieron del Sur, formasen un Regimiento al mando del Comandante don Manuel Vargas.

Se organizaron también los Estados Mayores Divisionarios y el Batallón N° 9 se redujo sólo a cuadros, para que se formase nuevamente en Lambayeque.

El 23 se dió a reconocer por General en Jefe del Ejército, al Gran Mariscal don Agustín Gamarra, reservándose el General La Mar el mando supremo para la dirección de la guerra.

EJERCITO ECUATORIANO:

OPERACIONES INICIALES

El día 29 de Enero, o sea el siguiente de aquel en que fué reconocido en su calidad de Comandante en Jefe, el General Sucre marchó con la vanguardia del ejército ecuatoriano en busca del enemigo. El 30, todos los cuerpos del ejército siguieron el movimiento hacia Nabón, lugar hasta donde habían llegado las avanzadas peruanas, las que, a la aproximación de las tropas del General Sucre, se retiraron precipitadamente, abandonando parte de sus hospitales, su menaje y varios efectos de guerra, que cayeron en poder de nuestras tropas.

El 4 de Febrero llegó el ejército al sitio llamado Paquichapa, distante una legua y media del pueblo de Saraguro, donde encontró a la vanguardia enemiga,

que atacada por las compañías del Cazadores de Yaguachi y Quito, mandadas por el General Urdaneta, se retiró dejando algunos muertos y heridos. Las tropas de Sucre capturaron un prisionero y grandes acopios de cebada, colectada para las caballerizas peruanas.

También en la mañana de 3 de Febrero, una partida de observación de las tropas colombianas, situada en Oua y compuesta de piquetes de los Batallones Rifles y Yaguachi y de los escuadrones Cedeño y Granaderos a caballo, formando un total de cien hombres, a órdenes del Comandante de Caballería Felipe Brown, fueron atacadas por el Coronel Pedro Raulet y por el Coronel Francisco Vidal, que avanzaron hasta dicho lugar con más de 600 hombres de las tropas regulares peruanas. Después de una resistencia tenaz, el Coronel Brown se retiró sobre Nabón, por el camino de Suscedel y Cartagena, retirada que enardeció a las tropas peruanas que proclamaron esa acción como una victoria.

EJERCITO PERUANO: PRIMERAS ACTIVIDADES BELICAS

Desde el 23 de Enero el Coronel Pedro Raulet, al mando de un Escuadrón de Caballería y una compañía de Infantería se dirigió al pueblo de Saraguro, catorce leguas al norte de la ciudad de Loja, y el 2 de Febrero, reforzada por las tropas del Coronel Francisco Vidal, avanzó hasta el pueblo de Oña, librando con las tropas Colombianas el combate del 3 de Febrero, que acabamos de enunciar.

Situado el ejército de Sucre desde el día 4 en Paquichapa, el ejército del Perú hizo alto en el pueblo de Saraguro y sus inmediaciones, y considerando que la posición ocupada por el ejército colombiano era muy fuerte, se limitó a observarle en sus movimientos, discurriendo el modo de atacarlo.

Desde Paquichapa y consecuente el General Sucre con sus propósitos de agotar los recursos para obtener la paz, entabló negociaciones con el Presidente del Perú.

EL GENERAL SUCRE ABRE NEGOCIACIONES DE PAZ

La primera comunicación la dirigió el General Sucre desde la ciudad de Cuenca, el día 28 de Enero de 1829. En ella decía al General La Mar; "aceptando el encargo de dirigir la guerra, he llegado aquí ayer; y siguiendo el primer impulso de mi corazón, de ahorrir la sangre americana, próxima a derramarse en la presente campaña, invierto mis oficios para evitar que los soldados que a mis órdenes pelearon por la independencia, empleen sus armas para destruirse recíprocamente, y dar este triunfo al enemigo común..... ofrezco al Gobierno peruano la concordia entre los dos pueblos.... no es mi intento arredrar a V. E. con los peligros de que está rodeado; sé que un valeroso es excitado por los riesgos mismos a buscar mayor gloria; pero V. E. sabe también a cuánta costa la procurará inútilmente porque conoce lo que vale un ejército colombiano sobre el campo del combate.... comprendo, agrega, que aún es tiempo de entendernos. La independencia de los estados americanos es nuestro intento... Habiéndose desgraciadamente roto las hostilidades, será inoportuno suspenderlas, mientras que una transacción final o una victoria las termine; pero no queriendo ser ni remotamente responsable de la sangre y los males de una lucha que puede llamarse fratricida, dejo libre elección a V. E. entre la paz y la guerra".

Desde Saraguro, el General La Mar contestó al General Sucre rehusando abiertamente una acogida favorable al proyecto de entablar negociaciones para obtener la paz "V. E. conocerá, le dice a Sucre, que su

proposición, incierta y vaga, no ha podido satisfacer al Gobierno del Perú. En asuntos internacionales, cada uno pretende apoyarse en la justicia; y así, decir que ella será la base de una negociación, no es decir otra cosa que sostener cada uno sus pretensiones. Presente V. E. o el señor O'Leary unas bases más determinadas, y, si ellas fuesen equitativas, no habrá impedimento alguno para dar principio a las negociaciones. V. E., agrega, agravia al ejército peruano, que si ha penetrado en el territorio de Colombia, lo ha hecho confiado en la justicia de su causa, en su fuerza moral y física y en la opinión de los pueblos, cansados de sufrir un yugo insostenible, del cual Guayaquil ya está libre.... Si fuese necesario continuar la guerra, el campo de batalla y no las jactancias indignas de los valientes, será el que acredite de qué parte está la superioridad".

Con razón, el Coronel O'Leary, al dirigirse al Ministerio de Relaciones Exteriores de Colombia, decía: "Desde mucho tiempo atrás tengo dicho a Ud. que el Perú no desea la paz, y los sucesos posteriores han verificado mi aserción".

Con todo, el General Sucre, desde Oña, escribe nuevamente al General La Mar, el día 3 de Febrero, manifestándole que "jamás existieron en Colombia los proyectos de conquista que se suponen en el Perú, hecho que se justifica con no haber enviado jamás a esa nación agentes que dislocaran la administración, ni aún para retribuir los conatos con que se pretendía y se procuraba sublevar nuestros pueblos.... El mundo culto encontrará sancionada nuestra justicia, observando que el primer paso de un gobierno que tantos motivos tiene de reconocimiento hacia Colombia, sea invadir nuestros hogares y arruinar nuestros pueblos.... Todos los días se reciben en Colombia quejas contra la administración peruana: se le supone el Gobierno de una fracción de los liberticidas y se implora nuestra protección como de sus libertadores. El Gobierno de Colombia, desoye estas súplicas, porque nuestra misión al Perú fue sólo arrancarle del po-

der español, y nuestra misión quedó gloriosamente concluída... No es el escándalo más espantoso, que el Perú, que necesitó de nuestros esfuerzos para dejar de ser colonia, pretenda ahora darnos preceptos y mezclarse en nuestras instituciones?....”

Sin embargo, el General Sucre remitió al General La Mar una minuta de bases, compuesta de diez artículos, para la paz entre las dos naciones; minuta que pueda leerse en los anéxos correspondientes.

El General La Mar, como era de esperarse, consideró que las propuestas enviadas eran contrarias a los intereses y al honor del Perú, “ellas, dijo, más bien parecen condiciones durísimas puestas en el campo mismo del triunfo a un pueblo vencido, que proposiciones hecha a un ejército que, como el que tengo el honor de mandar, ha conseguido ya ventajas considerables de la victoria; y, sin embargo, agregaba, deseo ardientemente la paz; pero una paz que salve los justos intereses y el honor del Perú”.

El General Sucre pidió al General La Mar que expusiera las razones en que se fundaba para calificar de injustas y degradantes para el Perú, las bases de las negociaciones propuestas. “¿Es acaso injusto, le dice, reducir las fuerzas militares, para evitar desconfianzas y para dar desahogo a unos pueblos cansados ya de sacrificios en la guerra? Injusto el marcar los límites, para ahorrarse motivos de cuestión y dejar a Colombia en los que tuvo al principiar la revolución, sin hacer valer en nada, haber llevado sus armas al Desaguadero? Injusto pagar a Colombia la deuda que ésta contrajo en Inglaterra para servir al Perú? Injusto que el Gobierno peruano sea fiel a sus compromisos, abonando los reemplazos del ejército auxiliar, y dejándole a su discreción el medio más cómodo de verificarlo, máxime cuando en igual caso el Perú exigió lo mismo a Colombia, sin consideración alguna, y por un pequeño servicio? Injusto reconocer la soberanía de los estados y renunciar de un modo solemne el derecho de intervención que tantos males produce entre los pueblos, en otras partes del mundo? Injusto dar garantías de

la buena fe, por la mediación de una potencia fuerte y eminentemente liberal que destruya las desconfianzas y alarmas de los dos Gobiernos? Injusto alejar los dos ejércitos para que el sosiego y la calma precedan a un tratado definitivo en el que van a asegurarse sagrados intereses?

Yo no comprendo, Señor, cual sea la injusticia que se hace al Perú, ni cual la humillación que se le exige, con aquellas bases".

Esta ardorosa e incontrovertible comunicación del Mariscal Sucre, obligó al General La Mar a encubrir sus propósitos de hacer la guerra a Colombia a todo trance, en una contestación que la suscribió en Saraguro el día 7 de Febrero, en la que, como en todas las anteriores, acumula cargos contra el Libertador, con un irrito desconocimiento de sus labores en Bolivia. A esta última comunicación acompañó una minuta de bases para un tratado definitivo de paz, en la que se contemplaban exigencias tan extraordinarias como la de que Colombia se comprometiera a pagar al Perú, todos los gastos extraordinarios causados en la presente guerra, hasta que se firme el tratado definitivo de paz, y esta otra que encumbraba hasta el máximo sus pretensiones: "El Departamento de Guayaquil quedará en el Estado en que se hallaba antes de que S. E. el General Bolívar lo agregase a Colombia, para que se pronuncie con toda libertad sobre su suerte futura", como si Guayaquil de hecho y de derecho, no hubiera formado siempre parte de la Gran Colombia!

Digno es de anotarse que ya desde entonces el Perú, aún no constituido definitivamente como se encontraba, y hallándose en riesgo de perder su existencia soberana en esta guerra, ya elegía a los Estados Unidos de Norte América, para que interviniera en los destinos soberanos de nuestros pueblos.

Como era natural, Sucre devolvió inmediatamente al General La Mar aquellas bases, manifestando que le habría desechado lo propuesto, definitivamente, si no fuera por el temor de que se le acusase de que re-

husaba oír proposiciones de paz, por extravagantes que fuesen.

Como por correspondencia escrita, difícilmente podría llegarse a conclusiones concretas, el General Sucre propuso al General La Mar que se nombraran comisionados con el objeto de que iniciaran una serie de conferencias y discutieran las bases para la paz. El General La Mar aceptó organizar tales comisiones, nombrándose en consecuencia de parte del General Sucre, al General de Brigada don Tomás de Heres y al Coronel Daniel Florencio O'Leary, y por parte del General Presidente de la República peruana, al General de Brigada, don José Luis de Orbegoso, y al Teniente Coronel don José Villa, cuyos procederes, como Ministro Plenipotenciario de Colombia, ya los conocemos.

LAS CONFERENCIAS EN SARAGURO

Las conferencias se realizaron en el puente del río Saraguro los días 11 y 12 de Febrero de 1829. Los comisionados peruanos propusieron el artículo que sigue: "El Gobierno de Colombia devolverá a todos los peruanos que S. E. el General Bolívar transportó fuera del Perú después de la Batalla de Ayacucho, en reemplazo de las bajas del ejército colombiano que estuvo de auxiliar; y se obligará a dar una indemnización por aquellas que no puedan devolverse, bien por haber muerto o bien por otros motivos justos".

El Coronel O'Leary, en el curso de la discusión propuso la adición siguiente: "Y el Gobierno del Perú, por su parte, se compromete a poner en Guayaquil a los colombianos pertenecientes al ejército auxiliar que han muerto por su independencia o que no pueda devolver por motivos justos: o dará una indemnización por ellos".

Sobre propuestas igualmente contradictorias tratóse de indemnizaciones de la presente guerra, pues los Comisionados peruanos pidieron pagara Colombia y

los Colombianos que lo hiciera el Perú, por lo que disolvieron la Comisión por voto unánime, ya que no podían conciliarse las exorbitantes propuestas del Perú.

MIENTRAS SE TRATABA DE PAZ, EL JEFE PERUANO EFECTUABA MOVIMIENTOS DE GUERRA

Las conferencias no pudieron reanudarse, pues el General La Mar se sirvió de la tregua por ellas ocasionada para, sin ninguna hidalguía, ordenar que se ejecutaran movimientos de guerra, en momentos en que se daba a Sucre la seguridad de que el Gobierno del Perú no buscaba sino la armonía y la fraternidad con el Gobierno de Colombia.

Dos hechos probaron esa actitud desleal del General La Mar, siendo uno el documento interceptado, disponiendo que el ejército peruano se mueva en dirección a Cuenca, por la izquierda de las tropas colombianas, ordenándose que se proceda con las precauciones posibles y con todo el cuidado para no descubrir dicho movimiento. Esta comunicación estaba suscrita por Pedro Bermúdez y fechada el 10 de Febrero de 1820. Además, el General La Mar había destacado 250 soldados sobre Cuenca, con la misión de atacar esa plaza, que se la consideraba desguarnecida y apoderarse de ella, movimiento al que seguiría, con igual destino, todo el ejército del Perú, que se habría movilizad^o dejando en Saraguro sólo una fuerza de 1.300 hombres para engañar y estabilizar al General Sucre.

FRENTE A FRENTE

Después de la sorpresa de Saraguro y con el objeto de interponerse entre el Ejército del Perú y la ciu-

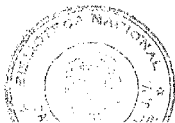
dad de Cuenca, conservando sus comunicaciones con el resto de la República del Ecuador, el Ejército del General Sucre tomó el camino de Oña, marchando desde el día 13 de Febrero hasta el pueblo de Nabón, desde donde atravesó la cordillera por una marcha de flanco, con el objeto de cortar al Ejército del Perú en su marcha hacia Girón, obligándole a librar batalla. El día 16 se estableció el Cuartel General ecuatoriano en dicho pueblo de Girón, de donde marchó el Ejército a Tarqui, lugar a donde llegó el día 17, avanzando luego hacia la ciudad de Cuenca.

El día 21, el General Sucre dispuso que la Infantería ocupase el poblado de Narancay, sitio colocado en la confluencia de los caminos que desde el pueblo de San Fernando conducen a Cuenca, con el objeto de cubrir esa ciudad contra un posible ataque peruano.

El día 21, el General Sucre recibió informes de que las fuerzas peruanas habían ocupado Girón. Las avanzadas ecuatorianas ocupaban el Portete, de donde fueron retiradas hacia Tarqui con el objeto de ser sustituidas con la Caballería que fue situada en Guagua Tarqui, en observación de los movimientos que pudiera emprender el Ejército del Perú, que se encontraba entre Girón y San Fernando.

A las tres de la tarde del día 26 el General Sucre dispuso que se hiciera un avance general de todas las tropas a las llanuras de Tarqui, movimiento que fue inmediatamente ejecutado, encontrándose a las 7 de la noche del mismo día 26 todo el Ejército en medio de dichas llanuras lugar en que vivaqueó azotado por terribles lluvias.

Desde Saraguro, el Ejército del Perú continuó su marcha hacia San Fernando, a donde llegó el día 17 de Febrero, sufriendo grandes dificultades, a causa del camino extraviado que siguió, con ánimo manifiesto de, burlando al Ejército del General Sucre, llegar a ocupar la ciudad de Cuenca, que se encontraba desguarnecida.



En espera de que se le reuniesen los restos de los Batallones dispersos en Saraguro, el Ejército peruano permaneció en San Fernando hasta el día 25, en que la Primera División, al mando del General Plaza, marchó al pueblo de Girón. El día 16 siguió todo el Ejército hacia el mismo punto, encontrándose reunido al medio día. En la tarde, el señor General Plaza, con la División de su mando, se dirigió al Portete, ocupando sus formidables posiciones con las tropas que tenía a sus órdenes. Entrada la noche se establecieron las avanzadas hacia el río de Tarquí, ocupándose todas las alturas para oponerse a cualquier sorpresa.

El Batallón Ayacucho formado en masa ocupó la derecha del Portete, y el Callao, en la misma dirección, se situó al frente de la quebrada.

"Establecida de este modo la vanguardia, dice el Boleín peruano N° 3, se consideraba perfectamente defendida la posición".

LO QUE ES EL PORTETE

El Portete de Tarquí fue considerado por el General Sucre, en el año 1822, como una posición militar formidable. "Es el Portete uno de esos nudos que, de trecho en trecho, enlazan, por el centro, las dos cordilleras de los Andes ecuatorianos, cruza de Oriente a Occidente, separando, con su elevación, los ríos que forman el venaje del Paute que va para el Atlántico, de los que componen el del Jubones, que se encamina hacia el Pacífico. A las faldas setentrionales, donde se hallaba el Ejército de Sucre (S. O. de Cuenca) se extiende la Manura de Tarquí, ancho ejido vestido de verde, y en las meridionales, donde se hallaba el Ejército del Perú, se ven tierras escarpadas, selvas y colinas que favorecían su posición".

El Portete, continúa el historiador Cevallos, es pues una como puerta por donde el nudo abre el paso a las tierras de Occidente por Hornillos, y a las del Sur

por Girón y San Fernando, y era ese el punto de que se había posesionado el General Plaza, Jefe de la División de vanguardia peruana.

Tenía a su frente una quebrada bastante profunda, a la derecha breñas y despeñaderos, a la izquierda, selvas tupidas, y a las espaldas el grueso y nervio del Ejército. Casi no se habría podido, agrega, dar con una mejor posición, pues hasta otro de los desfiladeros de las inmediaciones era tan estrecho, que sólo podía ser atravesado, hombre por hombre, por lo cual no había, sin duda, ni pensado en defenderlo el General Plaza.

En realidad, el Portete es una estrecha garganta que se aplanan considerablemente entre dos colinas elevadas de 200 a 300 metros de altura, las que son en realidad las últimas estribaciones de las Cordilleras Oriental y Occidental, que se extienden a Norte y Sur. Las del Norte dejan al medio los llanos de Tarquí, entre los que corre el manso y tranquilo río que da nombre a las llanuras.

El Portete da término a los valles y cerca de él, (contemplado desde Cuenca), el terreno es quebrado, con trochas o desfiladeros que permiten llegar a la garganta o punto de paso por derecha o izquierda. Del Portete hacia Tarquí se observa que las cordilleras se cierran hacia el valle en algo como un semicírculo, que se abre constantemente hacia Cuenca, cuando hacia Girón descende en forma sinuosa y atropellada, trazándolo como una perpendicular de máxima gradiente que termina en Girón, para extenderse luego hacia Yunquilla y los valles del Jubones.

El General Sucre, desde cuando se inició la guerra de Perú y Colombia, aconsejó repetidas ocasiones al General Flores, que defendiera al Ecuador desde el Portete, y ya al frente del Ejército era lógico que tratara de buscar esa posición para oponerse al Ejército del Perú, y si en verdad antes la ocupó la vanguardia enemiga, él utilizó el conocimiento del terreno para batirlo, alcanzando el resonante triunfo.

BATALLA DE TARQUI.—BRILLANTE TRIUNFO ECUATORIANO

A las doce de la noche del día 26 de Febrero de 1829, un destacamento de 150 hombres escogidos de todos los batallones que operaban a órdenes del General Sucre, al mando del Capitán Piedrahita, seguido de cerca por el Escuadrón Cedeño y por todo el Ejército, se movía en dirección del Portete de Tarqui, posesión que se la conocía ya ocupada por la división peruana del General Plaza.

A las 4 y 30 a. m. del día 27, la vanguardia colombiana pasaba el río Tarqui y se enviaba al Comandante Camacaro con el Escuadrón Cedeño, para efectuar un reconocimiento sobre el enemigo, siguiendo el camino que conducía al caserío de Irquis, en tanto que toda la primera división de Infantería, compuesta de los batallones Rifles, Yaguachi y Caracas, hacía alto a inmediaciones del Portete para esperar a la segunda división y a la Caballería, que se habían retrasado sobremanera.

Una descarga peruana sobre el escuadrón Cedeño se consideró como un aviso de que el Capitán Piedrahita con su destacamento se había extraviado y perdido su dirección.

Surgió luego por la causa anotada un pequeño conflicto entre las tropas de Piedrahita y el Escuadrón Cedeño, cruzándose los dos algunos fuegos; pues el primero, con su destacamento, había llegado a las faldas mismas del Portete, motivo que hizo considerar al Comandante Camacaro como una fuerza enemiga

Felizmente, al grito de ¡VIVA COLOMBIA!, no tardaron en reconocerse las dos fracciones provocando, en cambio, el choque con las avanzadas enemigas, que rompieron fuego sobre el Escuadrón Cedeño, al que hubo que protegerlo inmediatamente con el Batallón Rifles, fuerte de 350 plazas, que entró al combate con su clásica arrogancia.

Piedrahíta, a su vez, despliega sus tropas por la izquierda y se entabla la lucha con todo encarnizamiento. Los Cazadores de Yaguachi refuerzan la izquierda nuestra, mientras que el General Flores con el Caracas y el resto de la Primera División, entra por la derecha y formaliza el ataque.

El Batallón Yaguachi, después de sangriento combate, pasa a la Quebrada en refuerzo del Rifles, batiendo después a toda la División del General Plaza, que empieza a retirarse, en momentos en que es protegida con la Segunda División llevada como refuerzo por el General La Mar, en persona, y el General Gamarra, restableciéndose así el combate con todo denuedo.

En esas circunstancias, el General Sucre manda avanzar las Compañías del Cauca y una Compañía que se mantenía como reserva del Cazadores de Yaguachi, al mando del Coronel Manzano, ordenando un ataque general sobre todo el frente de la colina del Portete, única vía y campo posible, ya que los flancos constituidos por montes escarpados y boscosos, de pendientes máximas, impedían todo movimiento envolvente o flanqueante.

Reunidos Caracas, Yaguachi y Rifles y dominando ya los Cazadores las breñas del Portete, se precipitaron simultáneamente a la carga, con un empuje tal de las bayonetas colombianas que el enemigo no pudo resistir, por lo que, abandonando su ventajosa situación, huyó en derrota, dejando banderas, armamentos y cuantos más elementos había podido concentrar para sostenerse en la formidable posición del Portete de Tarqui.

Cuando los restos del Ejército del Perú destrozado huían en dirección a Girón, entraba al combate, de nuestra parte airosa, e igualmente resuelta, la Segunda División que, por las circunstancias narradas, intervino sólo en la última parte de la legendaria batalla, en la que 1.500 soldados de nuestros batallones y un centenar de jinetes del Cedeño, habían batido completamente a 5.000 hombres de la Infantería enemiga, con toda su Caballería y material de Artillería.

Es constante que la Tercera División peruana, constituida por los restos que quedaron de la acción de sorpresa de Saraguro, se resistió a avanzar hacia el Portete de Tarqui para intervenir en la batalla, pues ya conocía el valor de las tropas ecuatorianas, con las cuales habría tenido que verse nuevamente.

EL DESASTRE PERUANO

Veamos ligeramente lo que había acontecido en el campo peruano: en el Portete se había posesionado toda la Primera División del Ejército del Perú, al mando del General Plaza, División que, apoyada y protegida por la naturaleza del terreno se consideraba invencible.

Cuando a las 4 y 30 a. m. de la mañana del día 27 fue atacada la Compañía de Cazadores del 2 Callao por un pelotón del Cedeño, el General Plaza desplegó al Batallón frente al río, colocando una Compañía sobre la eminencia que dominaba el Portete y cubriendo luego la derecha de su posición con el Cazadores de Ayacucho, que se enfrontó con el formidable destacamento del Capitán Piedrahita, que desalojó a las compañías del Ayacucho y las dispersó violetamente, cargándoles a la bayoneta.

El Boletín peruano afirma que los soldados, faltos de municiones, se precipitaron a un bosque inmediato en el que continuaron peleando, y afirma, igualmente,

que, impresionado el General Plaza del ímpetu colombiano, enarboló un pañuelo blanco con "el doble objeto de indicar la suspensión del fuego y paralizar el rápido movimiento del enemigo sobre el Portete, por si daba lugar a que se aproximase el ejército peruano, medida que no tuvo efecto porque nuestros soldados, llenos de un ardiente coraje, oponían una resistencia sin ejemplo y preferían antes la muerte!!"

Mas luego, el General Presidente seguido de una columna de Cazadores y del resto del Ejército, llegó al Portete, donde se le dió parte de que la División de Plaza, de vanguardia, habia sido batida y que todo el Ejército se encontraba en una horrible situación.

La Segunda División, al mando del General Blas Cerdeña, pretendió retirarse, pero antes vióse presionada por las tropas colombianas, que la dispersaron completamente y cuyos restos fueron a reunirse con los de los derrotados de Saraguro, en el pueblo de Girón, lugar en el que el General La Mar recibió un emisario de paz, de parte del General Sucre.

De las 4 y media de la mañana a las 7, o sea en el espacio de dos horas y media, el Ejército del Perú habia dejado de existir como tal, pues, en adelante, ni siquiera cuando sus restos pasaron el Macará, y amotinados destituyeron a su Jefe el General La Mar, pudo reorganizarse para futuras o probables operaciones.

Las bajas ocasionadas en el Ejército peruano ascendieron a 2.500 entre muertos y heridos, en tanto que las del Ejército ecuatoriano fueron de 154 muertos y 206 heridos.

Es preciso insistir, para desvanecer de una vez el argumento presentado en el campo peruano, relativo a que en el Portete de Tarqui fue batida sólo una División de su Ejército, demostrando que, en forma de re-fuerzos, llegaron al campo de batalla todas las tropas del General La Mar, las que, sucesivamente, fueron batidas y perseguidas en su descenso a Girón.

En el campo peruano, en efecto, desde que se comprometió la batalla, entró en fuego toda la División Plaza, considerada como vanguardia, la que fue batida

a la bayoneta, lo que obligó, seguramente, al General Plaza a enarbolar una bandera blanca, ardid que, según él, perseguía sólo paralizar el ímpetu contrario, para permitir el avance de las tropas de los Generales La Mar y Gamarra; ardid que, por cierto, constituía una violación manifiesta del Derecho Internacional Público, pues es vedado, hoy como ayer, a los Comandantes de tropas tratar de engañar al adversario con medidas consagradas por la fe internacional, como de carácter público y universalmente aceptadas.

El General La Mar y el General Gamarra cooperaron resueltamente con todas sus fuerzas y sostuvieron a la División de vanguardia, al extremo de que, cuando el primero quiso dar una orden de retirada para salvar a las Divisiones Segunda y Tercera del desastre, la orden no pudo ser cumplida, porque esas tropas se habían comprometido en la Batalla, y la disposición no causó sino confusión, pánico y desorden con el consiguiente amotinamiento de las tropas peruanas.

El General Necochea, que venía al mando del Regimiento Húsares, del Perú, cargó sobre el Escuadrón Cedeño, en las cercanías de Girón, y su hazaña principal fue la de dar muerte al heroico Comandante Camacaro, el Héroe de Junín, que salvó, con riesgo de su vida, en aquella inmortal jornada, al propio General Necochea, arraucándole del poder de los soldados españoles, en aquella por siempre memorable acción, de las Caballerías en la guerra de la independencia.

POCOS COMENTARIOS SOBRE

LA BATALLA

La batalla de Tarqui se inició, como lo hemos visto, por una acción de sorpresa de parte de las tropas colombianas sobre la vanguardia peruana que descansaba tranquila en la inabordable posición, así al menos la consideraban, del Portete de Tarqui.

Se sabe, en efecto, que el General La Mar fue informado desde Cuenca de que el Mariscal Sucre, obediendo órdenes superiores del Libertador, había contramarchado a la ciudad de Cuenca, resuelto a pasar al centro del Ecuador, evitando el riesgo de librar una batalla en inferioridad numérica respecto del Ejército del Perú.

Como para confirmar estos datos, Sucre, en efecto, se dirigió a Cuenca con su Ejército, y sólo el 26 marchó de nuevo a Tarquí, quedándose en los llanos, nueva circunstancia que halagó al ejército del Perú, que pensaba utilizar el terreno en su favor operando con su Caballería en las llanuras.

TRATADO DE GIRON

Inmediatamente después de la victoria, el Mariscal Sucre, siempre generoso, movió un comisionado cerca del General La Mar, para proponerle entrar en negociaciones de paz, antes de la ruina definitiva de su Ejército. Este General contestó pidiendo bases y demostrando pretensiones aún en ese instante, pues cuando el General Sucre le propuso tratar sobre las mismas que le ofreció en Oña, se negó a aceptarlas, porque dijo, que eran condiciones que un Ejército vencedor impondría a un pueblo vencido, y que por ello no podría convenir en la proposición.

Al conocer el General Sucre la contestación del General La Mar, le envió un ultimátum, previniéndole que si no se conformaba con las bases propuestas, al día siguiente no aceptaría transacción alguna y le exigiría la entrega del resto de sus armas y banderas y el pago de todos los gastos de la guerra.

A las 5 de la mañana del día 28, se presentó, pues, en el campo ecuatoriano un Coronel del Estado Mayor peruano, solicitando de parte del Coronel La Mar la cesación de hostilidades y el nombramiento de comi-

sionados para tratar, con la galantería de pedir que fuera el mismo Mariscal Sucre el que designara los Jefes del Ejército del Perú que debían intervenir en la conferencia, pedido que lo declinó Sucre, apresurándose a nombrar de su parte al General Juan José Flores y al General Daniel Florencio O'Leary.

El General La Mar nombró de su parte a los Generales Gamarra y Orbegoso.

Los Tratados se celebraron de acuerdo con las bases que había propuesto el General Sucre desde el pueblo de Oña al General La Mar, antes de la batalla de Tarqui.

Se agregaron determinadas cláusulas relativas al cumplimiento del convenio contraído para la entrega temporal y condicional de la ciudad de Guayaquil a la escuadra peruana, lo mismo que a los depósitos de la marina y otros elementos de guerra. Se exigió, igualmente, la devolución de la Corbeta "**Pichincha**" y el pago de 150.000 pesos, suma destinada a cubrir las deudas que hubieren contraído los Departamentos de Guayaquil y del Azuay en la guerra, y la desocupación total del territorio colombiano de parte de las tropas invasoras, hecho que debía cumplirse en el término de veinte días, por la vía de Loja.

Como cláusula complementaria, se hizo constar una promesa de amnistía para los colombianos en el Perú y para los peruanos en Colombia, por la responsabilidad que hubieran podido tener sobre sus opiniones de guerra.

El Tratado de Girón fue formalizado por el Mariscal Sucre y el General La Mar, y, mediante él, los restos del Ejército del Perú pudieron retornar a su patria, abrumados por el peso del más terrible de los fracasos. Treinta días solamente habían sido suficientes para que aquel Ejército, fuerte de 8.000 hombres, que hollara el territorio del Ecuador, arrogante e impetuoso, viera obligado a repasar las fronteras, dejando, en manos del Ejército de Sucre, banderas y estandartes, armas y municiones, en extraordinaria cantidad.

y con la huella de la derrota marcada en sus armas, como experiencia profunda para tropas que en són de conquista, mancillaron el honor de su Ejército y abatieron sus aspiraciones nefandas, en una campaña desastrosa para ellos, que los castigó rudamente en Saraguro y en Tarquí.

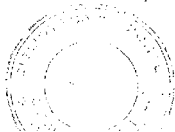
Con todo, el General La Mar, lejos ya del teatro de la guerra, quiso jugar una nueva falsa partida contra el Ejército triunfante en Tarquí, poniendo trabas para el cumplimiento del Tratado, por fútiles pretextos.

En el Decreto de Honores justiciéramente dictado por el Mariscal Sucre, para immortalizar la brillante conducta de sus fuerzas, constaba entre otras providencias la de exigir en el campo de batalla una columna conmemorativa, en una de cuyas caras, constaría como inscripción la siguiente: El Ejército Peruano de 8.000 soldados que invadió la tierra de sus libertadores, fue vencido por 4.000 bravos de Colombia el 27 de Febrero de 1829.

INCUMPLIMIENTO DEL TRATADO DE GIRON

El General La Mar fundóse para el incumplimiento del Tratado en la consideración de que el Decreto de Honores referido era ofensivo al Perú. Decía que con él se había cometido un grave error, porque si en verdad el triunfo de Tarquí tenía gran importancia, desconocía, dice el Jefe peruano, la verdadera posición militar de Colombia, pues que siendo el Perú dueño del mar, Colombia no podría invadir el territorio peruano ni recuperar por las armas la plaza de Guayaquil.

El General La Mar, cuya situación militar y política se había debilitado considerablemente después del fracaso de Tarquí, creyó encontrar en su resolución de desconocer el Tratado, una nueva base para sostenerse



en el poder, argumentando, cosa en él increíble, que los honores a los vencedores humillaban al Ejército vencido, y expresando que la afrenta que se le infería, la rechazaba con la determinación de no entregar la plaza de Guayaquil, lo que significaba simplemente la reiterada violación de dos tratados formales, y una nueva vergüenza para quien así faltaba a su fe y a su honor solemnemente comprometidos.

La inscripción acordada por el General Sucre, para honrar la victoria alcanzada, no constituía un hecho supuesto, sino un acontecimiento real, de aquellos que no pueden borrarse ni a través de los tiempos ni en el curso de las generaciones, herederas de las glorias pretéritas.

El General La Mar pretendió exigir que se le dieran "satisfacciones capaces de indemnizar las injurias recibidas y se destruyeran los respectivos documentos" (Marzo 17). El Gobierno del Perú por su parte, atendiendo a las insinuaciones del General La Mar, y engañado como veremos por la situación del Ejército, lanzó un manifiesto declarando nulo el Convenio, por no haber tenido, decía, el General La Mar, facultades para celebrarlo, declaración extraordinaria como se ve y que causa asombro, pues para ello, es decir, para que se hubieran dado poderes expresos para tratar al General La Mar, habría sido preciso que el Gobierno del Perú hubiera previsto, como hecho incontrovertible, la derrota de su Ejército.

Vencido y humillado en Tarqui el General La Mar, desvanecidos sus planes de anexionar al Perú los departamentos australes del Ecuador y la ciudad de Guayaquil, esfumados los sueños de grandeza y de poder, sintió que la hora de las responsabilidades y de la ingratitud peruana, cuyos intereses había servido con tanta decisión, se le acercaba irremediablemente, y quiso probar fortuna cometiendo el delito de desconocer un Tratado autorizado por él y en circunstancias en que su salvación personal y la de su Ejército, se habían ga-

rantizado con su firma, trazada al término de las cláusulas del Convenio.

Por otro lado, el Gobierno del Perú procedió, a su vez, a desconocer la autoridad del propio Jefe del Ejecutivo, el General La Mar, que lo era también del Ejército inmovilizado, burlando, sangrientamente, el tratado de Girón afirmando que no pudo haberlo suscrito como lo hizo el 28 de febrero de 1829.

Y con esa política evasiva y desleal, persiguió la prolongación de la guerra, aún después de la derrota de Tarquí, porque el Perú consideraba que Guayaquil no podría ser tomado o, mejor dicho, recuperado por las tropas de Sucre, porque a ese Ejército le faltaba la cooperación de una escuadra, como ya lo hemos dicho.

Y esa situación anómala, creada y sostenida por el Perú, prueba, una vez más, que el General La Mar fue sólo un instrumento utilizado por ese país para la guerra, y que ésta fue obra meditada de la Nación Peruana, de sus políticos y de su ejército, que trataba de extenderse por el norte anexándose a Guayaquil y llevando sus fronteras al Ecuador austral, objetivos de la guerra que comentamos en estas líneas.

Los episodios de la nueva campaña revisten un aspecto verdaderamente extraordinario. Los comisionados de Bolívar y de Sucre marchan a Guayaquil a recibir la plaza que debía serles entregada conforme al Tratado de Girón; mas, los jefes peruanos, al parecer por sí y ante sí, pero en realidad obedeciendo instrucciones de su Gobierno, se reúnen en Consejo de Guerra, deliberan sobre lo resuelto por su comando supremo y el Gobierno del cual dependían, y resuelven, oíganse bien, desconocer el Tratado autorizado en forma y negarse a la entrega de la plaza, y como para que su deslealtad fuera mayor, apresan, en una goleta, a nuestros ilustres comisionados, declarándose en abierta rebeldía contra todo y contra todos.

Pero esa burda comedia era ante todo un nuevo e inaudito crimen contra el derecho y la humanidad, e iba a tener un corto epílogo con una ridícula escena final.

Bolívar, Sucre y Flores se aprestan para la nueva campaña. El magnánimo Illingworth se moviliza rumbo a Guayaquil, desaloja las tropas peruanas de los pueblos de nuestras costas, los que, unos tras otros, se pronuncian contra la nefasta ocupación, y pronto se ve el Ejército peruano reducido a sólo los límites de la ciudad de Guayaquil, la cual se manifiesta, diariamente, heroica y rebelde y dispuesta a sacudir el yugo que le oprime y el que caerá pronto a impulso de sacrificios y de patriotismo.

Desde Quito, como desde Cuenca, el ejército ecuatoriano avanza sobre Guayaquil. Todo cede a su marcha triunfal, y el eco de sus clarines y tambores victoriosos repercute en los pueblos de la frontera y conmueve a la ciudad de Lima, Capital y asiento del Gobierno del Perú.

El General La Mar es acusado y depuesto del mando; Gamarra, el invasor de Bolivia y del Ecuador, se apresura a calificar la guerra buscada y festinada por él mismo como injusta y temeraria, y la política peruana imprime contra su voluntad un nuevo rumbo a su régimen, y, por medio del General Antonio Gutiérrez de la Fuente que reemplaza al desgraciado General La Mar, propone tratar de paz, calificando también ellos de injusta y de temeraria la guerra que se había declarado a la Gran Colombia.

En el fondo de esas declaraciones es fácil entrever el desdén oculto de repousabilizar de la guerra a sólo el General La Mar, ciego instrumento de la ambición peruana, tratando de considerarlo como promotor y único autor del terrible descalabro; pero, la historia deslinda con claridad acontecimientos y responsabilidades.

La guerra de 1828--1829 no la hizo el General La Mar, por más que él apareciera actuando en primera línea. La guerra la hizo el Perú, y por eso en Tarqui no venció el Ecuador al Ejército del General La Mar, sino al Ejército del Perú, cuyos blasones y banderas plegaron en la batalla.

Y es que, entonces como hoy, la guerra no la hace

sólo el magistrado de una nación, sino que para ello es preciso el consentimiento de los Poderes Públicos y la adhesión de los pueblos. Distinto es que hoy, al cabo de un siglo se trate de encubrir, con denso velo, la realidad de los acontecimientos; pero la luz, como el agua colocada en la palma de la mano, se desliza por las uniones de los dedos burlando la presión a que se le somete.

Para dar orden a estos apuntes, vamos a detallar algo más los acontecimientos que se produjeron del 27 de febrero de 1829, en que se libró la batalla de Tarquí, hasta el 22 de setiembre del mismo año, en que se formalizó el tratado de paz, en la ciudad de Guayaquil.

Dijimos que firmado el convenio de Girón marcharon para Guayaquil a recibir la plaza, en la convicción firmísima de que el tratado sería cumplido, los Generales León de Febres Cordero y Arturo Sandes y un ayudante del General La Mar, el Teniente Coronel Manuel Porras. Mas, cuando los comisionados llegaron a Guayaquil, el Coronel José Prieto, Comandante de las fuerzas peruanas de ocupación, y el Jefe de la escuadra, Hipólito Bouchard, ya prevenidos por el Gobierno del Perú, habían constituido una Junta de guerra, la que resolvió desconocer el tratado con el siguiente considerando: "Atendiendo a no creer las facultades competentes en su Excia. el General en Jefe para hacer y aprobar tales convenios que siempre serán el oprobio de nuestra nación, acuerdan: que no se desampare el Departamento hasta la resolución del Supremo Gobierno del Perú..." y, como necesitábanse cuarenta y cinco días para recibir respuesta a la consulta elevada al respecto, resuelven que defenderían durante ese tiempo a costa de los más grandes esfuerzos la posesión de esa plaza... La resolución de tal junta, viciada en su origen, fue aprobada por el Gobierno Peruano, el 6 de abril, el cual ordenó también sostener la plaza a todo trance.

Comenzó entonces una nueva campaña llamada del Buijo, nombre del lugar donde el Libertador Bolívar estableció su Cuartel General. El Gobierno del Perú procedió a reforzar la guarnición de Guayaquil poniéndola a órdenes del General Necocha.

La campaña de Buijo duró cinco meses. Las tropas vencedoras de Tarqui desalojaron gradualmente a las guarniciones peruanas de las Poblaciones de Baba-hoyo, Baba, Daule, Samborondón y Yaguachi. En esa campaña no se produjo operaciones de importancia.

En uno de los días de mayo incendióse frente a Guayaquil la fragata peruana "La Prueba", causando un buen desmedro a la escuadra enemiga.

El Libertador en persona se proponía tomar la ciudad de Guayaquil por la fuerza, cuando la campaña sufrió una variante sustancial con la deposición del General La Mar y los pronunciamientos del General Gamarrá en Piura y del General Gutiérrez de la Fuente en Lima.

El general La Mar fue apresado el 9 de Junio y desterrado para Centro América, en donde le sobrevino la muerte, en la ciudad de Cartago el 11 de octubre de 1830.

Entre los comisionados del Libertador Bolívar y el Coronel Miguel Benavides, que hacía de jefe de las tropas de Guayaquil, hablóse de una suspensión de hostilidades, entrando a tratar sus condiciones los señores Francisco del Valle Riestra, comisionado de Benavides, y el General Cordero, comisionado del Libertador, los que reunidos en Buijo, el 27 de Junio, acordaron suspender toda hostilidad por mar y por tierra.

El Libertador, más tarde, en vista de las declaraciones del General Gamarrá, envió al Coronel Demarquet proponiendo un convenio de paz a base de la devolución de la ciudad de Guayaquil.

El General Gamarrá accedió a todo lo que se le propuso, estipulándose en Piura, el 10 de Julio, un nuevo armisticio por el cual se acordó la devolución de enfermos y prisioneros hechos en la campaña de Tarqui.

así como de las presas de mar hechas por uno y otro Estado. Fijóse el término del armisticio en sesenta días.

El 20 de Julio de 1829, Guayaquil fue devuelto a las autoridades ecuatorianas, y el día 22 de setiembre los Plenipotenciarios, don José Larrea y Loredó, de parte del Perú, y don Pedro Ceval, por Colombia, reunidos, en Guayaquil, llegaron a suscribir un convenio definitivo, cuyo artículo principal preponderante fue reconocer como límites de la Gran Colombia y el Perú los mismos que conservaban antes de su emancipación los Virreinos del Nuevo Reino de Granada y del Perú.

El tratado comprende, como puede verse de los anexos de esta relación, otras tantas disposiciones tendientes a establecer la paz entre las dos naciones; confirmando así el convenio suscrito en Girón pocas horas más tarde de la victoria de Tarqui.

DECRETO

Antonio José de Sucre, General en Jefe de los ejércitos de
la República, Gran Mariscal de Ayacucho, Jefe
Supremo del Sur de Colombia

Considerando:

1º Que la batalla de Tarqui ha salvado los departamentos meridionales de la república; y triunfando el ejército del Sur de un doble número de fuerzas extranjeras que los invadieron ha cubierto de nuevas glorias a las armas colombianas, dejando a la vez satisfecho el honor nacional en la guerra contra el Perú;

2º Que la justicia exige recompensar a los bravos, que han combatido en la jornada de este día;

3º Que siendo testigo del bizarro comportamiento del ejército del Sur, es la más oportuna ocasión de usar de las facultades de que estoy investido por el Gobierno Supremo:

He venido en decretar, y decreto:

1º En el campo de batalla se levantará una columna de jaspe, por el diseño que dará el Gobierno, en que se inscribirán de un lado los nombres de los cuerpos del ejército del Sur; en el opuesto los de sus Generales y Jefes; en el tercero de los oficiales y tropa muertos y heridos en el combate; y en el que mira el campo del enemigo se inscribirá en letras de oro: "El ejército peruano de ocho mil soldados, que invadió la tierra de sus libertadores, fué vencido por cuatro mil bravos de Colombia el veinte y siete de febrero de mil ochocientos veinte y nueve".

2º Los batallones Yaguachi, Caracas, Rifles, y el escuadrón Sedefío, que han combatido y obtenido esta victoria pondrán en sus banderas el mote "**Vengadores de Colombia en Tarqui**" y también lo llevará sobre su banderola, la compañía de cazadores del Cauca.

3º Todos los individuos del ejército del Sur, que han asistido en esta batalla, usarán por recuerdo de ella, una

medalla al pecho pendiente de una cinta verde. La de la alta clase será de oro: de plata la de la tropa: y todas costeadas de los fondos del Estado.

4° La medalla será de la figura y dimensión de la Ayacucho: tendrán al pie un fusil y una lanza en aspa, y en la parte superior la misma inscripción **"Vengadores de Colombia en Tarqui"**.

5° Al General de división Juan José Flores, Comandante en Jefe del ejército, ascendido a aquel grado sobre el campo de batalla, le presentará la junta provincial del Azuay, en testimonio de la gratitud pública a sus servicios en la presente campaña, la medalla que le corresponde guarnecida de brillantes, y con lujo digno del personaje a quien se dedica. En el reverso dirá: **"El Azuay, al ilustre defensor del Sur"**.

6° Con preferencia a todos los gastos comunes asistirán las tesorerías del Sur a las viudas e hijos de los Jefes, oficiales y tropa muertos en esta batalla, con las pensiones que señalan las leyes.

7° En los registros públicos de las juntas provinciales del Azuay. Ecuador y Guayaquil, serán inscritos los nombres de los jefes y oficiales y tropa muertos en esta importante jornada, como vengadores de su patria.

Dado en el Cuartel General del Portete de Tarqui, a 27 de febrero de 1829—19°—Antonio José de Sucre.—Por S. E. el Jefe Superior.

Daniel Florencio O' Leary

PARTE DE LA BATALLA DE TARQUI

República de Colombia

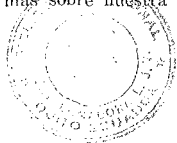
El Jefe Supremo del Sur. Cuartel General en Tarqui, a 2 de marzo de 1829.—19°.

Al Excelentísimo señor Ministro Secretario de Estado del Despacho de la Guerra:

Mi último despacho para V. E. con detalles sobre movimientos militares, fué el diez y ocho del próximo pasado desde Guaguaratú. Allí participé a V. E. que el 21 de enero recibí las decisivas órdenes del gobierno para tomar el mando del Sur: que el 27 me incorporé en Cuenca al

ejército, compuesto de seis batallones y seis escuadrones, con la fuerza disponible de tres mil ochocientos infantes y seiscientos caballos: que fui reconocido en mi destino el 28: y que el 29 marcharon las tropas en busca del enemigo, cuyos cuerpos avanzados en escalones hasta Nabón a trece leguas de Cuenca, replugaron sobre Saraguro, donde nos encontramos el 4 de febrero, sin que ocurriera mas que un ligero encuentro de dos compañías nuestras, contra un batallón peruano, que fué obligado a pasar el río, y apoyarse del ejército enemigo, situado en impenetrables posiciones. Que en virtud de la autorización que recibí del gobierno, había entrado desde el 28 de enero en comunicaciones con el General La Mar, Presidente del Perú, y Comandante en Jefe del ejército invasor, con el objeto de entablar una negociación, que pacíficamente terminara la guerra: que para ello se reunieron comisionados el 11 y 12 en Saraguro y Paquis-hapa, los cuales nada arreglaron por las exhorbitantes y ridículas demandas del jefe peruano. Que el mismo día 12 supe que una columna de doscientos cincuenta infantes y cincuenta caballos conducidos por la vía de Yunguilla y Girón, ocuparon a Cuenca el 10 dispersando allí nuestros hospitales, a pesar de la vigorosa resistencia del General Intendente a la cabeza de sesenta convalecientes: que sospechando por las observaciones en el campo contrario que se hacía algún movimiento, previne al señor General Flores, Comandante en Jefe, de hacer por la noche un reconocimiento; y que ejecutado por veinte soldados de Yaguachi, protegidos de la compañía de Granaderos del Cauca, y 4a. de Caracas, lograron aquellos dispersar completamente los dos batallones peruanos 1º de Ayacucho, y Nº 8 que cerraban la retaguardia de su ejército, el cual marchaba en la dirección de Yunguilla a Girón; y que por resultados de este triunfo, se le tomaron la mitad de sus municiones de repuesto, una porción de sus bagajes, algún armamento, y prisioneros, y destruídole dos piezas de batalla.

Informé también a V. E. los motivos que tuve para no ejecutar un ataque por la espalda del enemigo, aprovechando tan importante suceso; y porque preferí al amanecer del 13 un movimiento retrógrado sobre Oña y Nabón para salir el 16 a Girón, donde debíamos encontrarnos con la cabeza del ejército peruano, que se dirigía por nuestra derecha a Cuenca, a ponerse en contacto con sus fuerzas en Guayaquil, cortar nuestras comunicaciones, molestar al Departamento del Ecuador, y facilitar su correspondencia con los tumultuarios de Pasto. Le dije en fin, que sintiendo el enemigo nuestra llegada a Girón se detuvo en Lenta, a cuatro leguas, y corriéndose luego más sobre nuestra derecha,



se situó entre aquel punto y San Fernando, cortando los puentes del Ricay y Ahillabamba, lo cual lo colocaba en difíciles posiciones: que notando que excusaba combatir o precipitarnos a un encuentro sumamente desventajoso para nosotros, resolví ocupar la **llanura de Tarquí**, como lugar de donde podía observar sus maniobras; y que con estos motivos quedábamos el 18 en Guaguarquí.

El 21 tuve avisos de que todas las fuerzas peruanas se encontraban en San Fernando, y que hacían reconocimientos sobre Baños a una legua de Cuenca, mientras nos distraían con otros reconocimientos por Girón. El señor General Flores se encargó de examinar el intento de éstos, y con una ligera partida atacó el destacamento que había venido, tomando prisionero a un oficial, matando algunos soldados, y dispersando el resto. En tanto ordené que el ejército retrogradase dos leguas más hacia Cuenca, y se situase en Naranca cerca de Baños, teniendo en este movimiento mayor consideración a las bajas que nos causaba el frío de Tarquí, que temores del enemigo; bien que nos importaba cubrir la ciudad de nuestros depósitos, y estorbar la comunicación de aquel con Guayaquil.

Permanecimos así a diez leguas distantes uno de otro, sin más novedad que la venida de un parlamentario con pretextos insignificantes y con el objeto de examinar nuestra situación: se lo noté, y lo devolví haciéndolo pasar por nuestros cuerpos, para que se convenciera de que apenas teníamos la mitad de fuerzas que el ejército peruano. El 24 supe que una columna de dos batallones, y un escuadrón enemigo al mando del General Plaza estaban en Girón: juzgué que sería un fuerte reconocimiento, porque no me persuadí que se avanzara sola esa división: pero el 25 hallándome con el General Flores, examinando por Tarquí la verdad, me informaron nuestras espías, que aún permanecía en Girón, y su ejército en San Fernando. El 26 resolví atacarla, y nuestros cuerpos todos se pusieron en marcha a las tres de la tarde **con tres mil seiscientos hombres de combate**. Al comenzar nuestro movimiento sobrevino una fuerte lluvia, que apenas nos permitió llegar a Tarquí a las siete de la noche.

Dando un descanso a las tropas, tuve partes que la división del General Plaza estaba en el Portete de Tarquí a tres leguas de nosotros, y que el resto del ejército peruano llegaría en aquella tarde a Girón. Determiné dar una acción general, y el señor Comandante en Jefe dispuso que en lugar de las compañías de cazadores, que debían precedernos, lo hiciese un destacamento de ciento cincuenta hombres escogidos de todos los batallones, al mando del Capitán Piedrahita, apoyado del escuadrón Cedeño, para que preparase la función por una sor-

presa: en esta forma continuamos la marcha a las doce de la noche.

A las cuatro y tres cuartos de la madrugada del 27 tuvimos que hacer alto a las inmediaciones del Portete, con la primera división de infantería compuesta de los batallones Rifles, Yaguachi y Caracas, para esperar a la segunda y la caballería, que se habían retardado sobre manera, cuando una descarga del enemigo sobre el escuadrón Cedeño fué el primer aviso de que Piedrahita se había extraviado y perdido su dirección.

La posición del Portete de Tarquí es una alta colina con una quebrada a su frente que no permite el paso sino hombre a hombre: a su derecha (izquierda nuestra) unas breñas escarpadas del más difícil acceso, y a su izquierda un bosque todo cortado, por entre el cual está el desfiladero para Girón, y que es lo que propiamente llaman el Portete. La división del General Páza ocupaba la colina y las breñas de su derecha, dejando como impenetrable el bosque de su izquierda por la dificultad del paso de la quebrada. Comprometido el escuadrón Cedeño en esta peligrosa situación, fué necesario sacarlo y protegerlo con el pequeño batallón Rifles constante apenas de trescientas cincuenta plazas. La falta de suficiente claridad y las dificultades naturales, redujeron a este cuerpo a entrar al combate sin el orden debido y a quedar sólo más de un cuarto de hora: el mal se aumentó con la llegada del destacamento del bizarro Piedrahita, porque nuestros soldados sin conocerse se hicieron algunos fuegos: mas disipada un poco la obscuridad, pudo reconocerse la posición, y destinarse la compañía de cazadores de Yaguachi por nuestra izquierda, mientras el señor General Flores con el último resto de este batallón y el de Caracas penetraba por el bosque de la derecha y formalizaba el ataque.

El batallón Yaguachi había pasado la quebrada reforzando a Rifles, y batido ya la división del General Páza, cuando apareció sobre la colina una fuerte columna conducida personalmente por el General La Mar que restableció instantáneamente el combate. En este momento mataron el caballo del General Flores y al remontarse se reunió conmigo, cuando disponía el paso del batallón Caracas. Entrando éste al fuego, se presentaron subiendo a la colina los batallones peruanos Pichincha y Sepita de la división de Gamarra, con este General a su frente; y ya fué comprometida totalmente la batalla, entre mil quinientos soldados de nuestros tres batallones y un corto escuadrón, contra cinco mil hombres de la infantería enemiga. La resistencia de esta se hacía fuerte sobre las breñas de nuestra izquierda, cuando apareció la cabeza de nuestra segunda división bastante distante del lugar

del combate. Se le ordenó abreviar su marcha; y que de paso reforzara con una compañía de cazadores a la de Yaguachi, lo cual ejecutó con el más grande acierto el Coronel Manzano, Comandante del Cauca.

Reunidos Caracas y Yaguachi con Rifles, y dominando ya nuestros cazadores las breñas de la izquierda, se precipitaron simultáneamente a la carga, a la vez que lo hacía el escuadrón Cedeño bajo la dirección del Coronel O' Leary. A este ataque violento todo plegó; y a las siete de la mañana no habían más peruanos sobre el campo de batalla: la fuga fué su única esperanza, y arrojándose por el Portete al desfiladero de Girón hallaron allí su sepulcro. El Comandante Alzuro a la cabeza de Yaguachi los perseguía infatigablemente, y encontrando en su tránsito al General Cerdeña con un fuerte cuerpo rehecho, lo cargó solo con sus gastadores, y los destruyó en el acto. Del batallón Caracas, una parte con su denodado Comandante Guevara, siguió a Yaguachi, junto con el pequeño escuadrón Cedeño, conducido ya por el Coronel Braun, mientras que el resto con Rifles recogía los fugitivos de la colina por los bosques y pantanos de su espalda.

Destruído ya el ejército peruano, y mientras se aclaraban nuestros flancos, mandé un oficial de E. M. donde el General La Mar (que con sus restos de infantería, con toda su caballería y artillería se hallaba situado en la llanura al salir del desfiladero) a ofrecerle una capitulación que salvara sus reliquias, por que satisfecha la venganza y el honor de Colombia, no era el deseo del gobierno, ni del ejército derramar más sangre peruana, ni combatir sin gloria. El General La Mar contestó pidiendo las concesiones que se le harían y los comisionados que estipulasen la negociación. Fueron a ello el General Heres y Coronel O' Leary.

Se suspendió en tanto la persecución, cuando el enemigo había perdido entre muertos y heridos, prisioneros y dispersos, más de dos mil quinientos hombres, incluso sesenta Jefes y Oficiales; y dejado por despojos, multitud de armamento, cajas de guerra, banderas, vestuario, etc. El campo de batalla era un espectáculo de horror: mil quinientos cadáveres de soldados peruanos han expiado en Tarquí las ofensas hechas por sus caudillos a Colombia y al LIBERTADOR; y tal vez los crímenes del 2 de Agosto de 1810 en Quito. Llenando las órdenes del gobierno de no abusar en ningún caso de la victoria, reduje mis instrucciones a los comisionados, a las bases que en tres de febrero se propusieron en Oña al General La Mar, cuando me pidió las condiciones sobre que Colombia consentiría en la paz. Juzgué indecoroso a la república y a su Jefe, humillar al Perú después de una derrota, con mayores imposiciones que las perdidas cuando ellos tenían un

ejército doble en número al nuestro; y mostrar que nuestra justicia era la misma antes, que después de la batalla.

Los comisionados peruanos observaron al cabo de muchas discusiones, que su Jefe declaró en las contestaciones de Saraguro, "que las bases de Oña eran las condiciones que un ejército vencedor impondría a un pueblo vencido, y que no podrían convenir en ellas". Ya era tarde cuando se me dió esta respuesta; y la devolví con el ultimatum, de que si no las aceptaban al amanecer del día siguiente, no concedería luego ninguna transacción, sin que a las bases de Oña, se agregara la entrega del resto de sus armas y banderas, y el pago efectivo de todos los gastos de esta guerra.

A las cinco de la mañana del día 28 se apareció en nuestro campo un Coronel del E. M. peruano, solicitando de parte de su General la suspensión de toda hostilidad; y que para comprobar su anhelo de una transacción, me pedía que yo que conocía todos los Jefes de su ejército nombrase los dos que más me inspiraban confianza de su buena fe, para que fuesen sus comisionados. Contesté que cualesquiera eran para mí iguales; pero que en Pasquishapa había indicado mi deseo de que el General Gamarra fuera uno de los negociadores.

A las diez de la mañana se reunieron en una casa intermedia de los dos campos los SS. Generales Flores y Coronel O' Leary con amplios poderes, por nuestra parte; y los Generales Gamarra y Orbegoso por la del Perú. Después de largos razonamientos en que sobre todo se reclamó la indulgencia y generosidad colombiana, y los intereses y fraternidad de americanos, se firmaron los tratados que ayer incluí a V. E. en copia, y de que acompaño ahora uno de los originales habiendo remitido el otro al Ministerio de Relaciones Exteriores, por cuyo órgano he recibido algunas comisiones relativas a las cuestiones con el gobierno del Perú.

Esta mañana se han puesto en retirada desde Girón, como dos mil quinientos hombres del ejército peruano, resto de ocho mil cuatrocientos que ellos mismos confesaron espontáneamente haber introducido en el territorio de Colombia, y no vacilo en asegurar a V. E. que en el estado de desmoralización e indisciplina en que esta derrota va poniendo las reliquias de nuestros invasores, apenas mil soldados repasarán el Macará.

En tanto nuestras pérdidas en la espléndida victoria de Tarqui, y a quienes lloramos como los mártires de la venganza nacional, consisten, en cincuenta y cuatro muertos y doscientos seis heridos; entre los primeros están el Comandante del escuadrón Cedeño, José María Camacaro, y su segundo el bravo Comandante Nadal, que murió cargando con su cuerpo contra las fuerzas de la colina: el Comandante Vallarino, se-

gundo del Yaguachi, que persiguiendo con admirable audacia se adelantó solo, y tomado prisionero fué luego degollado por los enemigos junto con el Comandante Camacaro: los tenientes Pérez, Avila y Santa Cruz; y los subtenientes Pinto, Carrillo y Triana, que con sus vidas han sellado su patriotismo y su arrojo en los combates. Entre los segundos se hallan los capitanes: Bravo, Méndez y Hernández; los tenientes Sotillo y Silva y los subtenientes Alvarez, Gil y Casanoba que son dignos de un especial nombre.

Es inútil hacer recomendaciones por la conducta del señor General Flores, gallardo en todas ocasiones y señalando siempre. Yo aproveché del mejor momento de la batalla para nombrarlo sobre el mismo campo General de División, y para expresarle la gratitud de la República y del gobierno por sus servicios. El señor General Heres se ha recomendado por una admirable serenidad en los riesgos de esa jornada. Los Generales Sandes y Urdaneta han desempeñado sus deberes en toda la campaña. Los Coroneles Cordero, O' Leary, Braun, León y Guerra, se han distinguido, el primero y último por la escrupulosa exactitud, el uno como J. de E. M. G., y el segundo como J. de E. M. de la primera división, y los otros tres por un valor eminente. Los Comandantes Alzuro y Guevara han mostrado un arrojo y entusiasmo singular. Mis ayudantes el Coronel Wright y los Comandantes Rivas y Montúfar desempeñaron sus funciones al tanto de mis deseos, y el último recibió una fuerte contusión. Los del General Flores, comandantes Pacheco, Bravo, Sucre y Capitán Portocarrero merecen una expresa mención. Es adjunta la relación nominal de todos los oficiales recomendados por los cuerpos y a los cuales como a los demás que lo han merecido por sus trabajos en la campaña, he dado a nombre del Libertador Presidente las recompensas debidas. Si estos guerreros han derramado su sangre por la Patria, y sufrido gustosamente todas las penalidades por vengar a Colombia de los ultrajes de sus enemigos, no ha sido menos su entusiasmo por sostener el honor del ilustre Bolívar, insultado por ingratos y desleales.

Treinta días de campaña del ejército del Sur, han hecho desaparecer los aprestos de dos años, y las amenazas con que el Gobierno peruano invadió a Colombia; y **dos horas de combate han bastado para que mil quinientos de nuestros valientes hayan vencido todas las fuerzas militares del Perú.** Ojalá que esta lección dolorosa sea motivo para que concluyamos una paz inalterable, y para que el respeto a la independencia de cada estado, sea la base fundamental en política de los gobiernos americanos.

Al ofrecer al gobierno los frutos de esta victoria, résta-

me manifestar las protestas del ejército del Sur, de conservar por sobre todos los riesgos el honor y la integridad nacional; y que los batallones Cauca, Pichincha y Quito, y los escuadrones 2°, 3° y 4° de Húsares, el de Granaderos y el del Itsmo, que sólo han sido testigos de la batalla de Tarquí, ansían por ocasiones en que justificar con su sangre este sentimiento de fidelidad a su patria. Los pueblos del Sur merecen una enca-recida recomendación del gobierno, por sus sacrificios para llevar al cabo esta guerra, en que estaban comprometidos los intereses y el decoro de Colombia; pero la provincia de Cuen-ca es digna de un recuerdo particular, por sus esfuerzos ge-nerosos y heroicos sosteniendo el ejército.

Los resultados de la batalla de Tarquí *y de la campaña de treinta días*, son importantes a la República; y excede de toda expresión el placer de mi alma, tributando una victoria como mi homenaje, al momento de pisar la tierra patria, des-pués de seis años de ausencia, sirviendo a la gloria y el lustre de sus armas.

Dios guarde a V. E.

Antonio José de Sucre.

EJERCITO DEL SUR, ESTADO MAYOR GENERAL

Relación nominal de los Jefes y Oficiales que mejor se han comportado en esta campaña, según las noticias dadas a esta Oficina por los conductos respectivos.

CUERPOS, CLASES Y NOMBRES

Estado Mayor General.—2° Comandante José del Car-men López, 1er. Comandante graduado Alejandro Antonio Ló-pez, Capitán graduado Vicente Anaya, otro id. Pascual Gue-des.

Batallón Rifles.—2° Comandante graduado Jorge Lak, Capitán Manuel Bravo, otro graduado Francisco Sotillo, te-niente ayudante Francisco Sevillano, teniente Felipe Sánchez, subteniente Martín Pino. Otro Francisco Reinoso.

Batallón Yaguachi.—1er Comandante graduado Bautis-ta Rodríguez, Capitán Antonio Piedrahita. Otro Victoriano Nieto. Otro graduado Gregorio Osorio. Teniente 1° Joaquín Ramírez. Otro id. Gabriel Rodríguez. Otro id. Lorenzo García. Otro 2° Vicente Castillo, Subteniente 1° Luis To-

bar. Otro 2º José Cevallos. Otro id. Andrés Vega, Otro id. Anacleto Miranda. Aspirante José González.

Batallón Caracas.— 1er Comandante graduado Santos Echart. Otro id. Juan José Rodríguez. Otro id. Francisco Ortiz. Capitán Natividad Méndez. Otro Domingo Verde. Otro Juan Otamendi. Otro Pedro Venegas. Capitán graduado Lorenzo Esteves. Otro id. Francisco Lira. Teniente Pedro Sánchez. Otro Fulgencio Guerra. Otro Juan Vergara. Otro Francisco Padrón. Otro Matías Piñango. Otro Manuel Maestre. Sargento 1º Aspirante Florencio Peña. Otro id. José María Guevara.

Batallón Cauca.— 1er. Comandante graduado Juan Antonio Fernández. Teniente José Pérez, Subteniente Ignacio Sifuentes.

Batallón Quito.—Subteniente José Ariza.

Escuadrón Cedeño.—Capitán Guillermo Coser. Otro Rumualdo Hernández. Otro Juan Garcés. Teniente Simón Sosa. Otro graduado Buenaventura Herrera. Alférez Facundo Matasea. Otro Juan Moreno. Otro Manuel Moreno. Aspirante Jesús Valverde.

Cuartel General en Cuchipirca, a 28 de febrero de 1928.—
19º.

El Coronel Jefe, León de Febres Cordero.

TRATADO ENTRE EL PERU Y COLOMBIA

A que se refiere el artículo 4º del convenio de Girón

Convenio ajustado entre el General Juan Paz del Castillo por parte de la República de Colombia, y el General don Mariano Portocarrero por parte de la República del Perú sobre envío de tropas auxiliares a ésta, sobre su pago, equipo y permanencia en dicho Estado.

1º La república de Colombia auxiliará con seis mil hombres a la república del Perú, y con cuantas fuerzas disponibles tenga, según las circunstancias.

2º El Gobierno del Perú se obliga a satisfacer a la República de Colombia todos los costos de transporte de estas tropas a su territorio.

3º El Gobierno del Perú se obliga a pagar a los Generales, Jefes y Oficiales de Colombia los sueldos que se pagan a los de su clase en el Perú, según el reglamento de sueldos de aquel estado.

4° Las tropas de Colombia en guarnición disfrutarán la paga de diez pesos mensuales por plaza, descontándose de estos el rancho y el vestuario. Este descuento se les hará en sus cuerpos respectivos; pero en campaña gozarán de los diez pesos íntegros, y el Gobierno del Perú les dará raciones y vestuario sin descuento alguno.

5° El equipo del ejército de Colombia será por cuenta del Gobierno del Perú, lo mismo que la reposición de las armas, y composiciones y reparos de estas mismas.

6° El ejército de Colombia será provisto de las municiones que le corresponden en campaña, cualquiera que sea su acclitud; y recibirá también las que pida para su instrucción.

7° Los Generales y Jefes recibirán del Gobierno del Perú los caballos de ordenanza para el servicio.

8° Para las marchas se darán al ejército de Colombia los bagajes de ordenanza desde el General hasta el soldado.

9° Siendo muy costoso y difícil que Colombia lleve las bajas de su ejército en el Perú con reemplazos enviados de su territorio: el Gobierno del Perú se obliga a reemplazarlas, numéricamente, sea cual fuese la causa de estas bajas. Estos reemplazos se darán como vayan ocurriendo las bajas; pues, de otro modo, el ejército de Colombia no podrá contar con la fuerza necesaria para obrar.

10° Los gastos del ejército de Colombia para volver a su territorio serán satisfechos por el Gobierno del Perú.

1° Los buques de guerra de la marina de Colombia serán tratados en el Perú, como los buques de guerra de aquella República, siempre que estén a su servicio.

Autorizados plenamente los contratantes por nuestros Gobiernos respectivos hemos convenido, previos los requisitos legales, en los once artículos anteriores que contiene el presente convenio; y firmamos dos de un tenor en Guayaquil, a diez y ocho de marzo de mil ochocientos veinte y tres, décimo tercio de la República de Colombia, cuarto de la República del Perú. — Mariano Portocarrero, Manuel de la Bega, Secretario de la misma, Juan Paz del Castillo, José D. Espinar, Secretario.

Cuartel general en Guayaquil, marzo diez y ocho de mil ochocientos veinte y tres.

Apruebo el presente convenio, SIMON BOLIVAR. Por S. E. el Libertador. El Secretario general, J. G. Pérez.

Lima, abril seis de mil ochocientos veinte y tres.

Ratificado en todo lo que no se oponga al tratado de veinte y nueve de marzo próximo pasado, celebrado entre los coroneles don Luis de Urdaneta y don Ramón Herrera, José de

la Riva Agüero. Por orden de S. E. **Ramón Herrera.**—Es copia, Herrera.

Lima, junio dos de mil ochocientos veinte y tres. Habiéndose variado las circunstancias en que se hallaba el ejército del Perú, con respecto al aumento de fuerzas que hoy tiene, vengo en ratificar en todas sus partes el convenio celebrado en Guayaquil por los Generales Paz del Castillo y Portocarrero, a diez y ocho de marzo del presente año, declarando, sin ningún valor ni efecto la antecedente restricción. — **José de la Rivera Agüero.**—Por orden de S. E. **Ramón Herrera.**

PROCLAMA

El Jefe Superior del Sur, a los Cuerpos del Ejército

SOLDADOS!

Una paz honrosa, o una victoria espléndida, eran necesarias a la dignidad nacional y al reposo de los pueblos del Sur.—Una victoria espléndida, y los preliminares de una paz honrosa, son los resultados de la **campaña de treinta días** concluida gloriosamente en Tarqui. —Generosos como bravos, habéis marcado vuestro triunfo concediendo a los vencidos la amistad de hermanos.

SOLDADOS: la Patria os debe nuevos servicios; sus armas nuevo esplendor. Los pueblos del Sur os saludan como sus salvadores; Colombia como los más celosos de su integridad; y Bolívar os proclamará como sus más fieles compatriotas.

SOLDADOS: en la vida del reposo, la República os pide aún algunos sacrificios para sanar de las profundas heridas que le han causado las discenciones. En todas circunstancias, en cualesquiera peligros, colocaos en torno del Gobierno y de las leyes: conservad el entusiasmo y disciplina que os distinguen; y clavando sobre vuestras bayonetas el estandarte de la unión, aseguraréis los apreciables bienes que a costa de padecimientos y de sangre habéis procurado a la nación, para conseguirle su independencia y libertad.

Cuartel General en el Portete de Tarqui, a 2 de marzo de 1829.

Antonio José de Sucre.

APENDICE

Vuelven al goce de sus antiguas relaciones los pueblos de Colombia y el Perú.—Tratado celebrado entre los Gobiernos de ambos países ajustado el 22 de Setiembre de 1829.—El Plenipotenciario de Colombia promete espontáneamente que el Gobierno Colombiano tendrá la satisfacción de derogar el Decreto del Gran Mariscal de Ayacucho, expedido en el Portete de Tarqui con fecha 27 de Febrero, luego que llegue a su noticia que el Gobierno Peruano ha hecho lo mismo restituyendo al Libertador y al Ejército Libertador las distinciones y honores que les están conferidos por sus servicios en el Perú.—Ambos Gobiernos, el Libertador por el de Colombia y Lafuente por el del Perú, aprueban el Tratado de 22 de Setiembre.

TRATADO DE PAZ ENTRE COLOMBIA Y EL PERU

En el nombre de Dios, Autor y Legislador del Universo. La República de Colombia y la República del Perú, deseando sinceramente poner un término a la guerra, en que se han visto comprometidas por circunstancias fatales, que han impedido a una y otra el arreglo amistoso de sus diferencias, y hallándose felizmente en el día en condición de poderlo verificar, y restablecer al mismo tiempo las relaciones más íntimas y cordiales entre ambas naciones; han constituido y nombrado sus Ministro Plenipotenciarios, a saber: S. E. el Libertador Presidente de la República de Colombia, a Pedro Gual, ciudadano de la misma; y S. E. el Presidente de la del Perú a Don José de Larrea, y Loredo ciudadano de dicha República, los cuales después de haber canjeado sus plenos poderes y encontrándolos en buena y bastante forma, han convenido en los artículos siguientes:

Art. 1°—Habrá una paz perpetua e inviolable, y amistad constante y perfecta entre las Repúblicas de Colombia y el Perú, de manera que en adelante no sea lícito en ninguna de ellas cometer ni tolerar se cometa directa ni indirectamente acto alguno de hostilidad contra sus pueblos, ciudadanos y súbditos respectivamente.

Art. 2°—Ambas partes contratantes se obligan y prometen solemnemente a olvidar todo lo pasado, procurando alejar cualquier motivo de disgusto que recuerde la memoria de las desavenencias que felizmente han terminado, a promover su mutuo bienestar, y a contribuir a su seguridad y buen nombre por cuantos medios estén en su poder.

Art. 3°—Ninguna de las partes contratantes franqueará el paso por su territorio, ni prestará auxilio de ninguna clase a los enemigos de la otra; antes por el contrario, emplearán sus buenos oficios y aún su mediación, si fuere necesario, para el restablecimiento de la paz luego que se rompan las hostilidades con una o más potencias, no permitiendo entre tanto la entrada en los puertos de una u otra República a los corsarios y presas que hicieran dichos enemigos a los ciudadanos de Colombia o del Perú.

Art. 4°—Las fuerzas militares en los departamentos del Sur de Colombia, y en los del Norte del Perú se reducirán, desde la ratificación del presente tratado, al pie de paz; de manera que en lo sucesivo no sea permitido mantener en ellos más que las guarniciones y cuerpos muy necesarios e indispensables para conservar el país en seguridad y quietud. Todos los prisioneros hechos durante la presente guerra, que existieren en poder de las autoridades de cualquiera de las dos Repúblicas, serán devueltos en masa a sus países respectivos, sin necesidad de canje o rescate.

Art. 5°—Ambas partes reconocen por límites de sus respectivos territorios, los mismos que tenían antes de su independencia los antiguos Virreynatos de Nueva Granada y del Perú, con las solas variaciones que juzguen conveniente acordar entre sí, a cuyo efecto se obligan desde ahora a hacerse recíprocamente aquellas cesiones de pequeños territorios que contribuyan a formar la línea divisoria de una manera más natural, exacta y capaz de evitar competencias y disgustos entre las autoridades y habitantes de las fronteras.

Art. 6°—A fin de obtener este último resultado a la mayor brevedad posible; se ha convenido y conviene aquí expresamente en que se nombrará y constituirá por ambos Gobiernos una comisión compuesta de dos individuos por cada República, que recorra, rectifique y fije la línea divisoria, conforme a lo estipulado en el artículo anterior. Esta comisión irá poniendo, con acuerdo de sus Gobiernos respectivos, a cada

una de las partes en posesión de lo que le corresponda a medida que vaya reconociendo y trazando dicha línea, comenzando desde el río Tumbes en el Océano Pacifico.

Art. 7º.—Se estipula asimismo, entre las partes contratantes, que la comisión de límites, dará principio a sus trabajos cuarenta días después de la ratificación del presente tratado y los terminará en los seis meses siguientes. Si los miembros de dicha comisión discordaren en uno o más puntos en el curso de sus operaciones, darán a sus Gobiernos respectivos una cuenta circunstanciada de todo a fin de que tomándola en consideración, resuelvan amistosamente lo más conveniente; debiendo entre tanto continuar sus trabajos hasta su conclusión, sin interrumpirlos de ninguna manera.

Art. 8º.—Se ha convenido y conviene aquí expresamente en que los habitantes de los pequeños territorios que, en virtud del Art. 5º, deban cederse mutuamente las partes contratantes, gocen de las prerrogativas, privilegios y exenciones de que gozan o gozaren los demás habitantes del país en que definitivamente fijen su residencia. Los que declaren ante las autoridades locales su intención de avecindarse en la parte de Colombia y del Perú, tendrán un año de plazo para disponer como mejor les parezca de todos sus bienes, muebles e inmuebles, y trasladarse con sus familias y propiedades al país de su elección, libres de todo gravamen y derechos cuales quiera, sin causarles la menor molestia ni vejación.

Art. 9º.—La navegación y tráfico de los ríos y lagos que corren o corrieren por las fronteras de una y otra República, serán enteramente libres a los ciudadanos de ambas sin distinción alguna, y bajo ningún pretexto se les impondrá trabas ni embarazos de ninguna clase en sus tratos, cambios y ventas recíprocos de todos aquellos artículos que sean de lícito y libre comercio, y consistan en los productos naturales y manufactura del país respectivo, cobrándoles solamente los derechos, sísa o emolumentos a que estuvieren sujetos los naturales o c vecinos de cada una de las partes contratantes.

Art. 10.—Se estipula aquí igualmente, que una comisión compuesta de dos ciudadanos, por cada parte, liquidará en la ciudad de Lima, dentro de los mismos términos designados en el Art. 7º para la de límites, la deuda que la República del Perú contrajo con la de Colombia, por los auxilios prestados durante la última guerra contra el enemigo común. En caso de no convenirse sus miembros por Colombia o el Perú, sobre alguna o más partidas de las cuentas de que tomaren conocimiento, harán a sus Gobiernos respectivos una exposición de los motivos en que han fundado su desentimiento, para que entendiéndose amistosamente dichos Gobiernos, resuelvan lo conveniente, sin dejar por esto la comisión de continuar en el

examen y liquidación de lo demás concerniente a la deuda, hasta esclarecerla y liquidarla completamente.

Art. 11.—Se conviene asimismo, en que la comisión que ha de establecerse en virtud del artículo anterior, fije y establezca el modo, términos y plazos en que deba verificarse el pago de las cantidades que hubiesen purificado y liquidado, consultando siempre los medios fáciles y cómodos de hacerla efectiva. Después de fijados dichos términos y plazos, no podrán variarse ni prorrogarse de ninguna manera, debiendo hacerse los abonos por partes, y en el tiempo que acordase la comisión.

Art. 12.—Se estipula, además, que todos los derechos y acciones de los ciudadanos y habitantes de Colombia y el Perú contra los ciudadanos o Gobiernos de una u otra República, por razón de contratos, préstamos, suministros o exacciones de dinero, o efectos cualesquiera, hechos hasta el día de la fecha, sean mantenidos en su fuerza y vigor: ambas se obligan recíprocamente a atender sus justos reclamos, y administrarles prontamente la debida justicia, como se usa y acostumbra con los ciudadanos del país en que se hagan los referidos reclamos.

Art. 13.—Por cuanto por el Art. 4º del convenio hecho en Piura el día 10 de Julio del corriente año, se estipuló la devolución de todos los buques, lanchas, enseres y demás efectos de guerra, constantes de su respectivo inventario, que la República del Perú mantiene en depósito como propiedad de la de Colombia, hasta que se restablezca la paz entre las dos naciones; se conviene aquí de nuevo en que dicha devolución se realizará en ese Puerto de Guayaquil, poniendo los expresados buques, lanchas, enseres y efectos a disposición de las autoridades del Departamento 60 días después de ratificado el presente tratado, los cuales darán el recibo correspondiente de lo que se entregare al oficial u oficiales conductores: proporcionándoles todos los auxilios de que puedan necesitar para regresar cómodamente al puerto de su procedencia.

Art. 14.—Ambas partes contratantes han convenido y convienen en conceder a los Ministros y Agentes Diplomáticos, que tengan a bien acreditar entre sí en la debida forma para promover sus intereses mutuos, y mantener las relaciones íntimas y estrechas que desean cultivar en adelante, las mismas distinciones, prerrogativas y privilegios de que gozan o gozaren los Ministros y Agentes Diplomáticos de la una parte en la otra; bien entendido, que cualquier privilegio o prerrogativa que en Colombia se conceda a los del Perú, se hará por el mismo hecho extensiva a los de Colombia en el Perú.

Art. 15.—Se restablecerá el comercio marítimo entre las dos Repúblicas del modo más franco y libre que sea posible,

sobre los principios que se fijarán después en un tratado particular de comercio y navegación. Mientras esto se verifica, los ciudadanos de una y otra tendrán libre entrada y salida en sus puertos y territorios respectivos, y gozarán en ellos de todos los derechos civiles y privilegios de tráfico y comercio, como si fuesen naturales del país en que residen. Sus buques y cargamentos, compuestos de productos naturales del país, y mercaderías nacionales o extranjeras, siendo de lícito y libre comercio, no pagarán mas derechos e impuestos por razón de importación, explotación, tonelada, anclaje, puerto, práctico, salvamento en caso de avería o naufragio, u otros emolumentos cualesquiera, que los que pagan o pagaren los ciudadanos o súbditos de otras naciones.

Art. 16.—Los cónsules y agentes consulares que, para la protección del comercio, las partes contratantes juzguen necesario nombrar para aquellos puertos y lugares en que sea permitida la residencia de cónsules y agentes consulares de otras potencias, serán tratados, luego que obtengan el correspondiente exequatur, como los de la nación más favorecida. Dichos Cónsules o Agentes Consulares, sus secretarios y demás personas agregadas al servicio de los Consulados, (no siendo estas personas ciudadanos del país en que residan) estarán exentas de todo servicio público, y también de todo impuesto y contribución, a excepción de las que deban pagar por razón de comercio o propiedad, como los demás habitantes del país. Sus archivos y papeles serán respetados inviolablemente y ninguna autoridad podrá tener intervención en ellos bajo pretexto alguno, cualquiera que sea.

Art. 17.—Con el objeto de evitar todo desorden en el ejército y marina de uno y otro país, se ha convenido aquí y se conviene en que los tráfugas de un territorio a otro, siendo soldados o marineros desertores, aunque estos últimos sean de buques mercantes, serán devueltos inmediatamente por cualquier tribunal o autoridad, bajo cuya jurisdicción esté el desertor o desertores: bien entendido que a la entrega debe preceder la reclamación de su Jefe o del Comandante, o del Capitán del buque respectivo, dando las señales del individuo o individuos, y el nombre, cuerpo o buques de que haya desertado, pudiendo entre tanto ser depositados en las prisiones públicas hasta que se verifique dicha entrega.

Art. 18.—Las partes contratantes se obligan y comprometen a cooperar a la completa abolición y extirpación del tráfico de esclavos de Africa, manteniendo sus actuales prohibiciones en toda su fuerza y vigor; y para lograr desde ahora tan saludable obra, convienen además en declarar como declaran entre sí a los traficantes de esclavos, con sus buques cargados de esclavos, procedentes de las costas de Africa, bajo



el pabellón de cualquiera de las dichas partes, incurran en el crimen de piratería, y como tales estarán sujetos al tribunal competente del captor, bien sea colombiano o peruano para ser juzgados y castigados conforme a las leyes.

Art. 19.—Las Repúblicas de Colombia y del Perú, deseando mantener la paz y buena inteligencia que felizmente acaban de restablecer por el presente tratado, declaran solemnemente y formalmente:

1º—Que en caso de duda sobre la inteligencia de alguno o algunos de los artículos contenidos en dicho tratado, y de no convenirse amistosamente en la resolución de los puntos en que discordaren las comisiones que han de establecerse en virtud de los artículos 6º y 10 de dicho tratado, presentará la una parte a la otra las razones en que funda la duda; y no conveniéndose entre sí, someterán ambas una exposición circunstanciada del caso a un Gobierno amigo, cuya decisión será perfectamente obligatoria a una y otra:

2º—Que sean cuales fueren los motivos de disgusto que ocurran entre las dos Repúblicas, por quejas de injurias, agravio o perjuicios, cualesquiera, ninguna de ellas podrán autorizar actos de represalias ni declarar la guerra contra la otra, sin someter previamente sus diferencias al Gobierno de una potencia amiga de ambas; y

3º—Que antes de ocurrir a una tercera potencia para la resolución de sus dudas, sobre alguno o algunos de los artículos contenidos en el presente tratado o para el arreglo de sus diferencias, emplearán entre sí todos aquellos medios de conciliación y avenimiento propios de dos naciones vecinas, unidas por los vínculos de la sangre y de las relaciones más íntimas y estrechas.

Art. 20.—El presente tratado será ratificado, y las ratificaciones serán canjeadas en esta ciudad de Guayaquil a los 50 días contados desde la fecha, o antes si fuere posible.

En fe de lo cual los Ministros Plenipotenciarios de la República de Colombia y la República del Perú, han firmado y sellado las presentes en esta ciudad de Guayaquil a los 22 días del mes de Setiembre del año del Señor de 1829.

Pedro Gual. — José de Larrea y Loreda.

INDICE

	Páginas
El Estadio de la Historia Militar	3
El Ejército y Marina del Ecuador	19
El Monumento a la memoria de los cien mil ecuatorianos, caídos en las jornadas de la Independencia Americana ..	39
Napoleón Baboporte	63
La celda la celda del Precursor General Francisco de Miranda ..	74
Hijo de guerreros del Gran Mariscal de Ayacucho Antonio J. de Sucre	93
Hala de guerra del Héroe de Pichincha Capitán Abdón Cal- derón	117
Recordando la batalla del Pichincha, librada el 24 de Mayo de 1822	132
Parte de la batalla del Pichincha dado por el General Antonio José de Sucre	144
El 7 de Abril de 1822.—Bomboná	147
Parti oficial del General Salom sobre la batalla de Bomboná ..	151
La batalla de Urcu—17 de Julio de 1823	156
Parte de la batalla de Ibarra	163
La Pichincha y Junín	167
El combate de Junín, 6 de Agosto de 1824	176
Consideraciones sobre el combate de Junín	189
Parte del General Andrés de Santa Cruz sobre la batalla de Junín ..	194
Parte del General Canterac sobre las acciones de Junín	197
Por el Junín de la Caballería de la Gran Colombia en el combate de Junín	203
La captura de la quebrada de Corpahualco	210
Ayacucho, 9 de diciembre de 1824	219
Parte del General Antonio J. de Sucre sobre la batalla de Ayacucho ..	267
Entusiasmo del Libertador y sus Proclamas	274
Oficio de recompensas a los vencedores de Junín y Ayacucho ..	278
La Guerra Perú—Colombiana.—Sus causas	284
Guatambú rechaza heroicamente los ataques de la escuadra peruana ..	288
Marchación y concentración de las tropas del Ecuador.—El Ge- neral Sucre Director de la Guerra	294
Batalla de Tarqui. Brillante triunfo ecuatoriano	314
Tratado de Girón	319
Oficio del General Antonio J. de Sucre sobre la batalla de Tarqui ..	315
Parte de la batalla de Tarqui	317
Tratado entre el Perú y Colombia	325
Apéndice	327

